

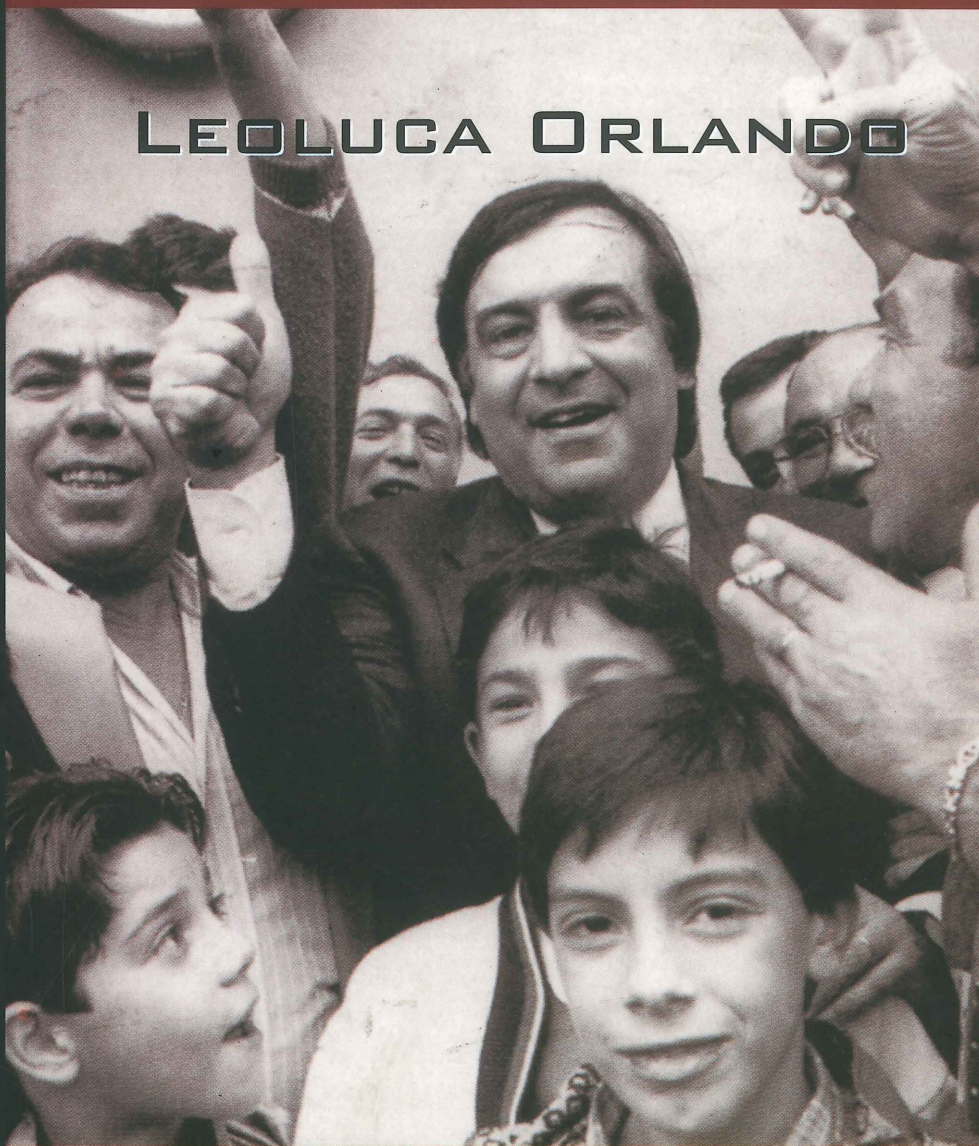
HACIA UNA

CULTURA DE

LA LEGALIDAD

LA EXPERIENCIA SICILIANA

LEOLUCA ORLANDO



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

FONDO EDITORIAL 2003

Nacido en 1947 en la ciudad de Palermo, Italia, Leoluca Orlando es abogado y Profesor de escalafón de Derecho Público Regional en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Palermo.

Comenzó su carrera política en 1978 como Concejal Jurídico del Presidente de la Región de Sicilia, Piersanti Matarrella. En 1980, es elegido Concejal Municipal por la lista de la Democracia Cristiana, y en 1985 Alcalde de Palermo, siendo reelegido en este cargo en 1990.

En 1992 funda el movimiento *La Rete*, mediante el cual fue elegido Diputado de la Asamblea Regional Siciliana y del Parlamento Nacional. En 1993, en las primeras elecciones directas para alcaldes realizadas en Italia, fue elegido Alcalde de Palermo, cargo en el que fue reelegido en 1997.

Por otro lado, Leoluca Orlando comenzó un proyecto de renovación cívica complejo que, por medio de una amplia serie de programas que miran hacia la promoción de una nueva cultura de legalidad sobre todo en el ámbito educativo, contribuye eficazmente a liberar a la ciudad de Palermo de la hegemonía cultural de la mafia, durante un proceso que se conoce como *Renacimiento de Palermo*. En 1999 fue nombrado Presidente del Instituto para el Renacimiento Siciliano.

Asimismo, es autor de diversos artículos así como de los libros: *Palermo* (1990), *Fe y Política* (1992), *Fighting the Mafia and Renewing Sicilian Culture* (2001), *Ich sollte der nächste sein* (2002).

Por su encomiable labor ha recibido diversos reconocimientos entre los cuales podemos citar la Gran Cruz por el Mérito Civil, que le fue otorgada por el Rey de España Juan Carlos en 1980; al año siguiente, recibió por parte del Goethe Institute, la *Goethe-Medaille* «por su empeño para crear una sociedad más justa y humana y por la contribución dada a la difusión y a la promoción de la cultura alemana, italiana y siciliana», en Weimar, Alemania.

En el 2000, el grupo de partidos democráticos y liberales del Parlamento Europeo, le otorgó el *European Civic Prize* «por su empeño contra la delincuencia organizada y a favor de la renovación cívica de Palermo». En ese mismo año, en Filadelfia, la Federación Americana de Profesores le otorga el *Bayard Rustin Human Rights Award* «por haberle devuelto a Palermo la libertad de una sociedad civil ordenada, y por su disposición para compartir las 'Lecciones de Palermo' con otros países que se encuentren enfrentando amenazas semejantes sea en la democracia como en los derechos humanos». En Marzo de 2002 le fue conferido el premio «Legión de la libertad» atribuido por el Instituto Cultural «Ludwig von Mises» de la Ciudad de México.

Actualmente, es Diputado de la Asamblea Regional Siciliana y Presidente del Instituto de Renacimiento Italiano.

HACIA UNA CULTURA DE LA LEGALIDAD
LA EXPERIENCIA SICILIANA

HACIA UNA
CULTURA DE
LA **LEGALIDAD**

LA EXPERIENCIA SICILIANA

LEOLUCA ORLANDO



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES
FONDO EDITORIAL 2003

Título original en inglés:

Fighting the Mafia and Renewing the Sicilian Culture

Encounters Books San Francisco, 2001

Traducción de: Sydney Evans

Primera edición en español: febrero de 2003

Hacia una cultura de la legalidad. La experiencia siciliana

© De la versión en castellano:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 51-1-330 7410 / 330 7411

Telefax: 51-1-330 7405

Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

© Leoluca Orlando

Fotografías utilizadas con autorización de Encounter Books

Cuidado de la edición y traducción del Posfacio: Estrella Guerra Caminiti

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-531-2

Hecho el Depósito Legal N.º: 1501052003-1209

Impreso en el Perú - Printed in Peru

C O N T E N I D O

Prefacio	9
Capítulo 1	17
Capítulo 2	39
Capítulo 3	53
Capítulo 4	67
Capítulo 5	87
Capítulo 6	99
Capítulo 7	117
Capítulo 8	135
Capítulo 9	147
Capítulo 10	161
Capítulo 11	171
Capítulo 12	183
Capítulo 13	205
Posfacio	217
Agradecimientos	227
Índice temático y onomástico	229

P R E F A C I O

Fue en junio de 1999 cuando Palermo finalmente dejó de ser una ciudad del tercer mundo, una ciudad de la cual un viajero francés del siglo pasado dijo correctamente que «incluso los botones de los limones y árboles de naranja tenían el olor de cadáveres», y se convirtió en una gran ciudad europea.

Yo comencé a predecir esta transformación durante todos los años cuando Palermo se conocía en el mundo entero como el Líbano de Italia, una galería de tiro de la Mafia en la cual los cuerpos sangrantes y llenos de balas cubrían las calles y las mujeres vestidas de luto siciliano miraban los «cadáveres ilustres» con una pena inexpresable. Conocía mi ciudad suficientemente bien para saber que algún día tendríamos que salir de esta trampa mortal y recuperar los valores peculiares de Sicilia, la familia, la amistad y el honor, que la Mafia había secuestrado durante su reino como parásito nacional y que había convertido en cosas siniestras y malévolas. Pero mis predicciones no fueron tenidas en cuenta, después de todo, porque yo era el alcalde de Palermo y tenía que presentar una buena cara de nuestra odiosa realidad.

En los años 80 y a principios de los 90, el censo de cadáveres llegaba a miles de personas, inclusive figuras prominentes como el general encargado de nuestras fuerzas de seguridad, el jefe del cuerpo de detectives, el jefe de la policía y dos de los magistrados más famosos de Europa. Según algunos estimados, había más víctimas que en Palestina, Belfast o algún otro lugar problemático que seguía, sin embargo, monopolizando la

atención del mundo. Algunos de mis críticos me preguntaban irónicamente a veces: «¿y dónde está entonces esta gran ciudad del primer mundo, esta gran ciudad europea de la que tanto hemos oído hablar?».

Incluso en esas épocas del holocausto de la delincuencia, estaba convencido de que Palermo tarde o temprano escogería la vida, porque creo que en el fondo la naturaleza humana es buena y Dios es justo. Pero durante el tiempo en que estaba seguro de que esta transformación se produciría algún día, admito también que a menudo durante los últimos 20 años, los años en que se vivió con tanto peligro en Sicilia, no estaba convencido de que el fenómeno se produciría durante mi vida. Sin embargo, al caminar a través de la ciudad de Palermo durante el verano de 1999, reconocí un lugar de una vida increíble y, lo que es todavía más sorprendente, pude caminar sin temor por las calles laterales y los bulevares donde veía la Sicilia de verdad, una tierra que, lejos de estar opacada por ser la materialización de la maldad humana, siempre había dado un panorama del potencial humano.

Hace mil años, los moros definieron a Sicilia como el «Punto de Reunión». Para ellos era esencialmente una definición religiosa porque creían que la luz de Alá, la luz de la profecía, brillaba con especial fuerza aquí. Pero de hecho, muchas culturas han convergido y se han fusionado en esta isla. Diría la verdad sosteniendo que Sicilia es griega, árabe, española y francesa, además de ser italiana. Pero solo sería parte de la verdad. Nunca expulsamos verdaderamente a los muchos invasores que nos han conquistado a lo largo de miles de años; simplemente los absorbimos y convertimos en sicilianos. Sin embargo, es irónico que, para haber reconocido nuestra propia identidad, finalmente hayamos tenido que tomar las armas contra una parte de los otros que parecía ser la más propiamente nuestra; pero que realmente era la más extraña de todas, la Mafia y su cultura de la muerte.

Podría citar estadísticas que muestran el cambio que fue consecuencia de lo que hicimos. Después de un período en el que murieron cientos de personas cada año, en 1999, por ejemplo, solo hubo 11 asesinatos en Palermo, y ninguno de ellos relacionado con la Mafia. Sin embargo, la verdadera prueba de que finalmente se había levantado el largo asedio se ve en la calidad de la vida, en nuestras calles y en nuestras plazas. La gente se reúne en la Vucciria, nuestra calle tradicional de mercado, y ya no piensa

dos veces antes de entrar al barrio árabe antiguo, la Kalsa. No mucho antes se pensaba que ambos lugares eran peligrosos. Liberados finalmente para poder vivir en su propia ciudad, los sicilianos se reunían en monumentos que habían vuelto a descubrir como Santa María dello Spasimo, la iglesia del siglo XVI cuya nave nunca fue terminada y se abre hacia el cielo, convirtiéndose en un teatro a la luz de la luna de un aspecto tan impresionante como los baños de Caracalla de Roma.

Tal vez el lugar que mejor expresaba el resurgimiento de la vida de Palermo es el Teatro Massimo. Cuando fue inaugurado en 1897, era uno de los mejores escenarios de ópera de Europa. Desde el momento en que un joven tenor llamado Enrico Caruso cantó *La Gioconda* de Ponchielli en su primera temporada, se convirtió en una parada obligatoria de los principales cantantes de ópera del mundo. En 1974, este gran monumento fue cerrado para realizar «reparaciones urgentes e inmediatas» que debieron terminar en seis meses; pero que se prolongaron durante los siguientes 23 años, ya que la mayor parte de los muchos miles de millones de liras que había asignado el gobierno italiano para la reparación del edificio desaparecieron, con la complicidad de los funcionarios y políticos locales, en los bolsillos de los contratistas ligados a los jefes de la Mafia.

Las grandes voces de la ópera se silenciaron hasta convertirse en un leve eco de una grandeza distante a medida que el Teatro Massimo seguía deteriorándose. Su única función era recordarnos la bella vida ciudadana que nos habían robado y luego convertirse en una sala privada de un grupo de personas que se reunían todos los días en el sótano para conversar y jugar a los naipes. A nadie parecía importarle que los mafiosos generalmente se reunieran ahí con los periodistas y profesionales.

Luego, en 1996, como para confirmar que la plaga de la ilegalidad y la violencia estaba retrocediendo, se reinició el trabajo de las reparaciones del Teatro Massimo finalmente. En solo un año fue reacondicionado para restaurarle su grandeza, incluyendo un friso dorado donde se lee «El Arte Renueva a la Gente y Revela su Vida». En la noche de la gran inauguración, los ciudadanos de Palermo se presentaron por miles. No querían necesariamente asistir al espectáculo, sino que simplemente querían estar presentes en el renacimiento de este magnífico edificio.

Aun así, en junio de 1999, año en que Palermo informó al mundo que había regresado al planeta de los vivos, el Teatro Massimo ya era más que

tan solo un símbolo. Fue el lugar para la ceremonia de inauguración de la Conferencia Internacional de CIVITAS, una organización internacional dedicada a promover la educación cívica y los valores de la libertad.

Como anfitrión de la conferencia, Palermo se presentaba como un ejemplo a los delegados provenientes de 80 países del mundo, e inclusive de países como Rusia, Georgia, Ruanda y Uganda, donde la sociedad civil se encuentra en un peligro mayor que el de Sicilia durante los días más negros del dominio de la Mafia. El discurso principal de CIVITAS fue pronunciado por la primera dama de los Estados Unidos Hillary Clinton, quien, haciéndose eco del famoso discurso pronunciado por John Kennedy en Berlín, dijo a los delegados que quienes ponían en duda la capacidad de los ciudadanos para crear la democracia tenían que venir a Palermo. Hillary Clinton se explayó sobre las lecciones que mi ciudad ofrece a todos los lugares del mundo que todavía sufren la epidemia de la delincuencia y el reino de la ilegalidad, enfatizando que fue la ciudadanía, y no los políticos, quienes decidieron que ya habían «sufrido suficiente» y que habían comenzado lentamente a recuperar su ciudad, su país y aun sus vidas de las manos de las fuerzas del mal que los habían controlado durante largo tiempo.

Mientras Hillary Clinton hablaba, me daba cuenta de que personas como Pino Arlacchi, que se había enfrentado a la Mafia en su calidad de ciudadano italiano y posteriormente como sub-secretario general de las Naciones Unidas, se daban cuenta de que estaban viviendo un momento precioso. La castigada Palermo, una vez más se convertía en la encrucijada del Mediterráneo, como lo fue en siglos anteriores cuando llegaron los fenicios, cartagineses, griegos, romanos, moros, normandos y finalmente los italianos, cada uno de los cuales dejaron sus marcas. Y ahora el comercio no sería el de la heroína y el asesinato, como había sucedido durante el último cuarto de siglo, sino el comercio de ideas sobre cómo se podía renovar las ciudades y las culturas.

Los delegados de CIVITAS y las decenas de miles de turistas que llenaban las calles de Palermo en esos días de verano sabían, por supuesto, de nuestra triste historia. No era difícil encontrar los vestigios de ese antiguo Palermo que, ya en la edición de 1765 de la *Encyclopedie* de Diderot, se denominaba la *ville detruite*, una ciudad destruida por sucesivas invasiones durante el siglo XIX, por el bombardeo de los aliados en la Segunda

Guerra Mundial y, sobre todo, por el programa de construcción de la Mafia tan correctamente llamado «Saqueo de Palermo» que convirtió una gran ciudad que había sobrevivido a tantas catástrofes, y a pesar de ello logró mantener su belleza, en una ciudad fea y triste.

Palermo fue destruida principalmente por los asesinatos, especialmente, por los asesinatos de las personas que trataron de salvar a la ciudad misma. Durante estos años cayeron muchos héroes y la muerte de cada uno de ellos quitaba a Palermo un poco más de esperanza y voluntad. Cuando el general Carlo Alberto Dalla Chiesa, que se había hecho famoso por derrotar a las Brigadas Rojas, fue asesinado a balazos en Palermo en 1982, los diarios de la ciudad mostraban su cuerpo ensangrentado y el de su encantadora y joven esposa al costado con el titular: «Aquí yace la esperanza de los palermitanos honestos». Y luego, en 1992, la esperanza volvió a morir cuando Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, valientes magistrados que habían llevado a la Mafia ante los tribunales en un juicio que recibió halago a nivel internacional, murieron por causa de explosiones de coches-bomba, acciones que durante unas cuantas semanas parecieron ser el inicio de un golpe de estado contra el gobierno de Roma, tanto como contra Sicilia, e incluso contra el principio mismo de la decencia humana.

Pero aun en nuestras horas más oscuras, aunque entonces no nos dábamos cuenta, se estaba iniciando una nueva vida. Un signo de ello fue el cartel escrito a mano mostrado luego del doble martirio de Falcone y Borsellino donde se leía «Hoy día empieza un amanecer que no tendrá ocaso». Y, ciertamente, en el verano de 1999 el sol estaba brillando nuevamente.

Fuimos sorprendidos por el retorno de la normalidad. Por ejemplo, la normalidad de tener curiosidad sobre las actividades de la Primera Dama y sus más de 100 acompañantes que se habían asentado en el gran Hotel Villa Igjea, que alguna vez fuera la residencia de una familia siciliana que construyó una gran fortuna gracias a la pesca de atún a principios de siglo. O la normal curiosidad sobre las actividades de Chelsea Clinton en sus salidas a las discotecas junto con mi hija Leila, en sitios de la ciudad que solo unos cuantos años antes hubieran estado prohibidos para cualquier joven decente, y más aún para la hija de un presidente. Era evidente el progreso que habíamos logrado cuando llevé a algunos delegados de CIVITAS a Corleone, cuna de una sangrienta secta que había destruido a

la «antigua» Mafia en la lucha por el poder que costó miles de vidas. Las calles por donde caminábamos empezaban a parecer un museo de crímenes del pasado. En la municipalidad, participamos en una discusión abierta sobre la Mafia *gangsteril* de los Corleone que había aterrorizado a Palermo y, efectivamente, a toda Sicilia. Poco tiempo antes, tal acto de desafío habría sido castigado rápidamente, pero ahora era simplemente una visita a un pasado muerto, cuyos protagonistas criminales finalmente se ahogaron en la sangre que habían hecho derramar.

¿Qué lección aprendí de nuestra historia reciente? me preguntaron los delegados de CIVITAS. Les contesté que nuestra lucha mostraba que los tribunales son solamente la línea de frente de la campaña contra la violencia y el desacato a la ley. El otro frente es la cultura. Una idea que se me ocurrió al principio de mi propia lucha contra la Mafia era la de una carreta con dos ruedas, una la del cumplimiento de la ley y la otra la de la cultura. Si una rueda da vueltas sin que la otra gire, la carreta se mueve en círculos. Si ambas ruedas giran juntas, la carreta avanza.

Así que, mientras nuestros valerosos legisladores y fiscales morían para restablecer la vigencia del estado de derecho, nosotros tratábamos de reconstruir nuestra vida ciudadana recuperando símbolos como el Teatro Massimo, recuperando nuestra política después de una generación de colusión, y lo que tal vez sea lo más importante, recuperando a nuestros hijos y a su futuro. Junto con nuestros lugares públicos, la Mafia se había apropiado de nuestro sistema educativo, no solo porque sabía que el mantenimiento de la ignorancia de la gente era clave para su poder, sino también porque allí podía ganar dinero. Suspendimos el alquiler de locales educativos en manos de testaferros de la Mafia. Introdujimos un programa de estudios anti-Mafia. Una de las obras de arte realizadas por los niños que le mostramos a Hillary Clinton durante su visita a nuestra ciudad mostraba a los niños tomados de las manos formando un círculo alrededor de un delincuente armado que quedaba aislado.

También iniciamos nuestros trabajos con los niños mediante el programa «Adopte un Monumento». En cualquier ciudad de los Estados Unidos o Europa, incluso la más golpeada, un esfuerzo de este tipo habría sido simplemente un modesto intento de reforma social. En Palermo, fue una ruptura revolucionaria con el pasado porque la Mafia, como cualquier fuerza totalitaria, debía su poder en gran medida al sofocamiento

de la memoria cultural y la identidad cívica. En los últimos años, sin embargo, unos 25000 estudiantes han adoptando más de 160 monumentos de Palermo, iglesias donde hay que descubrir murales, edificios públicos de siglos pasados que hay que pintar y volver a poner en funcionamiento, parques que deben ser reverdecidos para que las plantas broten nuevamente. Al exigir la limpieza de estos monumentos, nuestros niños se daban cuenta de que su trabajo era una metáfora de la limpieza del hollín espiritual que se había sedimentado durante tantos años de gobierno criminal.

Manifesté a los delegados de CIVITAS que la principal lección que podíamos sacar del renacimiento de Palermo es que, si bien es posible perder el empuje e incluso retroceder en el reino de lo político y lo legal, como resulta evidente del martilleo moral que ha definido la respuesta del gobierno italiano a la Mafia, en el ámbito de lo ciudadano no hay retroceso. La gente que ha conocido la libertad no está dispuesta a regresar a una vida colectiva degradada. No es posible borrar palabras como «Mafia» cuando ya han sido pronunciadas. No van a renunciar tontamente a la democracia cuando ya la han vivido. No van a abandonar sus monumentos y lugares públicos que son manifestación de sus orígenes y definición de su identidad.

Como dijo una vez Paolo Borsellino, el valiente magistrado y viejo amigo mío que murió en aras de este nuevo Palermo, «la solución al problema de la Mafia es hacer que el Estado funcione». En parte, esto se refiere a la justicia y al estado de derecho. También se trata de satisfacer las necesidades humanas en el ámbito cívico, desde la necesidad de empleo que no esté manchado por la *colusión* con alguna conspiración delictiva, hasta la necesidad de vivir en democracia en medio de una cultura de libertad.

III

En el verano de 1999, cuando contemplaba mi ciudad con nuevos ojos, también me contemplaba a mí mismo y, como me ha sucedido en los últimos años, me sorprendía de seguir estando vivo. Durante muchos años, muchos más de los que puedo recordar, yo fui un hombre marcado. No se trata de saber si me matarían, sino de saber cuándo y cómo. En un programa especial de televisión sobre mi persona que realizó el canal 4

de Inglaterra, se me llamó el «cadáver andante». Y así me sentía. Todos los días sentía la experiencia de la muerte. Pero entonces, a medida que la gente de Palermo empezó a levantarse en este nuevo amanecer, tuve este pensamiento repentino: «¡Dios mío, de repente sí estoy vivo!». ¿Entonces, cómo pasaría yo esta nueva vida que se me había concedido? La respuesta era sencilla: haciendo que esta sea nuevamente una gran ciudad.

Todavía ando con una docena de guardaespaldas y nos desplazamos en carros blindados. Todavía instintivamente me agacho cuando escucho disparos y miro hacia atrás con nerviosismo. Sé que la Mafia todavía está presente, persiguiendo a las ovejas sicilianas. Y aunque sé que todavía no le hemos dado el tiro de gracia, sé que la organización está muerta. Murió en el momento en que la expulsamos del sistema político donde se había alojado durante su larga permanencia en nuestra vida nacional. La Mafia ya no nos gobierna. Ahora está fuera de nuestros gobiernos locales. Palermo ya no es una ciudad paria. Cuando la organización internacional de certificación Moody nos dio hace poco una de sus más elevadas calificaciones de emisores de deuda, la Aa3, igual que ciudades como Estocolmo y Barcelona y mayor que la de Nueva York, fue un anuncio de que los cambios de Palermo en los últimos años eran cambios estructurales profundos que garantizaban plenamente tal signo de confianza.

Era verdaderamente un milagro que una ciudad que vivió en las sombras durante tanto tiempo pudiese salir nuevamente al sol. Pero este milagro no ha sido gratuito y a menudo me detengo en algún momento del día para pensar en todos los que murieron, los valientes y los ciudadanos comunes y corrientes, las grandes personalidades y los actores de reparto, así como los espectadores. Quiero convencerme de que sus muertes no fueron en vano, y a veces lo logro. Porque creo que lo que ocurrió en Sicilia es verdaderamente una historia épica, una historia de muerte, así como una transfiguración. Al caminar por Palermo en el verano de 1999 y posteriormente, a menudo he sentido un remordimiento por haber sido un sobreviviente; pero también siento la responsabilidad peculiar de los sobrevivientes que consiste en contar la historia de lo que realmente sucedió.

CAPÍTULO 1

Después de haber tratado el concepto como tabú durante mucho tiempo, los lingüistas no dejan de especular acerca del origen de la palabra «Mafia». Unos dicen que viene de *mabias*, palabra árabe que significa «audaz» o «bravucón». Otros dicen que la raíz de la palabra es «*muafirn*», nombre de una tribu sarracena que alguna vez controló Palermo. Menos plausible es la explicación sugerida de que la palabra proviene de *m'fie*, nombre de las cuevas donde se escondían estos sarracenos y que posteriormente sirvieron a los sicilianos que se refugiaron allí atemorizados por la llegada de Garibaldi en 1861.

La teoría que siempre me ha parecido más razonable es que «Mafia» es una derivación de la palabra árabe «mu» («fuerza») sumada a «afab» («proteger»). Pero lo que me parece más intrigante de esta palabra, no son las etimologías exóticas que se remontan a mucho tiempo atrás de la historia siciliana, sino que durante los años de mi juventud, «Mafia» era una palabra que casi nunca se pronunciaba. Sabía que existía, tanto la palabra como la realidad que denominaba; pero la aprendí de la misma manera en que uno se da cuenta de un perfume tenue en el aire, conocido pero no fácil de identificar.

La presencia del espectro de la Mafia en la vida siciliana siempre me ha hecho pensar en un comentario del filósofo danés Sören Kierkegaard quien dijo que parte del dilema de los seres humanos es que estamos condenados a vivir nuestras vidas hacia delante pero a comprenderlas hacia atrás. Los sicilianos hemos convivido durante generaciones con la Mafia,

mientras que rigurosamente la excluíamos no solo de nuestras conversaciones, sino incluso de nuestros pensamientos. Recién hemos comenzado a comprender hacia atrás el impacto que este «pulpo», metáfora utilizada para referirse a la Cosa Nostra por primera vez por un juez y que luego se convirtió en una palabra común y corriente, ha tenido sobre nuestra historia y cultura.

Sin embargo, Sicilia es el lugar lógico donde tenía que surgir un fenómeno como la Mafia. Somos un pueblo que nunca gobernó su propio territorio. Siempre fuimos una colonia y, lo que es peor, una colonia que pasó de un gobernante a otro. Si estos gobernantes hubieran sido duros y represivos, por lo menos hubieran creado un fuerte gobierno centralizado. Sin embargo, esto no sucedió. Sicilia siempre fue un lugar explotado y no gobernado. Hasta el siglo XIX, las familias aristocráticas controlaban la vida de Sicilia más o menos independientemente del conquistador que estuviese en el gobierno en un momento dado. Estos «barones» se preocupaban de sus propiedades y prerrogativas, pero no les importaba mucho más. Su cultura es presentada con singular belleza en el *Gato Pardo*, libro de Giuseppe di Lampedusa, donde Fabrizio, el Príncipe, camina como un sonámbulo por la vida, sin conexión con su país, su destino y ni siquiera con sus propiedades ancestrales.

Tarde o temprano esta aristocracia estaba condenada al colapso y la desaparición sin dejar una clase media que llenase el vacío que había creado tras de sí. Más bien, a medida que los aristócratas se mudaban a Roma, Viena, París y otras zonas cosmopolitas, la administración de sus tierras cayó en manos de los capataces llamados *gabelloti*. Estos administradores presionaban a los campesinos arrendatarios a pagar los alquileres que les exigían los terratenientes ausentes y controlaban a los malhechores que se desplazaban por el campo. Respaldados por una red de familiares, amigos y clientes, los únicos grupos capaces de proporcionar estabilidad a la sociedad ante la ausencia de un orden institucional, eran los *gabellotti* que se convirtieron en los Nuevos Hombres de Sicilia, arquetipos de los *capimafia* del futuro —el personaje Don Cologero que describe di Lampedusa es, literalmente, un individuo de este tipo—. Los hombres violentos que contrataron para hacer cumplir su ley se convertirían en los futuros mafiosos de Sicilia.

A diferencia de su equivalente en los Estados Unidos que se organizó a partir de las familias (los Gambino, Bonanno y otros parecidos), la Mafia siciliana estaba enraizada en la tierra y organizada con una base territorial, las comunidades de Corleone, Prizzi y otras. Tarde o temprano, los grupos de la familia de estos lugares construyeron un puente desde las aldeas hasta los centros urbanos en crecimiento como Palermo. La Cosa Nostra siciliana siempre fue una parte más intrínseca de la estructura de la sociedad que su pariente en los Estados Unidos. Se desarrolló porque el Estado mismo estaba atrofiado y plagado de defectos en Sicilia y porque la gente, conquistada una y otra vez por extraños, nunca esperaba que el «sistema» les hiciera justicia. Más bien, recurrían a los carismáticos *uomini di rispetto* («hombres respetables») para que realizaran las funciones que en otros países europeos eran llevadas a cabo por los gobiernos burocráticos. Si violaban a tu hija, recurrías a estos «hombres respetables» para ser resarcidos en lugar de recurrir a una fuerza policial distante y extraña. Las redes de la Mafia del siglo XIX gradualmente asumieron las funciones del Estado como el cobro de impuestos, el establecimiento de un liderazgo jerárquico y la constitución de pequeños ejércitos para hacer cumplir sus propias «leyes». La vida política y económica se realizaba según estos acuerdos y se aceptaban como parte de la realidad. Posteriormente, cuando los gobiernos legítimos trataron de hacer cumplir su autoridad, primero tenían que redefinir esta realidad llamándola «delictiva». Pero se trataba de una tarea enorme que es precisamente el tema de este libro.

La Mafia creó un orden social autónomo en Sicilia, pero no podría haber tenido el éxito que logró si al mismo tiempo no hubiese creado un mito, el mito de que sus miembros eran «Hombres de Honor» de una sociedad honorable que no solamente se dedicaba a hacer funcionar el orden social, sino que también hacía que funcionara según ciertos principios. Mario Puzo, autor de *El Padrino*, presenta con exactitud este aspecto de la mentalidad de la Mafia: los que escogían este camino estaban convencidos de que, si bien tenían que realizar tareas a las que otros no se atrevían para servir a su familia y a sus amigos, eran superiores al mundo corrompido e hipócrita en el que vivían.

III

Como demostración de la profundidad y rapidez de la penetración de la Mafia en la vida siciliana, en 1893 un individuo llamado Emanuele Notarbartolo, director general del Banco de Sicilia y previamente alcalde Palermo, trató de anular algunos contratos ilegales suscritos por uno de los directores del banco, un político de nombre Raffaele Palizzolo, que había tenido vínculos con la Mafia. Notarbartolo rápidamente protestó por estas actividades delictivas ante los ministros de Estado de Roma. Antes de poder llevar el asunto a los tribunales, fue apuñalado 26 veces por un asesino en un tren, convirtiéndose de esta manera en el primero de muchos «cadáveres notables» que poblarían Sicilia en el futuro. La penetración de Mafia, ya completa en los años 20, hizo que esta organización se convirtiese en un enemigo público para Mussolini. A su llegada al poder, los fascistas se dieron cuenta de lo que era la Mafia ya en ese momento: una *asociación del crimen*, en las palabras de Cesare Mori. Conocido como el «Prefecto de Hierro» después que Mussolini lo enviase a Sicilia para derrotar a la Mafia, Mori realizó una gran barrida de los centros de poder de la Mafia y claramente manifestó sus propósitos al pueblo: «Mi nombre es Mori y voy a hacer que muera gente. La violencia debe desaparecer, igual que desaparece el polvo con el *sirocco*».

Una medida del poder limpiador de su *sirocco* es evidente en el hecho de que en que en 1928, año en el que Mori asumió el control, se produjeron solo 26 asesinatos en Sicilia, frente a los 278 de un año antes. Pero, la mayor parte de los «Hombres de Honor» que atrapó, hizo matar, encarceló o condenó a trabajos forzados eran al nivel de los *Picciotti*, o soldados. Los jefes se escondieron o se escaparon hacia los Estados Unidos, Marsella e incluso Túnez, tratando de pasar por figuras heroicas de la resistencia. Y cuando en 1929 Mori empezó a investigar las conexiones entre la Mafia y algunas figuras de alto nivel del régimen fascista, un telegrama proveniente de Roma le informó que había pasado al retiro. Fue el primero en comprender lo que otros verían más tarde: que era más fácil tratar con la Mafia de manera militar que desenraizar la organización desde sus fundamentos políticos y culturales en Sicilia.

Después de la llegada de los aliados en 1943, los fascistas huyeron del continente mientras los aliados avanzaban hacia Palermo. Los soldados

de los Estados Unidos solo encontraron el caos: delincuentes que se escapaban de las cárceles, campesinos que ocupaban las tierras, ciudadanos que arreglaban pleitos particulares mediante el crimen y los incendios premeditados, y gente robando cualquier cosa a la que pudiese echar mano. El general George Patton dijo de los palermitanos: «¡Esta gente está local!» Desde este punto de vista, cualquier estructura de poder resultaba conveniente. Si bien es un mito que los aliados recurrieron a los mafiosos de los Estados Unidos como «Lucky» Luciano para inspirar un movimiento anti-fascista clandestino de la Mafia en Sicilia, es cierto que algunos estadounidenses ingenuamente se olvidaron de sacar a la Mafia del orden social que se construyó en la post-guerra. De hecho, en una carta que envió al Secretario de Estado, el cónsul de los Estados Unidos escribió: «tengo el honor de informar que el 18 de noviembre de 1944, el General Giuseppe Castellaro, junto con líderes de la Mafia como Calogero Vizzini, se reunieron con Virgilio Nasi, jefe de la conocida familia Nasi de Trapani, solicitándole que participara en el liderazgo de un movimiento respaldado por la Mafia en búsqueda de la autonomía siciliana».

Los Estados Unidos abandonaron la idea del separatismo siciliano después de que expulsaron a los alemanes de Italia, pero no se dieron cuenta de lo que era la Mafia. Después de 1945, cuando salieron finalmente a la luz los postergados temas de la redistribución de la tierra y la organización de sindicatos en Sicilia, era de vital importancia contar con una fuerza que pudiese actuar de contrapeso a la izquierda. Por tanto, la Mafia no solamente fue tolerada, sino que llegó a participar en una alianza con el Partido Demócrata-Cristiano encargado de luchar contra los comunistas en la arena política, reuniendo votos de la Mafia y, ocasionalmente, recurriendo a ella como brazo militar. Este diabólico Pacto, que tuvo como consecuencia la muerte de docenas de comunistas y socialistas en los años inmediatamente posteriores y la captura de votos que mantuvieron a los demócrata-cristianos en el poder en Italia, tuvo gran peso sobre toda una generación de sicilianos.

III

En el día de mi nacimiento, el 1 de agosto de 1947, todavía no se conocían estos hechos acerca de la Mafia. Menos aun habían sido narrados por es-

crito. Todavía no le había llegado a Sicilia el momento de examinar su propia historia. Mis padres se sentían intranquilos al ver que la Mafia recurría a las crisis del mundo de la post-guerra como medio para introducirse en la vida política o cultural de nuestro país. Pero tenían preocupaciones más inmediatas, principalmente su temor de que la neumonía que mató a su primer hijo Carmelo, unos pocos días después de su nacimiento, no terminara también por llevarme. La penicilina era todavía una sustancia exótica en Sicilia durante mi infancia. Sin embargo, gracias a las conexiones familiares de mi madre y a la gran reputación de mi padre, que era el abogado civil más prominente de Sicilia, lograron obtener la preciosa medicina, en este caso de una farmacia del Vaticano, y yo pude sanar. No obstante, en lugar de disminuir sus temores acerca de mi salud, fueron presa de una obsesión que pocos años después se tornó en histeria cuando se descubrió en un examen físico rutinario que me realizaron que tenía el corazón en el lado opuesto del pecho. Este descubrimiento lo hizo un radiólogo que al examinar una radiografía mía reaccionó inicialmente reprendiendo a su asistente por haber revelado mal la radiografía. Sin embargo, tras un examen más cuidadoso, se dio cuenta no solo de que la imagen era correcta, sino de que *todos* los órganos de mi cuerpo estaban en el lado opuesto. Desde entonces siempre he llevado una medalla de oro colgada al cuello que dice en latín *Situs visterum inversus* («órganos del cuerpo en posición invertida») y estoy seguro de que algunos sostendrán que también mi vida política la he llevado en sentido inverso.

Tenía dos hermanas menores y se me asignó el rol de mi hermano fallecido como primogénito, posición privilegiada en toda familia siciliana y que exige el uso de un diminutivo de cariño, sin importar la edad del muchacho. Me llamaban «Luchetto», especialmente cuando mis padres me exhortaban a hacer todas aquellas cosas que, supuestamente asegurarían mi supervivencia. «¡Luchetto ponte el abrigo o si no te vas a enfriar y te vas a enfermar!», «¡Luchetto, ten cuidado te vas a hacer daño!» o «¡Luchetto, no hagas eso, no te olvides que eres muy débil!». Luego tuve dos hermanos y dos hermanas menores, pero por alguna razón especial siempre me consideraban el bebé de la familia, así como también el «primogénito».

No es de sorprender que haya crecido convencido de que la muerte estaba esperándome siempre a la vuelta de la esquina y que tenía que vivir lo mejor posible en el tiempo que se me había asignado. Es probable también

que esta sea la razón por la cual durante los años en que la Mafia había decidido eliminarme, nunca me sentí particularmente atemorizado. Después de todo, yo ya había sido condenado a muerte al nacer. Le tenía miedo al dolor, pero la muerte misma había sido mi compañera durante años.

La cadencia de una Sicilia que prácticamente había desaparecido cuando yo era niño y que ahora definitivamente había desaparecido para siempre siguió marcando mi crecimiento. Los primeros 20 días de nuestras vacaciones veraniegas, por ejemplo, siempre los pasábamos en Imbriaca, una de las grandes propiedades agrícolas de propiedad de mi padre en una zona cercana a Corleone, aproximadamente a 40 millas de Palermo. Denominada con la palabra siciliana que quiere decir «embriagado», Imbriaca colindaba con una de las muchas propiedades de la familia de mi madre. Se llamaba Margi, que se deriva de la palabra que significa «empapado». Esta zona, con sus hermosísimos valles, bosques y barrancos, recibe poca lluvia, pero es muy rica en aguas subterráneas y de ahí se derivan todos los nombres relacionados con el agua.

Estas propiedades de Imbriaca y Margi están separadas por un arroyo, cruzado por un pequeño puente que cuando éramos niños jocosamente llamábamos el «Ponti dei Sospiri», el *Puente de los Suspiros* en referencia al hito romántico debajo del cual se sienten obligados a pasar en góndola todos los enamorados que visitan Venecia.

Este puente de Imbriaca fue donde mi padre, Salvatore Orlando, conoció a mi madre, Eleonora, la hija menor de la aristocrática familia Cammarata y mucho menor que él en la época que la cortejaba, así que nosotros nos imaginábamos las románticas escenas de sus encuentros. Su unión fue por amor pero, de acuerdo con la tradición siciliana, también fue relativamente una mala unión. Los Orlando pertenecían a la aristocracia terrateniente y mi padre, cuya familia provenía del encantador pueblo de Prizzi (en cuya plaza central se filmó la escena del matrimonio de *E/ Padrino* Parte II, que presumiblemente se desarrolla en Corleone), llegó a ser abogado civil, igual que su padre y su abuelo. Los Orlando eran parte de la burguesía rural católica, cuyos fuertes principios morales se hacen más rígidos en el caso de mi padre porque estudió derecho en Heidelberg. Su moralidad solo era igualada por su religiosidad. Mi padre siempre pagaba todos sus impuestos con gran puntualidad mientras que otros de su misma clase social evadían sardónicamente el pago. Pensaban que era

un tonto por actuar al pie de la letra de la ley, pero para él la letra de la ley era el microcosmos del derecho.

Mi madre descende, por un lado, de los marqueses de Arezzo, de la muy antigua aristocracia de la Italia central y, por otro lado, de los Cammarata, barones de Corleone. De hecho, el «Palazzo» de la familia Cammarata en Corleone, que denomina la pequeña plaza central del pueblo, actualmente es la sede del gobierno municipal. La herencia siciliana de los Arezzo se origina en la literatura, y se inicia cuando uno de los antepasados escribió una biografía de Carlos V, Sacro Emperador Romano y Rey de España, Nápoles y Sicilia. Carlos estuvo tan complacido con este trabajo que prodigó dinero, títulos y tierras sicilianas al escritor, de manera que los Arezzo pasaron a formar parte de la nobleza del país.

El hecho de que mi madre, técnicamente, se hubiese casado por debajo de su clase social a veces surgía en su conversación. Era su única fuerza contra mi formidable padre y la utilizaba con elegancia y sutileza a menudo cuando decía con melancolía que por razones que no le quedaban completamente claras ya no frecuentaba como antes los salones de la alta sociedad de Palermo a los que pertenecía por derecho de nacimiento. En honor a la verdad, era debido al rigor moral de mi padre y no al estigma de su origen burgués, que ambos habían decidido apartarse de ese medio. Además de los miembros más cercanos de la familia, no recuerdo a ningún amigo de mi padre o de mi madre que haya visitado nuestro hogar con frecuencia. Era mucho más probable que actuásemos de anfitriones de algún trabajador o capataz de una de nuestras propiedades rurales antes que de los miembros de la alta sociedad de Palermo que no pertenecieran a nuestra familia.

Todo esto me pareció bastante extraño durante mi crecimiento. En algún momento me di cuenta de que era la manera que mi padre evitaba que nos manchásemos con el contacto de personas que de manera incluso casual estuviesen asociadas con la Mafia —como sucedía con tantos sicilianos de las clases altas—. Después, cuando se hubo luchado y ganado la guerra contra la Mafia, uno de los personajes más ricos y de mejor cuna de Palermo, un hombre que no había ofrecido la menor ayuda mientras se llevaba a cabo la guerra, se me acercó para decirme: «Quiero agradecerle por lo que ha hecho. Les dimos la mano y se subieron hasta el codo. Usted nos ha devuelto nuestras manos, nuestra libertad».

III

En nuestra casa de campo de Imbriaca no había instalaciones de agua y cuando tenía yo 5 años me encantaba sentarme en la mula que jalaba uno de los campesinos que trabajaban para mi familia para ir a buscar agua del arroyo. Ponían el agua en unos enormes cántaros de arcilla amarrados a firmes ganchos a los lados de la silla de montar de la mula. Los traíamos a la casa donde teníamos así agua fresca y pura. En Imbriaca tampoco había electricidad; la luz provenía de lámparas de aceite que daban una iluminación tenue y romántica a las tranquilas noches que pasábamos juntos. Recién en los años 60 mi padre instaló un generador, pero hacía tanta bulla por las noches que lo apagábamos y nos acostábamos a la luz de las lámparas de aceite.

Detrás de la mula caminaba un pequeño burro de Cerdeña. Era un regalo de mi padre que me pertenecía solo a mí. Ocupaba el lugar de los caballos que rara vez me permitían montar porque, igual que en la película *Lo que el viento se llevó*, me podría haber caído y muerto. Mis padres seguían preocupándose acerca de la fragilidad de su Luchetto, aunque en realidad yo era tan saludable como mis hermanos y hermanas. Al menor signo de enfermedad, el doctor Michele Navarra, a quien llamaban mi pediatra aunque en realidad era el único médico de Corleone, acudía inmediatamente para palparme el pecho y tranquilizarlos. Como la palabra «Mafia» estaba prohibida en casa, no fue hasta después de varios años que supe que el doctor Navarra, que alquilaba algunas de las propiedades de la familia Cammarata por parte de mi madre, también era el *capomafia* de Corleone. Esto sucedía en la época en que las drogas todavía no habían transformado la naturaleza de la Mafia, ahogándola en dinero y violencia inútil, y era posible que un «hombre honorable» administrase la propiedad de una antigua familia aristocrática. Unos años después, la estrella del doctor Navarra en el firmamento de la Mafia Corleonesa empezó a opacarse, a medida que brillaba cada vez más la de un criminal particularmente despiadado conocido como Luciano Leggio. Leggio era un cuatrero que se apropió de una flota de camiones después de la ocupación de los aliados. Usaba los camiones para transportar el ganado que robaba y beneficiaba en Corleone, llevándolo hasta Palermo donde lo vendía en el mercado negro. A medida que crecían las ambiciones de Leggio, se enemistó con el doctor Navarra

que lo invitó a una reunión con la intención de matarlo. Pero Leggio se escapó y después tendió a mi pediatra una emboscada con metralletas cuando estaba atravesando la propiedad de mi familia en su automóvil.

III

Aunque Imbriaca era nuestro retiro, el lugar donde vivíamos siguiendo la cadencia que había marcado la vida siciliana durante muchas generaciones, nuestra residencia regular era una gran construcción en la Via Villafranca, en el centro de Palermo. Nuestra familia ocupaba todo el tercer piso. En el piso de abajo vivían dos hermanas solteras de mi padre y debajo una tía con su marido y sus cinco hijos. Como nosotros éramos siete, entre las dos familias había 12 niños, lo que significaba que teníamos muchos compañeros de juegos sin tener que traer extraños. Primero medíamos nuestra inteligencia y osadía al estilo siciliano, es decir, entre parientes de sangre. Teníamos todo en ese pequeño mundo, y estábamos completamente apartados de la realidad que vivían la ciudad y la gran mayoría de sus habitantes.

Nuestro hogar era bello, mi madre no habría permitido nada más. Era tranquilo y lleno de amor, pero no necesariamente de felicidad. Era difícil estar felices con nuestra ama alemana, a la que naturalmente llamábamos Fräulein, y que siempre estaba presente y lista para recordarnos las reglas y preceptos que definían nuestras vidas. Fräulein era una mujer de edad, alta y angulosa que claramente materializaba todos los principios del rigor de mi padre, y tal vez por esta razón normalmente se enfrentaba con mi madre. No sonreía fácilmente y menos aun aceptaba bromas, pero si bien a menudo a mí se me ocurrían cosas para castigarla por tanta tiranía, ni yo, ni ninguno de mis hermanos o hermanas se atrevía a iniciar una insurrección. No se nos ocurría atacar el orden establecido. Más bien, aireábamos nuestras frustraciones los unos contra los otros, peleándonos y fastidiándonos regularmente. Aceptábamos el derecho de Fräulein a disciplinarnos individualmente, pero nunca a manejar nuestros conflictos internos. Éramos *familia*, y sin importar cuánto nos peleásemos, nadie que no tuviera nuestra sangre tenía el menor derecho a meterse entre nosotros.

En todo caso, el único castigo que verdaderamente teníamos era el marcado silencio de mi padre. Mi padre era un hombre grande, imponen-

te y contenido; pero eran sus ojos, antes que su presencia física, lo que nos sobrecogía. Sus miradas de desaprobación nos quemaban cuando, al ingresar en la habitación, nos encontraba peleando. Nos callábamos inmediatamente. Poseedor del equivalente moral de la visión de rayos X, con sus ojos indicaba quién, en su opinión, estaba actuando mal. Sin que realmente nunca lo reprochase, el objeto de su mirada calificante corría hacia su habitación, se tiraba en la cama y se ponía a llorar. El siguiente paso de este ritual era que uno de los hermanos y hermanas lo siguiera rápidamente para consolarlo. El consejo siempre era el mismo: «Anda y discúlpate».

Las últimas palabras de este drama de culpa y arrepentimiento eran siempre las mismas: «Papá, me porté mal. Te ruego que me perdones». Entonces, inmediatamente la mirada de mi padre se tranquilizaba y nos calmaba. El causante de los problemas recibía un beso y la vida regresaba una vez más a la normalidad.

A insistencia de mi padre, nuestras comidas eran la expresión perfecta de nuestro modo de vida. Con toda puntualidad, 1:30 pm de todos los días nos sentábamos a almorzar, y exactamente a las 8:30 pm otra vez para comer. Mi padre ocupaba la cabecera de la mesa, mi madre el otro extremo y nosotros, los niños, siempre nos acomodábamos de la misma manera a los lados de la mesa. Nino, nuestro mayordomo y chofer (y posteriormente Vittorio Emanuele o Giuseppe, con el transcurrir de los años), con sus guantes blancos le servía primero a mi madre, luego a mi padre, y luego a cada uno de los niños. La comida siempre era la misma: pasta, un plato principal y fruta. Comida sabrosa, abundante y nutritiva; sin entrada y sin postre, que se consideraban debilidades. No se permitía que nadie dejase nada en el plato porque habría sido un desperdicio, y el desperdicio —aunque nosotros vivíamos en la abundancia— era un pecado.

También era pecado no ir a misa el domingo. Peor aun, simplemente era inconcebible. Íbamos todos juntos a la iglesia de la parroquia del lugar todos los domingos, excepto en Navidad. En esta oportunidad, todos los años se permitía que el lado aristocrático de la familia pudiese expresarse y así asistíamos a la misa de medianoche en la Iglesia de los Caballeros de Malta o en la Iglesia del Santo Sepulcro. Mi padre era un Caballero del Santo Sepulcro, una organización religiosa de laicos que se remontaba a la época medieval que mantenía sus propios rituales, vestimentas y tradiciones

ancestrales. Después de la Misa del Gallo en la víspera de Navidad, acudíamos a una recepción en el Palazzo de los príncipes de San Vincenzo, el mismo *Palazzo* en donde el gran director italiano Luchino Visconti filmó la famosa escena del baile de su versión filmica del *Gato Pardo* con Burt Lancaster y Claudia Cardinale. Después me di cuenta, cuando leí por primera vez esta gran novela, que vivíamos en las postrimerías del mundo que Lampedusa había retratado.

Junto con la religión venían muchas de las tradiciones que, puesto que eran sicilianas, implicaban la comida. Recuerdo el *panelle*, delgados triángulos planos hechos con una pasta de harina de garbanzos y fritos en aceite caliente, y la *cuccia*, un dulce de cereales, queso ricota, azúcar y fruta confitada. ¡Qué delicia! Estos platos siempre aparecían en nuestra mesa el 13 de diciembre, día de la Fiesta de Santa Lucía, ocasión en que no se puede comer ningún platillo preparado con trigo, ni pan, ni pasta, ni pastel que contenga harina de trigo, porque la tradición dice que en un año de terrible hambruna, cuando había fracasado la totalidad de la cosecha de trigo, un barco cargado de cereal llegó al puerto de Palermo en la Fiesta de Santa Lucía, y era tal el hambre de los pobres ciudadanos, que hirvieron el grano de trigo entero y lo comieron sin esperar a que fuera molido para convertirlo en harina. De allí provenía la leyenda de que Santa Lucía había hecho un milagro para salvar a Palermo. Hoy en día se respeta esta tradición y los palermitanos han inventado varios platos suculentos para celebrar esta fiesta, ninguno de los cuales contiene trigo.

III

Un día de junio de 1953, mi padre llegó a casa tras de supervisar la cosecha en Imbriaca. Después de darme una mirada ominosa le dijo a mi madre: «es una tragedia que Lucca todavía no esté yendo al colegio. Sé que el hijo de uno de nuestros trabajadores empezó a ir al colegio cuando tenía cinco años, y aquí tenemos a Lucca que ya tiene casi seis y todavía no va a la escuela». El hecho de que mi nombre en diminutivo, Luchetto, hubiese dejado el lugar a Lucca, era significativo porque quería decir que yo estaba creciendo. Ese día, más que nunca antes, sentí sobre mis hombros el peso de las expectativas que tenía mi padre para mí.

Ese verano, en nuestra casa de la playa en Sferracavallo («herradura» en castellano, en referencia a la forma de la pequeña bahía donde estaba el pueblo), la señorita Serio, una profesora de primaria de Palermo me dio clases todos los días. Mientras que mis hermanos y hermanas seguían recogiendo moras y montando el burro de Cerdeña, yo me alistaba para entrar al mundo. Al término de ese largo y agotador verano, pasé los exámenes de admisión para entrar directamente al segundo grado de primaria, de tal manera que para gran satisfacción de mi padre, logré igualar al hijo de uno de nuestros trabajadores agrícolas.

Fui al Colegio Gonzaga, el mejor colegio privado de Palermo. El colegio estaba en un parque enorme y era administrado por sacerdotes jesuitas que habían alcanzado una excelente reputación por la excelencia académica y las elevadas exigencias de disciplina individual del colegio. Era una escuela solo para niños (mis hermanas asistían a una escuela privada conventual) y, más aun para los hijos hombres de las familias ricas, pero no para los nuevos ricos, sino solo para los ricos con nombre e historia. En Gonzaga no se admitía a los hijos de los recién llegados. Ir al colegio cada mañana implicaba una imponente procesión en compañía de Fräulein y el chofer que manejaba el gran Mercedes blanco. Primero dejábamos a mis hermanas en el Colegio del Sagrado Corazón, y luego nos dejaban a los tres hombres en Gonzaga donde el día comenzaba con la misa en la pequeña capilla.

De esos días recuerdo dos cosas: las rodillas inflamadas de estar arrodillados y el mandil negro con el cuello almidonado que teníamos que utilizar obligatoriamente. ¡Odiaba el mandil! En el jardín había una fuente de agua con varios surtidores y durante el recreo, a menudo, «accidentalmente» me mojaba el mandil, para tener la excusa de no volvérmelo a poner encima de los pantalones cortos antes de regresar a la clase. Durante años, mi única ambición era abandonar el mandil y poder ponerme pantalones largos. Mientras tanto, tenía una ambición de cumplimiento más inmediato, que era entrar al coro. Esta ambición no se debía a que tuviese un amor particular por la música o a que fuera un buen cantante. En realidad, no tenía oído para la música. Pero los miembros del coro usaban un mandil *especial*, que era un poco más tolerable que el mandil normal. Finalmente, compadecidos por mi patética persistencia, mis profesores aceptaron ponerme en el coro con una condición: podía hacer

los movimientos con la boca, pero bajo pena de ser expulsado inmediatamente, *no podía cantar*. Ni si quiera una nota.

Estaba enormemente satisfecho. El mandil especial me daba la sensación de que yo era una *bella figura*. Este concepto, que podría entenderse como «hacer buena impresión», prácticamente es parte de una religión seglar que comparten todos los italianos, pero especialmente los sicilianos para quienes la apariencia elegante tradicionalmente ha escondido, y en cierta medida transformado, la realidad de su pobreza. Más de una vez le he preguntado a algún amigo, después de dar un discurso, qué tal le había parecido, a lo cual me respondieron lo que considero una respuesta satisfactoria: «Lucca, dijiste un montón de tonterías pero, *causaste buena impresión*».

De regreso en mi casa después de los ensayos del coro, con mi mandil especial, no sentía ningún aprecio particular por la música. Es cierto que a menudo mi padre cantaba algunas líneas de un aria, como subrayando algún argumento que estaba tratando de presentar. Además, asistir a la ópera en el palco familiar del Teatro Massimo era otro ritual de nuestras vidas. Pero, si bien es cierto que nunca faltamos a la noche inaugural de la ópera, me entristece admitir que la música no era parte de nuestra alma. Era más bien motivo para vestirse elegantemente en ciertas ocasiones y ser parte de los comentarios de nuestra clase social, comentarios cuya frase más importante, como nos parecía a veces, era «causar buena impresión».

III

El espíritu rebelde que yo reprimía en mi casa salía a la luz explosivamente en Gonzaga. Durante mis primeros seis años en el colegio, siempre fui de los últimos de la clase. Rechazaba el estudio y escogía amigos que tenían la misma actitud. El resultado era que al final de cada año escolar tenía que soportar un sermón con mis padres donde les decían: «este año, lo vamos a pasar...». Pero había otra cláusula que no se decía pero que estaba fuertemente implícita: «pero probablemente el próximo año no pase». Efectivamente, cada año más y más de mis amigos se iban quedando atrás. Hasta que a los once años me quedé solo. Atilio, el último de mis obstinados compañeros, repitió porque su exasperado maestro descubrió que apenas podía leer, así que ese año fui el último de mi clase, yo solo.

Sin embargo, en el otoño siguiente algo cambió. Fue como si una voz interior me hubiese dicho: «¡Basta!» Apenas necesité un poco más de esfuerzo para tener éxito y pronto subí hasta estar entre los primeros de la clase donde me quede. Que uno pudiese cambiar completamente el curso de su vida fue una lección que tuvo un impacto permanente en mí. Si una persona podía decir «Basta», pensé después, ¿por qué no un grupo? Si un grupo podía, ¿por qué no todo un vecindario? y si podía hacerlo un vecindario, ¿por qué no toda una ciudad? Me convertí en buen alumno, pero todavía tenía problemas de conducta. Para pasar de año, se necesitaba sacar ocho en conducta. Con suerte, me sacaba siete, lo que significaba que continuaban las negociaciones de fin de año entre mis padres y la administración del colegio.

El padre Barbosio, que enseñaba ciencias, era uno de los profesores con los que más dificultad tenía para llevarme bien. Para mí, muchas de las cosas que decía eran cuestionables tanto científica como moralmente, y yo hacía arrogantemente todos los esfuerzos posibles para ridiculizarlo. También le hacía bromas infantiles. Por ejemplo, en medio de un experimento, me escabullía hasta el interruptor de electricidad y lo apagaba, inutilizando todo el trabajo que se había hecho. En los exámenes, les pasaba mis siempre excelentes apuntes a otros alumnos, especialmente a los que no habían estudiado.

Después de soportar esta conducta durante más tiempo del que debió aguantar, finalmente el Padre Barbosio me llevó a un lado para decirme: «Mira, es inútil seguir así. Te portas mal y tengo que sacarte de la clase. Y te tienes que quedar en el patio el resto de la hora. Vamos a ahorrarnos tiempo. En el momento en que yo entro al salón, tú sales». Así que durante dos años me pasé todas las clases de ciencias en el corredor, obligado a pararme derecho cerca de la puerta con los brazos cruzados, sin moverme y sin apoyarme contra la pared. El Padre Barbosio hacía preguntas a los demás alumnos sobre las lecciones anteriores en estricto orden alfabético y así sabían más o menos cuando los iban a llamar. Pero no a mí. En cualquier momento me podía permitir que entre al salón para contestar alguna pregunta. Posiblemente una consecuencia no intencional de este arreglo era que solamente yo estudiaba todo el curso.

Hacía problemas en gran medida porque estaba confundido prácticamente acerca de todo, aunque yo creía que tenía todo bajo control.

Esta arrogancia me la sacudieron en la secundaria cuando escuché que había uno o dos muchachos que sabían sobre sexo o que ya habían tenido relaciones. Utilizábamos la frase «tener relaciones» con arrogancia pero, por lo menos para mí, la realidad del sexo seguía siendo un misterio. Yo había crecido con una firme convicción en la ecuación que es fundamental en un determinado tipo de catolicismo: $\text{Cuerpo} + \text{Sexo} = \text{Pecado}$. Todo lo que tenía que ver con el cuerpo de hecho no solo era pecaminoso, sino tonto. Recuerdo que una vez durante nuestros poco frecuentes ejercicios gimnásticos, estábamos trepando una soga. Apenas había logrado levantar mi cuerpo un poco por encima del piso, pero ya me sentía virtuoso. «¡Mírenlo!» recuerdo haber pensado acerca de un compañero de clase que trepaba la soga con gran agilidad. «¡Es un tonto!».

No es sorprendente que haya vuelto loco a todos los maestros y autoridades del colegio. Ahora que reflexiono, no me siento especialmente orgulloso. No había nada gracioso en mi conducta. Pero no puedo dejar de sonreír cuando me acuerdo del director, al que un día saqué completamente de sus casillas y que me perseguía por el corredor tratando de darme una patada en el fundillo, que seguramente merecía. Di un giro para evitar la patada y se le salió volando el zapato, que terminó golpeando en la cabeza a un alumno que nada tenía que ver y que miraba esta extraordinaria escena con la boca abierta.

III

En otro país, en otro momento, posiblemente, el colegio hubiese sido una etapa de transición hacia la vida cívica. Pero no en la Sicilia de los años 50. Allí seguía siendo en la familia donde se aprendía la mayor parte de las lecciones de socialización. Recuerdo vivamente una tarde en la época en que tenía problemas de conducta en el colegio cuando mi padre llegó tarde al almuerzo. De por sí, esto ya era insólito. Los chicos atisbábamos entre las persianas, cerradas para protegernos del calor, esperando la llegada de su automóvil. Nunca se nos habría ocurrido almorzar sin su presencia. Ni habríamos podido, aunque quisiéramos. Giuseppe estaba con él, y para que nosotros pudiésemos comer, tenía que despojarse de su sombrero y chaqueta de chofer, para ponerse la chaqueta y guantes blancos antes de servir a la mesa.

Mi madre nos dijo que nuestro padre estaba visitando al Cardenal Ruffini, Arzobispo de Palermo, persona que yo colocaba apenas un peldaño por debajo del Papa, que estaba apenas otro peldaño debajo de Dios. Pero saber esto no hacía que la espera fuese más fácil. Finalmente, a las dos de la tarde, el automóvil entró por el camino delante de la casa. Mi padre ingresó y se disculpó bruscamente por la tardanza. Después nos sentamos a la mesa.

«¿Has estado con su Eminencia?» le preguntó mi madre después de que habíamos estado almorzando en silencio durante varios minutos.

«Sí», dijo mi padre sin levantar la vista.

«Has llegado bastante tarde», le dijo más o menos un minuto después.

«Sí. Tuvimos una larga conversación».

Mientras seguíamos comiendo, de repente me pareció que mis padres estaban solos y juntos en una habitación que los demás podíamos mirar, pero donde no podíamos ingresar. Era una habitación llena de miradas y pausas estratégicas, más que de palabras.

«¿De qué hablaron?».

«Ya sabes, Pina», dijo mi padre usando como pocas veces ese sobrenombre de mi madre, lo que subrayaba el sentido de un intercambio privilegiado entre ellos. «Su Eminencia me ha pedido que sea candidato de los demócrata-cristianos en las próximas elecciones. Me aseguró que tendría todo el apoyo de la Iglesia».

«¿Y?»., apuntó mi madre.

«No quise».

«¿Por qué?» mi madre no hizo la pregunta. Yo sí, en silencio y sin ni siquiera levantar la mirada. ¿Por qué no aceptaste ser candidato? ¡Mi padre podría haberse convertido en miembro del Parlamento y lo había rechazado! ¡Podría haber ido a Roma con los Ministros y Jefes de Estado y lo había rechazado!

Mi padre volvió a hablar, casi como si me estuviese respondiendo directamente:

«Si acepto representar a los demócrata-cristianos, tendría que aceptar los votos de la Mafia».

¡Finalmente había pronunciado esa palabra! La cabeza me daba vueltas. Me sentía casi como borracho por haber bebido un inesperado cóctel de ingredientes tan fuertes: el Cardenal, los demócrata-cristianos, la Mafia y

mi padre. ¿Qué tenía que hacer el Cardenal con la Mafia? ¿Qué eran los votos de la Mafia y por qué tenía que aceptarlos mi padre si era candidato de los demócrata-cristianos? Todos estas piezas hubieran encajado perfectamente si en ese momento yo hubiese sabido que el Cardenal Ruffini había recibido una carta de inquisición del Vaticano en respuesta a las acusaciones de un valeroso clérigo protestante acerca de que Sicilia estaba controlada por la Mafia. Ruffini había respondido con la que había sido su posición y la de la iglesia local durante décadas, que los sicilianos eran un pueblo decente y trabajador difamados por esas acusaciones. No existía ninguna organización llamada la «Mafia», sino exclusivamente delincuentes individuales.

La habitación intelectual privada que mis padres compartían estaba inundada de un sofocante entendimiento mutuo que también en otras oportunidades yo había percibido cuando, por ejemplo, todos estábamos listos para irnos al campo, con nuestras maletas ya colocadas en el mercedes negro, y de repente nos decían: «Ya no vamos a ir ahora». No podíamos ir, ni siquiera podíamos viajar de la manera acostumbrada: siempre de día y cuando era posible en caravana con otros miembros de la familia en varios automóviles, los adultos siempre en estado de alerta y con cuidado. Esto no se consideraba solamente tomar precauciones, sino simplemente la manera de transportarse, como parte de nuestra forma de vida. Solo muchos años después supe que existía el constante peligro de ser secuestrado. Finalmente, los secuestros desaparecieron, no porque la Mafia cambiase sus sentimientos hacia los habitantes de su propia tierra, sino porque simplemente se trataba de un delito que atraía demasiados carabinieri a las áreas rurales, impidiendo de esta manera otras actividades delictivas más lucrativas.

Tenía la misma sensación de que había algo que yo no entendía completamente cuando mi padre venía a casa y le decía a mi madre algo así: «Ví a Cavaliere Peppino. Me saludó y le contesté con cortesía. Menos mal que no pidió venir a la casa». O cuando veía su reacción ante algunos primos distantes que se habían aliado por matrimonio a familias cuyos apellidos se mencionaban acompañados de una mirada o tono de voz particulares. Estos temas estaban tan cargados de tabúes que los niños ni siquiera nos hacíamos preguntas entre nosotros, y menos aun se nos ocurría preguntarles a nuestros padres de qué se trataba todo este asunto. Había al-

gunas cosas que simplemente eran así. Si ya no podíamos ir al campo evidentemente había alguna razón. Si había alguna gente, incluso parientes, con la que no podíamos relacionarnos, evidentemente debía existir alguna razón, pero de eso no se hablaba.

Así que, aunque la sensación ya nos era familiar, en este memorable almuerzo había algo diferente. Fue entonces que la idea de la Mafia como realidad, y no solo como una palabra, empezó a vivir en mi mente. No solamente era malvada, sino ambigua, perversa y contaminante. Manchaba todo lo que tocaba e incluso lo que no tocaba.

Después, durante mi lucha contra la Mafia, circulaban rumores de que mi padre, el hombre de la moral más impecable que yo hubiese conocido, había sido un *consigliere* de la Mafia —el *consigliere* es un asesor fuera de la organización, a diferencia del *consigliere*, un abogado y asesor que está dentro de la Familia—. Era culpable por silogismo: era un hombre poderoso; los hombres de la Mafia eran poderosos; por consiguiente, debía tener relación con la Mafia. Cuando enjuicié al autor de la infamia y obtuve una sentencia judicial favorable con una compensación de 100 millones de liras, estos rumores se detuvieron inmediatamente.

III

El tema de la Mafia nunca fue mencionado en Gonzaga durante toda mi vida escolar, ni si quiera en la secundaria. No es que el tema fuese evitado. Simplemente no existía. Todos vivíamos en una burbuja de cristal, no solo los hijos de las familias adineradas que asistían al Gonzaga, sino todos los sicilianos. Nuestra ignorancia era a propósito. Hoy en día la llamaría a «negación». La Mafia podría muy bien haber sido invisible en tanto organización, pero se hacía evidente en sus operaciones, y no solo en el asesinato ocasional, sino también en el cambiante rostro de nuestra ciudad. Porque fue en los años 50 y 60 que se produjo lo que luego se conocería como el «Saqueo de Palermo».

Después de la guerra, finalmente se había producido la Reforma Agraria. Paradójicamente, el efecto no fue que unos cuantos campesinos obtuvieran acceso a unas pocas hectáreas de tierra, sino que muchos otros pudieron liberarse de la tierra. Cientos de miles abandonaron las propiedades agrícolas rumbo a la ciudad. Su llegada dio origen al auge de la

industria de la construcción de la post-guerra. En Sicilia, aproximadamente el 70% del producto bruto proviene del gobierno, y el gobierno siempre está construyendo, siempre está gastando dinero. Pero este auge de la construcción fue muy diferente a todos los demás.

Coincidió con el ascenso de dos jóvenes, Salvo Lima y Vito Ciancimino. Lima llevaba la sangre de la Mafia en sus venas. Era hijo de un mafioso llamado Vincenzo Lima. Ciancimino era un miembro «hecho» por la Cosa Nostra. Estos dos hombres ascendieron al liderazgo del Partido Demócrata-Cristiano de Palermo en los años 50, y constituyeron la primera generación de políticos con claros vínculos con la Mafia. A principios de los 60 Lima era alcalde de Palermo y Ciancimino era su comisionado de obras públicas, de lejos, la más importante de todas las direcciones municipales. Juntos supervisaron el diseño del infame «Plan de la Ciudad», que de hecho, se convirtió en el manifiesto del «Saqueo de Palermo».

Se urbanizó a la fuerza las áreas verdes de los alrededores de la ciudad, zonas que invariablemente pertenecían a «amigos de amigos», y cuyo valor inmediatamente se elevó por los cielos. Allí apareció un estilo de arquitectura que solamente se podría denominar Modernismo de la Mafia, conformado por ciudades dormitorio de cubos de cemento para los inmigrantes que llegaban de las áreas rurales, malhechas estructuras de indignidad abarrotadas de pobres que no recibían ningún servicio municipal después de ocupar sus viviendas (en algunas áreas de la ciudad no había conexiones de agua, gas ni electricidad, no solo durante unos días o meses, sino incluso años!). Cuando uno ve estas junglas de concreto, puede entender por qué los sicilianos eran los mayores consumidores *per cápita* de la Tierra, no solo de aceite de oliva, tomates y anchoas, sino también de cemento.

Lima y Ciancimino supervisaron la ejecución de los planos del «Saqueo» y permitieron que la Mafia supervisase todos los ámbitos del negocio de la construcción logrando ganancias astronómicas. En realidad, sus construcciones eran destrucciones disfrazadas. La maravillosa Concha de Oro, que una vez estuvo poblada de naranjales cuyas flores de azahar perfumaban el aire en la primavera, fue devorada por el cemento. Y el mismo destino le cupo a otras áreas como Pianna de Icolli, afamada por sus magníficas villas de los siglos XVII y XVIII. Mi padre logró salvar nuestro hogar convenciendo a las autoridades de que la designaran como de importancia histórica —esto le permitía contestar a quienes se le acercaban para com-

prar, derruir y por último reemplazar la edificación, que desafortunadamente tenía las manos atadas—. Pero muchos propietarios adinerados no tomaron estas medidas. De hecho, colaboraron con las construcciones de la Mafia. Se destruyó bellas mansiones estilo *art-nouveau* situadas a lo largo de la Via Libertà para dejar sitio a los edificios de departamentos. Se permitió que muchas estructuras protegidas por su categoría de hitos históricos decayeran, ya que sus propietarios esperaban que quedaran en condición particularmente peligrosa, para que se les autorizara a demolerlas.

El resultado fue la destrucción de la ciudad y de su espíritu. Además de las barracas de concreto en los alrededores de la ciudad, surgieron proyectos surrealistas como carreteras que llegaban a zonas sin salida y fábricas que nunca produjeron nada, mientras que el centro de la ciudad implosionaba debido al descuido. Los magníficos edificios moros y las iglesias normandas se deterioraban en medio de un descuido que hacía pensar en un bombardeo, igual que sucede con Bedford-Stuyvesant, el barrio de Nueva York. La población del centro de la ciudad disminuyó de algo más de cien mil habitantes a menos de cuarenta mil, casi de la noche a la mañana, y los que se quedaron vivían en una pobreza similar a la del Tercer Mundo.

Y mientras ocurría, se daba la reconversión de Palermo en la Mafio-polis, y nadie decía una palabra. El código de *omertà* o del silencio, que regía a la Mafia, hacía mucho tiempo que se había convertido en un mal nacional.

CAPÍTULO 2

En 1965, di mi último examen de secundaria. Se le llama el examen de Maturità y lo toma una comisión del gobierno concentrándose en un área de especialización académica. Yo había escogido griego y latín. El colegio público más prestigioso de Palermo era el Garibaldi y existía una vivaz competencia entre los alumnos de este colegio, a los que se les conocía como *Garibaldini* y los *Gonzaghini*, como nos llamaban a nosotros. De nuestro lado, la rivalidad estaba contagiada de envidia, no solo porque el Garibaldi era un colegio mixto, sino también porque tenía una historia académica tan buena como la del Gonzaga, sin la atmósfera represiva que caracterizaba a nuestro colegio.

Ese año obtuve las notas más altas de todos los exámenes de Maturità clásica de Italia. Me convertí en algo así como un fenómeno y aparecí en todos los diarios de Sicilia. En un súbito ataque de orgullo y entusiasmo, mi padre me compró un automóvil maravilloso, un Porsche rojo. Pero después de tomar distancia respecto de mis logros, decidió que no sería educativo que un joven de 18 años tuviese un automóvil tan llamativo y caro, así que más bien me compró un pequeño Fiat. Como no me había dejado tener ni siquiera una motocicleta, la idea de tener un automóvil me fascinaba.

Resultó que el diario vespertino comunista de la ciudad, *L'Ora*, organizó una competencia en la que el estudiante de la provincia de Palermo que obtuviese la mayor nota en el examen de Maturità clásica se ganaría diez días en Moscú, con todos los gastos pagados. Así que tan pronto

como se hicieron públicos los resultados del examen, fui a la sede de *L'Ora* para pedir mi premio. Después de una larga espera, me recibió finalmente uno de los editores. A medida que le explicaba quién era yo, su rostro cambió como si súbitamente estuviese obligado a conversar con un extra-terrestre. Corría 1965, punto álgido de la Guerra Fría, y aquí tenía delante suyo a un Gonzaghino, educado por los jesuitas, enemigos jurados de los comunistas, ¡tratando de recibir un viaje gratis a la Madre Patria!

«No puede usted participar», me dijo.

«¿Por qué no?».

«Porque usted ha estudiado en un colegio privado».

«Que haya estudiado en un colegio privado o que haya estudiado en Timbuktu no tiene nada que ver. Di los exámenes frente a un jurado público, ¡igual que todos los demás! Ustedes ofrecieron un viaje a quien obtuviera el puntaje más alto; yo lo obtuve».

Con una mirada que mezclaba el aburrimiento y el triunfo, me dijo: «Lo siento, pero no podemos permitir que un alumno de un colegio privado, y menos de un colegio religioso, vaya a Moscú».

El premio se lo llevó Salvino Mazzamuto, el muchacho que se había sacado la nota inmediatamente debajo de la mía. Él había asistido a un colegio público y era un miembro activo del movimiento de juventudes comunistas. Después se haría buen amigo mío.

Este episodio tuvo un efecto extraño en mi persona. Al principio fui embargado por un sentimiento de injusticia. Pero luego, a medida que se calmaban mis emociones, me empecé a preguntar si la mirada de desdén que había visto en los ojos del editor de *L'Ora*, de alguna manera estaría justificada. Era cierto que mi mundo social hasta el momento había estado enclaustrado por las paredes del Palazzo de mi familia en Palermo y nuestras villas en el campo y en la playa, y por las murallas que nos encerraban a mí y a mis compañeros en Gonzaga, todos nosotros, niños católicos ricos, hijos de papá. ¿Cuál era la relación entre el mundo real y el mundo de mi experiencia? ¿Con los ritos anuales como las fiestas de carnaval a las que asistía de niño vestido de Aladino o Pinocho, en las bellas habitaciones con murales en las paredes del Palazzo Ziino (los Ziino era grandes amigos de mi familia) junto con todos los demás niños Aladinos y Pinochos de las familias «correctas»? ¿O con las fiestas de Navidad del

Palazzo San Vincenzo, cuyos magníficos salones se llenaban con la crema de la aristocracia de Palermo? ¡No era de sorprender que los demás me consideraran como miembro de una especie extraña!

La perplejidad que estos pensamientos me causaron aumentó con otro encuentro que tuve en el verano de 1965. Un día, un amigo y compañero de colegio llamado Nanni vino a recogerme para que lo acompañase a San Martino, un bello lugar en las colinas que dominan Palermo. Había tenido una discusión con otro muchacho llamado Marco Lupo y quería que lo ayude a desquitarse. Cuando llegamos a San Martino, sin embargo, me di cuenta de que su pequeña discusión no era la verdadera razón del viaje. De hecho, Nanni estaba interesado en una chica llamada Valeria que estaba hospedada con la familia de Marco Lupo. Cuando llegamos, Valeria se acercó a conversar con nosotros. Con ella estaba su amiga Milli, la hermana de Marco Lupo. Milli se había arreglado el oscuro cabello con dos pequeñas colas de caballo, lo que resaltaba su pequeño y bonito rostro, parecido al de un conejo asustado. Como mi nota en el examen de Maturità me había dado cierta fama local, Milli inmediatamente me pidió mi opinión sobre la *Crítica de la Razón Pura* de Kant. Y yo, tonto de mí, no tuve mejor idea que dársela.

Nos paseamos bajo los pinos de San Martino, embebidos por el aire perfumado con el olor de las resinas conversando sobre filosofía hasta que nos invitaron a regresar a la villa para comer un pastel. La casa en realidad no pertenecía a los Lupo. La habían alquilado mientras construían su propia villa. Pero me impresionó porque me pareció muy diferente de las casas que conocía. Era una casa no solamente llena de bromas y risa, sino de verdadera felicidad. Me hizo darme cuenta la medida en que los hogares en que yo había vivido eran bellos, serenos y felices, pero nunca alegres. En esta emocionante residencia, la conversación pasaba de la filosofía al cine, de la historia a la música, mientras comíamos el pastel.

Poco después de esta oportunidad, viajé a Londres para estudiar inglés durante un mes. Un día sonó el teléfono. Era Milli que se estaba hospedando también en Londres y había obtenido mi número de Nanni. Durante las siguientes semanas visitamos la Galería Tate, el Museo Británico, la Torre de Londres y el Museo de Victoria y Alberto. Paseábamos por los parques, íbamos al teatro, vimos *Mi Bella Dama* y salimos del espectáculo tarareando juntos las melodías. El principal atractivo de Milli era su

normalidad. Me había enamorado de eso y de ella. Siempre la acompañaba a su casa en el subterráneo. Vivía en Watford, la última estación de la línea Bakerloo. Y luego yo regresaba eufórico a la calle Finchley donde vivía en una enorme casa convertida en hostel para estudiantes.

La permanencia de Milli en Londres terminó antes que la mía y la noche de su partida la llevé a una bulliciosa fiesta que los Jóvenes Conservadores habían organizado en el aeropuerto Heathrow, y luego la embarqué en el avión. Como regalo de despedida me dio *La Cartuja de Parma*. Al día siguiente empecé a sentirme mal, tan mal que unos pocos días después me interné en el Hospital Paddington. Tenía neumonía por segunda vez en mi vida. Llamé a mis padres sabiendo que se preocuparían si no escuchaban noticias mías durante un tiempo muy largo, y les dije que iba a ausentarme en un breve viaje.

¿Fue acaso el tono de mi voz? ¿De repente el tono de mi voz había sido demasiado despreocupado? ¿O fue algún sexto sentido? Sea lo que fuere lo que me delató, mi padre y madre llegaron al hospital de Paddington esa misma noche e inmediatamente me trasladaron a una clínica privada, el Hospital Italiano en Queen's Square en donde durante las siguientes tres semanas luché contra mi enfermedad mientras mis padres me acompañaban al costado del lecho y yo en medio de la fiebre seguía las Peripecias de Fabrizio, el personaje de Stendhal.

III

Ya era otoño cuando regresé a Palermo, justo a tiempo para matricularme en la universidad. Como no tenía ningún campo preferido y una prueba que había dado señalaba que estaba «calificado para cualquier facultad», seguí la tradición de la familia Orlando y me decidí por el estudio del derecho.

También mejoró mi relación con Milli que se había decidido a «normalizarme». Los miembros del mundo aristocrático en el que vivía se conmovían fácilmente hasta las lágrimas por los niños hambrientos de Biafra, pero nada sabían (o preferían no saber nada) de las tragedias cotidianas de la vida de los menos privilegiados de Palermo. A través de Milli descubrí que habían pobres y desplazados en mi propia ciudad. Mi primer impulso, debido a mi crianza, fue pagarle a alguien para que los ayudara. Milli ayu-

daba ella misma pero no hablaba de sus actos de caridad. Era el tipo de personas que le escribía al Papa diciéndole que la Iglesia debía hacer más por los pobres. ¡Escribirle al Papa! ¡Ni pensar! También me enseñó a nadar, a mí, que había pasado dos meses todos los veranos en una maravillosa villa en la playa y que tenía miedo del agua.

En 1968, después del terremoto que mató cientos y dejó a miles sin hogar en el Valle Belice en Sicilia, llevé camionadas de ropa y otros artículos de primera necesidad a la zona del desastre como parte de un esfuerzo organizado por una asociación de ex alumnos de Gonzaga. No llegué muy cerca de las víctimas pero, como los otros de mi clase, podía estar contento de haber hecho lo que en los Estados Unidos se denomina una tarea «para sentirse bien». Pero Milli sí participó activamente. Me llevó a conocer a una familia que había perdido su casa y su pequeña tienda. Tenían cinco niños, pero ya no los podían mantener. Desesperados habían ido a Alemania como «trabajadores invitados», llevándose a su hijo mayor con ellos. Los otros cuatro niños, de 1 a 8 años, nos los encargaron a Milli y a mí. Durante los tres años siguientes, después de acomodar a los niños en varias familias, actuamos como padres, encargándonos de su bienestar material y emocional. Cuando sus padres finalmente lograron ahorrar suficiente dinero para regresar a Sicilia, Milli y yo les presentamos a sus niños más pequeños que ya ni si quiera se acordaban de ellos.

Nunca hubiera emprendido la lucha contra la Mafia simplemente por mantener la ley y el orden. Luché porque sabía hasta qué punto los tentáculos de la Mafia estrangulaban a la gente común y corriente. Aprendí a preocuparme por esta gente en primer lugar, porque Milli me hizo abrir los ojos a su existencia.

III

Pertenezco a la cuarta generación de la familia Orlando dedicada al derecho, pero fui el primer Orlando en estudiar derecho en una facultad donde mi padre era, no solo catedrático, sino también el rector. Esto me colocó en una situación incómoda. Como la mayor parte de las demás universidades italianas importantes, en 1968 y 1969 la de Palermo fue ocupada por las protestas de los estudiantes, movimiento en el que participé aunque con las sospechas de mis camaradas. Después de todo, yo era el hijo del rector. Lo

que mis compañeros ni siquiera podían imaginarse remotamente era la atmósfera incómoda y acaso surrealista que reinaba en mi hogar cuando me sentaba a la mesa, a veces recién llegado de alguna tumultuosa manifestación. Ahí estaba yo, servido por Giuseppe ataviado en su chaqueta y guantes blancos, yo sentado junto a mi padre cuyos edificios acababa de ocupar y, sin embargo, nada se decía. El tema flotaba pesadamente en el espacio que nos separaba, pero nunca se convertía en materia de conversación.

Fue durante esta época que también conocí a un sacerdote jesuita, el padre Ennio Pintacuda, hermano de mi profesor de historia y filosofía en el Gonzaga y hombre que tendría un profundo efecto en mi vida. La familia Pintacuda era de origen rural, de Prizzi, el pueblo donde había nacido mi abuelo. Los tres hijos de la familia se convirtieron en sacerdotes jesuitas debido a que Sicilia es en realidad una gran ciudad pequeña, los Pintacuda eran gente que yo siempre había conocido sin realmente conocerlos bien. El padre Pintacuda era un hombre pequeño con nariz aguileña y de calvicie incipiente cuya cabeza parecía reposar directamente sobre sus hombros ligeramente jorobados. De hablar suave y ojos penetrantes que miraban detrás de gruesas gafas, el sacerdote transmitía una aguda inteligencia y sentido de cálculo. Me resultaba interesante su combinación de imperativos morales y pragmatismo político. Sostenía que el cambio social era el arte de lo posible, un proceso para llegar de un sitio a otro.

En los años subsiguientes, su habitación en el Centro de Estudios Sociales que había fundado junto con otros jesuitas, se fue llenando de libros, publicaciones, revistas, recortes y diarios amontonados en torres como la de Pisa que se inclinaban sobre los estantes, el piso y las sillas. Era hipnotizante verlo navegar en este caos benigno, con un cuerpo ágil que se empequeñecía ante su escritorio en el que periódicamente hacía pequeños espacios para poder escribir. Como descubrí posteriormente, el padre Pintacuda tenía una obsesión por la documentación, recortes de periódicos de todo tipo de temas, que cuidaba preciosamente durante mucho tiempo más que cualquier otra persona.

Utilizaba bien este material. En los años venideros se convirtió en la figura central de la lucha contra la Cosa Nostra y la corrupción política, que para él eran dos caras de la misma moneda. De antecedentes en la Democracia Cristiana, se sentía disgustado por la creciente evidencia de corrupción dentro del partido. Sin embargo, por razones evidentes, no

podía alinearse tampoco con los comunistas, a pesar de la valiente posición que estos ofrecían contra la Mafía. Así que trazó su propio curso, creando una serie de organizaciones dedicadas a construir cuadros de personas enérgicas y educadas que, junto con él, transformarían sus convicciones cristianas en acciones políticas.

Por mi parte, consideraba al padre Pintacuda como una persona con una visión del mundo social que llamaba poderosamente la atención y que yo apenas estaba comenzando a descubrir. Vio en mí un posible discípulo que podía ayudarlo a remoralizar la «sociedad siciliana». Al escogerme para desempeñar dicho papel, actuaba según la antigua tradición de los jesuitas que piensan que, si pueden cultivar un «líder», en último término tendrán la posibilidad de influir sobre miles de personas. Pronto Pintacuda se convirtió para mí en una figura paternal en un área, la política, que siempre había sido anatema para mi verdadero padre. Con el tiempo, se convertiría en mi consejero tanto espiritual como político.

Bajo la influencia del padre Pintacuda trabajé con otros estudiantes en la Fundación de la Asociación Artístico-Cultural Gonzaga, cuyo propósito era abrir las ventanas de nuestras mentes y forzarnos a estudiar temas más allá de nuestro pequeño mundo tan bien protegido. La asociación se reunía una vez a la semana en las habitaciones del padre Pintacuda en Casa Professa, los cuarteles jesuitas de Palermo y de toda Sicilia. Casa Professa es un anexo de unas de las iglesias más extraordinarias de Palermo, la Iglesia de Jesús y todo visitante resulta abrumado por la riqueza de los mármoles barrocos rosados, blancos, negros y ocre, así como también por el trabajo de estucado. A cada miembro de la Asociación Artístico-Cultural Gonzaga se le asignaba la lectura cuidadosa de un diario o revista, y cada semana nos reuníamos en las habitaciones del padre Pintacuda para discutir lo que habíamos aprendido. Se me asignó el semanario del Partido Comunista *Rinascita*, que tenía que estudiar y comentar, cosa que hice sin falta durante los dos siguientes años, aunque siempre con una cierta sensación de incomodidad. La revista propugnaba la crítica de todos los conceptos dominantes, excepto aquellos sobre los cuales ella misma descansaba. Me parecía de un tenor negativo y destructivo, pero aun así comprendía que la tarea que teníamos entre manos no era solamente adquirir información, sino sondear los significados y puntos de vista políticos. ¿Qué pensaban los comunistas de la política? ¿Por qué luchaban contra la

Mafia? ¿De qué manera trataban de que sus preceptos se materializaran en posiciones políticas específicas?

Mis padres aprobaban mi relación con el padre Pintacuda a quienes consideraban uno de los *maître à penser* («maestros pensadores») que moldearían mi forma de pensar de manera que yo fuese una persona útil, y si se supiera la verdad, también poderosa. La única persona que expresó ciertas dudas fue Milli, quien consideraba que el padre Pintacuda tenía cierta calidad maquiavélica. En momentos en que mi relación con Milli era problemática por un cierto debilitamiento de mi compromiso, la influencia que le permití al padre Pintacuda ejercer sobre mi persona se convirtió para ella en otro acontecimiento inquietante. En 1967, después que rompimos por enésima vez, Milli decidió mudarse a Catania, la otra gran ciudad siciliana, y asistir allí a la universidad. Durante los dos años siguientes, visitaba Palermo de vez en cuando y manteníamos también nuestra relación intermitente.

Ese mismo año, en el verano de 1967, asistí a la universidad de Heidelberg a estudiar alemán durante un mes en un *Ferienkurs*, o sea, «un curso vacacional». ¿Por qué a Heidelberg? Porque era la ciudad donde había estudiado mi padre a principios de los años 30 y recordaba sus historias de sobremesa sobre la cervecería Zum Zepp'l, donde los jóvenes estudiantes alemanes se retaban mutuamente a duelo con el propósito de cortar la mejilla de su oponente, y mientras más cortes, mayor la destreza; y mientras más cicatrices, mayor la prueba de valentía. Una de las primeras cosas que hice al llegar a Heidelberg, de hecho, fue ubicar el Zum Zepp'l, que sorprendentemente era exactamente como lo había descrito mi padre. En realidad, pasé mi mes en Alemania en una especie de recuperación proustiana del tiempo perdido, el tiempo de mi padre. Visité Unter Schloss Weg una callejuela al pie del castillo donde mi padre había vivido durante su residencia en esta ciudad. Tuve por lo menos una mirada de ese otro yo en el que él había vivido antes de convertirse en el esposo de mi madre y en mi padre.

Al regresar a Palermo, Heidelberg seguía en mis pensamientos y postulé a una beca del Ministerio de Relaciones Exteriores para estudiar en el Instituto Max Planck. Me aceptaron y me ofrecieron 800 marcos alemanes al mes (aproximadamente 100 dólares de la época). Era apenas una fracción de lo que yo gastaba para vivir, pero mi entusiasmo se basaba no solo en que asistiría a la universidad de Heidelberg a tiempo completo, sino que por primera vez en mi vida no era «el hijo de» alguien.

Inicialmente me alojé en el hostel de estudiantes, pero pronto decidí que si no salía a comer en restaurantes y más bien me alimentaba —por la suma de 1 marco por comida, tanto en el almuerzo como en la comida—, en la cafetería, y si además lavaba y planchaba mi ropa, podría pagar una habitación en Palmbräuhaus, una especie de pensión en el centro mismo de la ciudad que pertenecía a un italiano que también era dueño de un pequeño restaurante llamado Sole d'Oro («Sol de Oro»). Si dejamos de lado el nombre del restaurante, Heidelberg resultaba una ciudad fría y gris, y para protegerme contra los peligros del invierno septentrional, mis padres, que seguían preocupados por mi probable fallecimiento, me aprovisionaron de pesados abrigos, ropa interior larga, una serie de chaquetas, guantes forrados y hasta un sombrero de piel. Verdaderamente Heidelberg era una ciudad muy poco mediterránea pero me gustaba por la libertad que me permitía. Principalmente libertad de mi propia familia y de mi crianza. Los vientos revolucionarios de 1968 seguían soplando fuertemente en Alemania y en los viejos pasadizos bajo arcos de madera de la universidad medieval se escuchaban las voces de algunos de los estudiantes izquierdistas europeos más célebres. Uno era Rudi Dutschke, que salió con la idea de que los radicales deberían dejar de jugar con la revolución y comenzar la «larga marcha a través de las instituciones». Otro era Ulrike Meinhof, que creía en los principios opuestos y llevó la revolución un paso más allá hacia el terrorismo cuando fundó la banda Bader-Meinhof. Pero más aun me fascinaban dos de nuestros profesores, a cuyas clases nunca faltaba: Martín Heidegger y Hans Georg Gadamer, filósofos de fama mundial considerados más bien conservadores.

Me hice amigo de estudiantes de varias nacionalidades y pasados. John, de California, tenía un Peugeot que era la envidia de todos los estudiantes y cada fin de semana hacíamos una gira por la campiña alemana. Me hice amigo cercano de un estudiante griego que había huido de su país, en esa época gobernado por el «Régimen de los Coroneles», y por supuesto también hice muchos amigos alemanes. Uno de ellos fue mi profesor Christian Tomuschat, encargado de la sección italiana del Instituto Max Planck con quien jugaba fútbol todos los jueves por la tarde.

Para mí, estos amigos eran la representación de un mundo más grande. Para ellos, yo era la representación de Sicilia. «¡Ah, ahí viene el mafioso!» decían en broma. Esto fue antes del ascenso de los *corleonesi*, el clan de la

Mafia que pocos años más tarde establecería la relación entre Palermo y la muerte en las primeras planas de todo el mundo. Pero aun en esta época, la Mafia empezaba a aparecer poco a poco en las noticias, principalmente como consecuencia de lo que luego se llamó la Primera Guerra de la Mafia a principios de los años 60, nombre que se utilizaba cuando nos encontrábamos en medio de un segundo conflicto mucho más apocalíptico. La competencia para apropiarse del botín del Saqueo de Palermo llevó a un enfrentamiento entre diferentes facciones de la Mafia que culminó cuando la explosión de un coche mató a varios policías y expertos en desactivación de bombas en 1963.

Podría haberme sentido agraviado cuando mis amigos alemanes me llamaban el mafioso, pero me hacía el desentendido en medio de risas. Estaba seguro de que la Mafia nada tenía que ver conmigo y, más aún, de que yo nada tenía que ver con la Mafia.

III

Después de dos años en Heidelberg regresé a Palermo para ocupar un puesto en la facultad de derecho, convencido de que finalmente me había desembarazado de la mayor parte de mis ataduras emocionales. Mi relación con el padre Pintacuda se intensificó y bajo su influencia llevé a cabo un estudio denominado «Subdesarrollo, Poder Cultural y la Mafia», para una conferencia que organizó nuestra Asociación Artístico-Cultural en 1970. Fue la causa de un escándalo. No porque hubiese dicho las cosas por su nombre o formulado acusaciones directas acerca de los cómplices en el mundo político siciliano; ni porque discutiese el Saqueo de Palermo o describiese como la Mafia contaminaba nuestra cultura. De hecho, el ensayo era más bien obtuso y trataba a la Mafia como si fuera una tribu en algún valle remoto y que no había tenido contacto con ninguno de nosotros. El estudio causó un escándalo simplemente porque era la primera vez que un no-comunista, un católico de la especie Gonzaga jesuítica escribía sobre el tema. No había ninguna epifanía como en el Camino a Damasco. Prácticamente como todo el mundo en Sicilia, mis pensamientos llegaban a borbotones. Si me había adelantado a la mayor parte de mis conciudadanos, era simplemente gracias al apuntalamiento moral de unas cuantas personas como el padre Pintacuda y mi propio padre. Existía gran evi-

dencia sobre el grado de peligro que entrañaba identificarse con este tema. En nuestro pasado reciente habían varias casandras: un puñado de sindicalistas, un valiente pastor protestante y unos cuantos comunistas. A la mayor parte no los ignoraban, sino que simplemente los asesinaban. No se trataba de los asesinatos altamente notorios que se producirían en unos pocos años, sino de unos cuantos golpes prácticamente inaudibles en la noche siciliana.

Aun así, sabía que estaba tomando un camino sin retorno. En mi condición de abogado, me daba cuenta de que el ámbito del derecho era un lugar donde se podía librar la batalla. Después de la primera guerra contra la Mafia, se creó una Comisión contra la Mafia, cuyos resultados alentaron a las autoridades a dar una respuesta jurídica. Pero, si bien se enjuiciaba a algún mafioso de vez en cuando que incluso terminaba en la cárcel, no había acciones dirigidas a la Mafia en sí. La opinión del padre Pintacuda fue también la mía. Hacer cumplir la ley era solo parte de la tarea que teníamos por delante. Además de los juicios y encarcelamientos, de alguna manera teníamos que inyectar anticuerpos inmunizadores a la cultura siciliana.

III

Mi intuición de que el problema de la Mafia constituiría la tarea de mi vida probablemente me dio la confianza para proponerle matrimonio a Milli, con quien había mantenido una relación con sobresaltos durante mi estadía en el extranjero. Subsistían tensiones entre nosotros, pero parecía que simplemente servían para fortalecer nuestra unión. Ahora que ya tenía yo un puesto en la Universidad de Palermo y también estaría trabajando en el estudio de abogados de mi padre, había llegado el momento de tomar nuestra relación en serio.

Aunque no pertenecía a «nuestro mundo», mis padres habían adoptado a Milli por su lealtad y amor hacia mí. Al escogerla, había actuado en contra de las leyes no escritas de nuestra clase, pero ¿qué importaba? Mi madre también se había «casado por debajo de su clase».

Nuestro compromiso tenía que celebrarse con la tradicional *acchianatta*, antiguo término siciliano derivado del verbo *acchianare*, «trepar». Antigüamente, cuando dos jóvenes querían comprometerse, según la costumbre,

los padres del posible novio hacían una visita formal a los padres de la novia elegida «trepano las escaleras» hasta el sitio de su residencia. Allí había pasteles y una pequeña botella de vino Rosolio, y los padres del joven alababan su moralidad, capacidad para el trabajo tenaz y sus futuras perspectivas financieras. A su vez, los padres de la novia alababan su religiosidad, excelentes habilidades como ama de casa y, lo que a menudo se consideraba más importante, la dote que aportaría a su esposo. De hecho, los términos de emparejamiento ya habían sido negociados por un mensajero antes de que se produjese la reunión, pero había que respetar el ritual a cabalidad. Después de un par de horas, la novia y el novio eran invitados y «presentados» formalmente el uno al otro, y luego se declaraba el compromiso de manera oficial.

Mis padres y yo teníamos que ir a la residencia de los Lupo, no para comer pasteles y tomar vino Rosolio, sino a una cena. Mi madre le había entregado su anillo de compromiso, un maravilloso brillante, a la novia de mi hermano Antonio cuando se comprometieron (Antonio, el más rebelde e independiente de nosotros siete, se había casado a la edad de 18 años y ya era un feliz padre de familia). Para Milli, mi madre fue a Bulgari, el joyero italiano de más prestigio de Roma, y le compró un anillo que igualaba en valor y apariencia al que ya había entregado. Todo fue arreglado y confirmado. Nos esperaban en casa de los Lupo a las 9 para cenar.

A las 4 de la tarde de ese memorable día, levanté el teléfono y en medio de un ataque de pánico llamé a Milli. «No quiero comprometerme», le lancé. «Lo siento pero no puedo ... ¡No puedo!».

Ni lloró, ni se molestó. No gritó «¡Estás loco!»; como tal vez debió haber hecho. Lo aceptó e inmediatamente empezó a pensar qué hacer respecto de la visita que se había preparado tan meticulosamente. Nos pusimos de acuerdo en que yo le contaría a mis padres y ella le contaría a los suyos que habíamos roto el compromiso.

Cuando le expliqué a mi madre que había cambiado de opinión, su reacción fue mixta. «El matrimonio y el compromiso son cosas muy importantes que no se deben hacer a la ligera», me dijo: «Así que si no estás seguro, no debes forzar las cosas». Pero entonces, después de una corta pausa, entró en juego el *bon ton* de sucesivas generaciones de Cammaratas: «Pero hay una cuestión de propiedad, de buenas maneras. Estas personas nos han invitado a cenar y no podemos dejar de ir. El compromiso pue-

de haber terminado pero no podemos faltar a la cena. Voy a poner el anillo en la caja fuerte y le llevaré otra cosa a Milli».

Mi madre tenía un brazaletes de oro bastante bonito que mi padre le entregó cuando yo nací y al que ella se sentía muy apegada. Sin embargo, lo envolvió cuidadosamente en papel de seda y luego los tres nos fuimos a cenar con los Lupo.

Milli vivía con su familia en un enorme departamento en un ático muy bello con una vista sobrecogedora de toda la ciudad. Cuando llegamos, la casa y la terraza estaban todas iluminadas, y había jarrones de flores colocados artísticamente en todas las habitaciones. La mesa había sido decorada elegantemente con un mantel bordado. Cuando nos sentamos a cenar, me sentí en medio de una situación casi cómica. Seis personas cenando de maravilla (la madre de Milli era una excelente cocinera), bebiendo vino excelente y enfrascados en una encantadora conversación, aunque ya no tenían ninguna razón para cenar juntos formalmente.

Haber compartido esta cena esa noche y habernos divertido tanto probablemente fue la causa de que un año después, en 1971, Milli y yo finalmente *sí* nos comprometiésemos. Esta vez el anillo de diamantes de Bulgari fue rechazado, porque podía tener mala suerte y se compró otro en su lugar. Tras dejar de lado todos los temores e incertidumbres, nos casamos en la Iglesia del Magione, una maravillosa iglesia de carácter histórico y de corte árabe-normando situada en uno de los antiguos barrios árabes de Palermo. Milli estaba vestida con un traje blanco y un velo igualmente blanco con borde de organza y un delicado arreglo de flores blancas en el pelo que enmarcaba su adorable rostro. Nuestro matrimonio fue el matrimonio de la temporada, concitando la asistencia de aristócratas, mis amigos de Gonzaga, importantes abogados y miembros de la clase media profesional. Todos los hombres asistieron en frac y sombrero de copa, y todas las mujeres vestidas casi tan magníficamente como la misma Milli. Los columnistas sociales de los periódicos estuvieron ocupados durante días y días describiendo la recepción para cientos de invitados que se ofreció en el Club Savoia, el club más exclusivo de la nobleza palermitana y que aún llevaba el nombre de la exiliada familia real italiana.

Pasamos nuestra luna de miel durante un mes en México y luego nos fuimos a Nueva York y Canadá antes de regresar para instalarnos en una pequeña casa donde vivimos durante los siguientes 25 años. Tuvimos dos

bellas hijas cuyas fotografías nunca aparecieron en los diarios, como tampoco las de Milli, debido a mi temor de que pudiesen ser asesinadas por la Mafia, que no hacía ningún secreto de sus intenciones de asesinarme a mí.

CAPÍTULO 3

¿Por qué me involucré en la lucha contra la Mafia? ¿Por qué comencé a pronunciar esta palabra y a repetirla hasta que se convirtió prácticamente en una obsesión? Habían los detalles: el asesinato de nuestro médico; las afirmaciones de mi padre diciendo que no podía ser candidato a un puesto del gobierno porque la Mafia había corrompido nuestra política; pero la razón básica, como me di cuenta luego, era la percepción de mi propia identidad siciliana. Mi familia y el padre Pintacuda pusieron en marcha el proceso que da lugar a esta toma de conciencia. Fue el padre Pintacuda, en especial, que no solo pronunció la palabra «Mafia», sino que empezó a utilizar una definición. Fue él quien me llevó a darme cuenta de que la Mafia no era solamente una oscura fantasía, sino un verdadero fenómeno sociológico. No lo hizo debido a algún interés abstracto o perverso en el tema (que para muchos sicilianos se aproxima al interés en la pornografía), sino porque estaba interesado en el crecimiento de la comunidad y en el desarrollo de la democracia, y sabía que la Mafia era un obstáculo para ambos. El interés del padre Pintacuda en la Cosa Nostra creció paralelamente al proceso por el cual la organización se estaba haciendo prácticamente invisible. La combinación de la primera guerra de la Mafia y de la Comisión contra la Mafia que la siguió forzaron a la Mafia a ocultarse y a reagruparse a principios de los años 70. Fue la época también del terrorismo en Italia y la lucha contra las Brigadas Rojas monopolizó la atención de las autoridades. De hecho, la situación se hizo tan desesperada que presuntamente algunos funcionarios del gobierno se

pusieron en contacto con mafiosos encarcelados como Tommaso Buscetta, quien posteriormente se convertiría en el primer delator de la Mafia, para tratar de convencerlos de infiltrarse y dar información sobre los terroristas que también estaban encarcelados. Pero mientras la atención de Italia se dirigía a otro fenómeno, la Mafia no dormía; estaba transformándose en una organización diferente con objetivos diferentes. Después de que se rompió la conexión de la heroína entre Marsella y los Estados Unidos, la llamada «Conexión Francesa», en 1974, la Mafia siciliana silenciosamente llenó el vacío. Antes, había contrabandeado cigarrillos y otros artículos. Ahora estaba instalando laboratorios de heroína y utilizando estas redes, junto con su conexión genética con la Cosa Nostra de los Estados Unidos, para iniciar un tráfico que convertiría a Sicilia en la capital mundial de los narcóticos.

Y la capital de esa capital era Palermo. Participar en la política de la ciudad era, por tanto, la consecuencia natural de la acción social que propugnaba el padre Pintacuda. Y en Sicilia, participar en política significaba involucrarse con el Partido Demócrata-Cristiano.

Mi posición era por lo menos ambivalente. Los demócrata-cristianos se habían convertido en la era de la post-guerra en el bastión contra el comunismo, inclusive el euro-comunismo que Occidente consideraba como el primer paso de una resbalosa ladera. Los líderes y gobiernos iban y venían, pero los demócrata-cristianos eran eternos. Incluso durante el período de su hegemonía, el partido se había cerrado, haciéndose opresivo, ineficiente, clientelista, moralmente comprometido: todas estas cosas me hacían rechazarlo a pesar de ser yo un cristiano militante que debería haber sido un miembro natural. Todo esto sucedía antes de que la red que conectaba a los demócrata-cristianos con la Mafia fuese sacada a la luz. Pero incluso sin estas revelaciones, era evidente que el partido constreñía la gama de opiniones y reducía el espectro de lo permitido, de manera que era imposible incluir cualquier tipo de idealismo en el proceso político bajo su control.

Pero entonces sucedió que, debido a la preocupación por el terrorismo y a la economía, los italianos (aunque no los sicilianos) rechazaron a los demócrata-cristianos en las elecciones nacionales de 1975. El partido cayó a su punto histórico más bajo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El padre Pintacuda y yo consideramos que esto era un signo de esperanza.

Probablemente el partido podría renacer para crear una política que fuese verdaderamente cristiana y verdaderamente democrática. Esta esperanza se fortaleció con la presencia en la escena política siciliana de un hombre llamado Piersanti Mattarella.

Aunque tenía 12 años más que yo, Mattarella también era catedrático de la universidad y, por tanto, colega mío. Había hecho su aprendizaje profesional en el estudio de abogados de mi padre y la primera vez que lo conocí fue cuando invitó a mi familia a su matrimonio. Pero aparte de dicha ocasión y de los tradicionales saludos de Navidad y Semana Santa, nunca habíamos tratado socialmente.

Piersanti era hijo de Bernardo Mattarella, uno de los demócrata-cristianos más poderosos de Sicilia durante la era de la post-guerra. Sin embargo, la estrella de Bernardo se opacó rápidamente después de que su nombre apareció en un informe de la minoría comunista en la Comisión Parlamentaria contra la Mafia señalándolo como el hombre que «había tratado de incorporar fuerzas de la Mafia entre los demócrata-cristianos para utilizarlas como un instrumento de poder». Piersanti, *nunca* habló de su padre. Evidentemente, era un tema extremadamente penoso para él y, por cierto, el dolor se hacía prácticamente tangible en los casos en que alguien, con gestos o con palabras, le insinuaba «tú, eres diferente...». Aun así, la experiencia de su padre y de su partido probablemente eran responsables del indesmayable deseo de Piersanti de eliminar cualquier conexión de ese tipo entre los demócrata-cristianos.

Cuando conocí a Piersanti Mattarella era Comisionado del Presupuesto del gobierno regional siciliano y autor de una propuesta para realizar una reforma completa de la anticuada burocracia de la región. Tenía delante mío a un hombre que proponía las leyes que se necesitaban desesperadamente para que Sicilia entrase a la edad moderna. Me parecía que hablábamos el mismo idioma, el idioma de una nueva cultura administrativa, funcional, moderna y europea.

Una mañana a principios de 1976 visité a Mattarella en su oficina. Era un hombre alto, de ojos azules y elegante, imbuido de una profunda dignidad. Mientras barboteaba mi deseo de participar en sus tareas políticas, me miró y dijo: «No tienes de qué preocuparte». Podría haberse estado refiriendo a la situación pasada y presente del partido así como a mi evidente incomodidad pero, de hecho, dejé de preocuparme en el mo-

mento. Piersanti era amable y de suave hablar e inspiraba confianza. A pesar de que el escenario político siciliano estaba corrompido, consideraba que la política de por sí era un arte noble. Estaba tan seguro de sí mismo que nunca actuaba como si necesitase la aprobación de los demás y, sin embargo, sentía un profundo respeto por las demás opiniones. Era un católico verdadero y devoto, y por instinto un hombre tímido, dotado de una tranquila valentía.

Al final de nuestra primera conversación, sentí que era *un deber* hacer lo que pudiera para apoyar sus esfuerzos de limpiar el sistema político siciliano así que, finalmente, saque mi carné del partido. Sin embargo, me quedaba claro que no debía convertirme en miembro del Partido Demócrata-Cristiano, sino del partido Piersanti Mattarella.

III

Piersanti había formado un grupo llamado *Política*, integrado por jóvenes profesionales —como yo mismo— que se reunían una vez a la semana para discutir bajo su guía los temas de actualidad y sus posibles soluciones. Era un grupo obsesionado por la política, pero nuestras discusiones realmente se trataban de la ética, como lo indicaba el título de las conferencias y debates que organizábamos: «Fe y Política», «Compromiso Cristiano en la Política», «Ética y Política».

El padre Ennio Pintacuda estaba próximo a nuestro movimiento y a menudo lo invitábamos a hablar en nuestras conferencias o debates. Él, a pesar del hecho de que Piersanti sospechaba de los jesuitas y de lo que consideraba sus «agendas ocultas», era mucho más próximo a los «franciscanos y salesianos», cuya humildad, según él, reflejaban mejor el mensaje cristiano de amor.

La primera gran acción de Mattarella se produjo en el Congreso Regional de 1976 que realizaron los demócrata-cristianos en el Hotel Zagarella, un edificio moderno de varios pisos de propiedad de Ignazio y Nino Salvo, dos primos relacionados con Salvo Lima y Vito Ciancimino, y el Saqueo de Palermo. Los Salvo eran una metáfora de todo lo que estaba mal en nuestra sociedad. ¡Habían amasado una enorme fortuna después de haberse autodesignado cobradores de impuestos de Sicilia, puesto que les permitía retener el 10% de todos los impuestos que cobraban!

Habían invertido en bienes raíces, viñedos, hoteles, propiedades con las que habían formado una red compleja con conexiones con la Mafia. Los Salvo eran conocidos como los «grandes electores» del Partido Demócrata-Cristiano y tenían fama según ciertas personalidades políticas, de que, con ellos, «ya se había exprimido completamente el limón», después de lo cual ese limón no sería reelegido.

En el Congreso de 1976 Piersanti causó furor al rehusar que se incluya su nombre en el *listone*, la «gran lista» de candidatos para delegados del Partido Demócrata-Cristiano encabezada por Vito Ciancimino quien, desde que presidió el Saqueo de Palermo, alternativamente había dominado la política de la ciudad o desaparecido entre bambalinas. Desafiando a Ciancimino, Piersanti insistió en encabezar una lista minoritaria de sus propios candidatos donde figuraba mi propio nombre —la regla era que cualquier lista debía recibir por lo menos 10% del voto para tener representación—. A pesar del hecho de que Ciancimino compró a uno de los delegados de Piersanti a último minuto, no logró impedir que obtuviésemos los votos necesarios, así que afirmamos nuestra presencia en el partido.

Durante el año siguiente, trabajamos mucho para ampliar nuestra influencia, diciéndoles a los electores que íbamos a limpiar el partido y hacer que rindiese cuentas. En 1978, Mattarella fue elegido presidente de la Región de Sicilia por un voto de nuestro parlamento, y yo me convertí en su asesor legal. Asumí el puesto al mismo tiempo que empezaba a producirse uno de los acontecimientos más terribles de la historia italiana reciente. La mañana del 16 de marzo, las Brigadas Rojas secuestraron al presidente Aldo Moro, dejando tras de sí los cadáveres acribillados de sus cinco guardaespaldas. La noticia interrumpió inmediatamente todos los programas de radio y televisión y en minutos barrió el país. Tan pronto como la hube escuchado, corrí a la oficina de Piersanti.

«Es el fin del presidente Moro», le dije.

Sombriamente Piersanti respondió: «También es mi fin».

No estaba seguro de lo que quería decir. Es verdad que él consideraba a Moro como su punto de referencia en el Partido Demócrata-Cristiano a nivel nacional. Pero, ¿cuál era la relación entre el secuestro de Moro y Piersanti? No me había dicho que esa misma mañana había recibido sus primeras amenazas de muerte, pero no de las Brigadas Rojas sino de la Mafia.

Los 55 días siguientes estuvieron llenos de angustia por el destino de Aldo Moro y de discusiones al más alto nivel sobre si se debería negociar con los terroristas. Luego, el 9 de mayo se encontró el cadáver de Moro en un auto Renault rojo, que deliberadamente había sido estacionado equidistantemente entre las sedes de los partidos Demócrata Cristiano y Comunista en Roma. El país fue estremecido por el golpe.

Todo esto fue una bendición para la Mafia. Italia estaba preocupada con las crecientes tensiones de la Guerra Fría y, especialmente, con el terrorismo. Durante los años 70 se produjeron aproximadamente 3000 actos de violencia, de los cuales menos del 10% ocurrieron en Sicilia. A medida que las Brigadas Rojas absorbían la atención de la policía, otros temas retrocedían en importancia. No fue por accidente que la Comisión contra la Mafia, que había estado haciendo el seguimiento de la Cosa Nostra desde la primera guerra de la Mafia a principios de los 60, ahora fuese desarticulada. Con esto se produjo la falsa impresión de que había ya resuelto el problema, a pesar de la escalofriante conclusión de su informe final: «Existe una estructura criminal que, al erigir una barrera impenetrable que excluye a las autoridades no involucradas opera para apoyar o proteger las actividades delictivas de la Mafia».

Lo que la Comisión no dijo, y no sabía, era que la Mafia ahora suministraba casi el 50% de la heroína que se enviaba de contrabando a los Estados Unidos. A fines de los 70 había instalado varios laboratorios de heroína en Sicilia. Entre 1976 y 1980, cuando se descubrieron los primeros laboratorios, se exportaron varias toneladas métricas de heroína pura que redituaron utilidades de aproximadamente 600 millones de dólares.

III

Mi oficina de asesor legal del presidente estaba en el primer piso del Palazzo d'Orleans, que alguna vez fue propiedad del Duque de París. Se trataba de una bella edificación en la plaza detrás del Palacio Normando. La oficina de Mattarella estaba en el segundo piso y ahí pasaba yo tanto tiempo como en mi propia oficina.

Durante los dos años en que me desempeñé como asesor legal de Piersanti, preparamos varias leyes, la más importante de las cuales fue una ley que transfería la responsabilidad de una gran porción del presupuesto

regional de manos de los comisionados regionales a las ciudades sicilianas. A su manera, fue una ley revolucionaria. Durante años, la posición del comisionado regional había aumentado en poder, gracias a su capacidad de mover millones de dólares en una dirección o en otra mediante una simple firma. Sin un sistema de controles y contrapesos, el puesto se había hecho vulnerable a la penetración de la Mafia. El propósito de nuestra ley era que ese dinero llegase directamente a las manos de los diversos municipios que presuntamente debían beneficiarse con el gasto, de manera que fuese menos apetitosa la suma de dinero que se podía gastar mediante una simple firma. Me aboqué a trabajar en los detalles de cada artículo de la ley, que finalmente fue aprobada por el parlamento regional.

Piersanti también fue responsable de la aprobación de una ley que forzaba a Sicilia a respetar el código de construcción que durante más de una década había estado vigente en el resto de Italia. Esta medida parecía inocua, pero era un paso en un terreno peligroso. Ningún presidente regional anterior se había atrevido a entrometerse en los reglamentos y códigos de construcción de Sicilia, y especialmente el de Palermo, donde estaban bajo el control exclusivo de la Mafia y sus testaferros en el mundo político.

Exenta de todo control, la ciudad de Palermo, por ejemplo, había otorgado seis contratos para la construcción de seis escuelas en seis distritos diferentes de la ciudad. Para cada uno de los contratos solo una empresa de construcción había presentado una oferta. Esto sería poco corriente en cualquier ciudad, pero era sorprendente en una ciudad donde existía tal hambre de trabajo y donde el negocio de construcción, sin importar las bondades del producto, era una actividad floreciente. Piersanti ordenó una investigación acerca de las circunstancias en que se produjeron dichos acuerdos y descubrió, sin mucho esfuerzo, que las seis empresas constructoras que presentaron las ofertas ganadoras estaban conectadas con los *capimafias* de los seis distritos donde se iban a construir los colegios. Cuando los asesores de Piersanti le presentaron este hallazgo, tuve que suprimir una sonrisa. ¿Cómo podrían ser tan tontos estos jefes de la Mafia para no permitir que otra empresa presentase una oferta, aun si solamente fuese para crear la apariencia de una competencia abierta? Mi sorpresa solamente mostraba el grado de mi ignorancia acerca de la mentalidad de la Mafia.

Lentamente empecé a comprender el principio de control territorial. Armar un tinglado de equidad no era costumbre de la Mafia. La supremacía

era el punto. Cuando su propia empresa era la única que presentaba una oferta, la Mafia daba una lección objetiva de soberanía. Todo el mundo podía darse cuenta de que el dominio de los seis jefes era absoluto y no era sujeto de ninguna delicadeza de corte burgués.

Una mañana, mientras Mattarella y yo estábamos rumbo a una reunión, nos encontramos con un hombre de nombre Mignosi que estaba investigando los contratos de los colegios. Se le veía destemplado y hablaba con voz tensa.

«Señor Presidente, necesito hablar con usted».

María Trizzino, la jefe de personal de Mattarella, interrumpió diciendo: «El señor Mignosi está extremadamente preocupado, señor Presidente».

«¿Por qué?» preguntó Piersanti.

«Bueno», dijo dubitativamente la señora Trizzino, «ha encontrado cosas muy particulares. Tiene miedo que alguien le haga pagar».

«¿Hacerle pagar a él?», preguntó Piersanti. «¿A él por qué? Todo el mundo sabe que yo soy el que quiere que se haga esta investigación. Deben hacerme pagar a mí». Actitudes como esta para protegernos a todos los demás lo convirtieron en el blanco de la Mafia.

III

Una tarde, Piersanti y yo estábamos manejando rumbo a Cefalù, el famoso puerto costero al este de Palermo. Mientras nos desplazábamos a lo largo de un tramo recto del camino bordeando el mar a nuestra izquierda, abrí mi maletín y saque algunos documentos que había preparado para la firma de Piersanti. Se referían al borrador de una ley que estábamos preparando para aumentar el número de inspectores de obras públicas de Sicilia forzándolos a rotar regularmente de una ciudad a otra. Ello impediría que estas personalidades extremadamente poderosas que toman decisiones sobre el gasto de los fondos para las construcciones públicas fuesen objeto de la corrupción de las empresas de propiedad de la Mafia. Esta nueva medida no recibió mucha publicidad, pero igual que la investigación de las seis escuelas, era una daga que apuntaba al corazón del *statu quo*.

«Piersanti, ¿en verdad sabes lo que estás firmando, o no?», le pregunté.

«Sí, por supuesto».

«¿No crees que es peligroso?».

«Solo estamos haciendo nuestro deber», dijo indiferentemente. «Ni más, ni menos».

Su respuesta fue casual, para tranquilizarme, pero no tuvo ese efecto. Antes, tal vez, podríamos haber supuesto que un alto funcionario público como Piersanti estaría seguro. Tradicionalmente, el credo de la Mafia había sido: «Siempre dentro del Estado; nunca abiertamente contra el Estado». Pero la Cosa Nostra estaba cambiando. Iba a demorar que entendiésemos la profundidad del cambio, pero ya estaba quedando claro que las cosas eran diferentes.

En los años venideros hubo una irrupción de nostalgia por la «antigua Mafia», la Mafia de las reglas y el honor entre ladrones; la Mafia romántica que nunca hería a las mujeres y a los niños. Por supuesto que esta Mafia nunca existió. Los jefes de lo que se podría considerar la «antigua Mafia» eran hombres sin piedad. Uno fue Stefano Bontate, un jefe de Palermo, que alcanzó fama por llegar una hora tarde a una reunión y arrogantemente decir a quienes lo esperaban: «Discúlpeme por llegar tarde. Tuve que cambiar una llanta y estrangular a Stefano Giacona». Otro fue Gaetano Badalamenti, jefe de Cinisi, una zona cerca del aeropuerto que había aumentado en importancia con el crecimiento del tráfico de narcóticos. Fue famoso el incidente en el que Badalamenti abofeteó a un parlamentario durante los años 70 cuando dicho personaje no le dio resultados. Y cuando Giuseppe Impastato, hijo de un «hombre de honor», se reveló contra los lazos que su familia tenía con la Mafia y, desde su puesto de locutor principal de una estación local de radio, empezó a poner sobrenombres ridiculizantes al viejo jefe, Badalamenti lo hizo asesinar, a pesar de los ruegos del padre del joven.

Aparte de su maldad, los jefes como Bontate y Badalamenti habían mantenido su obsesión por la invisibilidad que siempre había orientado a la Mafia. Para ellos, las buenas noticias eran cuando no había noticias. La Cosa Nostra tenía que trabajar desde adentro, sin perturbar el equilibrio social del que era un elemento crucial. Sobre todo, debía coexistir con la autoridad, antes que desafiarla directamente.

Pero el comercio con las drogas había puesto a prueba esta visión del mundo. Las ganancias eran enormes y creaban un grandiosismo arrogante al tiempo que abrían las ventanas a un mundo sin límites. Más aun, una facción nueva y particularmente homicida, amoral incluso según los niveles

de la Mafia, estaba surgiendo dentro de la Cosa Nostra. Eran los corleoneses, así llamados por el nombre del pueblo de Corleone, de donde provenían. El padrino de esta facción era Luciano Leggio, el hombre que había asumido el control de los corleoneses después de asesinar al médico de mi familia. Leggio, un psicópata que portaba un cuchillo de tipo bayoneta para saldar cuentas, finalmente fue enviado a la cárcel en 1974, pero seguía ejerciendo el poder a través de dos de sus secuaces más feroces. Uno era Bernardo Provenzano, conocido como *u tratturi*, «el tractor», debido a su capacidad casi mecánica para llevar a cabo asesinatos. El otro, más hábil y peligroso, era un hombre bajo, de ojos redondos, llamado Salvatore («Totò») Riina, *la belva*, o sea, «la bestia».

Bontate, Badalamenti y otros mafiosos más sofisticados de las ciudades, llamaban *viddani*, «campesinos», a los corleoneses. Estos jefes de las grandes ciudades se sentían más vulnerables ante la ley y querían atraer la menor atención posible hacia sí mismos. Desde la primera Guerra de la Mafia, habían dominado la *cupola*, o Comisión, organismo gobernante compuesto por los *capifamiglia* («jefes de familia») más poderosos y con mayor autoridad, y mediante la cual toda la Mafia siciliana determinaba la política y mantenía la paz en las provincias occidentales de Sicilia. Pero a los corleoneses no les interesaba ni ser complacientes ni la perversa versión de constitucionalidad que manejaba la Cosa Nostra. No hacían ninguna sutil distinción entre los símbolos de autoridad y los enemigos dentro de la Mafia misma cuando elegían sus blancos. Lentamente empezaron a cambiar nuestra realidad.

Para la Cosa Nostra existía una jerarquía de homicidios. Un asesinato «normal» de un *picciotto* que se había portado mal, por ejemplo, yacía bajo la autoridad del capofamiglia. Un asesinato «excelente», de algún político o funcionario de la ley de la zona, por decir, requería del permiso de la Comisión. Un asesinato «supremo», de una personalidad importante, a veces era decidido por una Comisión ampliada que incluía a los jefes en representación de otras provincias sicilianas.

Siguiendo este protocolo, en 1977 los corleoneses solicitaron a la comisión permiso para asesinar a Giuseppe Russo, coronel de los *carabinieri*, que había estado investigando los contratos firmados para la construcción de obras hidráulicas en las afueras de Corleone. Se negó el permiso. La última cosa que quería la Mafia era empezar a asesinar policías. Pero los corleoneses

de todas maneras mataron a Russo, disparándole mientras estaba de vacaciones, y luego trataron de aniquilar su reputación también, haciendo circular insinuaciones de que había sido asesinado por el marido celoso de una mujer con la que se acostaba. Pero, por lo menos en este respecto, no tuvieron éxito. Unos pocos años más tarde, en reconocimiento de su valentía, se entregó una medalla de oro en memoria del coronel Russo.

El siguiente «cadáver excelente» (la frase proviene del título de una película del director italiano Francesco Rosi) fue Boris Giuliano, sub-jefe de la policía de Palermo, asesinado a tiros el 21 de julio de 1979. Yo lo había conocido unos pocos años antes cuando trabajaba en el estudio de abogados de mi padre. En esa época, los diarios habían publicado el falso rumor de que mi padre tenía intenciones de ser candidato a la alcaldía, lo que llevó a algunas llamadas telefónicas mal intencionadas e incluso a algunas amenazas de muerte explícitas. Llamé a Giuliano, que vino a verme y me sugirió algunas precauciones de seguridad. En ese momento se mostró hábil y confiado. Ahora estaba muerto, acribillado mientras tomaba su café matutino en una cafetería. Fue la primera persona que yo hubiese conocido, incluso casualmente, que fue objeto de un asesinato violento y brutal. A partir de los informes periodísticos, supe que en el momento del asesinato, Giuliano estaba siguiendo la pista de una maleta llena de dinero encontrada en el aeropuerto Punta Raisi de Palermo. Seguramente narcodólares provenientes no solamente del tráfico de drogas, sino también de los laboratorios que aparentemente él había sido el primero en descubrir en suelo siciliano.

El siguiente fue el juez Cesare Terranova, quien acababa de regresar a Palermo como fiscal después de pasar varios años en Roma como miembro del grupo parlamentario del Partido Comunista. Terranova era un hombre valeroso que había formulado acusaciones contra los miembros más importantes de la Mafia, inclusive Luciano Leggio, arrestado después de la primera Guerra de la Mafia. Había sido miembro de la Comisión contra la Mafia, pronunciándose contra el «halo de protección» que obtenían los jefes de la Mafia gracias a sus conexiones políticas. Fue uno de los primeros grandes enemigos de la Cosa Nostra en «seguir el rastro del dinero» mediante la investigación de los registros bancarios y financieros.

El 25 de septiembre, unos pocos semanas después del asesinato de Giuliano, Terranova subió a su automóvil con un asistente. Tres asesinos

se les acercaron y acribillaron el automóvil. Luego, para asegurarse de que Terranova efectivamente había muerto, le dieron un «tiro de gracia» en el cuello.

La muerte de Terranova exigía una interpretación más compleja que la de Giuliano, que podía interpretarse como un momento fatal en el interminable juego entre ladrones y celadores. Terranova había desempeñado un papel político durante muchos años y también había sido juez. Ahora estaba volviendo a utilizar la investidura de magistrado. Su asesinato fue la confirmación de que la Mafia ya no estaba dispuesta a seguir viviendo confinada.

III

Un par de meses antes de la muerte de Boris Giuliano, Piersanti decidió que había llegado el momento de «abrir» Sicilia, que durante tantos años había estado encerrada en sí misma, a las inversiones de los adinerados europeos del norte. Esta estrategia tenía sentido desde el punto de vista económico. El desarrollo crearía riqueza y, paralelamente, expectativas de una vida ordenada. También empezaría a romper el poder de la Mafia. Piersanti tenía una visión del desarrollo de Sicilia no basado en unas cuantas instalaciones industriales de gran escala, frecuentemente la causa de contaminación y perjuicio al medio ambiente, sino en muchas industrias pequeñas e intermedias, como las que contribuyeron al florecimiento del norte de Italia. Por primera vez, un presidente de la región siciliana se reunía con los jefes de la Asociación Industrial de Lombardía (Lombardía es la región de Italia septentrional cuya capital es Milán). Luego encontramos otra área que se acercaba mucho a la idea que tenía Piersanti del desarrollo, y que era una región rica y de gran éxito: Baden-Württemberg, en Alemania. Como yo había estudiado allí y hablaba alemán, Piersanti decidió enviarme para una reunión inicial con los empresarios alemanes locales. Expuse la posición de Sicilia suficientemente bien como para que unas semanas después Piersanti y yo tuviésemos que ir juntos a Stuttgart, Alemania. Esta visita tuvo un gran éxito. Piersanti se reunió con Lothar Späth en la oficina del Presidente de Baden-Württemberg y se puso de acuerdo en que en algún momento después del año nuevo, se suscribirían los acuerdos que permitiría importantes inversiones alemanas. Regresamos a casa embarga-

dos por la euforia. ¡Grandes posibilidades se abrían ante nuestros ojos! ¡Aparecían prometedoras perspectivas de futuras inversiones y trabajos, edificios donde se pudiese vivir y caminos que llegasen hasta algún destino, para todo el pueblo de Sicilia!

En 1980, la Bajada de Reyes cayó en domingo. Para los italianos, la Bajada de Reyes significa el fin de la temporada de fiestas de Navidad y Año Nuevo (*epifania tutte le feste si porta via*, dice el dicho popular, lo que significa que «la Bajada de Reyes termina con todas las fiestas»). Aproximadamente a la una de la tarde de ese día, mientras me paseaba cómodamente vestido en mi casa tomándome mi tercera taza de café, di una mirada a la televisión. El programa era uno de estos espectáculos tontos que dominan las emisiones televisivas de las mañanas del domingo en Italia, pero justo en el momento en que desviaba mi atención vi la leyenda que pasaba por la parte inferior de la pantalla: «¡El Ex-Presidente de la Región Siciliana, Piersanti Mattarella ha sido gravemente herido!». Quedé congelado en el instante. El mensaje volvió a pasar y luego cambió sutilmente: «¡El Ex-Presidente de la Región Siciliana, Piersanti Mattarella ha sido mortalmente herido!».

Mi cerebro parecía incapaz de reaccionar. Me sobresalté ante el prefijo «Ex-». Debió haber sido un error de mecanografía. Piersanti no era el «Ex-» de nada; era el Presidente de la Región Siciliana, pero las palabras aparecían una y otra vez: «Piersanti Mattarella abaleado en su automóvil en Via Libertà».

Me vestí rápidamente y me apresuré hacia Villa Sofia, el hospital donde lo habían internado. Ahí descubrí que no estaba «mortalmente herido», sino muerto. Lo habían asesinado cuando se aprestaba a ir a la misa del domingo en su automóvil, sin chofer, a quien había dado el día libre para que lo pasara con su esposa e hijos. Piersanti fue asesinado frente a su esposa. Ella incluso le había rogado al asesino que no lo abaleara.

No sabía qué hacer. No sabía dónde ir. No sabía en quién confiar ni a quién temer. Instintivamente, junto con los otros colegas de Piersanti llegué a duras penas hasta la oficina. Todos esperábamos que, ordenando los papeles o haciendo algún tipo de trabajo rutinario, pudiéramos salir de nuestra pesadilla. Pero Piersanti siempre había sido un hombre pegado al detalle. Ningún documento o papel estaba fuera de su sitio. No había nada que hacer.

El cuerpo de Piersanti yacía en capilla ardiente en sus habitaciones del segundo piso del Palazzo d'Orleans. En la pared a la cabecera de su féretro, colgaba una bella pintura que mostraba el enfrentamiento entre dos caballeros. Una escena siciliana tradicional pintada por un pintor siciliano de un típico pueblo siciliano, Corleone. Por un momento, Piersanti estaba rodeado solamente por aquellos que habían trabajado con él. Pero luego sucedió algo inusual. Cientos de familias sicilianas con sus hijos formaron cola frente al féretro de Piersanti para rendirle homenaje. Madres con coches de bebés, padres que llevaban de la mano a sus hijos e hijas.

El día del funeral de Piersanti fue gris, húmedo y sombrío. Sus amigos y yo cargamos el féretro en nuestros hombros con nuestros rostros húmedos de lágrimas y lluvia. En la atiborrada catedral, el Cardenal Arzobispo de Palermo, Salvatore Pappalardo, se refirió a la maldad. Ninguno de nosotros se imaginaba que este sería el primero de muchos terribles funerales que se llevarían a cabo en esta catedral. O que las palabras del Cardenal adquirirían gran fuerza, convirtiéndose en una antorcha que iluminó nuestro camino a través de la oscuridad en la que nos había sumergido la Mafia.

Piersanti fue asesinado el seis de enero. Al día siguiente recibí una llamada telefónica de Stuttgart: «Acabamos de escuchar las noticias. Estamos terriblemente apenados, pero en vista de esta situación, debemos anular todos nuestros acuerdos».

Todas las relaciones con los empresarios de Baden-Württemberg fueron suspendidas. Las relaciones entre los industriales lombardos y Sicilia murieron antes de nacer.

CAPÍTULO 4

La primera llamada telefónica reclamando responsabilidad por el asesinato de Piersanti vino de un grupo terrorista fascista. No podíamos descontar completamente esta posibilidad. Piersanti había efectuado unos vagos acercamientos a la izquierda. Pero también lo había hecho Aldo Moro, que fue asesinado por las Brigadas Rojas de izquierda. La mayor probabilidad estaba en la Mafia, que nunca reclamaba la responsabilidad de ninguno de sus asesinatos. La hostilidad que manifestó Piersanti hacia Ciancimino, y todas las cosas que defendía Ciancimino, era de todos conocida. La hostilidad de Piersanti hacia los primos Salvo, que también provenían de Salemi, una pequeña aldea de la misma provincia de Trapani, de la que provenía la familia del mismo Piersanti, también era un hecho bien conocido.

Estos eran los hombres, junto con sus socios y partidarios, que Piersanti había escogido como sus propios enemigos. Y ahora estaba claro que era esta correlación de fuerzas la que lo había matado, no tanto por lo que había hecho, sino por lo que representaba y por lo que podía llegar a hacer si hubiese continuado investigando la conexión entre las finanzas, la construcción y la política. En este sentido, Piersanti fue y sigue siendo la figura pública más ilustre que haya sido asesinada como precaución.

Antes yo habría podido discernir un camino ansiado: hacer que el Partido Demócrata-Cristiano fuese una residencia habitable para quienes no deseaban vivir en un estado de colusión con la Cosa Nostra. Ahora me parecía haber perdido mi orientación. Un amigo cercano, el Barón

Giancarlo Valenti, fue uno de los pocos en comprender la medida en que me había afectado la muerte de Piersanti. Trató de penetrar en mi depresión, pero no pudo hacer contacto. Una noche vino a visitarme trayéndome una brújula amarrada con una cuerda.

«Tal vez esto te ayude a encontrar el camino», me dijo mientras me amarraba la brújula al cuello.

Dos meses después, Giancarlo regresaba del campo en una noche lluviosa cuando su auto patinó en la autopista y cayó en un riachuelo, muriendo inmediatamente. Me dejó su gran residencia, la Villa Virginia, a donde posteriormente nos mudamos Milli, yo y nuestras hijas.

III

Para 1980 se había programado elecciones al Consejo Municipal de Palermo. El hermano de Piersanti, Sergio, y otros amigos y seguidores de Mattarella, me instaron a levantar la bandera caída.

«Lucca, tienes que postular al Consejo», insistía Sergio.

«Son las primeras elecciones después de la muerte de Piersanti. Los asesinos tienen que ver que podrán haberlo matado a él, pero no a sus ideas».

Acepté postular e inmediatamente hice una visita de cortesía a Salvatore Mantione, el alcalde saliente. Era un farmacéutico y además presidente de la Asociación de Farmacéuticos de Palermo. Me invitó a visitarlo en su casa. Aunque estábamos recién a principios de abril, el clima estaba bastante templado. Me invitaron a pasar a un salón de atmósfera pesada. Por entre las rendijas de las persianas de madera vi las cortinas de lino a medio cerrar, entraban rayos de sol que dibujaban sombras en el piso. Un hombre mayor, ataviado con una bata, apareció indicándome cortésmente un sillón para sentarme. Se produjo uno de esos momentos rituales sicilianos.

«¿Puedo ofrecerle una taza de café?» me preguntó cuando nos sentábamos al mismo tiempo.

«Sí, gracias».

Mientras movía el azúcar en su casa a media luz, me dio una mirada de curiosidad con un toque de compasión.

«¿Por qué está haciendo esto?» me preguntó. «¿Meterse en política en Palermo? ¡Mire lo que me ha causado ser alcalde de Palermo!».

Examiné su rostro melancólico y el mensaje de pesimismo que llevaba grabado en él, y me di cuenta de que este hombre que parecía tan agobiado, en realidad apenas era de edad mediana, prematuramente envejecido por su trabajo. En ese momento, sentí que tenía que cambiar de opinión.

Si hubiese sido solamente otro candidato demócrata-cristiano, me habría inundado con ofrecimientos de «ayuda». Pero tenía el respaldo de los amigos de Piersanti y representaba su filosofía, así que nadie ofreció ayuda y yo tampoco la pedí. En las primeras etapas de mi campaña, un viejo sabio palermitano, que me habló en dialecto siciliano, me advirtió: «Profesor, a usted se le respeta. No lo conoce mucha gente, pero los que sí lo conocen votarán por usted, y lo van a elegir. Pero solamente va a llegar hasta Baby Luna, solo hasta allí».

El Baby Luna era un bar situado en el puente que cruza el río Oreto, que en esa época era un cuerpo de agua maloliente y contaminado que separaba la ciudad de algunos de los suburbios de alta densidad construidos por la Mafia, como Brancaccio, Ciaculli y Croceverde Giardini. De hecho, cuando empezaron a recibirse los resultados de las elecciones, parecía que yo estaba entre los diez primeros candidatos. Pero cuando empezaron a llegar los votos de los distritos de más allá de Oreto, caí en la votación. El viejo tenía razón. Llegué hasta el río Oreto, pero no más lejos. Y me eligieron, pero con las justas.

Como la mayor parte de los ciudadanos siempre había evitado el Palazzo delle Aquile, nuestro palacio municipal y símbolo de todo lo que estaba podrido en Palermo. Ahora, iba a ocupar mi lugar en la magnífica Cámara del Consejo. Al subir la gran escalera de mármol, miré por las grandes ventanas posteriores en arco hacia una de las más bellas vistas de Palermo, la iglesia árabe-normanda de San Cataldo, con sus tres característicos domos de ladrillo rojo, y al costado, la iglesia conocida como La Martorana, dotada de un campanario del siglo XII. Era reconfortante mirar el paisaje, pero cuando entré para empezar con mis deberes de concejal me encontré sumergido en una atmósfera surrealista. Recuerdo una de las primeras reuniones donde se tenía que discutir sobre un contrato de construcción de varios millones de dólares para realizar viviendas populares, y tomar la respectiva decisión. Dije lo que me parecía evidente: que todo contrato debía de ser sometido a una licitación pública. El jefe de grupo de concejales demócrata-cristianos inmediatamente mencionó a

un respetable jurista que había dado una opinión autorizada en el sentido de que el contrato podía ser otorgado sin licitación —pronto descubrí que siempre había un jurista «autorizado» dispuesto a defender «autorizadamente» las posiciones de los mafiosos—. Le indiqué que me gustaría hacer una pequeña presentación sobre las razones por las que yo había previsto votar en contra de dicho método. Justo en el momento en el que me ponía de pie, otro consejero me jaló de la manga y me susurró: «¡Cuidado! ¡Disparan!».

Primero pensé que estaba bromeando, pero después me di cuenta de que sus palabras eran una verdadera advertencia. Quedé conmocionado. Pero seguí adelante y dije lo que tenía que decir. Pero no atacé el proceso, como había previsto hacer. Me pronuncié y voté contra el proceso, pero eso fue todo. Seguía escuchando esas palabras: ¡Disparan! Por supuesto sabía que disparaban, después de haber visto el cadáver de Piersanti. Después me daría cuenta que mi temor podría haber sido una respuesta natural pero que había sido un error táctico. Es mejor oponerse a la Mafia en voz alta que hacerlo erróneamente. La Mafia sabe qué posición mantienen las personas, incluso antes que se pronuncien. Pero si expones tu oposición en voz alta, también se enterarán los no-mafiosos y eso puede salvarte la vida.

III

El ataque contra los representantes del Estado, que empezó con los asesinatos del Coronel Russo, Boris Giuliano, el Juez Terranova, y luego Piersanti, no se detuvo.

Emanuele Basile era un capitán de los *carabinieri* que retomó las investigaciones de Giuliano sobre las drogas que se embarcaban en el aeropuerto de Punta Raisi. Había rastreado el tráfico hacia la ciudad continental de Boloña (Italia se encontraba en el medio de una epidemia de adicción a la heroína) y específicamente a un tío de Totò Riina y primo de Luciano Leggio. En mayo de 1980, justo cuando comenzaba a reorientar sus investigaciones sobre narcóticos hacia las cuentas bancarias de los sospechosos que investigaba, Basile, con su hija de cuatro años en brazos, fue asesinado por tres pistoleros que se le acercaron por detrás y lo acribillaron con una media docena de balas en la espalda mientras presenciaba una procesión

de la Fiesta de la Santa Cruz, en el pueblo de las montañas de Montreal. Unos meses después, cuando todo el que podía se había inventado una excusa para poder irse a la costa, Gaetano Costa, el fiscal principal de Palermo, se atrevió a soportar el calor sofocante para salir antes de la hora de cenar para comprar algunas revistas y discos que quería llevar antes de irse de vacaciones con su familia al día siguiente. Un asesino solitario lo siguió desde su casa y, en una de las principales calles del centro de la ciudad, vació su revólver en el rostro y cabeza de Costa. Costa quedó tan desfigurado que pasó una hora antes de que las autoridades se dieran cuenta de que tenían delante otro cadáver ilustre, en este caso el de un hombre que muchos años antes había empezado a advertir a los miembros de la Comisión contra la Mafia que debían revisar con cuidado las acciones de los funcionarios locales y los contratos que estos firmaban, porque «solo en apariencia se trataba de contratos regulares».

La confianza de Gaetano Costa en la mayor parte de sus colegas era tan reducida, que a menudo coordinaba reuniones «accidentales» con algunos de los pocos colegas en quienes *sí* confiaba, como Rocco Chinnici, jefe de la otra entidad fiscalizadora de la ciudad, la Oficina de Magistrados de Investigación.*

Costa y Chinnici se reunían en un ascensor para discutir las investigaciones que realizaban independientemente, mientras el ascensor subía y bajaba, y volvía a subir. El grupo de concejales demócrata-cristianos de la ciudad se reunió apresuradamente para preparar una declaración sobre el asesinato de Costa que iban a presentar para la aprobación del Concejo. Algunos concejales que yo ya había reconocido como títeres de Ciancimino objetaron decididamente el uso de la palabra «Mafia» en el documento. Insistieron en que se utilizase el término «criminalidad», como por ejemplo en «dicha criminalidad, como la que desafortunadamente existe en cualquier gran ciudad».

* Los fiscales y jueces italianos son todos «magistrados», profesión para la cual son elegidos mediante un concurso a nivel nacional. Durante su carrera, pueden fácilmente pasar del papel de fiscal al de juez, o viceversa. La oficina de Magistrados de Investigación de Palermo (Chinnici) tenía encargada la tarea de revisar los casos presentados por la Oficina del Fiscal (Costa), ampliar las investigaciones y acusar o declarar la inocencia de los acusados. Los magistrados investigadores ocupaban la vanguardia de la lucha contra la Mafia.

La discusión se acaloró. La reacción que más me impresionó fue la de un ambicioso y joven consejero de nombre Giuseppe Insalaco, que durante toda su carrera política había estado próximo a la Mafia.

«¿Cómo piensa esta gente?», lanzó súbitamente Insalaco. «¿No quieren usar la palabra “Mafia”? ¿Por qué? ¿Hay entre ellos algún Don Peppino, *capomafia* de algún distrito sin importancia que estaba preocupado por la Mafia? ¿No se han dado cuenta todavía que los Don Peppino y sus jefes ya no pueden evitar que se use esta palabra?».

De la boca de Insalaco, este era un claro indicio de que había terminado la época en que se podía negar la existencia de la Mafia. Antes, usar la palabra era equivalente a hacer una línea en la arena. Ahora ya no se podía negar que la Mafia existía, aunque todavía era imposible identificar siquiera a uno de sus miembros.

III

Durante casi un año, luché como concejal de la ciudad, sintiéndome cada vez más inútil y frustrado. Junto con el padre Pintacuda traté de encontrar una manera para avanzar en cuestiones como la moralización de nuestro gobierno y cultura. Decidí organizar un debate, junto con Pio La Torre, cabeza del Partido Comunista siciliano y miembro del parlamento, sobre el tema de la «Política y la Mafia». Lo llevamos a cabo en el Palacio Municipal de Montreal, un pequeño pueblo en las colinas alrededor de Palermo afamado por su catedral, una pequeña joya arquitectónica que contiene uno de los mosaicos italianos más maravillosos, así como un inigualable claustro de puro estilo árabe-normando. Durante el evento, La Torre atacó a mi partido y a Vito Ciancimino, mencionándolo por su nombre, como la punta de convergencia de los dos términos del debate. Yo era profundamente anticomunista y sabía que el partido Comunista tenía sus propias razones nefastas para atacar a la Mafia, es decir, desacreditar al partido en el poder, pero aun así había adoptado la posición correcta en el debate.

Pio La Torre me retó a suscribir una petición que estaba haciendo circular en contra de los misiles Cruise que se iban a instalar en Comiso, un pueblo pequeño en la zona este de Sicilia. Estuve de acuerdo, principalmente porque consideraba que la presencia de una base militar contribuiría

a disminuir las pobres perspectivas económicas de esta área tan deprimida. Después, la reacción del Partido Demócrata-Cristiano de Sicilia fue tan violenta que me dejó sin habla. Se me atacó en público y en la prensa local. La disensión, incluso en cuestiones internacionales no directamente relacionadas con la Mafia, perturbaba el clima de aceptación y estancamiento que era característico de la Sicilia de esta época. Se prohibía cualquier interrupción del *status quo*.

Una tarde estaba regresando a Palermo desde Roma y por casualidad me encontré en el aeropuerto con Pio La Torre, que realizaba el mismo viaje. La Torre era un hombre de un carisma personal extraordinario, parte del cual provenía de su franqueza y su capacidad de ir directamente al fondo de cualquier asunto. Estaba del lado correcto no solo en la cuestión de la Mafia, sino también en muchas otras, y había luchado, por ejemplo, por la restitución de los derechos de los campesinos y trabajadores agrícolas, muchos de los cuales seguían viviendo en condiciones casi feudales en los años 60 y 70. La Torre fue uno de los primeros en comprender el peligro que representaba la enorme riqueza ilegal que habían acumulado los mafiosos y fue él quien presentó una ley al parlamento que permitía al Estado confiscar los activos, cuentas bancarias y propiedades que comprobadamente fueran fruto de estas actividades delictivas. Este fue el ataque más audaz que se había dado contra la Cosa Nostra. Más radical aún fue la estipulación en esta ley por la cual el pertenecer a la Mafia debía ser considerado un delito.

Cuando vi a La Torre en el aeropuerto de Roma, dije riendo: «¿has visto lo que pasa cuando uno se pone de tu lado?».

«No. ¿Qué?».

«Hoy mismo el secretario de mi partido me ha atacado violentamente, porque firmé tu petición sobre los misiles».

La Torre sonrió y dijo: «¡Y nos acusan a nosotros de ser *antidemocráticos!*».

III

Cuando empezó a subir el conteo de cadáveres en 1981, teníamos a todos los cadáveres ilustres de los hombres que habían tratado de llevar a la Mafia ante la justicia. Pero la mayor parte de los muertos eran los

mismos mafiosos, asesinados cuando empezó a nuestro alrededor lo que entonces llamábamos la Segunda Guerra de la Mafia.

La primera Guerra de la Mafia había consistido en batallas entre facciones opuestas. La Segunda Guerra fue subrepticia, debido a que su comandante en jefe, Totò Riina, había sido descartado por los más elegantes capos de las grandes ciudades por ser un asesino sin miramientos. Posteriormente, cuando fue finalmente arrestado, Riina argumentó que era un hombre sencillo, *un analfabeto*, sustentando su argumentación al hacer uso incorrecto de este sustantivo, uno de los pocos sustantivos del idioma italiano que siempre termina con la letra «a» normalmente indicativa del género femenino. Pero era un hombre de una feroz ambición, con gran sed de poder y firmemente decidido a alcanzar el control absoluto de la Cosa Nostra, lo que comprendía el alud de ganancias que había empezado a obtenerse gracias a las drogas. Las autoridades encargadas del cumplimiento de la ley no eran las únicas que obstaculizaban su camino. Los jefes de las grandes ciudades extremadamente cautelosos también eran un problema debido a su credo de «nunca contra el Estado; siempre dentro del Estado», así que debió enfrentarse a ambos.

El primer signo de lo que tramaban los corleoneses se dio en 1978, cuando Giuseppe Di Cristina, jefe del pueblo de Sicilia oriental llamado Riesi, acudió a la policía para delatar a esta secta que había asesinado al Coronel Russo y que se disponía a matar a otros, y que además estaba empezando a eliminar a sus rivales dentro de la Cosa Nostra. También predijo su propia muerte, que se produjo no mucho después. Entre otros artículos que las autoridades encontraron en los bolsillos de Di Cristina, se encontraba una hoja de papel con el número de teléfono de los increíblemente ricos primos Salvo, bastiones del mundo demócrata-cristiano. Pero no siguieron este indicio, ni prestaron atención a las advertencias de Di Cristina acerca de los corleoneses.

Las muertes de Piersanti y otros le dieron la razón a Di Cristina con respecto a una de sus advertencias. Y ahora, las muertes invisibles de los mafiosos asociados con Badalamenti, Bontate y los otros jefes «tradicionales» le daban el resto de la razón.

La mayor parte de los asesinatos internos de Riina se producían fuera del campo de visión del área de Palermo. Los cadáveres no eran ilustres desde un punto social o moral, y la mayor parte tampoco estaban ubicados,

convirtiéndose en desapariciones *lupara bianca*.^{*} En lugar de librar una guerra callejera como el anterior conflicto en los años 60, Riina se esforzó por eliminar partidarios de las fuerzas de sus rivales, demostrándoles así que no se puede desoir a los corleoneses.

Gaetano Badalamenti, que junto con Stefano Bontate y Totò Riina habían controlado la Cosa Nostra durante los años 70, salieron del país. Un jefe llamado Michelle Greco, cuya familia era de la Mafia y había formado una alianza con los Corleoneses, ocupó el lugar de Badalamenti. Greco tenía los modales y porte que le faltaban a los corleoneses. Era poseedor de una gran propiedad donde podía dar fiestas (y donde, en el *grand guignol* de la Guerra de la Mafia se invitaba a los opositores de Riina a cenar para luego asesinarlos). Greco pronto se hizo conocido como el «Papa», no debido a su poder, que era mayormente ilusorio, sino porque siempre llevaba estampas en sus bolsillos y a menudo citaba la Biblia.

Todo esto se hizo claro posteriormente. Pero en el lodoso mundo de la Mafia, donde nada es lo que parece, esto tampoco era claro mientras sucedía. Las fuerzas de Riina primero se concentraron en la consolidación de su control sobre Catania, Agrigento y otras ciudades provinciales, antes de dirigir su atención a Palermo. Aquí, Stefano Bontate seguía siendo suficientemente poderoso para resistir. De hecho, una vez que se dio cuenta de lo que sucedía, planeó el asesinato de Riina. Cuando otros lo instaron a considerar el equilibrio de poder, Bontate, un hombre apuesto y arrogante, dijo que tenía 200 soldados para protegerlo y que estaba seguro. Pero sus leales ya habían sido elegidos o lo habían traicionado. Riina incluso había reclutado al hermano menor de Bontate, aprovechando sus celos, para convertirlo en espía.

En la noche del 23 de abril de 1981, al salir de la fiesta por sus 43 años, Bontate fue ametrallado en una parada del camino, quedando su Porsche acribillado con balas. Se había declarado oficialmente la Segunda Guerra de la Mafia.

* *Lupara* es un término que se refiere a la escopeta recortada utilizada tradicionalmente para cazar los lobos que solían merodear por la campiña siciliana; y *bianca* o «blanca» porque no hay sangre cuando el cadáver no se puede encontrar.

Los tres años siguientes fueron los años más sangrientos de la historia de Palermo, marcados por una interminable cadena de asesinatos, principalmente de los miembros de las «familias perdedoras». Algunos asesinatos fueron dramáticos. Ese año se asesinó a ocho personas en una carnicería en un establo, por ejemplo, y cuando finalmente llegó la policía a la escena del crimen, encontraron a los familiares tratando de sacar los cadáveres antes de la llegada de los policías. Pero muchos más asesinatos pasaron desapercibidos como desapariciones *lupara bianca*. Nunca se ha podido determinar con exactitud el número total de víctimas de la Segunda Guerra de la Mafia. Algunos dicen que llegó a casi 1000.

III

En su frenesí, los corleoneses no se limitaron a perseguir a los mafiosos «perdedores».

La mañana del 30 de abril de 1982, cuando el jefe del Partido Comunista de Sicilia, Pio La Torre, se dirigía en su automóvil a la sede del partido en Palermo, él y su chofer fueron atacados en una tranquila y estrecha calle, donde les dispararon a quemarropa. Esta vez no había un único asesino, sino varios a bordo de una motocicleta y un automóvil. Querían asegurarse de que el trabajo estaría bien hecho.

Mientras que los otros cadáveres ilustres eran los de personalidades locales de Sicilia, policías, jueces, políticos, Pio La Torre ya era miembro del Parlamento. Forzado a actuar, el gobierno de Roma envió a uno de sus héroes nacionales a Palermo para dirigir la campaña contra la Mafia.

El General Carlo Alberto Dalla Chiesa era un *carabiniere* de pies a cabeza, investido de toda la cortesía y encanto de un soldado chapado a la antigua y con la determinación de vencer como corresponde a un soldado. Había ascendido en el rango de las fuerzas policiales y consolidó la leyenda que lo rodeaba al desarticular a las Brigadas Rojas. Con un enfoque clásico de contrainsurgencia, reclutó un escuadrón de elite, los obligó a leer libros sobre la izquierda y estudiar los puntos de vista de las brigadas, y luego a aprender y pensar como ellos. Un par de sus hombres lograron infiltrarse en la organización y reclutaron al primer informante, un hombre llamado Pecci. Cuando Pecci empezó a decir lo que sabía, se logró un gran avance aunque a un gran costo: las Brigadas secuestraron a su hermano y filmaron su interrogatorio y asesinato, hechos particularmente brutales.

Yo siempre había pensado que Dalla Chiesa se parecía al gran actor y director cinematográfico Vittorio De Sica: alto y elegante, de cara delgada y apuesta, con un abrigo de Armani sobre los hombros. Efectivamente, el general era de buen porte y cara redonda, con ojos vivaces acrecentados por sus grandes gafas. Su aspecto poco notorio constituía de hecho una ventaja y le ayudaba una y otra vez a engañar a las Brigadas Rojas durante la época en que estas se habían decidido a asesinarlo. Llegaba a cualquier reunión o evento con su caravana de vehículos en medio del bullicioso ulular de las sirenas y, a la siguiente reunión también mandaba su ruidosa comitiva oficial mientras que él caminaba solo entre la muchedumbre que observaba el evento, entrando al mismo con todos los demás invitados.

Las Brigadas Rojas estaban desesperadas por capturar a Dalla Chiesa, pero nunca lo lograron. Era demasiado hábil. Nunca utilizaba dos veces el mismo camino. Cambiaba su itinerario a último minuto, aparecía donde nadie lo esperaba, hacía reservaciones en un restaurante pero iba a otro, un día iba en taxi y otro iba en ómnibus, y nunca seguía un patrón dado.

Dalla Chiesa era un piemontés de Turín, pero no era ningún foráneo en Sicilia. En los años 60, había estado al mando de las unidades contra bandidos de los *carabinieri* y, para mayor ironía, en Corleone. Luego, regresó, especialmente en los años 70, cuando el Coronel Russo se enteró por primera vez de los rumores de que podría convertirse en un objetivo de los Corleoneses. Como su experiencia previa le decía que Sicilia era una tierra de «mensajes», Dalla Chiesa hizo mucha publicidad de su viaje a Corleone y pasó una tarde caminando del brazo con Russo por las calles de la ciudad. El mensaje era claro: si hieren a este hombre, tendrán que vérselas conmigo. Ahora tenía la oportunidad de cumplir con su promesa.

Todos creíamos que al fin la Mafia encontraría la horma de su zapato. Esperábamos que Dalla Chiesa recibiera las facultades que había solicitado con carácter de urgencia; pero no sabíamos que en las altas esferas del gobierno nacional había poco entusiasmo por su designación. Según los rumores, años antes cuando llegó al edificio donde habían secuestrado a Aldo Moro, encontró una copia de la «confesión» que se había extraído de Moro mediante torturas y que este documento contenía información incriminante acerca de algunos de los principales políticos del país. Antes de partir hacia Palermo, según su diario, Dalla Chiesa había visitado a

Giulio Andreotti, Primer Ministro de Italia en siete oportunidades y el principal político nacional de la etapa de la post-guerra. Andreotti era un pragmático cínico que podría haber pasado por un moderno Machiavello —incluso había llegado a acuñar aforismos maquiavélicos como «el poder desgasta a los que no lo tienen»—. Sin embargo, apreciaba excesivamente los votos que obtenían los demócrata-cristianos en Sicilia. Dalla Chiesa notó que, cuando le dijo a Andreotti que iba a examinar todo (y no solamente las actividades delictivas, sino también los lazos políticos), Andreotti «se puso blanco». Poco después, Andreotti, que en ese momento no estaba en el gobierno, escribió un artículo preguntándose por qué se había enviado a Sicilia a la principal figura militar de Italia.

A pesar de las noticias, Dalla Chiesa se había sumado a la lucha contra la Mafia; yo me sentía cada vez más incómodo acerca de mi propio rol. Se me había escogido como portaestandarte de la reforma y el renacimiento simbolizados por Piersanti y Mattarella, pero en lugar de luchar activamente por estos principios, me encontré enredado en la burocracia civil que incluso en las mejores épocas, cuando la Mafia no estaba involucrada, paralizó la vida en Italia. Me parecía que pasaba mis días vagando por el Palazzo delle Aquile tratando de encontrar un lugar donde podría asumir una posición y tener impacto. A veces era imposible siquiera indignarme o reaccionar apasionadamente ante los horrores cotidianos de Palermo.

Una noche me encontré sentado en un bar con mi amigo Raffaele Bonanni que también estaba tratando de insuflar un poco de vida democrática a la ciudad, desde su posición de organizador sindical.

«¡Ya sé!» dije explosivamente. «¡Voy a renunciar y regresar a mi trabajo en la universidad!»

«Yo también estoy harto», dijo Raffaele.

Pero entonces, mientras más hablábamos esa noche, nos convencimos mutuamente de que la designación de Dalla Chiesa era un signo de que Roma tomaba con seriedad la lucha contra la Mafia. Cuando vimos la luz del amanecer fuera del bar, ya habíamos superado nuestra desesperanza y nos habíamos alimentado mutuamente de optimismo.

Durante los siguientes meses, empezamos a revisar vídeos que revelaban las ineficiencias del gobierno municipal, los colegios sin terminar, la degradación de la ciudad en los límites de Palermo y el caos del centro histórico. Después de terminar estos vídeos, los mostrábamos en grandes

pantallas en los salones parroquiales de diferentes zonas de la ciudad. Exigimos que se reuniese el pleno de los concejales de la ciudad para discutir los problemas de vivienda y degradación urbana de Palermo. Nos presentamos como demócrata-cristianos disidentes y lanzamos un petitorio en protesta contra la inacción del gobierno de la ciudad en estos campos.

Esas tareas se llevaron a cabo en asociación con una organización llamada «Ciudad del Hombre», formada por mi antiguo mentor el padre Pintacuda. Ese era el objetivo que queríamos para Palermo: convertirla en una ciudad de los hombres, no una ciudad de la Mafia. Pintacuda se avocó a organizar a los católicos fuertemente practicantes, convenciéndolos de abandonar su resignación y *vivir* su cristianismo mediante una participación política sin compromisos. La Ciudad del Hombre se convirtió en un paso crucial en el renacimiento cívico que tarde o temprano florecería en Palermo.

Dalla Chiesa llevó a cabo sus tareas sin alardes, manejando por la ciudad en un auto Fiat sencillo en lugar de utilizar el carro blindado que le habían ofrecido. Pero desde el principio, debió trabajar en un clima hostil, de pequeñeces y obstrucciones. La Mafia y sus aliados culturales y políticos se encargaban de esa tarea. Por ejemplo, el general, que durante años había estado viudo y tenía tres hijos adultos, se había vuelto a casar con Emanuela, una atractiva enfermera de la Cruz Roja bastante menor que él. La relación pronto se convirtió en el objeto de chismes desagradables, que no eran tanto una malicia injustificada, sino una manera de disminuir la estatura casi mítica de Dalla Chiesa.

Cuando miraba la tarea que le había tocado cumplir, me daba cuenta de lo formidable del reto. La ciudad que estaba tratando de rehabilitar parecía vivir un toque de queda autooficial y autoimpuesto. Tan pronto como cerraban las tiendas, las calles quedaban vacías y la gente se apresuraba a sus hogares. Sobre Palermo flotaba un sentimiento de temor e inseguridad en un ambiente de enclaustramiento. Incluso en los meses cálidos había poca vida nocturna.

La vida social discurría en los hogares, en los cines o en los restaurantes. Cuando terminaba la película o la comida, nadie se quedaba en las calles ni se sentaba en las tratorías. No había esa maravillosa vivacidad al aire libre que da tanto encanto a las largas noches tibias de las ciudades mediterráneas.

Dalla Chiesa comprendió que una de las primeras cosas que tenía que hacer era darle a los ciudadanos un sentido de seguridad y la sensación de que tenían derecho a sus propias calles. Como sabía que la Mafia hablaba mediante «mensajes», trató de crear mensajes de igual elocuencia sobre la anti-Mafia que él y algunos de nosotros, queríamos inspirar. Tal como nosotros, se dio cuenta de que una respuesta «militar» no bastaba. El viejo general empezó a dar discursos en los colegios; se reunía con los hombres de negocios y trabajadores de Palermo; conversaba con las familias de los drogadictos y otros miembros de las profundidades de nuestra sociedad sin fondo, siempre esperando que ellos confirmasen la importancia del estado de derecho. Y mientras hacía todo esto, Palermo dejaba de respirar.

En una de las escenas de la película de Giovanni Ferrara *Cien días en Palermo*, que narra la historia de Dalla Chiesa en Sicilia, el equipo de filmación sigue al general en una visita a los astilleros y muestra a uno de los trabajadores que le pregunta: «¿Qué quiere hacer aquí general? ¿Hacer una revolución?».

«¿Una revolución?» sonríe Dalla Chiesa. «¡No! Solo quiero que se cumpla la ley».

Los trabajadores replicaron: «¿Y eso no sería una revolución?».

III

Además de recurrir a su reputación para dar confianza a la ciudadanía e instarlos a asumir una mayor conciencia cívica, Dalla Chiesa lentamente empezó a atacar a la Mafia desde sus raíces. Les hizo saber que examinaría los registros financieros que podrían revelar toda la historia («Durante años los banqueros han sabido muy bien quiénes son sus clientes de la Mafia», dijo). Nadie estaba fuera de su alcance. Al día siguiente de que las numerosas oficinas del imperio de los primos Salvo fueran inspeccionadas súbita y prolijamente, los titulares de los diarios publicaron: «Dalla Chiesa en acción».

El general tenía intención de sacar las raíces desde la copa del árbol. Y no tenía ninguna duda sobre quién estaba en la copa. En su diario escribió que la facción de Andreotti estaba «involucrada hasta el cuello». Pero cuando presionó a Roma para que le concediese las facultades necesarias

que necesitaba, para obtener acceso a las cuentas bancarias inexplicablemente grandes a nombre de viudas y trabajadores comunes y corrientes, el poder para interferir los teléfonos de los sospechosos, etc., lo único que encontró fue ofuscación y demoras. En su lucha contra las Brigadas Rojas, había tenido todos los recursos que necesitaba. En Palermo estaba aislado y carecía incluso del grupo de hombres de elite con quienes antes había contado para que lo respaldaran.

Se dio cuenta de lo que estaba sucediendo: «La Mafía y yo estamos estudiándonos mutuamente como si se tratase de un partido de ajedrez. La Mafía es cautelosa y lenta. Te mide, te escucha, te mira desde lejos».

Mientras tanto, los cadáveres de la Guerra de la Mafía seguían multiplicándose. En un momento, diez cadáveres en cinco días en lo que se llegó a conocer como el «triángulo de la muerte», tres pequeños pueblos un poco afuera de Palermo; luego dos cuerpos abandonados a pocos metros de un cuartel de carabinieri. Después, una ejecución en el mercado central Vucciria de Palermo; el asesinato de un mafioso de los corleoneses y de tres *carabinieri* y el chofer que lo llevaba a Roma para su juicio, todos los cuales fueron masacrados camino al aeropuerto. Después de este último acontecimiento, en una llamada telefónica al cuartel general de la policía, una voz encubierta declaró ominosamente que «la operación Carlo Alberto prácticamente ha terminado».

Dalla Chiesa se asustó. El 2 de septiembre acudió al Consulado de los Estados Unidos y pidió a los norteamericanos que presionaran a las autoridades de Roma para forzarlos a que le dieran la asistencia que necesitaba.

La noche siguiente estaba en mi casa cuando sonó el teléfono. Contesté y escuché incrédulo cuando un amigo en estado agitado me dijo a borbotones: «¡Lo mataron!».

¿A quién mataron?» dije sin aire.

«¡A Dalla Chiesa!».

El general recibió una ráfaga de disparos de Kalashnikov en su automóvil, y con él, su joven esposa Emanuela, cuyo cuerpo había tratado de proteger mientras moría. Al día siguiente, en la pared de un edificio en la Via Carini en el centro donde se produjo el ataque, un ciudadano anónimo colocó una hoja de papel donde se había garabateado estas palabras: «aquí yace la esperanza de los palermitanos honestos».

III

Los cadáveres de Dalla Chiesa y su esposa fueron colocados en capilla ardiente en Villa Whitaker, la Prefectura de Palermo. Durante el velorio, conocí por primera vez a Nando, Rita y Simona Dalla Chiesa, el hijo e hijas del primer matrimonio del general, con quienes en años venideros tuve relaciones muy estrechas. Luego, a medida que las autoridades italianas, inclusive el Presidente de la República y el Primer Ministro, llegaban a Palermo, acudí al aeropuerto Punta Raisi para partir hacia Viareggio, un balneario en Toscana, donde debía dar una conferencia programada con gran anterioridad. Sentí alivio de no tener que ver las lágrimas de cocodrilo de los políticos que habían aislado y dado poca atención a Dalla Chiesa, impidiéndole tener acceso a los medios que le hubieran salvado la vida y llevar a cabo su misión.

Pero el funeral resultó ser una ocasión memorable. Fuera de la Iglesia de San Domenico, una gran basílica de estilo barroco español situada en el centro de la ciudad, decenas de miles de personas, ciudadanos comunes y corrientes de todas las clases sociales y procedencias se abarrotaban en la plaza. A medida que los automóviles oficiales de las autoridades empezaban a llegar, la gente, en lugar de permitir obedientemente el paso de los dignatarios, les lanzaba con desprecio monedas de 100 liras (que en esa época valían apenas unos centavos). El mensaje era bastante claro: «¡los han comprado, pero valen muy poco!» Los políticos se apresuraron a entrar a la iglesia mientras la gente les escupía y los insultaba. Una vez adentro, se tuvieron que enfrentar a Nando, Rita y Simona Dalla Chiesa parados en un triste silencio junto al féretro de su padre. Esa mañana habían rechazado con indignación la corona de flores enviada por el Presidente de la Región Siciliana. Ahora, sardónicamente hacían caso omiso de las condolencias que les ofrecían las autoridades de Roma. El único a quien abrazaron fue al Presidente de la República, Sandro Pertini.

La misa fue pronunciada por el Cardenal Arzobispo Pappalardo, él mismo hijo de un *carabiniere* siciliano quien también ignoró a todas las autoridades presentes, excepto al presidente Pertini. En un frígido momento, para la Iglesia y para Sicilia, dijo en su homilía: «Hay una frase famosa de la literatura latina, creo que de Salustio, que me viene a la mente: *Dum Romae consulitur... Saguntum expugnatur*. Mientras Roma piensa qué hacer,

saquean la ciudad de Saguntum. Pero esta vez no es Saguntum, ¡es Palermo! ¡Nuestra pobre Palermo!».

Fue un momento de brillo incandescente. Una declaración inequívoca acerca de la identidad de las responsabilidades de nuestra tragedia pronunciada por un príncipe de la Iglesia que durante décadas por lo menos había sufrido de *omertà*, pasividad mental o silencio acerca de la Mafia.

Todos los presentes entendieron el mensaje. Esta muerte no solo había ocurrido, sino que se había *permitido* que ocurriera; era el resultado previsible de un régimen que se había apropiado de nuestras vidas. La Mafia era lo que era porque estaba *dentro*, es decir, en el Estado, en la Iglesia, en la cultura. También el corolario era claro: la única manera de derrotar a la Mafia era *sacándola* del Estado, de la Iglesia y de la cultura, sacándola de la sociedad civil.

Con las palabras del Cardenal se había dado otro pequeño paso hacia la renovación cívica de Palermo. Igual que con las demás medidas, en ese momento no nos podíamos dar cuenta de dichos pasos, pero Pappalardo había empezado a sacar a la Mafia de nuestros corazones. El impacto era solamente diferente en escala respecto de las atronadoras denuncias que en esa misma época el Papa lanzaba contra el imperio comunista en Europa oriental.

Cuando regresé de Viarreggio, encontré una ciudad que todavía se retorció ante el impacto de la muerte de Dalla Chiesa y la fuerza de las declaraciones del cardenal Pappalardo. En algunos diarios se mencionaba la visita que el general había hecho al Cónsul americano en Palermo un día antes, para pedir al gobierno de los Estados Unidos que intervenga y evite su aislamiento. Pero era demasiado tarde. Ya se le había acabado el tiempo.

Fue necesaria la muerte de Dalla Chiesa y la indignación subsiguiente para que por fin el parlamento italiano recordase, discutiera y aprobase la ley que Pio La Torre había presentado antes de su muerte. A pesar de sus rígidas estipulaciones, que convertían a toda «asociación similar a la Mafia» en delictiva, e introducía normas para el rastreo, congelamiento y confiscación de las propiedades de la Mafia, pronto el proyecto pasó a convertirse en la Ley Rognoni-La Torre, porque el Ministro del Interior de ese momento añadió su nombre al de La Torre. De todas maneras, los que estaban furiosos por el asesinato del general, no fueron aplacados, ni desviaron

su vista del mundo político. Nando Dalla Chiesa dio una entrevista al diario nacional *La Repubblica* donde afirmaba sin rodeos: «Pienso que [el asesinato de mi padre] fue un crimen político, decidido y llevado a cabo en Palermo. Ni yo ni otros miembros de mi familia estamos interesados en saber quiénes fueron los asesinos... estamos interesados en que se identifique y castigue a los instigadores y, en mi opinión, hay que buscarlos dentro del partido Demócrata-Cristiano de Sicilia».

III

Unas semanas más tarde, el Papa Juan Pablo II hizo su primera visita a Palermo. Después de que el cardenal Pappalardo pronunciara sus palabras en el funeral de Dalla Chiesa, existía una expectativa particularmente grande entre los ciudadanos de Palermo, tanto católicos como no-católicos de que el Santo Padre excomulgaría oficialmente a los miembros de la Mafia. De hecho, las copias de su discurso distribuidas a los periodistas con reserva de publicación incluían un párrafo muy duro contra la Cosa Nostra. Pero esta sección ya no estaba en el texto que el Papa leyó. Tuvieron que pasar 11 años antes que Juan Pablo II regresara a Sicilia y alzara la voz en una inolvidable acusación contra los «Hombres de la Mafia».

La lección que a estas alturas ya habíamos asimilado era que si estás aislado, mueres. Ahora teníamos temor por nuestro Cardenal. Varios de nosotros decidimos escribir inmediatamente un libro que titulamos *Una voz, una ciudad*, y al que cada uno aportó un artículo con un tema común: El cardenal Pappalardo no estaba diciendo nada particularmente nuevo y *todos nosotros* compartíamos sus opiniones. De esta manera esperábamos que quedara claro, para la Iglesia y para la Mafia, que el Cardenal no estaba solo y que muchos católicos preocupados nos encontrábamos no detrás de él, sino junto a él.

Al recapitular sobre los acontecimientos de esa época, debo admitir honestamente que si no perdí la fe, se lo debo al cardenal Pappalardo y, por supuesto, a Dios. Pappalardo nos mostró que la fe y la legalidad son inseparables, en un momento en que muchas de las figuras más influyentes de nuestra sociedad sostenían que la ley pertenece al César y la fe a Dios. Cuando cardenales anteriores habían dicho que la Mafia no existía, y habían actuado en consecuencia, de hecho estaban alentando a que el cura de la

parroquia de cualquier pueblo pequeño tratase de congraciarse con los *capomafia* locales para obtener el honor de permitírsele que celebrase la ceremonia del matrimonio de su hijo o hija, o que bautizara a sus hijos y nietos, o que oficiara en su funeral. Pero cuando la cabeza de la Iglesia siciliana dice que la Mafia es la encarnación del mal y que los mafiosos son pecadores, este mismo sacerdote de la parroquia lo pensará dos veces antes de pasar por alto las conexiones de la Mafia con los miembros de su parroquia. Lo que hizo el cardenal Pappalardo, fue traer a los católicos que se oponían abiertamente a la Mafia, y que antes habían sido relegados a los últimos reclinatorios de la iglesia, directamente al altar, dándoles un signo de gracia.

Quisiera poder decir que el valor del cardenal fue reconocido y recompensado, pero ello no sucedió. En la Semana Santa de 1983, decidió celebrar misa en la Capilla de Ucciardone, la prisión de Palermo del siglo XIX, construida durante el Reino de las Dos Sicilias. Con su aspecto parecido al de una fortaleza, el edificio se encuentra cerca del mar y está ocupado principalmente por los mafiosos. Ir a Ucciardone era la manera en que Pappalardo quería decirle a estos soldados de rango inferior: «Estoy contra la Mafia, pero soy su pastor, y mi corazón y mi misterio están abiertos para recibirlos». Sin embargo, cuando el Director de la prisión llegó, el alcalde le dijo avergonzado que no había ido ningún prisionero a la capilla. Ello a pesar de que era Semana Santa y de que incluso en un domingo común y corriente, la capilla siempre estaba abarrotada de mafiosos que no veían ninguna contradicción en considerarse a sí mismos como devotos católicos. La Mafia había enviado su mensaje en respuesta a las denuncias del Cardenal Pappalardo. Así que el Cardenal ofició la misa delante del Director y unos cuantos guardias de la prisión.

Lo que sucedió en Ucciardone no fue solamente un insulto, sino una inequívoca amenaza. Y los diarios de todo el país publicaron la noticia con grandes titulares. Después, el Comité de Seguridad Nacional ofreció a Pappalardo protección de guardaespaldas, pero él la rechazó. Siguió expresándose con autoridad, pero nunca volvió a hacerlo con su antigua franqueza y pasión, no debido a un temor en lo personal, sino —se decía— debido a órdenes recibidas del Vaticano. Aun así, el Cardenal mostró el camino. Y ahora nos correspondía a nosotros, que vivíamos en el mundo del César, hacer nuestra parte para llevar a Dios hasta allí.

CAPÍTULO 5

Me encantan los elefantes. Me parecen animales torpes pero amables, criaturas pertenecientes a un pasado distante que se han quedado para hacernos compañía. Mi amor por estos grandes habitantes desgarrados de tierras remotas me ha hecho formar una colección de imágenes de elefantes de todos los tamaños y formas que ahora tiene unos cuantos cientos de piezas de elefantes de vidrio, madera, campanas elefante, sujetadores de libro en forma de elefante, elefantes africanos y sus primos de la India. Algunos son muy bellos, otros de gusto estrafalario, pero me gustan todos. Y cada vez que añado uno a mi colección, siento una alegría infantil. Milli dice que un día nos vamos a mudar para poder dejar que los elefantes ocupen toda la casa y no solo un pedazo de ella.

Para mí, Rocco Chinnici era un elefante, de cuerpo y de alma. Era un hombre grande, encorvado, arrugado, duro y refinado al mismo tiempo, con una gran voz altisonante y una excelente memoria. Esta última característica era una gran ventaja para el jefe de la Oficina de Magistrados Investigadores de Palermo. Aun así, Chinnici no quería depender de sí mismo o de cualquier otra persona cuando se trataba de tener todos los datos sobre un caso determinado. Trajo a Sicilia el concepto del equipo de fiscales para ayudarlo a combatir a la Mafia. Esta innovación surgió en el continente italiano en los años 70 durante la lucha contra el terrorismo. Mejoraba el trabajo de equipo de los fiscales y, sobre todo, evitaba que uno solo de ellos fuese el único depósito de lo que sabía sobre un caso dado, conocimiento que hubiese desaparecido con el expediente del asesinato.

Conocí por primera vez a Chinnici inmediatamente después del asesinato de Piersanti y Mattarella, cuando me entrevistó con la esperanza de obtener información sobre los asesinos. Acudí a la oficina de Chinnici y le dije francamente la manera en que Piersanti había contrariado los intereses de Ciancimino y los Salvo, lo que equivalía a aplastar los intereses de sus colegas de la Mafia. Cuando terminamos de hablar, Chinnici me tomó por el brazo y me acompañó hasta la puerta. «¿Sabes la diferencia entre tú y yo?» me preguntó. «Aunque pensamos exactamente lo mismo, tú como político puedes decirlo sin tener que probarlo, pero para que yo pueda poner esos mismos hechos en una acusación formal, debo tener una prueba».

Chinnici y yo nos mantuvimos posteriormente en contacto. A veces íbamos con el padre Pintacuda a hablarle a los niños de los colegios acerca de la Mafia. Los jóvenes ya sabían las historias de la guerra. Rocco Chinnici pensaba que era importante decirles de qué manera los mafiosos afectaban sus vidas y definían su mundo.

Durante algún tiempo los diarios habían estado informando acerca de una investigación que estaba realizando la policía. Se llamaba el «Informe de los 162» pero un título más exacto hubiera sido «Informe de los 161 más Michele Greco», porque el centro de la investigación era el nombre con el que Totò Riina había nombrado al jefe de la Comisión. Cuando Chinnici recibió el informe, los periodistas sugirieron que estaba por producirse algo «grande». Se hablaba de un magistrado específico de la oficina de Chinnici, llamado Giovanni Falcone, presuntamente experto en el rastreo de dinero y otras técnicas de investigación, que estaba trabajando en el caso junto con un colega. Luego, a principios de julio de 1983, Falcone firmó las órdenes de arresto de 14 mafiosos importantes acusados de estar involucrados en el asesinato de Dalla Chiesa. Entre ellos estaban algunos nombres que pronto serían famosos en todo el mundo: Greco, Riina, Bernardo Provenzano, todos jefes de los Corleoneses.

En la mañana del 29 de julio, un día más de jornadas claras, calurosas y sin nubes, Rocco Chinnici saludó a su conserje parado junto a la puerta de su edificio de departamentos en Via Pipitone Federico. Allí también estaban un par de sus guardaespaldas *carabinieri*. Su chofer tenía el automóvil blindado encendido en neutro y sus dos carros escolta habían bloqueado las calles laterales hasta que pudiese partir la caravana. De pronto,

hubo una gran explosión que hizo vibrar las ventanas en una milla a la redonda. Volaron pedazos de metal por los aires y las ventanas de todo el vecindario se convirtieron en una lluvia de vidrios. Las extremidades de los cuatro cuerpos quedaron repartidas en cientos de metros alrededor. Eran los cuerpos de Rocco Chinnici, sus dos guardaespaldas y el infeliz conserje (milagrosamente el automóvil salvó al chofer). Fue la primera vez que la Mafia utilizó un coche bomba a control remoto. El explosivo Semtex había sido adquirido a un traficante de armas libanés. Al día siguiente, los artículos de los diarios tenían el siguiente encabezado: «Palermo igual a Beirut».

III

Los meses que siguieron estuvieron marcados por un breve esfuerzo por parte de los demócrata-cristianos para limpiar su imagen. Y luego, al pasar el tiempo, después de que el cadáver ilustre de Chinnici recibiera una sepultura de Estado y fuese enterrado, se regresó a las formas de siempre.

Yo estaba en mi oficina cuando, para mi sorpresa, entró Giuseppe Insalaco, el concejal «mancillado» de la ciudad que había insistido en que se reconociera la existencia de la Mafia. Como de costumbre, este hombre bajo y grueso no dejaba de hablar, habiendo empezado incluso antes de que yo le ofreciera asiento: «Mire, existe la posibilidad de que me elijan alcalde. Ser alcalde de Palermo es el sueño de mi vida, pero si usted se presenta como candidato, me retiro. No tengo la menor probabilidad de ganarle. Apenas soy Peppuccio Insalaco... Usted es el *profesor Orlando*».

Le aseguré inmediatamente que no se me ocurriría ponerme en su camino, por lo menos no en este momento de la historia de nuestra ciudad.

En esa época, el alcalde no era elegido directamente por la población, sino por la mayoría de los miembros del Consejo de la ciudad. Y Peppuccio, como insistía en autodenominarse Insalaco durante nuestra conversación, efectivamente resultó elegido. La votación se realizó en el sótano del edificio que albergaba la sede de los demócrata-cristianos (lo que en sí era tan irónico como simbólico) y cuando se computó el resultado, la votación fue unánime, excepto por un voto en blanco, el mío.

«Gracias, queridos colegas», dijo Insalaco «porque con la excepción de mi propio voto, todos ustedes me han dado su voto de confianza».

Al día siguiente entré en la oficina del alcalde e Insalaco se dirigió hacia mí, con los ojos afiebrados en su oscuro rostro cuadrado: «Y ahora van a ver quién es Peppuccio Insalaco! ¡Verán si soy solo un lacayo o el Alcalde de Palermo!».

No tenía necesidad de preguntar quiénes eran «ellos».

Con los ojos fijos en mi cara, Insalaco siguió diciendo: «¡La primera cosa que voy a hacer es empapelar Palermo con afiches en memoria del segundo aniversario de la muerte de Pio La Torre! ¡Eso para Ciancimino!».

Era interesante la manera en que usaba el nombre de Ciancimino. Salvo Lima, cuyo nombre estaba asociado con el de Ciancimino en la mente de la población, había sido relacionado con la facción Bontate-Badalamenti, mientras que Ciancimino, nativo de Corleone, estaba relacionado con los corleoneses. Hasta 1979, Lima había estado en la posición más alta, ya que era miembro del Parlamento de Roma y también un político de acción local. Luego Lima, tal vez dándose cuenta de que el viento empezaba a soplar desde Corleone, postuló y fue elegido al Parlamento Europeo, dejando de lado su papel directo en la política de Palermo, donde ahora Ciancimino estaba en ascenso y Lima en descenso.

Durante los siguientes meses, Insalaco siguió desarrollando su trabajo de alcalde como si estuviese dispuesto a redimir su propio pasado ¿Por qué lo hacía? ¿Acaso él, que siempre había estado ligado a la facción perdedora de los Bontate-Badalamenti, tenía miedo de los corleoneses? ¿Quería tener el valor de mirar directamente a sus hijos en los ojos? Independientemente de la respuesta, Insalaco sabía dónde estaban enterrados los cadáveres y nos preguntábamos si se atrevería a empezar a exhumarlos.

Durante 35 años, los contratos de mantenimiento de las calles y alcantarillado y de iluminación pública se habían renovado automáticamente con la misma empresa, contraviniendo las leyes municipales que exigían licitaciones públicas. No era sorprendente por tanto, que el costo de la iluminación de las calles de Palermo fuese casi el triple que en Milán o Turín, ciudades mucho más grandes. Tampoco era sorprendente que las calles y alcantarillado estuviesen en condición deplorable, aunque su mantenimiento no costase mucho más que el de cualquier otra ciudad italiana de tamaño similar. Insalaco rompió la tradición y convocó licitaciones abiertas. La hostilidad que enfrentó fue inmediata y severa, dirigidas por los abogados y compañías que siempre habían obtenido los contratos.

Mientras tanto, Insalaco tenía que observar cómo algunos de sus comisionados llamaban por teléfono a Ciancimino pidiéndole órdenes sobre cómo debían votar, en las mismas oficinas del gobierno municipal, delante de sus ojos y de todo el mundo, y sin el menor embarazo o vergüenza.

El Alcalde Insalaco decidió nombrar una calle del centro de la ciudad en memoria de Carlo Alberto Dalla Chiesa. El día en que se reveló la placa con el nuevo nombre ante todas las autoridades, muchas de las cuales eran gente de la Mafia, Insalaco dijo: «Con Peppuccio Insalaco de alcalde, se nombra esta calle en memoria del General Carlo Alberto Dalla Chiesa. Con Ciancimino de alcalde, la calle hubiese recibido el nombre de Luciano Leggio». Mientras pronunciaba estas palabras, los espectadores dejaron de respirar. En julio de 1984, me encontraba en uno de los distritos suburbanos en una ceremonia oficial en representación de Insalaco que tenía otro compromiso. Llegó inesperadamente y se sentó junto a mí, murmurando febrilmente: «¡Ya no lo soporto! ¡Ya no lo soporto! ¡Van a matarme! ¡Entiendes! Si no renuncio van a matarme. He tratado... pero ahora tengo que ceder. Solo tú puedes ser alcalde de Palermo. Si llamas a Roma, te contestan. Si yo llamo a Roma, siempre está ocupado».

Se veía que estaba aterrorizado. Le temblaban las manos. Miraba por todas partes buscando al posible pistolero entre nosotros. Confesó que había enviado a su hija a Londres para evitarle cualquier peligro. Poco después Insalaco renunció. En la plaza frente al Palazzo delle Aquile, cerca de donde estaba parado, escuché que uno de los hombres de Ciancimino le decía a otro: «¡Ese infame! ¡Piensa que es el gran moralizador...!».

En la cultura de la Mafia, «infame» no significa «infame». En siciliano, la palabra se utiliza para señalar a un traidor y tiene una connotación de desprecio y odio, y posiblemente de venganza. Unos días después, se acusó a Insalaco de haberse apropiado de fondos que pertenecían a una institución sin fines de lucro. La acusación era perfectamente plausible y probablemente verdadera. Yo no lo hubiera exonerado. Pero era claro que se traba de Ciancimino, y no del sistema de justicia criminal, quien estaba detrás de esta revelación.

III

Con la debacle de Insalaco, el Partido Demócrata-Cristiano entró en el caos. El partido de Roma envió un comisionado para asumir el control

de la situación. Me informó que Roma había decidido que yo tenía que ser el alcalde, a lo que inmediatamente respondí que el actual clima político de Palermo lo hacía imposible. Insistió y yo me rehusé, en un tire y afloje que continuó durante varios días.

Pedí consejo. Primero me reuní con un antiguo amigo comunista, Michele Figurelli, quien me dijo directamente que si aceptaba yo sería el alcalde de Lima y de la democracia-cristiana de Ciancimino y que su propio partido me haría la oposición con toda su fuerza. Luego acudí a mis amigos católicos de la Ciudad del Hombre, y sus miradas compasivas e indiferencia hablaron más que mil palabras. Después acudí al padre Pintacuda, quien como de costumbre estaba sumergido en caóticas torres de libros, recortes de prensa y revistas. Cuando le narré la oferta, puso un rostro enigmático, casi sin expresión, pero me penetró con sus ojos: «Si aceptas, estarás cometiendo un serio error». Y luego, después de discutir un poco más las posibilidades, añadió: «Si lo haces, me tendrás como un infatigable oponente».

Exhausto, y medio ebrio, después de haber acabado vaso tras otro una botella de *Amaro Averna*, una bebida amarga siciliana a base de hierbas y que era la única que me podía ofrecer, me despedí.

«Lucca, no pierdas la esperanza», me dijo, retomando su rol de asesor espiritual. «Lee la carta de San Pablo a los Romanos».

Cuando llegué a casa eran casi las 2 de la mañana, y Milli y las niñas estaban durmiendo. Busqué la Biblia y leí el libro de Romanos. Contenía mucha esperanza y muchas advertencias. Me quedé dormido preguntándome cuál pasaje en particular había tenido en mente el padre Pintacuda. Pero al día siguiente cuando me levanté, decidí hacer caso omiso de todos los consejos que había pedido y lanzarme hacia adelante.

Esa noche, en la sede de los demócrata-cristianos, escuché un largo aplauso, gritos de «Orlando Alcalde» y sudorosas manos que se extendían para tomar la mía con entusiasmo. Súbitamente grité: «¡¡¡Un momento, un momento, quiero que mi designación se haga por votación... y no por acuerdo unánime, sino por voto secreto!!!».

El entusiasmo se convirtió en consternación y los presentes se miraban unos a otros con incertidumbre.

«Por voto secreto o no acepto el puesto», repetía yo.

Finalmente, se produjo la votación y recibí 7 votos de un total de 41 concejales demócrata-cristianos presentes. Después me comí una pizza

en una magnífica soledad en la única pizzería que estaba abierta tan tarde en la noche. Sentí como si me hubieran quitado un peso enorme de la espalda.

Luego supe que alrededor de la hora en que estaba comiendo, Vito Ciancimino comentaba sobre lo sucedido: «¿Quién cree que es? ¿Cree que puede ser alcalde de Palermo sin llamarme por teléfono siquiera?»

Al día siguiente volví a visitar al padre Pintacuda. Los tres teléfonos de su escritorio sonaban sin cesar y por primera vez brillaba su rostro. «Sí. ¡Votaron contra él!» Gritaba feliz en el teléfono. «Sí, 7 votos de 41 ¡Qué gran victoria! ¡Qué gran victoria!»

III

Ese verano del 84, el verano en que no me eligieron alcalde, el sistema de justicia penal finalmente estaba coordinando una acción contra la Mafia. Y los acontecimientos que puso en marcha nos darían una idea definitiva sobre el tipo de organización con que tratábamos. El muro infranqueable de la *omertà* no solamente se había resquebrajado, sino que se había abierto completamente. Tommaso Buscetta, un mafioso conocido como el «Jefe de los dos Mundos» debido a sus actividades en ambos lados del Atlántico, había comenzado a hablar. Y cuando comenzó a hablar, nadie lo detuvo.

Para hablar con más precisión, Buscetta era solo un «soldado» en la rígida estructura jerárquica de la Mafia. Nunca se convirtió en capo debido a su desarreglada vida personal. Había abandonado a su primera esposa, tomado una amante con quien tuvo dos hijos, para casarse después con otra mujer. La Mafia, con un extraño puritanismo respecto de este comportamiento, lo desaprobaba. Sin embargo, se trataba de un hombre con tantas habilidades que nunca había tenido el papel de cualquier otro *picciotto*. Tenía la personalidad y presencia de un jefe, y con el paso de los años se había convertido en una figura carismática y de autoridad en la Cosa Nostra, llegando a adquirir reputación a nivel internacional.

Buscetta se inició durante la Primera Guerra de la Mafia y durante la ofensiva que la siguió, se fue a los Estados Unidos donde ayudó a consolidar los lazos entre las ramas siciliana y norteamericana de la Cosa Nostra, hasta su arresto y expulsión de ese país. Como seguía estando perseguido en Italia, Buscetta se fue al Brasil, donde vivió como un gran señor hasta

su arresto por tráfico de drogas en 1972 y su subsiguiente deportación a Italia. Después de pasar una temporada en la cárcel, salió en libertad bajo fianza en 1980 e inmediatamente volvió a escaparse al Brasil; pero, como antes, siguió manteniéndose en contacto y participando desde su gran propiedad rural. Al iniciarse la Segunda Guerra de la Mafia, Gaetano Badalamenti trató de convencer a Buscetta de que regresara a Sicilia para restablecer la paz, pero Buscetta veía desde lejos lo que no veían quienes estaban en el campo de batalla: que el golpe de los Corleoneses prácticamente había triunfado. Aunque se rehusaba a involucrarse en el conflicto, los corleoneses pensaban que Buscetta era simpatizante de sus enemigos así que asesinaron a su hijo, yerno, hermano, sobrino y a una docena de sus parientes. Cuando las autoridades brasileñas lo volvieron a arrestar, Buscetta finalmente aceptó abrir el santuario más secreto de la Mafia.

A la larga, Buscetta se convirtió en una celebridad de los medios de información de Italia, así como en un ejemplo de desafío que alentaría a Salvatore Contorno, Antonio Calderone y, tarde o temprano a medida que se lograban victorias contra la Mafia, a una serie de otros *pentiti* («arrepentidos») a hablar públicamente, rompiendo el código secreto de la *omertà*, y permitiendo configurar el panorama de un estado perverso dentro del Estado. Con sus rasgos faciales mestizos, cabello brillantado y bigote delgado, Buscetta tenía el aspecto perfecto del mafioso. Rechazaba imperiosamente el término *pentito* que la prensa italiana había acuñado para describirlo. Era un hombre de honor y no tenía nada de que arrepentirse, solía afirmar, y hablaba de la Mafia solo porque sus principios habían sido puestos en duda por un culto violento e inmoral de «locos». Insistía en el carácter «moral» de la «antigua Mafia» que estos entrometidos habían avasallado. Expresando una versión perfecta de lo que equivalía al mito de fundación de la Mafia, Buscetta contó a los fiscales del gobierno un romance siciliano de fines de siglo que su padre le había leído cuando estaba pequeño. Este libro llamado *Beati Paoli* cuenta la historia de un huérfano pobre cuya madre, una aristócrata, es asesinada por uno de sus parientes que controla la sociedad. El niño creció en los barrios pobres de Palermo, criado por los miembros de un culto secreto llamado el *Beati Paoli*, cuyos miembros vivían en las catacumbas de la ciudad y salían a la luz periódicamente para vengarse y hacer justicia en el corrupto mundo de la superficie (hoy en día existe una Piazza Beati Paoli en Palermo en el punto donde,

según la tradición, alguna vez se encontraba la entrada al mundo subterráneo). Los Beati Paoli, decía Buscetta, eran lo que había sido la Mafia antes de que fuera traicionada desde dentro.

Tommaso Buscetta, en realidad, no fue el primer informante. En 1973, un mafioso llamado Leonardo Vitale había sufrido una crisis espiritual y se había entregado. Contó a la policía sobre Leggio, Riina y Vito Ciancimino. Admitió haber cometido asesinatos que narró con lujo de detalles. Pero como sus confesiones estaban sustentadas en su renacimiento religioso, no le creyeron. En realidad, lo declararon loco y lo enviaron a un manicomio para delincuentes.

Cinco años después, en 1978, Giuseppe di Cristina, jefe, y no soldado como Vitale, confesó a los *carabinieri*. Tampoco le hicieron caso, a pesar de que su escalofriante y detallada descripción de los corleoneses fue nuevamente sacada a la luz posteriormente cuando su facción comenzó su inexorable ascenso al poder y Buscetta apareció en la escena.

Buscetta era diferente de los dos otros informantes. Conocía todos los secretos y durante años había tratado con los otros jefes en pie de igualdad. Podía explicarlo todo, reglas, tradiciones, negocios, narcóticos con lujo de detalles. Podía describir la organización de pies a cabeza, especificando las jerarquías que vinculaban a los soldados de pie con los altos jefes de la Comisión. Era una encarnación de la historia. Sus recuerdos se remontaban a 1963 cuando los mafiosos de los Estados Unidos, bajo presión en su propia organización debido a las revelaciones de Joseph Valachi, llamaron a una reunión con sus contrapartes sicilianas en el Hotel delle Palme en Palermo y los convencieron para que se modernizaran y actuasen a tono con el siglo XXI. Ahora, Buscetta se convertía en el Valachi de Sicilia.

III

El hecho de que un mafioso de alto rango hablase ante los investigadores se mantuvo en secreto durante más de tres meses. Luego el 29 de septiembre de 1984, las salas de prensa de toda Italia recibieron el impacto de una bomba: se habían emitido 366 órdenes de arresto de importantes mafiosos. Y muchos de ellos estaban ya bajo custodia tras una redada de la policía realizada a la media noche. Todo el día ululaban en Palermo las

sirenas de las camionetas policiales que atravesaban raudas las calles transportando a los arrestados a las cárceles del país, pero no a Ucciardone, donde la Mafia reinaba en supremacía. En algún momento de la noche a la policía se le acabaron las esposas.

Más sorprendente aún que los arrestos de cientos de asesinos y traficantes de drogas, fue que unas pocas semanas más tarde Don Vito Ciancimino fuese arrestado y fotografiado. Fue en este momento donde colapsó y tuvo que ser arrastrado hasta el automóvil que lo esperaba para llevarlo a la cárcel. Solo diez días después, los todopoderosos primos Salvo, Nino e Ignazio, siguieron el mismo camino.

Mi reacción antes estos arrestos fue igual a la de la mayoría de ciudadanos de Palermo: sorpresa y satisfacción, y un cauto optimismo acerca de la posibilidad de que efectivamente se pudiesen lograr cambios reales.

Se habían previsto elecciones para la primavera siguiente y el Secretario General del Partido Demócrata-Cristiano, de nombre Ciriaco De Mita, decidió valientemente que había que tomar acciones drásticas. La idea de que se había arrestado a Ciancimino, no solamente por tener afinidades con la Mafia, sino por ser un miembro declarado de la misma, pesaba enormemente sobre el partido. En un esfuerzo por dar un matiz de legitimidad a los demócrata-cristianos de Sicilia, se nombró comisionado de Palermo a Sergio Mattarella, hermano de Piersanti, y me solicitaron que fuese su asistente.

Debido a la proximidad de las elecciones, lo primero que se debía hacer era limpiar la lista demócrata-cristiana. Empezamos por examinar a cada candidato posible, utilizando información obtenida de los investigadores. Me cupo la tarea de informar a los que ya no podían ser candidatos de que el partido había decidido su exclusión. Un ex-comisionado, protegido de Ciancimino, se puso a llorar lamentablemente, jurando que era honesto, que nunca había robado algo personalmente y que tenía que mantener a su familia. Otro escuchó en pético silencio y luego me dijo sardónicamente: «¿cuántos hijos tiene?».

Durante la campaña, De Mita viajaba cada vez más frecuentemente entre Roma y Palermo. Durante su estadía en la ciudad, estaba temeroso y cada vez que salía llamaba a su casa desde el teléfono del automóvil para avisar: «estoy saliendo de Palermo en este momento». Casi era posible escuchar la continuación de la frase: *y todavía estoy entero*. Me irritaba inten-

samente el hecho de que expresase dichos temores solo respecto de la ciudad de Palermo, como si el resto de la isla fuese inmune a la Mafia. Así que deliberadamente lo atormentaba, con la esperanza de que empezara a comprender la realidad en que vivíamos y trabajábamos todos los días de nuestras vidas. Una vez cuando estábamos manejando hacia Termini Imerese, una pequeña ciudad al este de Palermo, hizo su llamada telefónica usual al salir de la ciudad. No dije nada hasta que llegamos a Termini. Al salir del automóvil le señalé a un peatón y susurré: «¿Ves al hombre de barba? Es un conocido mafioso con sed de sangre». De Mita se puso blanco. «¡¿Qué, también en Termini?!».

«¿Crees que la Mafia se detiene en Palermo? ¿Y puedes ver a ese otro tipo que se nos acerca? ¡Cuidado! ¡Si alguien te ve hablando con él, se acaba tu carrera política!».

El Secretario Nacional de los demócrata-cristianos se pasó el día mirando atemorizado alrededor suyo. Mi estrategia había dado en el blanco.

CAPÍTULO 6

El 28 de julio de 1985 fue mi último día de libertad. Fue el último día en que pude caminar solo por las calles, el último día en que pude ir al puesto de periódicos a comprar el diario, el último día en que me detuve sin pensarlo en una cafetería para tomarme una taza de café expreso. Fue el último día en que manejé mi automóvil. Hoy ya caducó mi licencia de conducir. El Alfa Romeo de 1985 a prueba de balas ha sido reemplazado por un Lancia blindado. Mi escolta, un chofer civil y policía municipal, se convirtió en un cuerpo de guardaespaldas de policías especialmente entrenados. Dondequiera que voy, incluso cuando estoy en el extranjero, suele haber un automóvil libre por delante y otro detrás.

Los demócrata-cristianos perdieron diez escaños en las elecciones municipales de 1985. Pero el Partido todavía tenía una mayoría en el Consejo recién elegido. La razón principal de que el Consejo me escogiera como alcalde fue que se dio cuenta de la necesidad de cambiar de aspecto. Tenía que dar la apariencia de haber roto con un pasado sucio, no solo porque estaban perdiendo electores, sino porque también se preveía un juicio masivo contra la Mafia y algunos de los antiguos partidarios de la agrupación política iban a ser acusados.

Ese mismo 28 de julio, mi último día de libertad, fue el último día en la tierra para un inteligente y valiente policía llamado Beppe Montana. Beppe adoraba el mar y los botes, y acababa de pasar un día sin preocupaciones con su novia y algunos amigos en su bote a motor recorriendo las bahías y brazos de mar al este de Palermo. Habían regresado por Porticello,

una pequeña aldea de pescadores donde anclaba su bote; estaba todavía con su remera y zuecos cuando fue abaleado y asesinado. Había comenzado otro horrible verano en Palermo.

Beppe Montana, que era jefe de una sección del equipo especial llamado *Catturandi* (derivado de la palabra «captura»), era responsable de perseguir a los muchos mafiosos con orden de captura que se habían dado a la fuga. Ya había hecho varios arrestos importantes y después de su muerte se reveló que su excursión dominical el día que fue asesinado podía no haber sido solamente con propósitos recreativos. Sospechaba que algunas de las villas a lo largo de la costa podrían ser refugios de mafiosos fugitivos y, probablemente, estaba tratando de ver más de cerca lo que sucedía en ellas. Esto le hubiera dado a la Mafia un incentivo adicional para eliminarlo.

Mi primer día de alcalde estuvo por tanto marcado de sangre. Sangre antigua y sangre recién derramada. En la mañana, en el segundo aniversario de Rocco Chinnici, me dirigí a colocar una ofrenda de flores frente a la casa de la Via Pepitone Federico donde se produjo la explosión. En la tarde fui a la pequeña Iglesia de Santa Flavia, cerca de Porticello, para escuchar una misa de réquiem en memoria de Beppe Montana. Montana no estaba solo cuando lo mataron. Una de las personas que lo acompañaba pudo describir el automóvil y recordaba los primeros números de la placa. Después de rastrear el automóvil, la policía arrestó a un joven de nombre Salvatore Marino en cuya decrepita casa encontraron la enorme suma de 34 millones de liras en efectivo envueltas en papel periódico con la fecha de 28 de julio, el día en que se cometió el asesinato. Lo que sucedió exactamente en el departamento de policía la noche en que Marino fue arrestado nunca se ha podido determinar con exactitud. Lo cierto es que al día siguiente estaba muerto, con el cuerpo hinchado y desfigurado por la golpiza. En mi primera semana de alcalde, el sistema legal que yo quería respaldar y fortalecer cometió un error trágico que entristeció a los partidarios de la democracia y dio a los representantes políticos del bajo mundo la oportunidad de atacar a la policía y fiscales. El féretro de Salvatore Marino —no el de Beppe Montana, el hombre que él había asesinado— fue llevado por la ciudad como el de un mártir heroico. Mientras observaba su paso, tuve una corazonada de lo que me deparaba el futuro al escuchar unos cuantos gritos de «¡Larga vida a la Mafia!».

La tensión en la ciudad era tan pesada como la humedad del verano. La sede de la policía estaba atravesada de recriminaciones. El Ministro italiano del Interior, Oscar Luigi Scalfaro, ordenó que el jefe de la Escuela Especial y otros dos más fuesen removidos del cargo. Con este telón de fondo, tuve que presentar mi programa ante el Consejo de la ciudad.

En la tarde del día siguiente, hora de la siesta en Palermo, estaba en mi oficina trabajando solo. En unas cuantas horas el Consejo pondría mis propuestas a debate para mejorar la vida en la ciudad. Excepto por mi chofer y un guardaespaldas, y unos cuantos somnolientos empleados municipales, no había nadie. Sonó el teléfono. Era un reportero del diario *L'Ora*. Se le partió la voz al hablar.

«Han matado a Ninni Cassarà».

No podía creer lo que escuchaba. No lo podía asimilar. Luego escuché el ulular familiar de las sirenas que se dirigían a Viale Croce Rossa, donde vivía mi amigo Ninni, subjefe de la policía de Palermo.

Cuando llegué, vi su cuerpo en los primeros escalones de la escalera en medio de un charco de sangre. Había logrado arrastrarse hasta la entrada, pero recibió tantos balazos que se desangró hasta morir. Cerca estaba el cadáver de otro policía, Roberto Antiochia, de unos veintitantos años, que había estado de licencia en Roma cuando se enteró de la muerte de Beppe Montana y regresó inmediatamente a Palermo, pidiendo regresar a su puesto de guardaespaldas de Ninni Cassarà. Un grupo de por lo menos 15 pistoleros los estaban esperando cuando bajaron del automóvil. En la calle se encontró más de 200 cartuchos de Kalashnikov. Un tercer policía llamado Natale Mondo estaba sentado al borde de un macizo de flores con apariencia de muerto. Se levantó, empezó a sollozar y me abrazó. Me retuvo en sus brazos mientras todo su cuerpo temblaba.

De pronto empecé a gritar: «¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!». Era la desesperación y la cólera de un ciudadano, y también la de un alcalde de una ciudad en guerra. También era la desesperación y la ira de un amigo.

Ninni y yo habíamos asistido a muchos cursos juntos en la universidad. Me gustaba jugar a los naipes y al tenis, y hacía su trabajo con inteligencia y apasionamiento. La última vez que lo había visto fue en el funeral de Beppe Montana, pero la última vez que habíamos tenido la oportunidad de conversar ampliamente fue aproximadamente un mes antes cuando me lo encontré en la calle. Yo me dirigía a mi casa y Ninni salía de una tienda con un paquete de cigarrillos en la mano.

«¿Cómo van las cosas?» le pregunté.

«No muy bien Lucca. No van nada bien. De hecho, uno de estos días me gustaría conversar contigo para contarte lo mal que van las cosas».

Nunca tuvo la oportunidad de explicarme exactamente lo que quería decir, pero el cadáver de Ninni cubierto de sangre yaciendo en el piso del corredor era prueba de que las cosas iban bastante mal.

Se supo que había estado trabajando sin parar durante varios días. Ni siquiera regresaba a casa para comer o dormir. Enfrascado en el asesinato de Montana y los acontecimientos relacionados con la muerte de Salvatore Marino. Luego, después de tantos días de vivir en su oficina, Ninni llamó súbitamente a su esposa Laura para decirle que regresaba a casa tarde para almorzar. ¿Cómo sabían los asesinos que iba a regresar a su casa? ¿Su teléfono había sido intervenido? La prensa empezó a hablar abiertamente de un infiltrado de la Mafia en las fuerzas policiales.

Regresé al Palazzo delle Aquile y llamé a Rino Nicolosi, Presidente de la Región, para tener una reunión de emergencia. Llegué a su oficina en la noche temprano, a la oficina que había sido antes de Piersanti Mattarella, e insistí en que llamase al Primer Ministro y al Ministro del Interior en Roma. No podían abandonarnos; ese tenía que ser nuestro mensaje. Pero el Primer Ministro Bettino Craxi estaba demasiado ocupado para hablar con Nicolosi y también el Ministro del Interior Oscar Luigi Scalfaro. Enfurecido, tomé el teléfono y pedí hablar con el Primer Ministro. Cuando se puso en la línea, insistí en que debía reunirse inmediatamente con él una delegación de Sicilia. Después de dudar un momento, aceptó.

Partimos en la mañana en un vuelo especial y nos entrevistamos en su oficina. Se ofreció a venir a Palermo junto con Scalfaro y Francesco Cossiga, Presidente de la República. Le dije que se lo agradecíamos, pero después de la reunión llamé a Scalfaro para hablar en privado. Todavía no lo conocía, aunque después llegué a apreciar sus firmes principios. Por el momento, debido al desorden en que se encontraban las fuerzas policiales en Palermo, tenía que abordar un tema difícil.

«Señor Ministro», tartamudeé sin desear meterme en los detalles de la disensión existente entre nuestros funcionarios de la ley, «podría ser mejor idea si por el momento usted no visitase Palermo».

La respuesta de Scalfaro me dio una lección. «Un Ministro del Interior va donde lo aplauden», dijo. «Pero también debe estar preparado para recibir insultos».

Así pues, todos regresamos para otro funeral de estado en la magnífica Catedral de Palermo. Laura Cassarà insistió en que las exequias se celebrasen en privado. Igual sucedió con el funeral de Roberto Antiochia, aunque para todos fue como si se tratase del funeral de Ninni. La catedral estaba atiborrada. Esta vez la cólera surgía no solo de los ciudadanos comunes y corrientes, como fue el caso de Dalla Chiesa, sino de los uniformados que recientemente habían tenido que sufrir el asesinato de Beppe Montana, los rumores y acusaciones que siguieron a la muerte de Marino, y ahora el asesinato de Ninni y Roberto Antiochia. Estos policías de uniforme tra-taron tan rudamente al Ministro del Interior que al final de las exequias este tuvo que escaparse por una puerta lateral para ir inmediatamente al aeropuerto rumbo a Roma.

El Presidente Cossiga me tomó por el brazo y murmuró tensamente: «Escólteme, alcalde. Escólteme». Caminamos entre dos paredes de uniformados, de hombres con los ojos enrojecidos por la pena. Como una ola se callaron los gritos y luego comenzaron nuevamente cuando nosotros pasamos entre ellos.

III

Ahora Palermo estaba repleto de periodistas, aves de rapiña esperando al próximo cadáver ilustre. Todos los diarios italianos habían enviado a sus mejores reporteros que escribían un artículo tras otro acerca de las tensiones dentro de la policía y el Poder Judicial, sobre los rumores del próximo blanco de la Mafía y sobre la inseguridad del nuevo alcalde.

En cierto momento, trajeron a un periodista alemán a mi oficina para entrevistarme. «Señor alcalde», dijo. «Acabo de estar en la sede de la policía y, ¿sabe cómo lo llaman allí?».

«No».

«A usted lo llaman el “cadáver andante”. Están seguros de que usted es el siguiente».

Fue un momento escalofriante. Hacía tiempo que yo ya había fijado mi posición en esta Guerra Civil. Era la primera vez en que vislumbraba las consecuencias de mi decisión de asumir un papel en una competencia entre las fuerzas de la ley y las del caos. Sabía que si no lograba ningún tipo de movimiento en favor del cambio y la renovación, sería mi fin.

Empecé tratando de liberar a la ciudad de su cultura de «pertenencia» tan antigua. Me refiero a la profundamente siciliana idea de que si uno pertenece a una cierta familia, clan o confraternidad, uno podía tener derechos especiales. En contra de esta noción, era necesario mostrar que el gobierno de la ciudad respetaba por igual los derechos de todas las personas y no concedería favores especiales. Poco después de asumir la alcaldía, se presentó una delegación a mi oficina cuyo vocero dio un paso adelante y empezó a decir: «señor Alcalde, soy miembro de su partido y voté por usted...».

Inmediatamente llamé a uno de mis asistentes y le dije: «por favor, lleve a este caballero afuera. Seguiré la reunión con los demás».

Además de dar estas señales iniciales, tratábamos de afrontar los problemas cotidianos que afligían crónicamente a Palermo. Después de todo, éramos una ciudad que tenía evidentemente un teatro, el extraordinario Teatro Massimo; pero que en realidad no tenía ningún teatro, porque el Massimo había estado cerrado durante años para realizar «trabajos de restauración». Teníamos una empresa de transporte público municipal, pero prácticamente no teníamos transporte porque el número de autobuses era mínimo. Teníamos escuelas, pero no teníamos locales para las escuelas y los estudiantes tenían que asistir a clases en edificios privados de departamentos que la municipalidad alquilaba, a un costo enorme, a una serie de individuos sospechosos.

Una de las primeras cosas que asumí fue la cuestión de los contratos de mantenimiento de calles y alcantarillado; no solo porque era un escándalo, sino porque la ciudad necesitaba un servicio adecuado. Muchas de sus calles estaban en una condición desastrosa y el alcantarillado aún peor. Me dediqué a preparar un contrato público para estos servicios. La oferta más económica vino de una empresa nueva. Inmediatamente firmamos un contrato para que realizara los servicios de mantenimiento de calles y alcantarillado a un costo inconmensurablemente menor que el de los antiguos contratos que se renovaban eternamente.

Entonces, previsiblemente, se produjo una reacción igual y en sentido opuesto, como siempre sucedía cuando lográbamos algún objetivo. En una ciudad donde el desempleo era epidémico, la suscripción de este contrato público legítimo también significaba que cientos de trabajadores de antiguos contratistas perderían sus puestos. Detrás de bambalinas, ciertos

actores alentaron la legítima ansiedad de los trabajadores y pronto tuvimos manifestaciones todos los días enfrente del Palazzo delle Aquile. Familias con niños que golpeaban tambores, soplaban silbatos, gritaban y cantaban. Luego vimos una bandera con las palabras «La Mafia da trabajo». Y una vez más escuché ese grito escalofriante: «¡Larga vida a la Mafia!».

Llamé a Roma para indicar que no se trataba de un problema laboral, sino de un problema de la Mafia. Al poco tiempo, el Parlamento dio una ley especial que permitía que la empresa que había presentado la oferta ganadora pudiese contratar los trabajadores que necesitaba directamente de la empresa antigua, sin tener que pasar por la maraña burocrática de contratar primero a los que estaban en la lista oficial de desempleados. Las manifestaciones se detuvieron.

III

Traté de hacer todo esto con el mayor ruido posible, después de haber aprendido en los últimos años que el silencio y aislamiento eran peligrosos. Aun así, si bien trataba de tener una vida oficial tan visible como fuera posible, trataba de llevar una vida privada invisible. Nuestra familia existía exclusivamente detrás de los muros del pequeño departamento que compartíamos Milli y nuestras hijas. Casi parecía que estábamos solos juntos. En esos años no hubo ni siquiera una *fotografía* de mi esposa conmigo en ninguna ceremonia o recepción pública. Milli y las niñas *nunca* viajaban conmigo en el automóvil. Eliminé su existencia como personas públicas, lo que les permitía mantener la ilusión de que estaban expuestas a menos riesgo. Milli recientemente me ha recordado de un incidente que ilustra exactamente la medida de nuestra separación durante esa época. Por lo general, yo asistía a la misma misa que ella, pero llegaba solo y me sentaba en una banca de la iglesia lejos de la suya. Me recordó que cuando yo entré a la iglesia ese domingo, rodeado de mis guardaespaldas, un joven sentado delante de ella se volvió a la niña sentada junto a él y le dijo con un murmullo altisonante: «¡Mira! ¿Ese no es el alcalde?».

La niña levantó la cabeza y mirando atentamente contestó: «Sí. Es el alcalde». Luego de pensarlo, preguntó: «¿Está casado?».

«No, no está casado», respondió su compañero.

Milli, que estaba sentada delante de ellos, pensó en ese momento: «¿Y entonces, quién soy yo?».

Durante años nadie vino a comer ni fue invitado a nuestra casa, y yo nunca fui a comer ni fui invitado a casa de nadie. Afortunadamente, ahora han cambiado las cosas pero en ese momento mi decisión, que algunos consideraban excesiva y obsesiva, me evitó tener que ir a lugares donde me hubiese encontrado casualmente con la persona equivocada, alguien que luego podría haber regresado a perseguirme.

III

En octubre de 1985, recibí una llamada telefónica del despacho del Ministro del Interior diciéndome que a la mañana siguiente me llevarían en un avión militar junto con otras personas no identificadas a Roma para reunirnos con el Ministro Scalfaro. Cuando subí a bordo, vi que los otros eran los tres magistrados investigadores Giovanni Falcone, Paolo Borsellino y Antonino Caponnetto. Sabía quiénes eran, pero nunca me había reunido personalmente con ellos.

Antonino Caponnetto era un hombre mayor de aspecto frágil y calvo, de grandes ojos grises y amables, hundidos en un rostro refinado. Cuando Rocco Chinnici fue asesinado, este discreto y tenaz magistrado se ofreció voluntariamente a dejar su cómodo puesto en Florencia para ponerse los zapatos del fallecido. Caponnetto tenía raíces sicilianas. Sus padres habían emigrado a la Toscana cuando él era pequeño y, al regresar a su lugar de nacimiento, cambió una gran residencia y una vida social plena por una habitación en el cuartel militar apartado de su familia.

Fue Caponnetto quien tomó la idea esbozada por Chinnici de formar un grupo anti-Mafia al que dio una estructura formal.*

Un grupo de investigadores y fiscales compartía la información para que sus apreciaciones y conocimientos no desaparecieran o tuviesen que ser reconstruidos con gran trabajo si uno de ellos era asesinado. El Grupo anti-Mafia empezó a trabajar en el «Informe de los 162» que había preparado la policía en 1982. Pero luego, con las confesiones de Tommaso

* Las historias de Falcone, el grupo anti-Mafia y las persecuciones de los Corleoneses han sido narradas en gran detalle por Alexander Stille en su libro *Excellent Cadavers* (Random House, 1995). Stille ha sido uno de los más perspicaces observadores de la lucha contra la Cosa Nostra.

Buscetta en 1984 y los arrestos masivos que fueron su consecuencia, seguidos de otras confesiones y más arrestos, la investigación se amplió hasta que se convirtió en una encuesta masiva durante los años de los crímenes de la Mafia. Ahora el equipo estaba preparando un gran juicio contra la Mafia que se conocería con el nombre del Maxi Juicio debido al número de acusados, un total de 476. Anteriormente, los mafiosos habían sido enjuiciados individualmente y, por lo general, salían en libertad debido a la *omertà*, el código de silencio con el que se amedrentaba a los testigos. Pero ahora el juicio sería conjunto, porque la nueva ley reconocía que la Mafia era una conspiración y el código de silencio ya no se respetaría estrictamente.

Llegué a respetar y después a apreciar a Caponnetto, y como otros palermitanos también llegué a apreciar a Giovanni Falcone y a Paolo Borsellino. Nuestras estrellas se alinearon cuando Caponnetto hizo salir a estos dos hombres a la palestra.

Falcone y Borsellino habían nacido en Kalsa, el nombre proviene del árabe *al khalisah* o el «elegido». Se habían conocido cuando eran niños y jugaban fútbol en la Piazza Magione que es el sitio donde se encuentra la bella iglesia árabe-normanda donde me casé. Sus familias se habían visto afectadas por el deterioro de la vida pública de Palermo. El hogar de los Borsellino llegó a ser invadido. El lugar donde Falcone había crecido fue demolido para dejar espacio a uno de esos fenómenos únicos de Palermo: un camino que nunca se construyó.

Las estrechas y deterioradas calles de Kalsa, que alguna vez fueron el barrio de los pescadores, se habían convertido en el reino del jefe de la Mafia Masino Spadaro, «Rey de los contrabandistas de cigarrillos» en los años 50 y posteriormente gran narcotraficante. Los dos hombres habían conocido al enemigo durante su juventud. Más tarde Falcone me confesó: «Lucca ¿sabes por qué soy tan bueno en la lucha contra la Mafia? Porque yo mismo soy un mafioso». Por supuesto, lo que quería decir era que había crecido dentro del territorio de la Mafia y había llegado a comprender la mentalidad de los mafiosos. Paolo Borsellino también sentía algo parecido. Una vez dijo que «había respirado el olor de la Mafia desde que era niño». En una de sus últimas entrevistas a la televisión suiza en 1992, confesó que, cuando era niño en la Piazza Magione, envidiaba a algunos de sus compañeros de colegio, hijos de *capimafia*, porque sus padres eran importantes, mientras que su padre era solo un farmacéutico.

Ambos hombres eran de talla mediana. Pero mientras Borsellino era delgado y concentrado, fumador incesante que se guardaba sus emociones, Falcone había ganado peso al llegar a la edad madura y era un hombre retirado que irradiaba una inteligencia tranquila, perfectamente complementaria con el apasionamiento de Borsellino. Había también otras diferencias. Falcone había atravesado un penoso divorcio y se había convertido en un hombre más exigente y acucioso, absorbido por su trabajo. Borsellino estaba casado y tenía tres hijos, un tortuoso sentido del humor y gran impaciencia (en los años siguientes, cuando lo perseguía la Mafia, a veces se escapaba de sus guardaespaldas, se subía a la motocicleta de su hijo y volaba por la ciudad). Falcone era de tendencia izquierdista y había llegado al tema de la Mafia a través de su experiencia en los detalles más insignificantes de las transacciones bancarias ilegales. Borsellino era de tendencia derechista, y su odio por la Mafia provenía de su decisión por identificar a los asesinos de su amigo policía Emanuele Basile. Pero ambos eran sicilianos hasta la médula, tercos y valientes; y ambos tenían la habilidad siciliana de expresarse con los ojos.

Posteriormente, cuando la guerra con la Mafia llegó a un punto crítico, el programa de televisión *60 Minutos* (de los Estados Unidos) vino a Palermo a hacer una filmación. El intérprete italiano de Falcone me dijo después que el entrevistador norteamericano le había preguntado a Falcone varias veces que si tenía miedo de ser asesinado. Ya por entonces estaba cansado de escuchar la misma pregunta que le habían hecho casi todos los días durante años. No le gustaba la idea de que otros vicariamente participasen en su posible muerte, así que cuando le hicieron la pregunta durante la entrevista, miró hacia otro lado y dio el equivalente verbal de un encogimiento de hombros. El entrevistador de *60 Minutos* siguió tratando de que le diese una respuesta más definitiva enfrentándolo directamente a la cámara. El intérprete, que sabía que Falcone estaba haciéndolo a propósito, finalmente dijo: «¿no ve que el señor Falcone ya respondió a la pregunta?».

Falcone había empezado a trabajar contra la Mafia en 1980 después de empezar a estudiar las infracciones a las leyes de moneda extranjera. Cuando Buscetta fue arrestado en 1984, se decidió que Falcone era la persona que debía ir lógicamente al Brasil para interrogarlo. Al principio Buscetta se había rehusado a hablar con cualquiera, llegando incluso después

de su arresto a tomar veneno en un abortado intento de suicidio. Pero Falcone captó su simpatía, no mediante un llamado a la moral, sino simplemente impresionando a Buscetta por sus conocimientos y sensibilidad (uno de los otros fiscales colegas de Falcone dijo alguna vez: «Si Giovanni hubiese estado en la facción opuesta, habría sido un gran mafioso»). Haciéndole saber a Buscetta que estaba fascinado por su personalidad y su historia, Falcone logró que hiciese amplias declaraciones en Roma. Ambos hombres iniciaron un extraño *pas de deux* en el que Buscetta permitía que Falcone obtuviera información poco a poco, complaciéndose en la dinámica del interrogatorio. Durante todos estos años se había aprendido mucho acerca de la Mafia, un conocimiento acumulado gracias a personas como Cesare Terranova y Rocco Chinnici. Buscetta era la última pieza del rompecabezas. Proporcionó una descripción completa de la Cosa Nostra, desde la ceremonia de iniciación mediante la cual un soldado se convierte en un hombre «hecho», hasta la jerarquía que pasa de los *picciotti* hasta la Comisión. Explicó exactamente cómo se había producido el ascenso de los corleoneses. Habló de la penetración de los sicilianos en el mercado de las drogas de los Estados Unidos a través de la «Conexión de la Pizza», lo que permitió comprender un comentario que se grabó a Gaetano Badalamenti dirigido a uno de sus hombres en Nueva York: «Nos necesitan porque tenemos la licencia de importación». Las informaciones de Buscetta acerca de la relación de la Mafia con los Gambinos y otras familias de la Mafia de los Estados Unidos, y cómo habían utilizado los restaurantes de Pizza en el medio oeste de los Estados Unidos para establecer una red de distribución de drogas, llevaron a Falcone a colaborar estrechamente con Rudolph Giuliani (posteriormente alcalde de Nueva York), Louis Freeh (posteriormente jefe del FBI) y otros fiscales federales de los Estados Unidos. Aceptó que Buscetta fuera a los Estados Unidos para nuevas declaraciones y se acogiese al Programa de Protección de Testigos de los Estados Unidos después de que terminase el Maxi Juicio. A veces Falcone no sabía si creer o no las declaraciones de Buscetta, que otros fiscales descartaban por considerarlas desinformación. Entonces, Falcone le pidió a Borsellino su opinión, sabiendo que su amigo comprendía mejor la mentalidad de la Mafia. Cuando Borsellino le dijo que creía en lo que Buscetta declaraba, Falcone supo que la información era correcta.

Falcone y Borsellino, sus nombres siempre se pronunciaban juntos. En el terrible verano de 1985, como parte de las consecuencias inmediatas de las tragedias de Montana-Marino-Cassarà-Antiochia, las autoridades escucharon un rumor en la prisión de Ucciardone de que pronto serían asesinados. En consecuencia, Falcone y su novia, Francesca Morvillo, junto con Borsellino, su esposa, hijo y dos hijas rápidamente fueron sacados de Palermo en forma clandestina, ya que en esa ciudad no se podía garantizar su seguridad. Fueron llevados en avión a una prisión en la isla de Asinara, frente a las costas cerdeñas. Se los alojó en las habitaciones de los guardias de la prisión donde pasaron unas «vacaciones» de verano. Los niños ya vivían bajo protección armada. Ahora, tenían por delante seis semanas de confinamiento solitario en una prisión. La hija de Paolo, Lucía, una muchacha tímida e introvertida de 16 años empezó a perder el apetito y ante los ojos de su padre desarrolló una severa anorexia. Fue tal su preocupación por su hija que cuando regresó a su casa empezó a encontrar la manera de salir de Palermo, alejándose de las limitaciones de la seguridad y la posibilidad constante de morir. Finalmente, aceptó un cargo como jefe de la oficina del fiscal en la ciudad de Marsala, al este de Sicilia, donde la Mafia también era un problema, y colaboraba a larga distancia con Falcone.

III

La reunión que Falcone, Borsellino, Caponnetto y yo tuvimos en octubre de 1985 en Roma con el Ministro del Interior, cimentó una relación entre Palermo y el gobierno nacional para tratar el asunto de la Mafia. Una ley que finalmente fue producto de estas discusiones establecía el derecho de los miembros de la familia de las víctimas de la Mafia que necesitaran sustento a ser empleados en puestos públicos sin tener que pasar por el concurso de méritos normal. Di órdenes de que esta ley entrara inmediatamente en vigencia en nuestra ciudad.

La reunión de Roma también forjó un estrecho lazo entre el Tribunal y el Palazzo delle Aquile, que gradualmente se estaba convirtiendo en un elemento visible de la lucha contra la Mafia, y no en el Palacio de la Vergüenza, donde se alimentaba a la Mafia de las fuentes públicas, utilizando la maquinaria del gobierno para sus propios y oscuros propósitos. Los cuatro sabíamos que seríamos los adalides de la lucha que teníamos por

delante, ellos en el ámbito legal y yo en el cultural. Además nos pusimos de acuerdo en que no se trataba realmente de batallas independientes. Como en la metáfora que mencioné anteriormente, se trataba de una carreta con dos ruedas. La rueda de la justicia, la ley, la policía, los tribunales, las prisiones; y la rueda de la sociedad civil, una ciudadanía informada y responsable que vivía en una economía en expansión. Si la rueda de la justicia gira sin desarrollo cultural y social, la gente dice (como lo hicieron algunos en los peores días de la lucha contra la Mafia), «hemos pasado de Guatemala a Guatepeor». Pero si la rueda de la sociedad civil gira sin justicia, existe el riesgo de que una aparente vitalidad social enmascare las operaciones de la Mafia. Las dos ruedas deben girar juntas y a la misma velocidad para que la carreta avance y no se mueva en círculos.

Durante los pocos meses siguientes, cada vez me aproximé más a Borsellino, uno de estos extraños sujetos cuya intensidad detiene el transcurso del tiempo cuando se está en su presencia. Falcone era más difícil de conocer, pero nuestra relación se consolidó una tarde cuando me llamó a pedirme un favor: «He decidido casarme y quisiera que celebres mi boda», dijo. «Pero, por favor, quiero que sea completamente privado, sin que nadie se entere». Le aseguré que los sicilianos —como él bien sabía— éramos excelentes para guardar secretos, y le prometí que la ceremonia se realizaría exactamente según sus deseos. Fijamos la fecha para un sábado por la tarde y se siguió la antigua costumbre de publicar los edictos, pero se los colocó en medio de muchos otros materiales en el boletín de noticias de la municipalidad.

El día designado, cuando las oficinas de la municipalidad debían haber cerrado a medio día y todo mundo partió a casa durante el fin de semana, solicité que se colocara el Registro de Matrimonios en mi escritorio, argumentando que necesitaba hacer una verificación. El tiempo pasaba y los empleados esperaban para cerrar, mirando con impaciencia el reloj. Súbitamente golpearon mi puerta y una voz anunció.

«Señor alcalde... ha venido el doctor Falcone».

«Sí. Estaba esperándolo. Hágalo pasar».

Giovanni Falcone entró con su padrino, Nino Caponnetto, jefe del grupo contra la Mafia. Poco después, llegó con un amigo Francesca Morvillo, una joven que también era fiscal. Los declaré marido y mujer y mi secretario registró el matrimonio. Luego, hicimos un brindis con una botella

de champaña que yo había enfriado en la refrigeradora. La prensa no se enteró del matrimonio hasta que los recién casados partieron en corta luna de miel.

III

Estaba por comenzar uno de los juicios más importantes de la historia de Italia. Pero no había tribunal capaz de albergar a los cientos de acusados, docenas de abogados y familiares de las víctimas que presentarían testimonio, además del juez y del jurado, sin mencionar a la prensa y al público en general. No se trataba solamente de tener una sala suficientemente grande para el tribunal, sino también de un problema de seguridad. El transporte de cientos de mafiosos todos los días desde y hasta la prisión de Ucciardone atravesando el centro de la ciudad sería una invitación al ataque, así que se decidió construir una nueva sala de tribunal, específicamente designada para el Maxi Juicio, junto a la prisión de Ucciardone que estaría protegida por elevadas rejas de fierro.

Pero subsistían muchos otros problemas. La sala del tribunal tendría que estar protegida contra las bombas (finalmente optamos por colocar enormes bloques de concreto reforzado capaces de resistir el ataque directo de un misil antitanque). Había que mantener a los cientos de acusados en diferentes «jaulas» de barrotes para que no conspirasen o se matasen entre sí, ni pudieran amenazar al público. El área compartida de la sala tenía que albergar a todos los que estuviesen involucrados en el proceso legal, y ofrecer zonas de residencia para el jurado durante su período de asilamiento. Además se necesitaba un garaje protegido para que los fiscales y jueces pudiesen entrar al juicio sin ser blanco de ataques. Se requería estricta seguridad de tecnología sofisticada, con inspecciones de rayos x y de identidad.

Sorprendió a los que están acostumbrados a la burocracia italiana saber que la Sala de Tribunales Bunker, como se le conoció, cumplió con todos estos requisitos. Se trató de un ejemplo de ingeniería y el hecho de que su construcción extremadamente costosa se realizase en un período de tiempo relativamente corto demostró que el Estado había asumido un nuevo compromiso de lucha contra la Mafia.

Pero entonces, a fines de noviembre de 1985, después de que los fiscales habían presentado una acusación en 42 volúmenes para el Maxi

Juicio, la tragedia griega que acechaba a Sicilia fue causa de otro acontecimiento irónico. Cuando Paolo Borsellino estaba yendo a su casa en su automóvil blindado para almorzar, el automóvil escolta que lo precedía golpeó a un automóvil estacionado en Via Libertà, haciendo que el chofer perdiese el control y arrollase un paradero de ómnibus donde muchos pequeños escolares se reían y conversaban mientras esperaban el ómnibus para sus hogares. Cuando el chofer de Borsellino hizo girar el automóvil en dirección contraria, los otros guardaespaldas saltaron de los automóviles escolta sacando sus armas. Todo sucedió tan rápidamente que durante los primeros terribles segundos, pensaron que se había producido un ataque. Pero se vieron enfrentados a una escena de horror. Dos estudiantes, un niño llamado Biaggio y una niña llamada Giuditte habían muerto instantáneamente, un tercer estudiante estaba seriamente herido y había muchos heridos de menor consideración.

Fue la oportunidad que los demás mafiosos habían estado esperando. Inmediatamente lanzaron una campaña de murmuración que finalmente llegó a las páginas de los diarios locales. Los fiscales habían convertido a Palermo en una «ciudad blindada», decían las acusaciones. Las medidas de seguridad eran excesivas e innecesarias; las sirenas perturbaban a los ciudadanos amantes de la paz y tranquilidad, y sus automóviles asesinaban niños. Sí, antes las cosas estaban mal, cuando la Mafia asesinaba gente, pero ahora estaban peor. Nuestras vidas y las vidas de nuestros hijos habían sido puestas en peligro por estas personalidades anti-Mafia. ¿Dónde está la «normalidad»? ¿Dónde está la «ciudad europea» que el alcalde Orlando sigue prometiéndonos?

Fui a la escena del accidente. Vi el pavimento ensangrentado y el silencioso horror de los ojos de los alumnos sobrevivientes. De regreso a mi oficina, el teléfono no cesaba de sonar con exigencias para que declarase el «duelo» en la ciudad de Palermo. Pero sabía que si aceptaba, este duelo no sería tanto *por* los alumnos sino *contra* los fiscales, los *carabinieri*, la policía y, sobre todo, contra los cambios que estaban comenzando a germinar en la sociedad civil. Anuncié que no proclamaría un duelo oficial porque las muertes de los estudiantes eran como las muertes de miembros de mi propia familia. Antes bien, me declararí en duelo *personal*, e insté a todos los palermitanos a seguir este ejemplo.

La sala de espera de Villa Sofia, el hospital donde se estaba tratando a los jóvenes (y el mismo donde fue llevado el Presidente Mattarella después

de ser abaleado), estaba repleta de policías y fiscales, todos mostrando rostros devastados. No habían entrado al pabellón donde se estaba tratando a los heridos, porque temían ofender a los padres y madres de familia que sostenían las manos de sus niños entre las suyas. Los hice pasar y los llevé de cama en cama para que expresaran su tristeza y solidaridad. El funeral de Biaggio se llevó a cabo en Carini, un pequeño pueblo cerca de Palermo; el de Giuditta en la parroquia de su familia en la ciudad (irónicamente Giuditta era la hija de un oficial de la policía de alto rango). Paolo Borsellino estuvo junto a mí en la misa de los funerales. Las muertes lo habían apabullado. Cuando nos tomamos de las manos para pronunciar el Padre Nuestro, la pena de Borsellino irradiaba por los poros de su piel como si fuese calor.

Durante las siguientes semanas, Paolo pasaba varias horas cada día al pie de la cama del estudiante en coma. El niño era hijo de una familia amiga suya. Los padres le dijeron que nunca, incluso si su hijo fallecía, lo harían responsable de lo sucedido. Pero Borsellino estaba angustiado por el niño y oraba al pie de su lecho, transmitiendo su gran fe a todos los que lo rodeaban. Luego, el niño desertó del coma y empezó a recuperarse.

Mientras el niño seguía hospitalizado, la Mafia convocaba sus activos cívicos para que la gente se lanzara a las calles desencadenando un fuerte ataque contra el estado de derecho y el orden cívico que luchaban por imponerse en Palermo. Era evidente el diálogo que se estaba gestando: ¿No estábamos mejor antes que ahora que había empezado la lucha? Me parecía que el resultado era indefinido. En último término el pueblo decidió defender el estado que representan los fiscales y mi gobierno municipal. En las asambleas escolares, los estudiantes sostenían que la Mafia era la responsable de las muertes de Biaggio y Giuditta, y sus padres estuvieron de acuerdo. Fue un momento corto pero importante de nuestro movimiento de renovación cívica.

Cuando se hizo claro que fomentar una respuesta no les daría la victoria, la Mafia regresó a su vieja táctica de transmitir mensajes. A comienzos de diciembre, precisamente cuando iba a empezar el Maxi Juicio, mataron a un hombre de edad que salía de la iglesia con su madre y hermana. Era Leonardo Vitale, el primero de los *pentiti*, que hace 12 años la policía había declarado loco cuando salió a la luz para delatar las maquinaciones internas de la Mafia ¿Por qué matar ahora a este viejo sin importancia?

No porque tuviese más información que proporcionar. Era un mensaje a Buscetta (que ahora era un nombre común en Italia luego de la publicación de las acusaciones), a Contorno y a todos los demás que podían sentir la tentación de unirse a ellos: si se levantaban a declarar en la corte, pagarían el precio.

III

El sistema jurídico italiano incluye una norma que permite que las partes perjudicadas en un juicio se presenten como *parte civil*, lo que podría entenderse como parte civil agraviada. Por ejemplo, si se produce un asesinato, la familia de la víctima puede ser designada agraviado civil en el juicio contra el acusado de asesinato. Frecuentemente, la demanda de reparaciones del agraviado civil es meramente simbólica y los abogados del demandante se presentan principalmente para estimular al fiscal en su tarea de conseguir una condena.

Para evitar que nuestros ciudadanos considerasen el Maxi Juicio como un proceso legal remoto y para promover la idea de que la ciudad de Palermo y todos sus habitantes, y no solo aquellos asesinados en sus calles, habían sido víctimas de la delincuencia de la Mafia, decidí incluirme como demandante civil en el Maxi Juicio. Algunos consideraron que mi decisión era quijotesca y fue recibida con sorna por los abogados de la Mafia. Pero los ciudadanos honestos tenían otra opinión. Todos los días escuchaba sus murmullos de aliento aunque no demasiado ruidosamente. «¡Tiene razón!». «¡Lo respaldamos!». «¡Hay que acabar con esos desgraciados!».

Unos días antes del juicio, la ciudad de Palermo convocó a una «Asamblea Nacional contra la Mafia». El objetivo era demostrar que no estábamos solos y que todo el país tenía parte en lo que iba a suceder. Cientos de alcaldes y administradores locales de toda Italia acudieron a Palazzo delle Aquile y convirtieron su Cámara de Concejales, que durante años fue símbolo del poder y las intrigas de los mafiosos, en una palanca de la lucha contra estos últimos, que finalmente se estaba llevando a nivel nacional. En mi discurso de bienvenida a Francesco Cossiga, Presidente de la República, simplemente dije: «Palermo es la capital de la Mafia, pero Palermo se ha propuesto convertirse en la capital mundial anti-Mafia». Poco después, convoqué a una conferencia de prensa para anunciar en mi calidad

de parte civil agraviada, que la ciudad sería representada por un grupo de tres abogados, encabezado por uno de los más importantes abogados de Roma, Giovanni María Flick, experto en delincuencia organizada y quien muchos años después se convertiría en Ministro de Justicia y luego en miembro del Tribunal Constitucional Italiano. Aceptó el caso con una condición: que no recibiría remuneración, ni siquiera por los grandes gastos que le ocasionarían sus desplazamientos continuos entre Roma y Palermo durante los dos años posteriores.

Supongo que como cualquier otro católico estoy fuertemente convencido de que el mundo está poblado de hijos de la luz e hijos de la oscuridad. Durante años había sido pesimista, pero ahora mi convicción de que, finalmente, las fuerzas de la luz estaban empezando a brillar en mi desolado país era cada vez mayor.

CAPÍTULO 7

El día de inicio del Maxi Juicio, el 10 de febrero de 1986, llovía copiosamente en una ciudad de calles bloqueadas por barricadas, con más de 3000 soldados y dos tanques del ejército estacionados afuera de la sala del Tribunal Bunker, con helicópteros que volaban a baja altura y una aparentemente interminable cola de ciudadanos que cruzaban los puestos de seguridad para poder entrar a las galerías que albergaban al público. A pesar del mal tiempo, se sentía un aire de alegría. Hoy podrían ver a los mafiosos que los habían dominado durante tanto tiempo en sus jaulas. Podrían ver las primeras grietas del edificio de dominación política que la Mafia había estado construyendo en Sicilia durante los últimos 100 años.

Al entrar al tribunal, observé el área reservada para las multitudes de periodistas que habían acudido a Palermo desde casi todos los países del mundo, convirtiendo nuestras calles en una Torre de Babel. Al asumir mi posición en la zona designada para los agraviados civiles y sus abogados, pasé entre los mafiosos que miraban entre los barrotes con ojos que destellaban odio. Una ola de murmullos pasaba de una jaula a la siguiente:

«U sinnacu! Talé, talé, u sinnacu!» *¡El alcalde! ¡Miren, miren, el alcalde!*

No tenían nada más que decir, pero sus abogados no dudaban en expresar desprecio en su nombre. Cuando me puse de pie de cara al tribunal y de espaldas a las jaulas para confirmar mi presencia, uno de los abogados dijo cáusticamente que el alcalde de Palermo debía concentrarse en limpiar las calles y hacer que los omnibuses circularsen puntualmente ¡en lugar de andar persiguiendo a los pobres acusados!

No había nada inesperado en que yo me presentara como parte civil agraviada, igual que la familia Dalla Chiesa o la viuda de Cesare Terranova o los representantes de los *carabinieri* caídos o la policía nacional; pero nadie esperaba ver a una rolliza mujer de edad y corta estatura vestida de negro aferrada a una pequeña cartera negra, cuyo cabello dorado había amarrado en un apretado moño a la altura del cuello y que se dirigía con determinación al tribunal, sacando de una bolsa plástica una gran foto enmarcada.

«Unnè la giustizia?» ¿Dónde está la justicia?, preguntó en voz alta pasando la vista por todo el tribunal.

Su nombre era Vita Rugnetta. Parecía un personaje sacado de una película de Rossellini sobre la Sicilia rural. La señora Rugnetta tenía el orgullo de ser una de esas mujeres cuyas familias cuentan con un «hombre de Honor». Pero se le había derrumbado el mundo cuando le mostraron el cuerpo muerto de su adorado hijo único, que se encontró en la maletera de un automóvil estacionado frente a la sede de la policía. Antonino Rugnetta, mafioso de bajo nivel en período de entrenamiento, había sido víctima de los corleoneses. Su muerte había sido particularmente brutal, igual a la que utilizaron contra los opositores durante la Segunda Guerra Mundial, es decir, la *incaprettatura* («Muerte de la Cabra»), mediante la cual se atan los brazos y pies de la víctima en un arco en la espalda utilizando una soga que pasa por el cuello. También le dispararon, pero probablemente falleció como resultado de la larga y atroz muerte que sufren los *incaprettati*; porque, cuando se cansan los músculos de las piernas y bajan los pies, se ahorcan solos lentamente.

Esta pequeña mujer que había entrado al tribunal pidiendo justicia estaba rompiendo dramáticamente uno de los más antiguos tabúes de la Mafia. Siempre es posible acudir a otro mafioso como «*vendetta*» si uno sufre una injuria, pero *nunca* al Estado. Y, sin embargo, aquí estaba, a vista de la prensa internacional, profiriendo su «Yo Acuso».

La señora Rugnetta era propietaria de una pequeña tienda de muebles en una de las estrechas calles del centro histórico de Palermo. Su hijo la mantenía, pero desde su muerte este negocio había sido su único medio de subsistencia. Sin embargo, desde el día en que entró al tribunal del Bunker y pidió justicia, no vendió ni un mueble más. Nada. Ni siquiera la más barata de las sillas. Los *capomafia* de la zona habían dado órdenes

estrictas de que nadie debía ser cliente del negocio de Vita Rugnetta. Sin embargo, durante los siguientes años, mucho después de que terminase el Maxi Juicio, tercamente abría la puerta de su negocio todas las mañanas a las nueve. Vestida de negro y rodeada con sus muebles sin vender, se sentaba todo el día frente a la tienda delante de un pequeño altar, cuyo centro era la fotografía de su hijo en un marco de plata. Sus deudas crecían pero la tienda seguía abierta, gracias a los que como nosotros consideraban que esta tienda debía seguir abierta por ser un estandarte importante contra la Mafia.

Al salir al frente, Vita Rugnetta fue solo la primera de un desfile de mujeres que pedía justicia. Uno de los más importantes activos de la Mafia fue la fantasía maliciosa de que eran los baluartes de los valores sicilianos tradicionales, el principal de los cuales era la familia, así que cuando las mujeres empezaron a criticar a la Mafia, llegando incluso a fundar una organización denominada Mujeres contra la Mafia, se desmoronó un gran pedazo del Muro de Berlín de la Cosa Nostra.

III

El Maxi Juicio estaba todavía en las etapas iniciales de batallas judiciales cuando, a los diez días de la inauguración, alguien se me acercó con apresuramiento y excitación para susurrarme que se había arrestado a Michele Greco. En una operación secreta con más de 400 operativos, los *carabinieri* habían arrestado a Greco en la madrugada en una residencia rural en las colinas de Madonie al este de Palermo. La noticia se extendió por la ciudad como reguero de pólvora. ¡Ahora «el Papa» de la Mafia estaría también en una jaula con los demás en el Bunker frente a los jueces! Michele Greco, que había utilizado su propiedad de Croceverde Giardini, un suburbio en las afueras de Palermo, para recibir a muchas de las familias, políticos, eclesiásticos, magistrados e incluso representantes de las fuerzas de la ley y el orden de la ciudad; Michele Greco, que también había sido anfitrión de cenas para la Mafia, citas cumbre de mafiosos, y anfitrión de reuniones de caza y fiestas campestres, mientras sus soldados asesinaban en esa misma residencia a otros hombres de honor que eran sus enemigos y también a los corleoneses; finalmente, tendría que presentarse ante los tribunales. Y cuando este «Papa», un «caballero del campo» de aspecto cada vez

mayor e inocuo, tuvo que enfrentarse al tribunal para el interrogatorio, empezó por decir, abriendo los brazos, que «la violenza non fa parte della mia degnità». Una frase típica de la Mafia: «la violencia y mi dignidad viven vidas separadas».

Luego nos dimos cuenta de que Totò Riina, el poder detrás del trono, había entregado al Greco para que el mundo de la legalidad creyese que ahora, una vez que el «jefe de jefes» estaba cautivo, se había resuelto el caso. Pero ni siquiera esta idea podría haber restringido nuestras tareas. Paolo Borsellino, analista del simbolismo de la Mafia, se entusiasmó en las etapas iniciales del Maxi Juicio cuando el hijo de Michele Greco entró a la galería de espectadores, y un ciudadano común y corriente dijo: «¡Ja!» al verlo pasar. Una sola sílaba, pero Paolo sintió que este «¡Ja!» irrespetuoso expresaba ostensiblemente lo que sucedía en nuestra ciudad.

III

Cuando comenzó el juicio, todas las entrevistas y, especialmente aquellas con la prensa extranjera, terminaban con la misma pregunta: «Señor alcalde, ¿no tiene miedo?».

Siempre descartaba la pregunta. No por modestia, sino porque realmente no sabía cómo contestar. Debido a mi enfermiza niñez y a mi crianza protegida siempre había albergado premoniciones de una muerte prematura, así que probablemente tenía menos miedo que otras personas en mi misma posición. Pero tenía también una imaginación muy activa y no me era difícil imaginar posibles situaciones con explosiones de bomba, escuadrones que disparaban Kalashnikovs e incluso raptos que terminaban con mi *incaprettatura*. Recibía muchas cartas anónimas llenas de amenazas; pero las serías, y había muchas, generalmente no me llegaban directamente. Más bien llegaban a la policía mediante llamadas telefónicas o informantes que se presentaban en persona. A veces, un teléfono intervenido era sugerencia de que algo había en el aire.

Desarrollé una especie de código con mis guardaespaldas que me permitía entender en qué casos la policía pensaba que las amenazas eran especialmente graves. Cuando los hombres empezaban su turno en la mañana, sus superiores los llamaban para que firmasen un formulario específico declarando que se les había informado que Leoluca Orlando, de

cuya seguridad eran responsables, actualmente era considerado como un «riesgo especial». En esa época, cuando subía a mi automóvil, me decían: «Señor alcalde, esta mañana hemos firmado». Y entonces yo ya sabía.

Pero también es justo decir que independientemente de nuestra valentía, todos vivíamos preocupados. Mis reuniones con Falcone, Borsellino y Caponnetto casi siempre se realizaban en la seguridad relativa de sus propias oficinas. Pero una noche, Falcone me invitó a su casa. Después de las cortesías usuales, se dirigió a su esposa y le dijo: «Francesca, ¿por qué no le preparas un café a Lucca?». Siendo ella un abogado de alto nivel que estaba acostumbrada a participar en todos los secretos, dudó por un momento.

«Vamos Francesca, no podemos dejar a Lucca sin café», insistió. «Por favor, prepárale uno».

En el momento en que Francesca salió de la habitación, Falcone sacó una carta de su bolsillo. Tenía una amenaza dirigida a él y a mí. El sello postal era de Alemania, de Wuppertal en el Ruhr. Según el Bundes Kriminal Amt, los especialistas alemanes en actos delictivos, Wuppertal es una de las tres ciudades de su país donde la Mafia siciliana es especialmente poderosa.

«Sabes», dijo Falcone, «esto es serio».

Cuando escuchamos que Francesca regresaba de la cocina, Falcone escondió rápidamente la carta y susurró: «No quiero que se alarme».

Con el paso de las semanas, el Maxi Juicio se convirtió en una rutina legal interminable, y finalmente ya no aparecía en las primeras páginas de los diarios. La sala de Tribunales Bunker operaba a oscuras y en silencio, precisamente lo que quería la Mafia.

Los juicios giraban en torno a códigos, cavilaciones y distinciones sutiles. Una vez que ya no ocupaban el escenario principal, los abogados de los acusados empezaron a utilizar todos los trucos legales para tratar de prolongar el proceso tanto como fuera posible. Su objetivo era permitir que el período de encarcelamiento preventivo previsto por el sistema italiano concluyese, de manera que sus clientes pudiesen ser liberados bajo fianza (en cuyo momento, por supuesto, la mayor parte desaparecería inmediatamente). Era como observar un duelo invisible. Primero los acusados tenían «ataques». Uno se cosió los labios (literalmente, con hilo y aguja, en la misma jaula); otro comía uñas. El tribunal ordenó que fuesen desalojados para continuar con el proceso. Luego, vino el turno de los abogados de la

Mafia. Primero pidieron que se leyese la *totalidad* de los cientos de miles de páginas de evidencia, más de ochocientas mil páginas, en voz alta en la corte (lo que según los cálculos de un diario demoraría varios meses). El tribunal aceptó que los acusados tenían el derecho de hacer esta solicitud pero dictaminó que los días en que se reuniría para llevar a cabo este proceso no se restarían de los días permitidos por la ley para que los acusados estuviesen bajo prisión preventiva, tras lo cual los abogados rápidamente retiraron su solicitud.

Durante todas estas maniobras, la Cosa Nostra marcaba el tiempo: sin asesinatos, solo algunos cuantos robos a mano armada. Se produjo un silencio extraterrenal mientras la Mafia se escondía y esperaba, siguiendo el antiguo proverbio siciliano que aconseja a los ciudadanos de una tierra perpetuamente conquistada a ganar tiempo. *Calati juncu ca passa la china*, «agáchate debajo de los juncos y deja que la marea pase». De hecho, a pesar de que Tomasso Buscetta, contrariamente a las expectativas de los abogados, llegó desde los Estados Unidos, donde vivía bajo el Programa de Protección de Testigos, para confirmar personalmente todo lo que había declarado a Giovanni Falcone, y a pesar de que el testimonio de Salvatore Contorno y el de todos los demás informantes que describieron, como si estuviesen leyendo una lista de compras, los asesinatos y torturas al por mayor y los cadáveres calcinados en cilindros de ácido para no dejar el menor rastro de las víctimas *lupara bianca*, a pesar de todo ello, la atención de los medios de comunicación y la ciudadanía iba disminuyendo.

III

A fines de enero de 1987, el diario más antiguo y prestigioso de Italia, *Il Corriere della Sera*, publicó un artículo de Leonardo Sciascia, uno de los escritores italianos más importantes del siglo XX. Sciascia era un siciliano proveniente del pequeño pueblo de Racalmuto en la Provincia de Agrigento, pero durante muchos años había vivido en París. Sus novelas, entre las cuales probablemente la más famosa sea *El día de la lechuzca*, habían instruido a toda una generación de italianos a cerca de la manera de pensar y la semiótica de la Mafia. Sciascia conocía poco la Mafia urbana que se había desarrollado en los últimos años, pero entendía perfectamente la mentalidad de la Mafia rural. Uno de sus mejores personajes, el padrino de una

pequeña aldea, hace una famosa clasificación de los hombres en cuatro categorías: *uomini, mezzu uomini, uominicchi e quaquaraqua*, «hombres, medio-hombres, hombrecillos y patos que hacen cuack». En cinco palabras, especialmente la última, como manera de designar a los seguidores más estúpidos de la Cosa Nostra, lograba dar un retrato magistral de cómo veía el mundo un jefe de la Mafia.

El artículo de Sciasca mencionaba personalmente a Paolo Borsellino, señalando que había sido escogido para encabezar la Oficina de la Fiscalía de Marsala, una ciudad a la vanguardia de la lucha contra la Mafia, pasando por encima de otro fiscal con mayor antigüedad (no se mencionaba el hecho de que este fiscal de mayor antigüedad no tenía experiencia con la Mafia). Sciasca también se refería al alcalde anónimo que deliberadamente había pasado al frente concediendo entrevistas y pronunciando discursos contra la Mafia en colegios y conferencias, sabiendo que al hacerlo estaría adelantando en su carrera y que nadie se atrevería a atacarlo por temor a ser acusado de mafioso. Estos hombres, y otros como ellos —sostenía Sciasca apuntando inequívocamente su pluma hacia Borsellino y a mí mismo—, eran «Profesionales Anti-Mafia» que acolchaban sus propios nidos recurriendo a la política.

Al día siguiente de aparecer el artículo, Milli y yo abordamos un avión con Giovanni Falcone y su esposa Francesca rumbo a Moscú donde Falcone tenía que reunirse con magistrados y detectives soviéticos dedicados a la Lucha contra el Crimen Organizado en ese país. Yo me reuniría con las Autoridades Municipales de la capital y de Leningrado que enfrentaban el mismo problema. Falcone y yo comentamos el artículo de Sciasca. Le dije que las palabras de Sciasca posiblemente tendrían el mismo efecto que la lluvia que se menciona en el adagio siciliano: *Quannu chiovi i cuorna ri babbaluci*, «cuando llueve los caracoles salen de sus carapachos».

«Sí», dijo Falcone, «espera a ver todos los caracoles que van a salir ahora, dejando su rastro de baba».

Sciasca, que irónicamente era un conocido opositor de la Mafia, nunca había tenido tantos admiradores. Los *sciasciani* aparecieron por todas partes como hongos. La gente que nunca había leído ni un solo libro de Sciasca en su vida y que en realidad ni siquiera lo había escuchado mencionar ahora lo halagaba por ser tan penetrante. Los que ni siquiera habrían sido capaces de darse cuenta de la agudeza y sutileza de su bella prosa ahora se

convertían súbitamente en críticos literarios que cantaban elogios. El furor causado por el artículo de Sciascia duró semanas y semanas, magnificado por todos los diarios. El efecto neto fue que los participantes del cada vez mayor movimiento contra la Mafia, aparecíamos como los mellizos siameses de la misma Mafia. Nunca quedó claro lo que Sciascia deseaba lograr con esta intempestiva reacción, pero me cuesta trabajo creer que su propósito haya sido fomentar dicha equivalencia moral.

Con este clima en la ciudad nos acercábamos a las elecciones nacionales previstas para fines de la primavera de 1987. A medida que la campaña electoral entraba en todo su furor, se podía sentir la presencia de la Mafia decidida a intimidar a los candidatos. Y, por primera vez, algunos candidatos del Partido Demócrata-Cristiano fueron su objetivo, ese partido que, con pocas excepciones, era «Cosa Segura» para la gente de la «Cosa Nostra». Recibí un informe preparado por un antiguo colega que me decía que no se le permitía hacer una campaña en su propio distrito; de un sindicalista demócrata-cristiano al que le incendiaron el automóvil; de otro al que le cortaron las llantas del vehículo. Era bastante evidente que la Cosa Nostra, por primera vez, tenía como intención castigar al partido que, después de la firme posición asumida por el Secretario Nacional De Mita y de mi elección de actividades como Alcalde, se había convertido ante sus ojos en poco digno de confianza. De hecho, la Mafia había empezado a volcar su atención y a abrir el caño de sus votos hacia otro partido y sus candidatos.

Decidí protestar contra estas tendencias convocando a una manifestación en Corleone. Los demócratas-cristianos nunca habían organizado una manifestación en esta ciudad, símbolo internacional de la Mafia, porque nunca lo habían necesitado. La Mafia sabía por quién tenía que votar y hacía cumplir sus designios entre los propios habitantes de la ciudad.

Mi carro blindado llegó hasta la gran plaza central y a medida que mis guardaespaldas y yo descendíamos, ellos primero y yo después, fui rodeado por un pequeño grupo de fieles amigos demócrata-cristianos. Empezamos a caminar por la calle principal de la ciudad hacia la pequeña plaza frente al edificio Municipal, que una vez había sido el Palazzo Cammarata (por el nombre de la familia de mi madre), y cuando llegamos allí pregunté dónde se iba a poner el podio. El nerviosismo y temor de mis compañeros políticos era tangible. Uno se me acercó y me dijo quedamente:

«Lucca, no hay necesidad de que menciones a la Mafia».

«Seguro», respondí. «¡He venido a Corleone a hablar de robótica!».

Cuando subí al estrado, estaba solo, excepto por mis guardaespaldas. Nadie del Partido Demócrata-Cristiano local me presentó como orador. Nadie se paró junto a mí. Frente al estrado, en la pequeña plaza, se encontraba un puñado de valientes. Todos los ciudadanos de Corleone que habían venido a escucharme hablar —y había muchos—, se pararon en el camino de manera que, si les preguntaban, podrían contestar que habían estado «de paso por casualidad» y se habían detenido un momento para escuchar lo que estaba diciendo.

«Díganle a esos cobardes que asesinan y se esconden que no solo son criminales», comencé a decir. «¡Díganles que ni siquiera son sicilianos! ¡Díganles que no *merecen* llamarse sicilianos! Si un siciliano mata ¡No se esconde en la sombra!».

Tan pronto como terminé de hablar, mis antiguos amigos, olvidando sus urgentes invitaciones previas para que me quedase a cenar en una trattoria de la zona afamada por sus pastas y pasteles especiales, me llevaron apresurados al automóvil insistiendo en que regresara a Palermo, por mi propio bien.

Guardo de este viaje de regreso el dulce recuerdo de una bella campiña siciliana bañada de los últimos rayos del atardecer. Probablemente había realizado lo que los franceses llaman un *acte gratuite*, pero me sentía inmerso en una sensación de haber logrado algo haciendo un homenaje a la memoria de mi familia y rescatando a mis ancestros distantes que sin querer habían creado un mundo donde la Mafia reinaba con supremacía.

III

En los años 90, la siguiente generación de informantes de la Mafia después de Buscetta y Contorno, entre los cuales fue el más importante Francesco Marino Mannoia, confirmaron que en las elecciones de 1987 Totò Riina había decidido castigar a los demócrata-cristianos porque ya no eran «confiables», pues habían permitido que se lleve adelante el Maxi Juicio. Cuando se contaron los votos, los partidos Socialista y Radical lograron un enorme incremento de la votación, particularmente en los distritos de alta densidad dominados por la Mafia, como Brancaccio —y en la prisión de Ucciardone!—; fue una gran lección objetiva.

Aunque teóricamente la operación nacional no tenía influencia en la política local, el Partido Socialista me denunció, utilizando una frase creada por Sciascia, como «Profesional Anti-Mafia y demagogo». Mientras pensaba en renunciar, me pregunté por qué la coalición local que gobernaba la ciudad necesariamente debería reflejar la composición de la coalición que gobernaba en el país. ¿No habíamos estado diciendo que la lucha contra la Mafia era más importante que el Partido? Decidí investigar en estos otros partidos que también se habían dado cuenta de la importancia de esta lucha y descubrí que todavía podía obtener una mayoría, aunque mínima, sin contar con los socialistas pero incluyendo a los Verdes y a dos izquierdistas independientes.

Casi exactamente dos años después de haberme sentado por primera vez en el sillón de Alcalde, fui reelegido por la nueva coalición que inmediatamente fue conocida como el «Gobierno Anómalo». Los concejales demócrata-cristianos que tenían como punto de referencia a Salvo Lima y a su mentor nacional, el poderoso Giulio Andreotti, me odiaban; pero, como no deseaban que el partido perdiese su poder, estuvieron de acuerdo en obedecer las órdenes de De Mita y votar por mí. Los que se unieron a esta coalición no lo supieron en ese momento, pero acababa de iniciarse la «Primavera de Palermo» como después se conoció a este período. La frase fue acuñada por el hecho de que durante los dos años y medio siguientes, muchos pensaban que lo que sucedía en nuestra ciudad era similar a lo que veinte años antes había empezado a germinar en la Praga de Dubcek.

Empezamos tenues experimentos sobre el tipo de conciencia cívica que es la norma en la mayor parte de las ciudades europeas y de los Estados Unidos. La lucha que comenzábamos a librar contra la Mafia no implicaba reunir dos ejércitos, sino más bien una lucha casa por casa donde tratábamos de reconquistar la vida civil de cada uno de los vecindarios.

Un objetivo especial en esta campaña fue nuestros colegios. La situación hubiera sido inimaginable en cualquier otra ciudad europea. Un gran número de las escuelas de Palermo se albergaba, como ya dije, no en edificios escolares sino en departamentos privados, causando incomodidad a los niños y a sus maestros, y un gran gasto al municipio que alquilaba los departamentos a rentas de extorsión, generalmente en beneficio de los propietarios mafiosos o sus testaferros.

Me reuní con los directores de escuela y padres de familia que se quejaban de que sus niños tenían que asistir en turnos de mañana y tarde en

los pocos colegios que funcionaban en edificaciones efectivamente apropiadas. Al final de cada reunión, invariablemente, alguien nos contaba que había un edificio al costado o en la misma calle o a la vuelta de la esquina en donde se alquilaban departamentos y que esto podía ser una solución al problema del doble turno. Siempre los escuchaba y siempre les respondía que mi gobierno municipal construiría nuevos colegios, pero que demoraría años y que costaría mucho. Mientras tanto, en lo que a mí concernía, los estudiantes irían al colegio no solo en dos turnos, sino en tres o hasta cuatro de ser necesario, pero que no *alquilaríamos* más departamentos. Cuando se hizo evidente que no tenía la menor intención de ceder en este principio, algún director de escuela recordaba súbitamente: «Bueno, en realidad, hay varias aulas en nuestra escuela que han estado cerradas por varios años porque hay que hacer algunas reparaciones, tal vez podríamos abrirlas...».

Uno de estos casos era simplemente sorprendente. Recibí a una delegación de maestros y padres de familia de un lugar denominado el Cep, un distrito especialmente deteriorado de la periferia urbana que fue habilitado durante los años del Saqueo de Palermo y que desde entonces había estado plagado por la delincuencia y la droga. Todos los niños de la zona asistían al colegio en turnos en la única escuela del lugar. La delegación había acudido a solicitar que el Municipio alquilase un edificio en un distrito cercano y que transportase a los niños en ómnibus hasta la escuela. Hice que verificasen la propiedad del edificio y descubrí que era propiedad de una compañía que tenía lazos con la Mafia. Unas horas después, luego de que la delegación partió encolerizada porque rechacé su solicitud, se me informó anónimamente que en el mismo distrito había una escuela municipal moderna que *nunca había sido utilizada*, y que había estado abandonada y cerrada durante años. Inmediatamente envié a que hicieran las averiguaciones del caso y descubrí que era verdad. Había un colegio que había sido vandalizado durante los años de abandono, pero que de todas maneras era una escuela moderna, grande y funcional que podría operar. Unos meses después, tras concluir con las preparaciones necesarias, abrimos la escuela, ahora de propiedad de la ciudadanía y no de algún personaje oscuro sin interés en la educación, y pudimos eliminar el doble turno.

En Croceverde Giardini, el distrito de Michele Greco, el Municipio había estado alquilando durante cuatro años pequeñas habitaciones para que funcionaran como escuela primaria, prácticamente delante de la villa

del «Papa». El edificio era propiedad de la familia Prestifilippo, uno de cuyos miembros, Mario Prestifilippo, era uno de los soldados más eficaces de los corleoneses y había cometido más de cuarenta asesinatos antes de ser asesinado él mismo. Cuando escuché hablar de esta relación, inmediatamente cancelé el contrato del departamento y ordené que los niños de la zona fuesen llevados en ómnibus a un distrito cercano, Ciaculli. Inmediatamente después empezó la campaña de rumores: «Cuando estaba la Mafia, por lo menos teníamos un colegio...».

Pero entonces un grupo de ciudadanos de Croceverde Giardini, encabezado por el sacerdote de la parroquia, me dijo: «Señor Alcalde, sabemos que en nuestra zona es imposible alquilar ningún edificio vacío que no sea propiedad de la Mafia... Entonces, ¿por qué no tratamos de construir un colegio?». Investigando el asunto, descubrí que había un terreno que hacía mucho tiempo había sido designado como zona para el edificio de la escuela, pero que nunca había sido expropiado. La razón se me hizo pronto muy clara. Perteneecía a la señora Greco «Papa» Michele. Cuando hice este descubrimiento, ordené a la autoridad municipal que procediese tan pronto como fuera posible con la expropiación.

El gobierno de la ciudad asumió la posesión de la tierra y empezamos a planear la escuela. Fue una de las tareas más difíciles que haya tenido durante esos años como Alcalde. Un día faltaba la firma necesaria, otro día desaparecía un sello de algún documento, luego faltaba hacer los cálculos de la cantidad de cemento que se necesitaba, y así sucesivamente. Pero, finalmente, terminamos de construir e inauguramos el colegio. Nadie tenía que decir lo obvio: «Cuando la Mafia reinaba en Croceverde Giardini, los niños acudían a un colegio de cuatro habitaciones pequeñas e inadecuadas. Ahora que la anti-Mafia tenía el control, los niños iban a una escuela moderna situada exactamente en el centro del distrito».

Los niños eran nuestro futuro. Pero estábamos también preocupados por nuestro pasado. El centro de Palermo, que también era el centro de nuestro patrimonio, estaba sucio y contaminado, sus calles atiborradas de automóviles abandonados y no estacionados. No había recojo de basura, porque la Mafia hacía tiempo que había abandonado esta tarea, así que los palermitanos se desquitaban arrojando la basura a las calles para mantener sus casas impecables. Enviamos a los recogedores de basura. También reorganizamos la policía de tránsito que en esa época parecía

una fuerza de voluntarios del Tercer Mundo, sin uniformes y tan ineficientes como venales. Decidí cerrar una de las calles centrales, la Via Principe di Belmonte, y convertirla en una zona peatonal con cafés al aire libre, flores, árboles y arbustos. Pronto, los ciudadanos de Palermo empezaron a salir de sus hogares-fortaleza para reunirse en la nueva Via.

Los miembros del gobierno de la ciudad tenían que actuar no solo como políticos y administradores, sino también como maestros en esta lucha por educar a los palermitanos acerca de su precioso patrimonio. Una persona que cumplía estas funciones era Letizia Battaglia, una fotógrafa de fama mundial que fue elegida como Concejal en representación de los Verdes y que se convirtió en mi «Comisionada de jardines y calidad de vida». Ganadora del prestigiado premio W. Eugene Smith por sus fotografías del impacto de la Mafia en Sicilia, Letizia había estado informando sobre los acontecimientos de nuestra ciudad durante muchos años, caminando valientemente en zonas peligrosas armada con su cámara de 35mm colgando del cuello, y llegando al lugar de los asesinatos y masacres a veces antes que las autoridades para capturar la esencia del horror, la desolación y la soledad. Sus fotos valían miles de palabras que describían el deterioro de las callejuelas del centro histórico de Palermo, la pobreza y la irreprimible vitalidad que mostraban nuestros niños, la vacía magnificencia de una aristocracia que se escondía en los pocos *palazzos* que quedaban.

Letizia era una mujer pequeña y rolliza, de cincuenta y tantos años, cabello rojizo hasta los hombros, cerquillo largo que constantemente apartaba de sus ojos, y labios amplios y generosos. Nada sabía acerca de la administración municipal y no le interesaban los procedimientos oficiales. Pero todas las mañanas, a las seis, a veces olvidándose de protegerse las manos con guantes, salía a las calles a trabajar con los empleados municipales, desyerbando los jardines o diseñando los macizos de flores. Si una revista quería contratar los servicios de Letizia para un trabajo fotográfico, su director artístico tenía que buscarla en los jardines y parques de nuestra ciudad o, cuando se acercaba el buen clima, en las sucias playas que alguna vez habían estado entre las más bellas del Mediterráneo, pero que ahora eran utilizadas como basurales de todo tipo de deshecho doméstico indeseado y por donde era peligroso transitar a pie debido a la gran cantidad de jeringas descartables.

Algunos le restaban atención llamándola quijotesca, pero Letizia estaba convencida de que abrir el acceso a los más bellos espacios de la ciudad, los únicos lugares donde todos eran iguales independientemente de su riqueza, era un primer paso en la creación de una cultura de respeto y aprecio por la ciudad. Opinaba que si un ciudadano recibe un parque bien cuidado o una playa impecable, tendrá interés en mantenerlos en tal condición. A veces, cuando esta respuesta tardaba, se descorazonaba y me la encontraba quedamente en la esquina de un parque. Sin embargo, a la mañana siguiente estaba allí de regreso, con las herramientas en las manos y llena de nuevas ideas lista para librar una nueva batalla.

Pronto, los periodistas visitantes que habían visto las consecuencias del Saqueo de Palermo empezaron a decirme: «¿Sabe, señor Alcalde? Me he dado cuenta de lo bonita que está la Villa Bonanno. ¡Con esas palmeras maravillosas!» o si no: «¿Sabe, señor Alcalde, que nunca me había dado cuenta de que había un jardín a lo largo de la Via Libertà? ¿Siempre estuvo allí?».

Palermo está lleno de los vestigios de muchas civilizaciones, muchas historias, todas cubiertas por la corrupción y la destrucción de la Guerra de los 100 años que libró la Mafia contra Sicilia. Habíamos empezado a excavar su pasado.

El Municipio comenzó comprando una maravillosa villa perteneciente a dos sicilianas de los Estados Unidos, hijas del Príncipe de Niscemi, que vivían en Nueva York. Necesitaban vender esta bella villa de su familia, ubicada en un paisaje tipo *parco*, llena de habitaciones con murales, y mobiliario y pinturas y jarrones antiguos. En un momento en que Palermo estaba agobiada con tantos problemas, muchos dijeron que era una locura gastar dinero público en una villa. Sin embargo, las hermanas Niscemi la ofrecían a un precio reducido y la villa, que habría sido demolida por otro comprador, formaba parte de nuestro patrimonio, así que la compramos y la convertimos en la sede del gobierno Municipal, abierta al público. Familias que nunca habían puesto un pie en uno de los hogares aristocráticos de Palermo, ahora visitaban esta villa con sus hijos, paseándose por las resplandecientes habitaciones en un estado de sorpresa reprimida.

Después de haber construido tantos rascacielos mal hechos en los alrededores de la ciudad, la segunda fase del Plan Urbano diseñado por

la Mafia que había llevado al Saqueo de Palermo, contemplaba la demolición total del centro urbano. Uno de los documentos que descubrí en los archivos municipales es bastante directo: «Es necesario eliminar los abominables edificios del pasado». Ello incluía iglesias y *palazzos* de los siglos XVI y XVII, así como los barrios árabes llenos de estrechos callejones y patios. Y una vez que el área hubiese sido evacuada y sus propiedades rematadas, los mafiosos especuladores de la construcción podrían ingresar. No es sorprendente que entre las muchas cosas que Tomasso Buscetta le dijo a Falcone fue que, cuando estaba en Brasil en 1980, Pippo Calò, el «cajero» de la Cosa Nostra, que en esa época vivía cómodamente en Roma, lo instó a regresar a Palermo porque se podía «ganar mucho dinero» con la reconstrucción del centro histórico.

Mi comisionado de desarrollo urbano, Renato Palazzo, y yo diseñamos una estrategia para evitar que este valioso activo cayese en manos de la Mafia. Una vez a las tres de la mañana, después de una interminable reunión del gobierno municipal, Palazzo presentó su propuesta para contratar a tres prestigiosos arquitectos, ninguno de los cuales era siciliano para evitar un conflicto de intereses, que diseñaran un nuevo plan del centro histórico que no tuviese en cuenta la posibilidad de demolerlo. Jugué el papel que habíamos convenido anticipadamente y lo reproché airadamente por presentar una propuesta tan importante «al final de una larga reunión»; pero, luego de «calmarme», di a la propuesta todo mi respaldo.

La ley fue aprobada y, eludiendo los obstáculos que presentaba el campo minado de la oposición, empezamos a rehabilitar un edificio público por aquí, una casa particular por allá. Era una gota en un océano de deterioro, pero por lo menos era el principio. Lentamente empezamos a restaurar áreas como la Piazza Tavola Tonda, un lugar cerca de la costa donde muchos edificios, cincuenta años después de la Segunda Guerra Mundial, todavía presentaban las marcas de los disparos aliados.

III

Un día mientras caminaba por el mercado Ballarò, que abarca varias callejuelas de uno de los barrios árabes antiguos tachonados de imprevistas y coloridas imágenes de los domos barrocos cubiertos de azulejos esmaltados, escuché un grito: «Curnùtu cu parra male du sinnacu!» *cornudo el que*

hable mal del Alcalde. Era una manera pintoresca y bien cruda de demostrar entusiasmo, recogida por el cantar de los vendedores, cuyos gritos y risas ponían la música de todo el mercado. Y a veces, observando las tensas miradas de mis guardaespaldas, alguien los enfrentaba con un fuerte dialecto siciliano diciéndoles: «Cca u sinnacu unn' avi visogno di scorta. Prima annu ammazzari a nuatri!», *aquí el Alcalde no necesita escolta. ¡Ellos [los mafiosos] tendrían que matarnos primero!*

Esta es una de las primeras impresiones mentales que llevo conmigo cuando recuerdo esta Primavera de Palermo. Otra vez, cerca de la Navidad, fui a Vucciria, posiblemente el más famoso mercado de Palermo. Un grupo de niños de colegio estaba cruzando la plaza de Vucciria en medio de los puestos de venta y, apenas me vieron, ignorando las amenazadoras miradas de mi escolta, me rodearon pasando a empujones entre mis guardaespaldas, y uno de ellos me tiró de la chaqueta para llamar mi atención.

«¡Alcalde, alcalde!», gritó uno de ellos. «¿Me recuerda? ¡Usted vino a mi colegio!». Otros estaban buscando en sus maletines para sacar sus cuernos que luego me acercaban hasta la cara diciendo:

«Alcalde, mi nombre es Salvatore... ¡Escriba algo!».

«Yo soy Rosalía, Alcalde... ¡Déme su autógrafo!».

Recuerdo un tercer episodio con cariño porque me muestra una promesa para el futuro. Recuerdo haber estado frente a una especie de dama de negocios, con mucho sentido común y muy bien vestida, durante una ceremonia oficial. Inició una conversación superficial y algo aburrida. Mis respuestas eran casi tan irrelevantes hasta que reconocí el tono y la actitud, y me di cuenta de que probablemente utilizarían mis respuestas para ridiculizarme y referirse a mí sarcásticamente en alguna futura cena. Sus siguientes palabras parecieron confirmar esta impresión.

«A menudo nos reunimos con empresarios de Palermo para cenar y tarde o temprano la conversación deriva hacia usted y su gobierno».

Se produjo una pausa mientras me miraba casi especulativamente. «Usted no es de su agrado», me dijo francamente a continuación. «Dicen que usted es un xenófobo, que es usted orgulloso y que... ¡No acepta coimas! Dicen que qué se cree usted».

Luego agregó. «Pero cada vez que alguien habla en contra suya, Gabriele, mi hijo menor, siempre lo defiende con ganas».

«¿De verdad?» pregunté. «¿Cuántos años tiene?».

«Once. Usted fue a su colegio y habló con los niños».

Entonces me miró pensativamente antes de terminar: «¿Sabe qué? Usted no puede ser mi Alcalde... ya es demasiado tarde. Pero ya es el Alcalde de mi hijo y creo que eso es bueno».

CAPÍTULO 8

La sala de tribunales Bunker estaba una vez más atiborrada la noche del 16 de diciembre de 1987. Luego de casi un año de litigios y más de un mes de reclusión del jurado, este había dado a conocer que estaba listo para salir de su reclusión. El juez Alfonso Giordano leería el veredicto. Los observadores podían darse cuenta de que tanto él como su juez adjunto, Piero Grasso, que al inicio de las liberaciones estaban bien afeitados, ahora tenían barba.

Cuando Giordano dijo: «En nombre del pueblo italiano...», cayó sobre la sala un silencio que no se rompió durante varias horas mientras seguía hablando en voz aguda. Algunos soldados de baja jerarquía fueron exculpados. Ignazio Salvo, cuyo primo Nino había muerto en su refugio de Suiza, fue condenado a seis años. Pero Giordano también pronunció las palabras «cadena perpetua» junto con los nombres de 19 de los jefes más importantes de la Mafia. Para los que ya estaban bajo custodia, como Michele Greco, no se volverían a abrir las puertas de la prisión. Para otros que todavía estaban prófugos, como Totò Riina y Bernardo Provenzano, el cumplimiento de la cadena perpetua esperaba a su captura. En total se impuso 2,665 años de prisión y un total de multas de 11,500 millones de liras.*

* Los agraviados civiles, inclusive la ciudad, recibieron el derecho a una compensación por los gastos judiciales y se les declaró aptos para recibir compensación por daños.

El Estado había hablado. Casi inmediatamente, la Cosa Nostra, que durante casi dos años había mantenido un perfil bajo a la expectativa de lo que sucedería, dio su propio veredicto. La misma noche en que fue exculpado, por ejemplo, Antonino Ciulla, un mafioso de menor jerarquía de 35 años, fue asesinado en la puerta de su casa con una botella de champaña que había comprado para celebrar con su familia. Tarde o temprano, la Cosa Nostra «corrigió» otras 17 exculpaciones del Maxi Juicio con las que no estaba de acuerdo.

La Mafia había regresado a sus actividades usuales y, por supuesto, estas actividades eran los asesinatos. El siguiente cadáver ilustre fue el de Giuseppe Insalaco, asesinado en su automóvil una noche, aproximadamente un mes después de que se entregaron las sentencias. Se trataba de *Pepuccio* que había sido Alcalde durante cuatro agitados meses y que desde entonces había estado prediciendo que tarde o temprano «ellos» lo «agarrarían».

Estaba yo en mi oficina cuando escuché la noticia del asesinato de Insalaco. Tuve la sensación de haber llegado al final del camino que estaba transitando desde que empecé a trabajar con Piersanti Mattarella diez años antes. *Pepuccio* era indudablemente ingenuo pero su asesinato era la encarnación de una verdad que a muchos de nosotros del equipo anti-Mafia nos había costado bastante tiempo comprender. Las relaciones entre la Mafia y la política, que antes parecían una calle de un solo sentido, en realidad iban en doble sentido. La Mafia utilizaba la política para hacer negocios, y la política usaba la Mafia para reforzar su poder. Cuando lo asesinaron, Giuseppe Insalaco carecía completamente de poder y no constituía un peligro para la Cosa Nostra, pero sí era una amenaza para la estructura política de la cual había formado parte. Cuando fue asesinado había estado trabajando un manuscrito en el que, según su característica bravuconería, hablaría acerca de «lo bueno y lo malo» del mundo político de Palermo. Es fácil imaginarse la preocupación de ciertos políticos por que Insalaco se convirtiese en su equivalente de Tomasso Buscetta. Sabíamos que la Mafia utilizaba sus conexiones políticas para obtener lo que quería. ¿Ahora los políticos estaban utilizando a la Mafia para que se encargue de sus asesinatos?

Cuando fui a la sala funeraria, me di cuenta de que era el único político presente. La familia de Insalaco estaba presente, pero no se apareció nin-

guno de los muchos colegas del partido que se habían aferrado a sus mangas durante los años en que fue Comisionado y Alcalde. El pobre Pepuccio, presencia obligatoria en alguno de los salones políticos más ambiguos de la ciudad durante su vida, había perdido todos los amigos en su muerte.

El día del funeral de Insalaco, Natale Mondo, el policía que había escapado en la tormenta de balazos que había matado a Ninni Cassarà y Roberto Antiochia, fue asesinado cuando se disponía a abrir la tienda de juguetes de su esposa. Como había sobrevivido a la muerte de Ninni, automáticamente Mondo fue acusado de ser el espía dentro de la policía y, por tanto, forzado a defenderse revelando la investigación que había estado llevando a cabo. Bajo órdenes de Cassarà, se había infiltrado en la familia de la Mafia de su zona, buscando traficantes de heroína. Lo que había escrito Ninni en su diario confirmaba la veracidad de estas afirmaciones, así que mientras que los ciudadanos de Palermo perdonaban a Mondo por seguir vivo, la Cosa Nostra no lo permitió. Esperaron a que terminara el Maxi Juicio y luego lo eliminaron.

III

En la primavera de 1988, Antonino Capponetto, que ahora era muy respetado como padrino del grupo anti-Mafia, tenía todavía dos años por delante antes de pasar al retiro. Pero su estadía en Palermo, los años de aislamiento que pasó en barracas de seguridad donde él y los demás estaban obligados a vivir, habían desgastado una contextura física de por sí frágil. Giovanni Falcone lo alentó a regresar a su hogar con su familia en Florencia. Desde Marsala, donde estaba la cabeza de la Fiscalía, Paolo Borsellino le mandó un mensaje de gratitud: «Anda, Nino. Hay un límite a los sacrificios que te podemos pedir». Su estado de salud era tan precario que finalmente se vio obligado a enviar su renuncia ante el organismo gobernante del Poder Judicial, el Concejo Supremo de la Magistratura.

Las únicas dudas de Capponetto se referían a la cuestión de su sucesor. Giovanni Falcone era la elección obvia para reemplazarlo. Pero, en la política bizantina que gobernaba el mundo político italiano, ¿obtendría el puesto? Capponetto había recomendado a Falcone y Falcone había postulado al cargo. Todos pensábamos que el Concejo Supremo votaría a su

favor. Pero acusaciones de «protagonismo» que se empezaron a escuchar sostenían que Falcone, así como yo y algunos otros, estaba convirtiendo su filosofía contra la Mafia en una profesión, que la estaba usando como peldaño para subir en la escalera del poder personal. Aunque esta desinformación evidentemente era difundida por la misma Mafia, se escuchaba tan a menudo que empezó a ganar consistencia en la prensa y en la opinión pública. Por un solo voto, el Concejo de 17 miembros escogió a otro candidato, un hombre llamado Antonino Meli, en lugar de Falcone. Caponnetto no pudo hacer nada para influir sobre el proceso. Como todos los demás, observaba impotentemente cómo su heredero natural era relegado a favor de un hombre que no solamente era demasiado mayor, con sus 68 años, sino que tenía reputación de irascible y egocéntrico, además de carecer de una comprensión específica de la Mafia.

Meli demostró que los rumores que lo precedieron eran correctos cuando, poco después de asumir el cargo, se abocó a dismantelar el grupo anti-Mafia. Decidió que los magistrados no tendrían áreas específicas de responsabilidad, sino que manejarían todos los casos que se les presentasen. Ya no se reconocería una experiencia particular en asuntos de la Mafia. Falcone, que ahora gozaba de prestigio internacional como experto en la Mafia, igualmente podría verse obligado a enjuiciar a un ladrón de bolsos que a un *capomafia*.

Así pues, en lugar de aprovechar rápidamente los sonados éxitos del Maxi Juicio, la oficina de Magistrados Investigadores se convirtió en un nido de luchas internas, donde la facción de Meli sostenía que la Mafia ya había sido domada y trataba de buscar la «normalización», mientras que los que rodeaban a Falcone insistían en que era el momento de clavar la estaca en el corazón de la Cosa Nostra. A medida que la difusión se entronizaba, las investigaciones en curso sobre la Mafia languidecían o se entrampaban. Los extraordinarios logros de los años previos y el conocimiento enciclopédico sobre el fenómeno de la Mafia que habían generado, parecían no haber ocurrido jamás. En palabras de un miembro del grupo anti-Mafia: «Antes, veíamos piedrecillas sin significado; luego, las juntamos y dimos con un mosaico revelador». Ahora, sin embargo, de nuevo estábamos mirando las piedras aisladas.

Alrededor de esta época, acepté acompañar a un sacerdote proveniente de un área de alta densidad dominada por la Mafia en Palermo que

acompañaba a un grupo de escolares a Roma a una audiencia papal y que luego serían recibidos por el Presidente de la República italiana. Cuando fuimos al palacio del Quirinal, cede del Poder Ejecutivo, coordiné una conversación en privado con el Presidente Cossiga. Le expresé mis dudas y frustraciones sobre lo que estaba sucediendo en Palermo, no solo el caos del Tribunal sino especialmente las consecuencias del asesinato de Insalaco. Cossiga escuchó sin comprometerse y luego me acompañó a la puerta.

«Hace poco volví a leer su ensayo sobre la Coordinación Administración», me dijo cuando me estaba yendo, en referencia a un documento que había escrito años atrás mientras era Catedrático de Derecho. «¿Por qué no vuelve a escribir libros de Derecho?».

¿Me sugería acaso que yo exageraba la amenaza que constituía la Mafia o me estaba dando una advertencia? Era difícil saberlo.

III

Era mediados de julio y estaba en el claustro de la Iglesia de San Nicola en Agrigento con Paolo Borsellino y Alfredo Galasso, el abogado que había representado a la familia Dalla Chiesa en el Maxi Juicio. Nos habían invitado al lanzamiento de un libro acerca de las Investigaciones Judiciales sobre la Mafia en Agrigento. Era una ocasión importante, porque significaba que se ampliaba la atención sobre la Mafia más allá de los límites de Palermo.

Con fervor y cólera por lo que sucedía en la oficina de los Magistrados Investigadores de Palermo, Borsellino habló espontáneamente y de manera directa durante casi una hora: «Estamos viviendo un clima de desmovilización general... Se está desmantelando el grupo anti-Mafia de Palermo...». Fue un momento electrizante para el público, pero solo había dos periodistas presentes: uno de *La Repubblica* y otro del diario comunista *L'Unità*. Al día siguiente, este segundo reportero fue a entrevistar a Borsellino en Marsala donde Paolo le explicó sus opiniones más explícitamente: «Hasta hace poco tiempo, todas las investigaciones contra la Mafia, precisamente debido a la unidad de la Cosa Nostra, estaban fuertemente centralizadas en el Grupo... hoy, más bien, los casos se dispersan en mil riachuelos... Desde los asesinatos de los policías Cassarà y Montana la policía ha quedado decapitada. El personal de investigación está aniquilado».

Esta vez sus palabras no pasaron desapercibidas. El nuevo grupo encargado de la oficina de Magistrados Investigadores lo acusó de conspirar con su amigo Falcone para atacar a Antonino Meli, el jefe de Falcone. La prensa informó sobre las acusaciones y contra acusaciones y, finalmente, la discusión fue tan sonora que se llegó a escuchar en Roma. El presidente Cossiga pidió al Concejo Superior de la Magistratura (CSM) que investigara las acusaciones de Borsellino de que se había suspendido la lucha contra la Mafia.

El CSM empezó por interrogar a todos los Magistrados involucrados, incesantemente día y noche. En una carta de cuatro páginas, Falcone rompió el silencio que había mantenido desde que fue relegado como jefe del grupo y, después de condenar amargamente la postergación de las investigaciones sobre la Mafia, solicitó que se le reasignase a otra oficina. En una votación dividida, el CSM rechazó su solicitud y negó las acusaciones de Borsellino.

Al día siguiente, recibí una llamada: «Lucca, ¿has escuchado lo que hicieron?», era Falcone. «Estoy preocupado. Ayúdanos Lucca, ayúdanos porque temo por nuestra seguridad».

Quedé sorprendido. Falcone era el perfecto ejemplo de la discreción. Nunca lo había escuchado decir algo como esto y no supe que responder.

«Giovanni, llama al Presidente», balbuceé. «Llama a Cossiga, llama a Cossiga. ¡Con el prestigio internacional que tienes, debe escucharte!».

Yo sabía lo que me estaba diciendo. Al rechazar las acusaciones de Borsellino y sostener que se había contenido a la Mafia, en realidad, el mundo oficial estaba dejándolos, a él y a Paolo, a la deriva. Si la experiencia previa servía para algo, era que tal aislamiento era el preludio de la muerte.

Yo sabía que había que hacer algo para evitar otro verano sangriento. Pocos minutos después de colgar el teléfono con Falcone, convoqué una conferencia de prensa que, a pesar del aviso repentino, estaba abarrotada de periodistas. Yo estaba más tenso que nunca antes. Dije que si los periodistas informaban a la ciudadanía sobre lo que el mundo político invisible le estaba haciendo a Falcone y a los demás que habían luchado contra la Mafia, «podríamos tal vez evitar otro funeral de Estado». El Estado no se estaba comprometiendo a luchar contra la Mafia, sostuve, debido a que ciertos elementos dentro del Estado *protegían* a la Mafia. Nunca había sido tan explícito.

A la mañana siguiente estaba en Sferracavallo, en la villa de playa de mi familia, cuando recibí otra llamada de Falcone.

«Lucca, ¿has visto los diarios?».

Todavía no los había visto.

«¿No?», continuó Falcone. «Todos publican tus declaraciones. Has concentrado la atención. Y tal vez esto ayude a salvarme la vida y la de Paolo. Gracias».

III

Unos pocos días después de mi conferencia de prensa, me llamaron del Ministerio del Interior para decirme que había informaciones en el sentido de que yo y mi familia estábamos atravesando un momento de riesgo particularmente grave. Me recomendaron enfáticamente que tomase unas largas vacaciones, preferiblemente en el extranjero. A los pocos días, Milli, yo y nuestras hijas Eleonora y Leila partimos hacia Tbilisi en Georgia, que en esa época todavía era parte de la Unión Soviética.

Efectivamente, era un destino extraño, aunque el mundo comunista era uno de los pocos refugios que todavía no había sido penetrado por la Mafia. Decidí ir debido a un incidente que se había producido unos cuantos meses antes. Había estado buscando algunos materiales en los archivos de las oficinas municipales y descubrí que la primera gramática escrita del lenguaje de Georgia había sido compuesta en 1600 por un monje palermitano, el padre Francesco Maria Maggio, que había sido misionero en ese país. Fascinado, empecé a buscar más y más información, incluyendo los diarios de viaje del padre Maggio. Me puse en contacto con el Alcalde de Tbilisi y le conté sobre estos descubrimientos, con el resultado de que Palermo y Tbilisi se convirtieron en «ciudades hermanas». Fue la primera vez que se había hecho esto en Palermo (aunque es fácil darse cuenta por qué no habían hecho muchas solicitudes de otras ciudades para obtener dicho honor), así que cuando debía escoger un lugar adonde ir mientras se calmase la situación en casa, pensé que podríamos ir a un lugar con el que por lo menosuviésemos una conexión remota.

Durante el mes que pasamos en Georgia, las autoridades se encargaron no solo de que estuviésemos protegidos, sino de que pasásemos unas verdaderas vacaciones. Aislados en un generoso aislamiento, nos trataron

con una hospitalidad afectuosa que me sorprendió. Cada vez que pedía a mis anfitriones georgianos noticias sobre Italia y Sicilia, me respondían que necesitaba comer, beber, dormir y no preocuparme de nada tan distante. Finalmente, por primera vez en muchos años, dejé de preocuparme sobre lo que sucedía en casa. Nos hospedamos en una serie de residencias estatales enormes y muy seguras, y cada vez que llegábamos a una nueva, Eleonora y Leila las exploraban ansiosamente y luego decían: «¡Ay, papá, esta casa es por lo menos diez veces más grande que la nuestra!».

Recorrimos Georgia, un bello país, en caravanas interminables que hacían sonar sus bocinas y a veces inclusive utilizaban altoparlantes para advertir tanto a los automóviles como a los peatones que debían dejar libre el camino para que nosotros pudiésemos pasar más raudamente y con toda seguridad. A veces viajábamos en los aviones oficiales Ilyushins, cuando las distancias por recorrer eran demasiado grandes. Mis visitas por todo Georgia, y luego a Moscú, me dieron la oportunidad de percibir el *glasnost* antes de que fuese sepultado en el desmonte que hizo la caída del Muro de Berlín un año después.

En tanto mezcla de diferentes razas y culturas, Georgia de muchas maneras se parecía a Sicilia. Los georgianos habían cedido ante la presión militar del Zar, pero pensaban que los rusos eran bárbaros. Me sorprendí y deleité cuando supe que uno de los cuentos de hadas favoritos de los niños de Georgia había sido utilizado por Luigi Pirandello para una de sus historias más famosas «La Giara». ¡El más importante escritor siciliano del siglo XX, ganador del premio Nóbel, había tomado la idea de una tradición georgiana y nadie lo sabía!

III

Al saber que el riesgo de asesinato había disminuido, regresamos a casa para encontrar que en lugar de concentrarse en los asesinatos misteriosos de todos nuestros cadáveres ilustres, el nuevo jefe de la oficina de Magistrados Investigadores, a partir de un informe de un abogado socialista, había decidido abrir una investigación sobre mis declaraciones pronunciadas en la conferencia de prensa de agosto. Se me llamó para un interrogatorio oficial. Yo había dicho que había conexiones entre el mundo político y el mundo de la Mafia. ¿Quiénes eran esas conexiones? Querían nombres.

«La colusión entre los políticos y la Mafia», respondí durante el interminable interrogatorio, «está escrita en miles de páginas de los informes de la Comisión anti-Mafia del Parlamento y en sus actas. Son documentos públicos que todos, inclusive ustedes, pueden leer». Luego entregué a mis interrogadores varios volúmenes con los informes finales de dos comisiones parlamentarias anti-Mafia consecutivas. Nombres de políticos, periodistas, jefes de las fuerzas armadas y de seguridad, empresarios, editores: había numerosos nombres en esos volúmenes y material más que suficiente para dirigir la investigación.

«¡Orlando, el demagogo de siempre!», clamó la prensa socialista. «Habla, habla, habla, pero no da nombres».

La lucha que libraba mi administración municipal a veces era una cuesta muy empinada. Con cada día que pasaba era más difícil obtener que el Concejo Municipal aprobase las decisiones, ya que nuestros opositores hacían lo imposible para detener cualquier proyecto, y de esta manera poder sostener que hablábamos mucho pero no hacíamos nada. Los socialistas siempre estaban buscando el enfrentamiento, pero con demasiada frecuencia esta oposición provenía también de los bancos de mi propio partido, de la facción Andreotti que había votado a favor de mi coalición por razones partidarias pero que, evidentemente, obedecía órdenes para hacernos la vida lo más difícil posible, hasta que llegase el momento oportuno de hacernos caer.

La atmósfera cobró un tono surrealista cuando Salvatore Contorno, el informante que había empezado a hablar con las autoridades poco después de Tommaso Buscetta, y cuyas revelaciones habían causado una segunda ola masiva de arrestos contra la Mafia, resultó estar en Palermo y no en los Estados Unidos, bajo el programa de Protección de Testigos. La policía había estado siguiendo la pista de Gaetano Grado, primo de Contorno y, como él, miembro de la facción perdedora de la Cosa Nostra. Se sospechaba que Grado estaba detrás de una serie de asesinatos por venganza de miembros del clan ganador de los corleoneses. Cuando la policía irrumpió en la casa de Grado, se encontraron cara a cara con Contorno. Resultó que la Policía Criminal conocía la decisión de Contorno de abandonar los Estados Unidos, pero como su única obligación era realizar una llamada telefónica dos veces a la semana, no sabían de su presencia en Sicilia y en Palermo, el único lugar en el mundo en que no debería haber puesto los pies si apreciaba su vida.

Rápidamente, empezaron a llegar cartas anónimas a las oficinas del gobierno y de los diarios, acusando abiertamente a Giovanni Falcone y a su colega Giani De Gennaro, quien había trabajado de cerca con Falcone, Borsellino, Rudolph Giuliani y el FBI, y que unos años después sería nombrado jefe de la policía italiana, de hacer regresar a Contorno en calidad de «asesino del Estado» contra los corleoneses. También enlodaron a Giuseppe Ayala, el ex fiscal del gobierno en el Maxi Juicio y amigo cercano y colega de Falcone. Se descubrió que las cartas de «Cuervo» (el autor anónimo había recibido el nombre de un personaje de la película del director francés Clouzot, donde el anciano protagonista pasa el tiempo escribiendo cartas anónimas) habían sido mecanografiadas en una máquina de escribir de la Oficina de los Magistrados Investigadores. Una vez más, parecía que el mundo oficial se estaba esforzando por arruinar la credibilidad de algunas de las figuras más significativas de la batalla contra la Cosa Nostra.

En este clima emponzoñado, Carla Del Ponte, que en esa época era fiscal suiza y hoy preside la Corte Internacional de Crímenes contra la Humanidad en la Haya, visitó Palermo en junio de 1989. Del Ponte había estado trabajando con Falcone en unas complejas investigaciones de lavado de dinero de la Mafia a través de la banca suiza. Se reunió con Falcone en su oficina. El plan era que trabajarían sobre las cuestiones relacionadas con la expansión internacional de la Mafia durante la mañana y, luego, después del almuerzo, irían a nadar en la casa de verano que Falcone había alquilado en la costa rocosa cerca de Mondello. Pero, providencialmente, las tareas matutinas se prolongaron demorando su caminata por la playa. Justo antes del momento en que tenían que pasar por ahí uno de los guardias de Falcone vio una bolsa de buzo sobre las piedras. Cuando la abrió descubrió que contenía un gatillo a control remoto y 58 cartuchos de explosivo plástico suficientes para hacer un enorme cráter en la playa.

Apenas me enteré de la noticia, convoqué a una asamblea donde condené este cobarde atentado contra la vida de Falcone. Al terminar, un amigo que estaba sentado junto a mí me dijo: «Lucca, nunca usaste la palabra *Mafia*».

«Por supuesto», respondí inmediatamente. «Esto es sobre todo política. Políticos que usan a la Mafia».

Tres semanas después en una entrevista con el corresponsal del diario *L'Unità*, Falcone confirmó mis sospechas: «Estamos enfrentando mentes

extremadamente refinadas que tratan de guiar ciertas acciones de la Mafia. Posiblemente, existen conexiones entre las cabezas de la Cosa Nostra y centros escondidos de poder que tienen otros intereses...; me parece que estamos viendo la repetición de las causas que llevaron a la muerte del General Dalla Chiesa. El guión es igual. Solo hay que tener ojos para verlo».

CAPÍTULO 9

Una mañana, a principios de 1990, Falcone me llamó y me pidió que fuera a su oficina. Cuando llegué, me condujo a una mesa donde había extendido un extraño mapa de Palermo. El mapa se había dibujado utilizando información de un archivo que se encontró en el escondite de un miembro de la familia Madonia, una de las principales familias de la facción de los corleoneses. El documento contenía una lista de todos los comerciantes, empresarios y profesionales de la ciudad que pagaban dinero de protección, los montos y a quienes lo pagaban. A partir de esta información, los investigadores habían dibujado un mapa oficial que mostraba quién controlaba cada zona de la ciudad.

«Il Pizzo» es el término que se utiliza para designar las sumas obtenidas mediante extorsión a los ciudadanos para brindarles protección. Aunque el monto es mínimo en comparación con el dinero proveniente de las drogas, la extorsión juega, de todas maneras, un papel crucial para alimentar la «caja chica» de la Mafia, y también como manera de ejercer control territorial mediante el equivalente delictivo de un impuesto. Según los informantes de la Mafia, este dinero se utiliza para pagar los honorarios de los abogados que defienden a los miembros de la Mafia arrestados y para dar un «salario» a las familias cuyos miembros masculinos están en la cárcel o han sido asesinados, lo que permite a la Cosa Nostra financiar una versión criminal de la seguridad social y hacer cumplir su código de *omertà*. Sobra decir que todos los que se rehúsen a aceptar este plan tendrán que pagar con el perjuicio de sus establecimientos comerciales o negocios, o incluso con su propia vida, para dar una lección.

Un hombre valiente llamado Libero Grassi se convirtió en el objeto de dichas lecciones un año después que Falcone me mostró el mapa. Grassi era propietario de un pequeño negocio en un área de Palermo saturada por la Mafia. No solamente se había rehusado a ceder ante las demandas del jefe local, sino que aceptó aparecer en la televisión donde, directamente ante la cámara, prácticamente deletreó las palabras: «¡mafiosos, no les pagaré!». Grassi también había lanzado un llamado a los demás empresarios de su zona para que siguieran su ejemplo, recordándoles que si *todos* se mantenían firmes, si todos se unían en su rechazo al pago, la Mafia perdería su poder y ellos mismos estarían en menor riesgo. Una mañana temprano, cuando iba a comprar su diario a unos pocos pasos de su casa, uno de los asesinos de la Cosa Nostra le disparó en la cabeza.

El mapa que Giovanni Falcone me había mostrado un año antes era una radiografía de la Mafia de protección de la ciudad. Prácticamente todos pagaban, no grandes sumas, posiblemente, sino suficiente para que a todos les quedase claro quién controlaba la situación. Una de las cosas que me señaló Falcone fue que algunos empresarios importantes pagaban proporcionalmente a sus ingresos. Esto significaba que estaban del lado de los jefes ganadores. Otro hombre de negocios, dueño de una empresa mucho más pequeña, pagaba una *enorme* suma de dinero. Ello era indicio de que había osado respaldar a la facción perdedora o que estaba descontento por tener que pagar dinero de protección y se lo había hecho saber al cobrador. Estudiando cuidadosamente quién pagaba, cuánto y a quién, se obtenía una escalofriante fotografía de la ciudad. Estaba yo de un humor apagado cuando Falcone interrumpió nuestra discusión para sostener una reunión con Giulio Andreotti.

Andreotti había llegado al Premierato una vez más, por séptima vez. Estaba de visita en Palermo para visitar a Salvo Lima y a sus otros amigos y seguidores, pero también tenía otros negocios que atender. Los logros de la Primavera de Palermo lo tenían sin cuidado; él y su facción habían estado esperando que se disipase el humo del Maxi Juicio para saldar cuentas. Andreotti comenzó con una referencia irónica al trabajo de mi amigo Pintacuda cuando le preguntaron sobre la organización Ciudad del Hombre: «Dejemos que los sacerdotes se ocupen de las almas. El Señor nos ha dado la gracia del Estado». Luego, en una reunión con el Comité Provincial del Partido Demócrata-Cristiano, se abocó a las tareas in-

mediatas. Se aprobó una resolución condenando mi trabajo y mi coalición gubernamental «anómala».

El gobierno durante los últimos meses había sido particularmente difícil, pero con estos acontecimientos me di cuenta de que sería imposible. Entregué mi renuncia, la que fue aceptada inmediatamente. Miles de estudiantes, junto con ciudadanos comunes y corrientes de todas las edades, se manifestaron en las calles y abarrotaron la Piazza Pretoria y todas las plazas, caminos y calles cercanos. A pesar de la persistente lluvia, porque al palermitano, igual que al gato, no le gusta la lluvia, se quedaron donde estaban al pie de las ventanas del Palazzo delle Aquile, gritando lemas y mientras saltaban en su sitio, cantaban: «¡El que no salta es hijo de Andreotti!».

Yo también bajé a la plaza. Tan pronto me vio la gente, hubo un rugido y alguien me tomó de la mano y me jaló al medio de la multitud. No tengo muy buen estado físico ni soy particularmente ágil, pero empecé a saltar: «¡El que no salta es hijo de Andreotti!».

Mi renuncia entró en vigencia en marzo. Para entonces se había programado nuevas elecciones y dejé en claro que tenía la intención de ser candidato nuevamente.

Las siguientes semanas estuvieron llenas de maniobras políticas, pero cuando recapitulo sobre esa época, recuerdo un incidente que nada tenía que ver con las elecciones. Hubo un robo en la iglesia parroquial de un distrito llamado Acquasanta. Se decía que un gitano se había robado la antigua corona de plata de la Madonna de Acquasanta.

Debido a que su historia es el producto de la llegada de muchos pueblos de diferentes razas, culturas y religiones, Palermo, a pesar de su violencia, tiene un alma antirracista. Los desempleados podrán decir: «Larga vida a la Mafia» o aprender a decir durante la primavera de Palermo: «Queremos que sea el Estado y no la Mafia quien nos dé trabajo». Pero nunca, en todos mis años de alcalde, ninguno de los desempleados me ha dicho: «No está bien que este africano tenga trabajo y no yo», algo que desafortunadamente se escucha a menudo en el próspero norte de Italia. Antes se habían producido algunos problemas menores con los gitanos residentes en Palermo que habían sido resueltos por mi gobierno, y le había dado al jefe de la comunidad gitana el número de teléfono de mi casa para mantener una línea de comunicación abierta.

Cuando supe del robo de la corona de la Madonna de Acquasanta, inmediatamente me puse en contacto con el líder gitano para hacerle

saber que consideraba este robo una ofensa a la historia y creencia del pueblo de Palermo. Nada supe de él durante varias semanas. Entonces, un día de marzo cuando yo iba a dejar la oficina, finalmente me llamó.

«¿Todavía es usted alcalde?».

Le dije que técnicamente, sí.

«Qué bueno. Tengo que verlo inmediatamente».

Nos reunimos en Villa Niscemi, donde abrió una gran bolsa de papel y me entregó la corona de plata. Me dijo que había enviado una solicitud de ayuda a todas las comunidades gitanas de Italia. Resultó que la corona había sido robada por un gitano de la comunidad florentina y el ladrón había sido capturado en la frontera franco-italiana por miembros de su propia comunidad. Si no hubiese intervenido el líder gitano de Palermo, seguramente la corona hubiera terminado en manos de algún anticuario extranjero, como sucede con tantos de nuestros tesoros artísticos y arqueológicos, así que mi derrota ese día se convirtió en victoria: en una iglesia abarrotada, devolví la corona de la Madonna al sacerdote de la parroquia que hizo doblar las campanas para llamar a los habitantes de la localidad a la iglesia donde el líder gitano dio un discurso.

III

En las vísperas de las elecciones de marzo, Andreotti se presentó en la televisión para decir con su usual estilo aterciopelado que, si le permitiesen votar en Palermo, elegiría del número dos hacia abajo en la lista demócrata-cristiana. Por supuesto, yo era el número uno. A pesar de esta condena por el hombre más poderoso del partido y del país, tuve más votos que cualquier otro candidato municipal antes que yo. Mi apoyo provenía no solo de mi propio partido, sino también de gente que nunca antes había votado por los demócrata-cristianos. El resultado fue irónico: por primera vez los demócrata-cristianos tenían una mayoría en el concejo municipal. Mi victoria puso al partido en un compromiso; pero debido a su gran proporción, de ninguna manera el partido podría designar a nadie más que yo como alcalde. Sin embargo, sí podían insistir, y de hecho lo hicieron, para que formase un gobierno exclusivamente con miembros de mi propio partido. No más de este gobierno «anómalo» con un puñado de Verdes y Comunistas. Mi aceptación de este *diktat* hubiera significado el repudio

de los logros de la Primavera de Palermo que se produjeron a pesar de los demócrata-cristianos, y no gracias a ellos, y que se basan en la movilización de un gran número de grupos contenciosos que empezaban a darse cuenta de que la renovación de nuestra ciudad los unía en una familia mayor.

Si me hubiese rehusado a aceptar la alcaldía, de otro lado, me habrían acusado de abandonar el compromiso de limpiar al Partido Demócrata-Cristiano y, de alguna manera, traicionar el espíritu de Piersanti Mattarella, quien se había fijado dicha tarea como gran objetivo. Sin embargo, este espíritu y los espíritus de todos los demás cadáveres ilustres de los 10 últimos años eran producto de oscuros mafiosos que apretaban gatillos y hacían estallar coches-bomba, así como de sombríos políticos que operaban no desde escondites, sino desde las instituciones políticas de nuestro país. Decidí rechazar el puesto a manera de pronunciamiento sobre la simbiosis entre los jefes de la Mafia y los jefes políticos.

III

El alcalde de Trento, una ciudad al norte de Italia, era un buen amigo político mío que también se interesaba en la lucha para liberar a Palermo de la Mafia. Se nos ocurrió convocar a una reunión en su ciudad e invitar a otros que estaban en el ámbito de los demócrata-cristianos y querían la renovación del sistema político. Un importante diario italiano recogió la noticia y publicó un artículo con este titular: «Red de Orlando se reunirá en Trento». La palabra italiana para red es «rete». El término prendió y finalmente se convirtió en el nombre de nuestro movimiento.

Antes de la reunión, fui hacia una casa que poseo en la pequeña aldea montañesa de Sauris, prácticamente en la frontera entre Italia y Austria. Quería escribir algunos pensamientos sobre un nuevo tipo de política que me parecía podría tener éxito en Italia. La Red sería un movimiento basado en nuestra lucha contra la Mafia, utilizando esa lucha como un punto de alianza para aquellos que creían, como nosotros, que la escena política nacional estaba llena de podredumbre.

Mientras terminaba de escribir un borrador de nuestro manifiesto, una brisa entró por la ventana abierta y esparció mis notas en el piso. Esto me pareció apropiado porque el movimiento que yo avizoraba tendría

un fin así como un principio. La Red duraría solo el tiempo que se necesitara para comenzar a cambiar la conciencia de Italia y luego terminaría. No sería un partido político cuya existencia continua podría causar compromiso o contaminación. Y, por cierto, el 21 de marzo de 1991, la fecha de nacimiento formal del movimiento, registramos el nombre con un notario en Roma, junto con una declaración que comenzaba así: «La Red es un movimiento político con un tiempo de vida limitado».

Se eligió el 21 de marzo deliberadamente. Esta fecha marca el inicio de la primavera y yo quería que el país recordara que las raíces de la Red estaban en la Primavera de Palermo. Pero también se debió a mi historia personal como siciliano demócrata-cristiano que dejaba el partido, a mi experiencia como político que creía que la enfermedad del partido y el crimen en Sicilia habían contaminado al país entero.

Entre los otros miembros fundadores de la Red estaban Alfredo Galasso, el prominente abogado que había representado a la familia Dalla Chiesa en el Maxi Juicio y que nunca había defendido a mafiosos en su carrera.

Estaba también Nando Dalla Chiesa, hijo del general asesinado, que era profesor de sociología en una prestigiosa universidad de Milán, pero que descubrió de pronto que pasaba cada vez más tiempo en Sicilia. Estaba Diego Novelli, antiguo alcalde comunista de Turín que también dejó su partido porque creía que ya no estaba comprometido con la batalla en contra de la Mafía y de su corrupción. Estaba Carlo Palermo (no siciliano, a pesar de su nombre), un fiscal de Trento cuyas investigaciones sobre el tráfico de drogas y armas lo habían llevado a hallazgos inquietantes que involucraban a políticos italianos que en esa época estaban conducidos por el Primer Ministro Bettino Craxi. Acosado por el gobierno de los socialistas, Carlo había solicitado una transferencia a Trapani, en Sicilia, para continuar sus investigaciones, pero poco tiempo después de su llegada explotó una bomba en su automóvil blindado que lo llevaba a su oficina. Él y sus guardaespaldas sobrevivieron, pero una mujer que estaba conduciendo por ahí en ese mismo instante fue golpeada con toda la fuerza de la explosión y estalló en pedazos junto con sus dos hijos mellizos que estaban sentados en el asiento trasero de su automóvil.

Con nosotros, por supuesto, estaba el Padre Ennio Pintacuda, quien, al ser un sacerdote, no podía estar formalmente entre los fundadores de

la Red, pero estaba ahí como consejero y guía espiritual. Desde 1980, en todos los eventos importantes de mi vida política, el padre Pintacuda había estado a mi lado. Era una de esas personas que sabe que una buena lucha es casi siempre una lucha larga.

La presencia del padre Pintacuda fue simbólica, ya que la Red fue el primer movimiento que tenía potencial para dividir a los fieles católicos de Italia separándolos del Partido Demócrata-Cristiano, que había sido su fe secular desde la Segunda Guerra Mundial. Aun así, las «condiciones objetivas», como les gustaba decir a mis amigos comunistas, estaban cambiando en Italia. Los demócrata-cristianos habían observado la caída del Muro de Berlín y se habían dado cuenta de su propia mortalidad. Habían estado en el poder por casi medio siglo, porque estaban entre los arietes más fuertes en contra del comunismo y porque la gente en Italia que temía, aunque fuera un tibio euro-comunismo, no tenía alternativa. Pero en esa época, los demócrata-cristianos se habían embriagado con su propia impunidad y habían desagradado a las personas que tenían creencias morales fuertes. Ahora que la Guerra Fría había terminado, se estaban volviendo innecesarios y no amados.

Los grupos de la Red comenzaron a aparecer por todo el país, auto-financiados, autoadministrados, sin un puñado de patrocinadores ricos que los hicieran bailar como marionetas. Existían solamente debido a un pequeño ejército de voluntarios jóvenes, ancianos, mujeres profesionales y amas de casa, hombres encolerizados que se sentían traicionados, viejos pensionistas cuyas almas gritaban «¡Basta!».

La prensa nacional había prestado gran atención a todo lo que yo decía y hacía cuando trabajaba desde dentro del Partido Demócrata-Cristiano. Ahora habían perdido interés en mí. Pero la prensa internacional, quien veía en la Red el primer signo de algo nuevo en la política italiana desde el período de la post-guerra, nos dio una enorme cobertura. Andrea Scrosati, el joven funcionario de prensa de la Red, se dio cuenta de que cuando queríamos notoriedad por algo que considerábamos importante, tenía que hacerlo saber a un periodista extranjero y, cuando el asunto apareciera en prestigiosos periódicos extranjeros, la prensa italiana estaría obligada a mencionarlo.

Las primeras elecciones en las que la Red iba a ser puesta a prueba fueron las elecciones regionales para el parlamento siciliano que se realizaron

al final de la primavera de 1991. Todos los expertos predecían que como máximo, yo mismo podría ser elegido, con lo cual, por estar solo, tendría que retornar a la casa matriz de la democracia cristiana o unirme a algún otro partido establecido. Trabajamos día y noche, viajando por Sicilia junto con nuestros partidarios, con el resultado de que no solo yo fui elegido, sino que la Red llevó a cinco *Retini*—como la prensa había apodado a los miembros del movimiento— al Palazzo dei Normanni (el Palacio Normando) que era la sede del parlamento más antiguo del mundo y ahora la sede del parlamento regional siciliano.

Poco después de esta victoria, fui a los Estados Unidos para una visita que había planeado por largo tiempo. Comenzó con una comedia de equivocaciones. Andrea Scrosati, que ahora trabajaba como mi vocero, fue antes que yo para coordinar algunas entrevistas con los periódicos estadounidenses. Como siempre viajaba bajo un nombre ficticio, llegué pero no me recibieron en el aeropuerto porque el gobierno italiano, aún dominado por los demócrata-cristianos, me trataba como si no existiera. Como los Estados Unidos eran en ese momento el segundo país más grande de la Mafia después de Sicilia, Andrea se preocupó cuando no aparecí en el hotel. Llamó a la policía de Nueva York, pero cuando les dijo quién era yo y mi nombre ficticio, pensaron que estaba haciendo una pasada. Andrea se puso tan desesperado que comenzó a llamar a todos los números telefónicos de Estados Unidos que tenía. Finalmente, encontró a alguien que reconoció mi nombre porque había visto un segmento de *60 Minutos* sobre mí y refrendó la historia con la policía. Inmediatamente el departamento de policía de Nueva York coordinó una medida de protección para que me siguieran durante todo el tiempo que permaneciera en la ciudad.

En este viaje, hablé con varias organizaciones importantes de medios de comunicación. Hablé sobre Sicilia y su enfermedad política. También di mi punto de vista sobre cómo la Mafia se estaba convirtiendo en un fenómeno internacional, no solo siciliano, ni solo estadounidense siquiera. Pronto todo el mundo iba a estar de acuerdo, pero en el momento de mi visita se vio como algo nuevo. Cuando predije que las organizaciones parecidas a la Mafia aparecerían pronto en la antigua Unión Soviética y otros países, un reportero de *USA Today* llamó al FBI, que confirmó lo que yo estaba diciendo. El titular de *USA Today* decía, «Político italiano

predice que la Mafia llegará desde Rusia». Entonces el *New York Times*, *CNN* y otros adoptaron la historia.

Cuando regresé a casa, fui denunciado por personas del Ministerio de Relaciones Exteriores por hablar mal de mi país. Sin embargo, lo que dije tuvo un impacto aún mayor que el que ellos pensaban. Años después, cuando Giulio Andreotti era llamado a rendir cuentas sobre la conexión entre la Mafia y sus demócrata-cristianos, alguien le preguntó cuándo comenzaron sus problemas y me dijeron que Andreotti replicó que parte de sus dificultades comenzó en 1991 a raíz de mi vista a los Estados Unidos.

III

Al mismo tiempo que la Red hacía su primera aparición en la escena política nacional, Giovanni Falcone dejó finalmente Palermo. Amargado y frustrado, había decidido tomar el puesto de Director de Asuntos Penales en el Ministerio de Justicia en Roma. Desde el día en que el Consejo Superior de la Magistratura lo dejó de lado, su vida en Palermo había sido una sucesión de humillaciones. La tregua llamada entre las fuerzas a favor y en contra de Falcone en el verano de 1988 había hecho que las animosidades fueran menos públicas, pero no menos lacerantes. Falcone había tratado de encontrar alguna manera de continuar con su trabajo anti-Mafia en Sicilia, pero finalmente había tenido que admitir que le habían hecho jaque mate. Aun así, no quería rendirse en la búsqueda de un sistema que pudiera darle a los funcionarios que hacían cumplir la ley más poder en su lucha en contra del crimen organizado. Comenzó a contactarse con personalidades gubernamentales en Roma para ver si había un lugar para sus ideas en la escena nacional.

Muchos de nosotros en Sicilia, incluyéndome a mí mismo, estábamos escépticos. Temíamos que Falcone fuera explotado por los políticos de Roma que estaban encubiertamente conectados con la Mafia. Cuando se fue para ocupar un nuevo puesto allá en Roma, lo hizo en contra del consejo de la mayoría de sus amigos, incluyendo a Paolo Borsellino. Los dos hombres siempre habían estado unidos por un fuerte lazo, casi como si supieran que su destino era a la larga convertirse en un solo nombre unido por un guión. Sin embargo, ahora Paolo se oponía a la decisión de Falcone porque pensaba que su amigo terminaría sin futuro en un puesto

burocrático e incluso porque pensaba que era incorrecto involucrarse con una administración encabezada por Andreotti. Paolo estaba muy consciente de la flaqueza de Falcone, la cual, como en todo héroe trágico, era la flaqueza del orgullo. En este caso, era la creencia soberbia de que podría resolver todos nuestros problemas desde adentro. Falcone replicó que el Ministro de Justicia que le había ofrecido el puesto, el socialista Claudio Martelli, quería realmente hacer cambios. Con esa mentalidad unívoca que era, a la vez, su virtud y su vicio, se fue para Roma en marzo de 1991.

Como ocurrieron las cosas, aquellos de nosotros que lo criticaban no habíamos apreciado suficientemente el plan de Falcone al tomar el nuevo puesto. Sabía por experiencia que el sistema judicial fragmentado era una seria desventaja para realizar investigaciones sobre la Mafia, particularmente cuando se colocaba en contra de la unidad de la Cosa Nostra. Inmediatamente comenzó a interrogar jueces en todo el país con vistas a descubrir lo que sabían sobre las actividades de la Mafia. De la misma manera como el grupo anti-Mafia en Palermo había tenido éxito al compartir información, Italia entera, tal como él lo creía, sería auxiliada por una reunión nacional similar de datos de investigación sobre la Mafia. Esto no había ocurrido en el pasado. Cada oficina regional y ciudad guardaba celosamente su información —una información que quizás escondiera la clave a las investigaciones de algún colega— salvo que hubiera una relación personal entre los magistrados. Por lo tanto, Falcone decidió luchar por lo que la prensa llamó más tarde una Superprocura Anti-Mafia, una oficina nacional del fiscal anti-Mafia que coordinaría la información que surgiera de las investigaciones sobre las actividades de la Mafia.

Era momento de pensar en el siguiente paso. Los veredictos del Maxi Juicio habían progresado lentamente en el Tribunal de Apelaciones. Y aunque la sentencia había sido reducida para alguno de los acusados, no había sido la debacle que algunos de nosotros temíamos. Ahora la esperanza de la Mafia residía en la Corte Suprema. La Cosa Nostra podía sentir una cierta confianza ahí. A lo largo de los años, el Presidente de la Primera Sección de la Corte, el juez Corrado Carnevale, quien recibiría el caso si no se hacía algo, se había hecho conocido como el «asesino de las sentencias», por su trayectoria de desestimar los veredictos de culpabilidad en los casos de la Mafia. Tal como lo había dicho una vez un fiscal en el

Grupo de Palermo, hablando conmigo sobre la Corte Suprema: «Nosotros los magistrados somos simplemente humanos y todos podemos cometer errores..., pero no es posible que *siempre* nos equivoquemos. Simplemente es imposible».

La Red comenzó a presionar al Presidente de la República y al Consejo Superior de la Magistratura para que observaran el principio de rotación y dejaran que otros presidieran la primera sección de la Corte. Nuestros temores se incrementaron cuando, en agosto de 1991, el juez Antonio Scopelliti fue asesinado mientras se encontraba de vacaciones en Calabria. El severo Scopelliti, con una reputación de «inaccesible», acababa de ser nombrado fiscal público para el caso del Maxi Juicio en la Corte Suprema. El asesinato quiso ser una advertencia. Pero, como antes, este acto de violencia actuó como un *boomerang* sobre la Cosa Nosta.

El 31 de enero de 1992, la primera sección de la Corte Suprema en Roma ya no estaba liderada por el juez Carnevale, y anunció su histórico veredicto que confirmaba las sentencias a cadena perpetua y los cientos de años de prisión que se habían establecido en los dos juicios previos. Pero había algo más importante. La Corte confirmó el principio de que la Cosa Nostra no era una simple colección de criminales individuales, sino una asociación criminal unida por una jerarquía, reglas e intereses conjuntos.

Se había cruzado una línea. Más tarde nos enteraríamos por otro informante de la Mafia llamado Gaspare Mutolo que una vez que la decisión de la Corte Suprema se anunció, los mafiosos de bajo nivel que tenían órdenes de arresto pendientes comenzaron a entregarse por docenas. Esta era la única manera que conocían de revelarse en contra de Riina, a quien consideraban un sicótico que había destruido la invisibilidad en la que ellos y los de su clase habían confiado siempre. También era una manera de salirse del *Götterdämmerung* que sabían que se venía.

III

La Red se felicitó por el veredicto de la Corte Suprema. Estábamos en medio de nuestra primera campaña electoral nacional para las elecciones que tendrían lugar en la primavera. Dos semanas después del veredicto de la Corte Suprema, se desplegó un telón de fondo extraño para estas

elecciones cuando un pequeño funcionario del Partido Socialista llamado Mario Chiesa fue arrestado en Milán, con las manos en la masa, cuando aceptaba un soborno de US\$ 7000. Esto resultó siendo el equivalente italiano del inicio de Watergate. Cuando Chiesa fue entrevistado, admitió que tenía 10 millones de dólares de dinero de sobornos acumulados en bancos suizos. Los fiscales en la oficina del fiscal de Milán formaron pronto un grupo propio, «El Grupo de las Manos Limpias». A medida que sondeaban lo que parecía al principio ser un crimen menor, comenzaron a descubrir un sistema de soborno y corrupción que se extendía hasta las esferas más altas de las finanzas y política italianas. El líder socialista Bettino Craxi y la maquinaria política que había construido estaban profundamente implicados, pero también lo estaban los demócrata-cristianos.

El arresto de Chiesa comenzó una saga que corría paralela a los esfuerzos de la anti-Mafia en Sicilia. En los dos años siguientes, íbamos a ver cómo, uno tras otro, los hombres más poderosos del país eran acusados por aceptar sobornos y comisiones ilícitas y a veces dinero de extorsión para sus partidos o para ellos mismos. Los ciudadanos italianos se enteraron de cómo las obras públicas habían costado a los contribuyentes dos o tres veces más de lo que deberían haber costado, cómo millones de dólares habían terminado en bolsillos particulares para detrimento del servicio de salud pública, cómo el costo de los servicios había sido más alto de lo que debería debido a este podrido sistema político. Íbamos a ver en la televisión nacional que un político tras otro espetara «no recuerdo» o «me he olvidado» cuando eran interrogados en la Corte.

Esta investigación traería a la larga la muerte del Partido de la Democracia-Cristiana, que se dividió en media docena de pequeños partidos políticos y la casi total desaparición del Partido Socialista, ya que su todopoderoso líder Craxi se retiró a su villa en Túnez, en donde se declaró un exiliado que había sido «perseguido» por la ley italiana.

Aunque esto solo sucedería en el futuro, todo el sistema estaba comenzando a resquebrajarse. Con el nuevo conocimiento sobre la corrupción y con el colapso del imperio soviético, la justificación para los arreglos de poder nacionales que la Mafia había abrazado y legitimado secretamente había desaparecido. Vi una verdadera posibilidad para que la Red entrara en el vacío político creado por estas acusaciones de corrupción. Viajé continuamente por todo el país, del norte al sur, haciendo campaña en las

plazas, salones de parroquias y centros estudiantiles. El sentimiento de que estábamos obteniendo apoyo se confirmó cuando me pidieron que apareciera en televisión nacional el 12 de marzo por primera vez en mi papel de secretario nacional de la Red. Pero esa noche no hubo oportunidad de hablar de nuestro movimiento. Todas las preguntas se concentraron en otra muerte en Palermo.

A las 8:30 de esa mañana Salvo Lima, miembro del Parlamento Europeo y que había actuado por largo tiempo como coechador para los demócrata-cristianos en Sicilia, dejó su villa en Mondello con un amigo para hacer campaña. Tenía que ver a mucha gente, especialmente debido a que su propio jefe político, Giulio Andreotti, debía visitar Sicilia en unos cuantos días. El auto de Lima todavía no había alcanzado gran velocidad cuando dos hombres en una motocicleta lo alcanzaron. El hombre que estaba detrás sacó una pistola y le disparó a las llantas. Cuando el auto paró, los motociclistas, cuyos rostros estaban cubiertos por los visores de sus cascos, se voltearon hacía atrás a propósito. Tanto Lima como el otro hombre saltaron y comenzaron a correr para salvarse, pero los asesinos los alcanzaron e, ignorando notoriamente al aterrado amigo que se escondía detrás de un camión de basura, vaciaron un revólver en la cara y pecho de Lima y huyeron en segundos.

Esto fue un cambio mayúsculo en los asesinatos de abogados y políticos que se habían opuesto a la Mafia. Lima no era solamente la persona de más influencia en toda la región y miembro del Parlamento Europeo, sino también un amigo de la Mafia. Este asesinato fue la respuesta de la Cosa Nostra a la decisión de la Corte Suprema, una reacción a lo que consideraban un incumplimiento de contrato por parte de los demócrata-cristianos. Los políticos con los que se habían aliado durante todos estos años habían decidido retirar esa protección, o ya no tenían poder para cumplir con su garantía. Como dijo el *pentito* Gaspare Mutolo después, Lima fue un «símbolo máximo» de aquellos que habían recibido los votos de la Cosa Nostra, pero «ya no protegía sus intereses en el momento preciso de su juicio más importante».

El asesinato de Lima fue un signo de que el tenue *statu quo* se había roto. Ahora todo podía suceder.

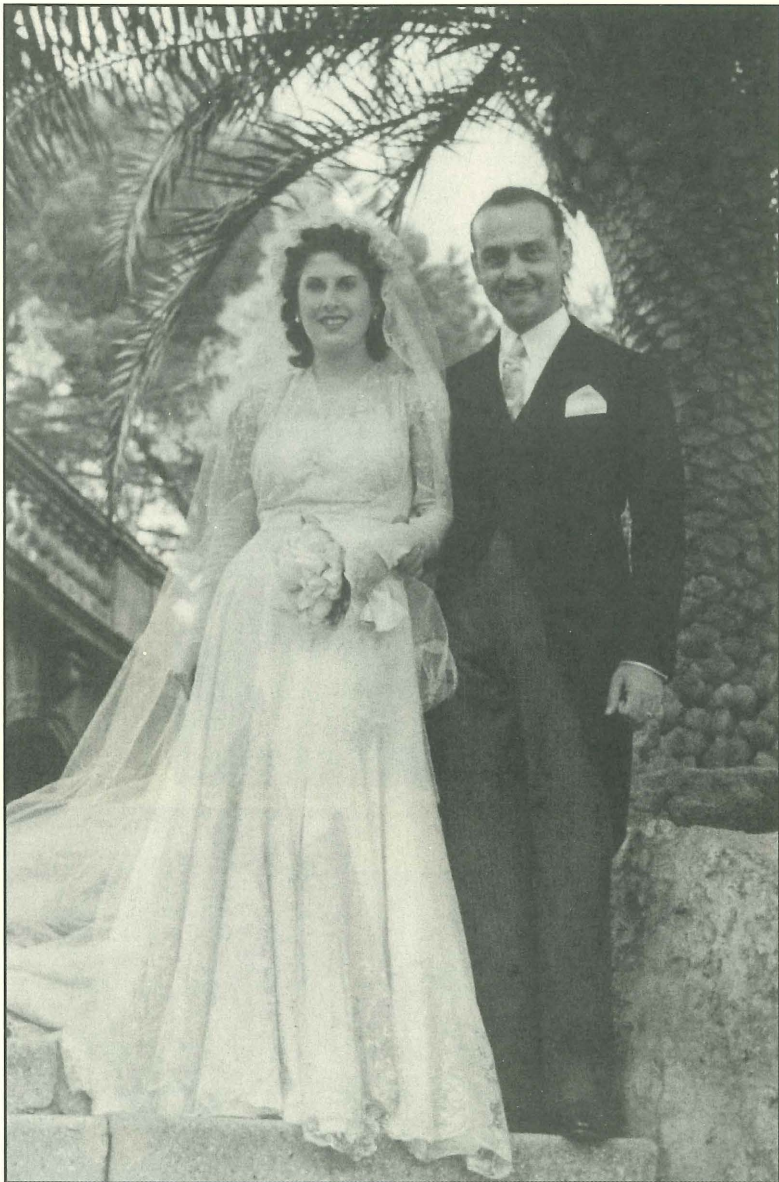
Esa noche en la televisión hubiera querido hablar del desarrollo cultural de Italia, del futuro que la Red avizoraba; pero tuve que reconocer que

esas cosas eran posibles solo si Italia se liberaba de la plaga que la había invadido. Condené el asesinato brutal, pero les recordé a mis entrevistadores que este hombre había sido un garante del sistema político mafioso. Un par de días después, un Giulio Andreotti desencajado estaba en primera línea en el funeral de Salvo Lima. Paolo Borsellino comentó que la Mafia, en efecto, había colocado el cadáver de Lima como una tarjeta de visita a la puerta de Andreotti. Y, por cierto, la policía recogió rumores de que el hijo de Andreotti también era considerado como un blanco para ser asesinado.

III

En las elecciones nacionales de abril de 1992, la Red envió 12 diputados al Parlamento y a 3 senadores al Senado. Se consideró que este era un debut sorprendente en un país en donde capturar el 2 o 3% del voto se considera significativo.

Sentía que vivíamos un tiempo de signos y portentos. Aunque yo no soy un gran admirador del Libro de las Revelaciones, me parecía que el séptimo sello podría abrirse en cualquier momento.



Mis padres Salvatore Orlando
y Eleonora Cammarata en el
día de su boda.



ARRIBA: Mi madre me acomoda el
cabello en el día de mi Primera
Comunión en 1954.

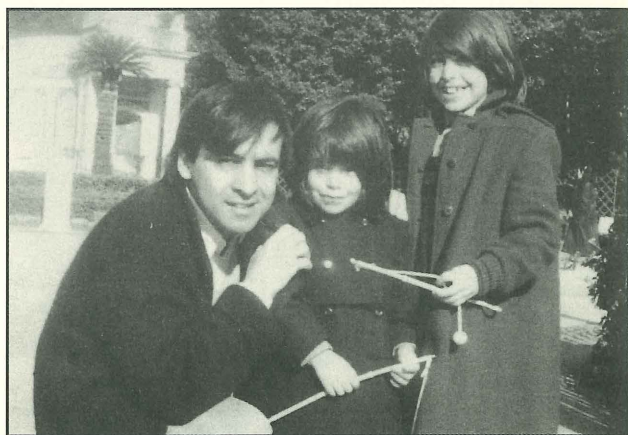
DERECHA: Foto mía en 1957 en el
Colegio Gonzaga con el odiado
mandil.

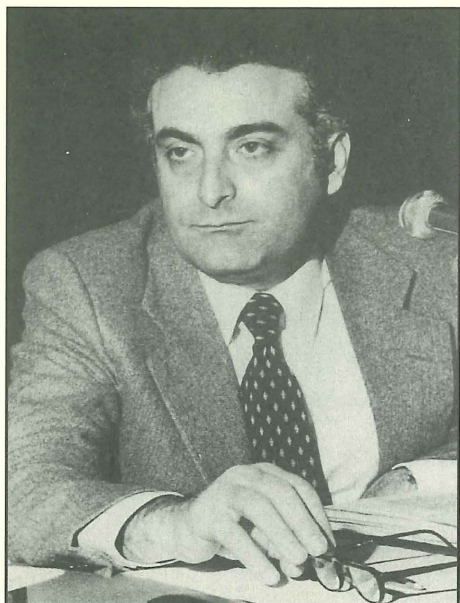




ARRIBA: Milli y yo en nuestra luna
de miel en México en 1971.

ABAJO: Nuestras hijas Leila y
Eleonora de 4 y 8 años en esta
foto de 1982.





IZQUIERDA: Piersanti Mattarella fue una de las figuras más influyentes de mi vida, un hombre que me mostró que era posible, incluso en mi devastado país, que la política fuese una profesión honorable.

ABAJO: En 1985 fui elegido por primera vez alcalde de Palermo por el Consejo de la ciudad.

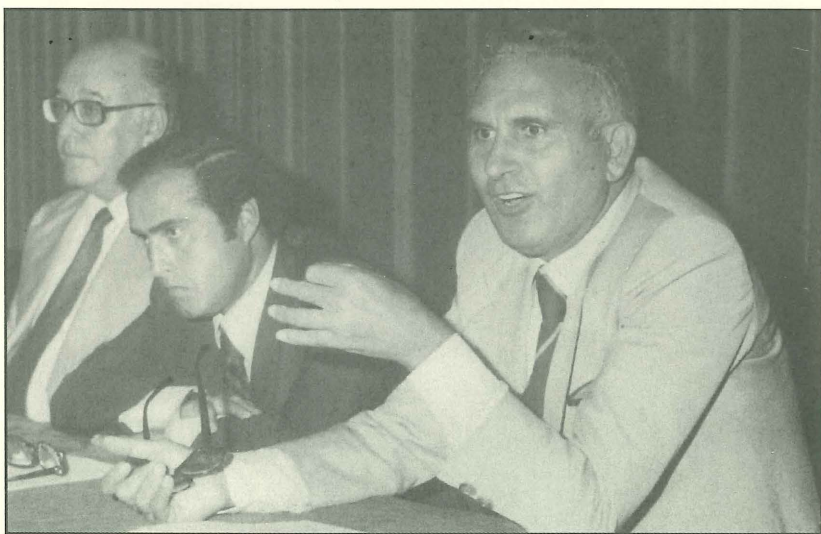




ARRIBA IZQUIERDA: Stefano Bontate, perdedor en la Segunda Guerra de la Mafia y víctima de los corleoneses.

ARRIBA DERECHA: A diferencia de Bontate, Gaetano Badalamenti se dio cuenta del poder que habían obtenido los corleoneses y logró sobrevivir a la Segunda Guerra de la Mafia.

ABAJO: Cesare Terranova (izquierda) y Pio La Torre (derecha) estuvieron entre los primeros cadáveres ilustres resultado de las acciones de los corleoneses.





ARRIBA: Un héroe italiano, el general Carlo Alberto Dalla Chiesa.

DERECHA: Tommaso Buscetta durante el juicio de la Mafia en 1972. Se cambió el rostro mediante cirugía plástica cuando se convirtió en *pentito* (arrepentido).



ABAJO: Giovanni Falcone (izquierda) y Paolo Borsellino (derecha).





ARRIBA: Falcone y yo juntos durante la larga lucha contra la Mafia.

ABAJO: El privilegio de la comunión de manos del cardenal Salvatore Pappalardo quien se pronunció contra la Mafia criminal en un momento crucial de nuestra historia.





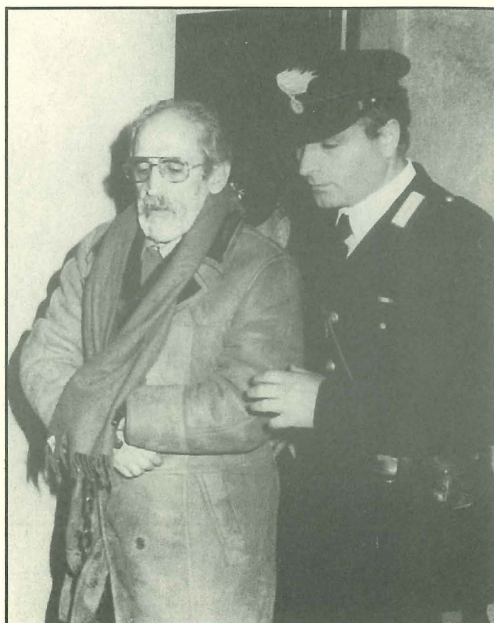
ARRIBA: Con mi amigo y mentor el padre Ennio Pintacuda en una marcha de antorchas en memoria del padre Puglisi después de su asesinato en 1994.

ABAJO: Inicio del Maxi Juicio en el tribunal bunker en 1986.



DERECHA: Vito Ciancimino
después de su arresto.

ABAJO: Totò Riina en el
tribunal bunker.





ARRIBA: Giulio Andreotti y Salvo Lima poco antes de la muerte de Lima.

ABAJO: En 1988, Milli (tercera de la izquierda) nos vimos obligados a buscar asilo en la Georgia soviética.





ARRIBA: El 23 de mayo de 1992, Día de la Infamia. Escena después de la explosión de la bomba cerca del aeropuerto Punta Raisi donde murieron Giovanni Falcone y su esposa Francesca, junto con tres guardaespaldas.

ABAJO: Dos meses después, el 20 de julio, otra explosión de bomba en la Via D'Amelio en Palermo les costó la vida a Paolo Borsellino y a cinco guardaespaldas.



ARRIBA: En todos mis desplazamientos siempre estaba rodeado por mis propios guardaespaldas.

ABAJO: En 1992, en mi campaña para el Parlamento italiano.



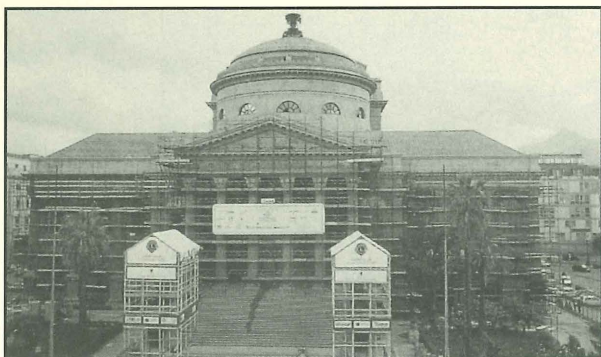


ARRIBA: En la sede de La Red, durante la campaña, con personalidades como la fotógrafa Letizia Battaglia (derecha) que se unieron a la lucha.

DERECHA: Movimento contra la Mafia que se extiende de Palermo al resto de Italia. Aquí hablo en una reunión en Bologna.

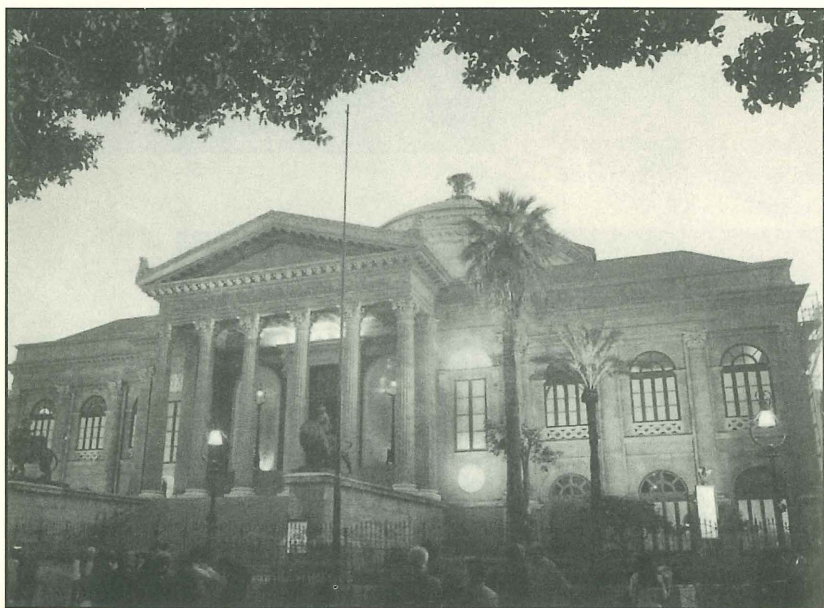
ABAJO: En diciembre de 1997 asumí el puesto de alcalde.





ARRIBA: El Teatro Massimo durante su restauración.

ABAJO: El Teatro Massimo el día de su esperada inauguración.





ARRIBA: La viuda de Paolo Borsellino, Rita, entrega conmigo un «certificado de adopción» de un monumento público a los alumnos que participaron en el Renacimiento de Palermo.

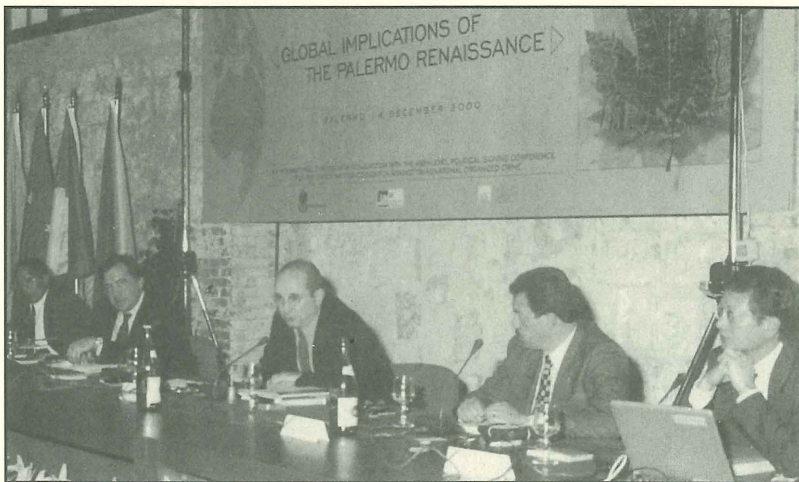
ABAJO: En junio de 1999, Hillary Clinton y yo recibimos la bienvenida de los alumnos de Santa María dello Spasimo que participaban en el programa de «Adopción de Monumentos».





ARRIBA: Estos alumnos de los primeros años de secundaria adoptaron el Bastión de San Pedro en el Palacio Real de Palermo.

ABAJO: Otro momento histórico en el renacimiento de Palermo fue la conferencia de suscripción de la Convención de las Naciones Unidas contra el crimen organizado transnacional el 14 de diciembre de 2000 en el Centro Cultural Zisa. De izquierda a derecha: Adolph Hirschfeld de la Dirección de Corrupción y Delitos Económicos, de Botswana; el Alcalde Orlando; Roy Gatson, profesor de gobierno, Universidad de Georgetown; Lorenzo Gómez Morín, Ministro de Educación de Baja California, México; Alan Lai, de la Comisión Independiente contra la Corrupción, Hong Kong.



C A P Í T U L O 1 0

El 23 de mayo de 1992, la Red sostenía una reunión en Asís, la hermosa ciudad umbria medieval en donde nació San Francisco y en donde las estrechas calles continúan emanando un mensaje de serenidad y paz. Todavía no habíamos comenzado nuestra sesión cuando recibí una llamada telefónica de mi secretario personal en Palermo diciéndome que acababa de explotar una bomba en algún lugar de la carretera entre el aeropuerto de Punta Raisi y la ciudad. Estaba llamándome desde su pequeña casa de vacaciones en Capaci, un balneario al pie del mar en donde él y su esposa habían ido por el fin de semana. Había oído la explosión. Todavía no había ninguna declaración oficial, pero él había escuchado rumores de que quizás el auto de un fiscal hubiera estado involucrado en la explosión. Le pedí que me mantuviera informado y luego comencé la reunión con un terrible presentimiento.

Minutos más tarde, un oficial de la policía entró en el salón y me hizo un gesto. Cerré rápidamente la reunión y le pregunté qué estaba sucediendo. Me contó las horribles noticias: un escuadrón de la muerte de soldados de la Mafia había colocado una bomba cerca del desvío llegando a Capaci. Giovanni Falcone, su esposa, Francesca Morbillo y tres de los guardaespaldas de Falcone habían sido asesinados en una explosión que había abierto un enorme cráter en la carretera cerca de la salida de Capaci.

Corrí a Roma y me quedé ahí durante la noche, hablando por teléfono y al mismo tiempo observando las horribles imágenes en la televisión —el metal retorcido que antes habían sido los automóviles, el cráter

que parecía que hubiera sido creado por una aeronave militar, la información de que Falcone había muerto inmediatamente pero que Francesca había logrado llegar hasta el hospital donde se recuperó lo suficiente como para preguntar «¿dónde está Giovanni?» antes de morir en la mesa de operaciones—. Pensé sobre el progreso que Falcone había hecho en Roma creando un super fiscal para la Mafia, un equivalente italiano del FBI, eliminando así los obstáculos judiciales que hubieran impedido el veredicto de la Corte Suprema. Su insistencia en ir a Roma en contra del consejo de todos sus amigos le había pagado así. Se había vuelto un flagelo de la Mafia allí mucho más que lo que había sido nunca en Palermo, tal como lo prometió. Y ahora la promesa que había logrado representar quedaba enterrada en los restos de esa explosión.

Para la Mafia y los políticos relacionados con ella, el asesinato de Falcone era más que la eliminación de un enemigo. También era la destrucción de un símbolo. Y los símbolos deben ser destruidos de manera simbólica. Falcone podría haber sido asesinado en Roma mucho más fácilmente, en donde había logrado disfrutar de una cierta libertad en los meses anteriores, invitando a sus amigos a su apartamento —hubo brindis con champagne en la noche del veredicto de la Corte Suprema y una llamada de victoria a Borsellino y a otros en Sicilia—, escapando ocasionalmente con Francesca para disfrutar de una apacible cena e incluso de un cine. Pero la Mafia necesitaba reafirmar su fuerza luego de tantas derrotas. Al golpear a Giovanni Falcone, el símbolo principal de la anti-Mafia en Sicilia, la Cosa Nostra estaba mostrando que ella, y no el Estado, tenían el control. Con el tiempo se conocieron todos los detalles de esa masacre. Se había colocado más de 300 kilos de explosivo en un pequeño túnel de drenaje que corría por debajo de la carretera por la que la comitiva de Falcone tenía que pasar en su camino del aeropuerto a Palermo adonde casi siempre regresaba los fines de semana (pero normalmente regresaba el viernes por la noche y no el sábado. ¿Quién los había alertado sobre este cambio de planes?). Falcone y su esposa habían llegado en un avión de seguridad e ingresado inmediatamente a los autos que los esperaban en la pista. También los esperaba un miembro del comando de la Mafia, a quien un contacto ya le había pasado el dato en el aeropuerto DaVinci en Roma y que utilizó un teléfono celular para avisarle al equipo de ataque exactamente el momento en que la comitiva dejó el aeropuerto. Lo que nadie sabía era que, debido

a que Francesca tendía a sentirse mal en el Fiat blindado, eligió sentarse en el asiento delantero y Falcone, quien siempre deseaba estar a su lado, decidió conducir. El chofer usual se sentó atrás.

El escuadrón de la muerte de la Cosa Nostra había cuidado cada detalle al mínimo. Depositaron un viejo refrigerador en ruinas al lado de la carretera para utilizarlo como marcador sobre cuándo apretar el botón del explosivo que había sido empaquetado bajo la carretera por hombres vestidos de trabajadores de carreteras. Ellos habían ensayado con autos a velocidad para calcular de manera precisa cuándo disparar el detonador. Luego esperaban en una colina que daba la vista sobre un tramo claro de la carretera; habían podado las ramas superiores de algunos olivos cerca de la carretera para lograr una mejor visión.

El chofer de Falcone, Giuseppe Costanzo, que salió milagrosamente vivo de la explosión, dijo después que cuando estaban en camino, le preguntó a Falcone, «Dottore, ¿va a necesitar usted el carro nuevamente hoy?».

«No», respondió Falcone, «lo veo mañana».

«Bueno, dottore, entonces cuando llegemos no se olvide que mi llave es la que está en el contacto».

Falcone hizo entonces algo «completamente loco», según Costanzo. De pronto sacó la llave y volteó como para dársela.

«Dios mío, dottore, ¿qué hace usted? ¡Va a matarnos a todos!».

Debido a este gesto inesperado de Falcone, el auto había bajado la velocidad de pronto a medida que pasaba por el refrigerador al lado del camino y, por lo tanto, estaban unos cuantos metros antes de los cálculos de los atacantes. Toda la explosión, que debía golpear el carro de Falcone directamente por debajo, la única parte vulnerable de un automóvil blindado, golpeó al automóvil que estaba delante con los tres guardaespaldas y la mitad delantera del auto de Falcone. El chofer no recordaba nada más. Se despertó en el hospital psicológicamente destrozado y físicamente mutilado, pero vivo.

Toda la nación italiana se quedó atónita. Los diez días anteriores, los miembros del Parlamento y del Senado habían estado tratando conjuntamente de elegir al nuevo Presidente de la República, ya que el período de Cossiga había expirado. El resultado había sido un estancamiento de vetos y contravetos sobre los varios nombres sugeridos, dejando a la

desencantada nación una impresión de mezquindad e impotencia. «La operación manos limpias» había comenzado a levantar la tapa del pozo séptico de corrupción en el norte y el hedor ya era abrumador. El día siguiente al asesinato de Falcone, Piazza Monte Citorio, la gran plaza del parlamento en Roma, estaba llena de personas que protestaban encolerizadas por el asesinato de un héroe nacional y la degeneración política que había permitido que esto ocurriera.

El lunes por la mañana, el pueblo de Palermo se reunió una vez más alrededor de la Iglesia de San Doménico, tal como lo había hecho hacía casi exactamente 10 años para el funeral de Carlo Alberto Dalla Chiesa. Esta vez era por Falcone, su esposa y sus tres guardaespaldas que habían sido asesinados. Como antes, el ambiente estaba lleno de tensión a medida que unos cuantos políticos, que se atrevían a afrontar el vituperio de la multitud, se escurrían rápidamente a través de los cordones policiales para tomar sus lugares en la Basílica. E igual que diez años antes, cuando la voz del Cardenal Pappalardo de Palermo se había levantado en acusación, también esta vez la voz de otro siciliano entró a cada hogar italiano a través de la radio y la televisión. Se trataba de Rosaria Schifani, la sorprendente viuda de 23 años de uno de los tres guardaespaldas de Falcone, quien pronunció sus desesperadas palabras frente al altar.

Delgada, con una larga cabellera negra, un hermoso rostro y grandes ojos oscuros, Rosaria parecía una madonna siciliana sufriente a medida que pronunciaba el discurso en elogio de su marido muerto y luego repetía con infinito desprecio y desesperación: «¡En nombre de todos aquellos que han dado sus vidas por el Estado... Sí, el *Estado*... Yo pido sobre todo... justicia... Ahora... apelo a los hombres de la Mafia... porque ellos *están* aquí... pero ciertamente no son cristianos... Deben ustedes saber... que para ustedes también existe la posibilidad del perdón... Yo los perdono... pero ustedes deben arrodillarse!».

El antiguo jefe de Falcone, Antonio Caponnetto, y su amigo Paolo Borsellino permanecían juntos como padre e hijo, Caponnetto oteaba los ataúdes con ojos llenos de lágrimas, Borsellino estaba ahí de pie con una mirada llena de ira en su rostro. Nando Dalla Chiesa y yo, recién elegidos al parlamento nacional, decidimos no unirnos a las autoridades dentro de la iglesia y preferimos permanecer fuera en medio de la multitud de ciudadanos conmocionados. Al final del funeral, regresamos a Roma

en avión, en donde ese mismo día el parlamento y el senado eligieron conjuntamente a Oscar Luigi Scalfaro como el noveno Presidente de la República de Italia. Al día siguiente, antes de su juramento, Scalfaro decidió venir a Palermo a rendir homenaje a Giovanni Falcone, Francesca Morvillo y los tres guardaespaldas. Me pidió que estuviera junto a él.

El pueblo de Palermo reaccionó como nunca antes, dirigido por sus mujeres. Para cualquier mujer siciliana, particularmente un ama de casa, las sábanas representan algo íntimo y muy privado. Ahora aparecían sábanas en todos los balcones en toda la ciudad con lemas pintados en rojo como si fuera con la sangre de Falcone: «¡Abajo la Mafia!», «¡verdad y justicia!» y «¡viva Falcone!». El «Comité de las Sábanas» acababa de nacer.

Estas banderas blancas no pedían una tregua, sino retribución. Significaba que la familia en esa casa —cuyo vecino podría estar directa o indirectamente ligado a la Mafia— no tenía miedo de indicar públicamente en que lado de la barricada estaba. Al principio, las sábanas eran unas cuantas y bastante alejadas entre sí, pero a medida que transcurrían los días, se multiplicaron —incluso en bastiones de la Mafia como Brancaccio en donde se necesitaba un gran coraje para proclamar las propias convicciones—. Y cuando las mujeres de las sábanas marchaban en las protestas gritando hacia las ventanas que todavía estaban cerradas, a veces una de ellas se abría apenas y una mano de mujer de pronto agitaba un mantel o una servilleta o algo y luego se retiraba. El mensaje era claro: la mujer en el interior, aunque su hombre no le permitiera colgar una sábana, estaba buscando una manera de expresar, sin embargo, su solidaridad. Justo al lado de la puerta de entrada del conjunto de departamentos donde vivía Falcone hay un enorme árbol de baniano. La calle es Notarbartolo, denominada así por el banquero Emanuele Notarbartolo, cuyo asesinato en 1893 lo convirtió en el primero de los ilustres cadáveres sicilianos. Una vez más, de manera totalmente espontánea, la gente comenzó a traer flores que colocaron al pie de este árbol, con las cuales algunos dejaban una pequeña nota o un poema o algunas palabras con una foto que fijaban al tronco del árbol: «Gracias, Giovanni». «Continuaremos con tu lucha». «No los olvidaremos Giovanni, Francesca, Vito, Antonio y Rocco». Cada nota tenía una firma: la desaprobación anónima de la Mafia ya no era aceptable.

Luego alguien colocó una hoja en el árbol que decía: «Hoy comienza un amanecer que no tendrá atardecer». Era tan diferente de la desesperación

que se veía en el mensaje que había aparecido después del asesinato de Dalla Chiesa diez años antes: «Aquí muere la esperanza de los palermitanos honestos».

Este árbol de baniano se ha hecho conocido como *l'albero di Falcone*, «el árbol de Falcone» y sigue siendo hoy en día un lugar de peregrinaje.

III

En la mañana del 23 de junio, un mes después del ataque de Capaci, se formó en todo Palermo una cadena humana, que se extendía simbólicamente desde la oficina del fiscal por las calles centrales de la ciudad hasta el árbol de Falcone. Miles de personas unieron sus manos en silente testimonio de su determinación de no olvidar y, lo que es más importante, aun de asegurarse de que la Mafia conociera que ahora, después de todos los años de preparación cívica, ellos eran una fuerza que tenía que reconocerse.

Dos días después, en la noche, debía haber un debate en el Patio de Arcos de la biblioteca municipal, al lado de la Iglesia de Casa Professa en donde solía reunirme con el padre Ennio Pintacuda y otros alumnos del Gonzaga tantos años antes, cuando «Mafia» era una palabra que recién estábamos aprendiendo a utilizar. Se había programado que varias personas hablaran: Nando Dalla Chiesa, el padre Pintacuda, yo y algunos otros. Pero todos los ojos en el patio atiborrado de gente estaban esa noche sobre Paolo Borsellino. Había regresado a la oficina del fiscal en Palermo durante los últimos meses, luego de que se le dieran garantías de que podría continuar con sus investigaciones sobre la Mafia, particularmente en las provincias de Agrigento y Trapani, que él conocía ahora mejor que nadie. Había trabajado obsesivamente; pero después de la muerte de Falcone, como luego confirmaron su familia y sus colegas, su trabajo tenía una calidad febril, como si supiera que tenía que quemar al máximo porque su tiempo se estaba acabando.

Llegó tarde y el debate ya había comenzado, pero cuando entró, rodeado por sus numerosos guardaespaldas, comenzó un aplauso que lo acompañó hasta que tomó su lugar. En ese aplauso se encontraba el reconocimiento de que con la muerte de Falcone, Borsellino había ascendido a la cabeza de los más buscados en la lista de la Mafia (se sabría después

que Paolo le había dicho a su familia hacia tiempo ya, «primero van a matar a Giovanni y luego me van a matar a mí»). En la noche habló sin contrastes. Siempre elocuente, alcanzó un nuevo nivel en crear lo que muchos de los presentes recordarían como el momento público más significativo que habían experimentado. Paolo no dijo mucho de que había estado investigando personalmente la muerte de su amigo. Tampoco mencionó que habían habido algunas discusiones sobre su partida a Roma para ocuparse del trabajo de superfiscal de la Mafia, para el cual Falcone lo había nombrado. Habló con intensidad, ira y tristeza a medida que refería los últimos años difíciles de la carrera de Giovanni, golpeando casi hipnóticamente su encendedor de cigarrillos en la mesa a medida que hablaba de «esos Judas» entre sus colegas que habían traicionado a Falcone. Una y otra vez fue interrumpido por los aplausos y muchos lloraban en la cautiva audiencia. Cuando terminó de hablar, todo el mundo se puso de pie y le ofreció una ovación, impidiéndole partir. Yo tuve casi una sensación de sofoco —como muchos reportaron también después— por lo seguro que estaba de que este salvaje aplauso era una despedida a un hombre que todos sabíamos había sido condenado a muerte. De pie ahí mirando a la audiencia, Paolo tenía un aspecto de fuerza y resolución en su rostro como si él también lo supiera.

III

A la semana siguiente, yo estaba en mi minúsculo ático alquilado en el corazón de Roma, a la vuelta del panteón y a unas cuantas cuadras del parlamento. Había alquilado el lugar cuando fui elegido al parlamento por la Red y me enamoré del lugar inmediatamente. Bastaba salir a la puerta para encontrarse dentro de 2000 años de historia y simultáneamente inmerso en la vida y vitalidad del siglo XX. Ya era tarde en la noche y estaba pensando acostarme cuando mi escolta de pronto entró en la habitación.

«¡Rápido! ¡Rápido! Debe venir con nosotros inmediatamente. La amenaza es inminente. ¡No hay tiempo que perder!».

Apenas con la ropa que tenía puesta, me sacaron fuera a un auto de escuadrón que se dirigió velozmente a un cuartel de la policía.

Habían recibido información confiable de que había orden de matar a Borsellino y a Orlando, y creían que iba a haber un ataque con bomba

contra mí justo ahí en el centro histórico de Roma. Nunca más se me permitió poner un pie en mi maravilloso apartamento. Durante el resto del tiempo que fui miembro del parlamento, mi hogar fue el cuartel de la policía a donde me llevaron esa noche.

Y así comenzó la enervante espera para ver quién sería el siguiente y cuándo. Paolo y yo hablábamos por teléfono varias veces por semana. Cada vez era con gran afecto, casi sentimentalismo, porque ninguno de nosotros sabía si iba a haber otra conversación. Se nos había advertido que habláramos en código sobre cuestiones que involucraran asuntos de seguridad, pero a veces Paolo ignoraba estas instrucciones. Lo hizo la última vez que conversamos. Lo había llamado a su teléfono celular un domingo porque necesitaba hacer una cita para renirme con él. Respondió «Estoy en la carretera a Punta Raisi... me estoy yendo a Alemania... cuando regrese te llamo y nos reunimos».

«¡Paolo!», traté de interrumpirlo. «¡No quiero saber a dónde estás yendo y no quiero saber cuándo regresas! Simplemente llámame cuando puedas».

Dos semanas después estaba en Vivo Valencia, un pueblo en la región sur de Calabria. Acabábamos de terminar una asamblea de dos días para todas las oficinas de la Red en esa región, como parte de un esfuerzo por construir y fortalecer este movimiento. Debido a la variante calabresa de la Mafia llamada *Ndrangbeta*, la Red confrontaba una difícil tarea en su intento de agitar conciencias y lograr que la sociedad civil reaccionara frente a un sistema político tan corrupto como el de Sicilia. Estaba de vuelta en mi hotel cuando el jefe de la policía apareció y me dijo brusca-mente: «No puede moverse de aquí. Acabamos de ser informados en este instante de un ataque con bomba en Palermo».

Ninguna información sobre dónde, quién. Me llevaron a mi habitación y se me dijo que me encerrara con alrededor de una docena de policías que se habían apostado en el corredor. Las primeras noticias que recibí describían una enorme nube de humo negro en el área de mi hogar. Unos minutos después, la ubicación había variado hacia el área en donde vivía el fiscal Giuseppe Ayala. Con el corazón en la boca llamé a mi casa.

«Milli, Dios mío, ¿qué ha pasado?». Me alivió oír su voz.

Ella me dijo que había estado en su auto cuando oyó esta masiva explosión, que aparentemente venía de la Via D'Amelio. Y luego, poco después de colgar, me lo confirmaron. Era Paolo.

Por el resto de mi vida, esa tarde y esa noche seguirán siendo una pesadilla. Pedí permiso para ir inmediatamente a Palermo y se me dijo que no podía ir a ninguna parte. Incluso si lo quisieran, los policías no sabían cómo sacarme de Vivo Valenzia porque habían recibido la advertencia de que había un coche bomba en la calle que iba hacia *Lamezia Terme*, el aeropuerto más cercano. Así pues, permanecí ahí por horas, aprisionado en mi habitación de hotel. Se había interrumpido todas las transmisiones y uno de los canales de televisión nacional de la RAI estaba transmitiendo el horror de autos quemados, llamas, denso humo negro, ventanas destrozadas en seis pisos, sangre por todas partes, bomberos que se tambaleaban con caras y cuerpos ennegrecidos, y trozos de cuerpos cubiertos con sábanas. Era el infierno de Dante.

Luego de varias horas alguien decidió enviar una comitiva, incluyendo a mi auto pero no conmigo. Partió, con las luces azules encendidas y las sirenas sonando, y se filtró la información de que yo me encontraba camino a Bari sobre la costa adriática. Luego, esperando que cualquier escuadrón de la policía hubiera sido engañado con esto, aterrizó un helicóptero de la policía frente al hotel poco después y me escamotearon hacia el aeropuerto. Ahí, una vez más, me encerraron en una habitación. Me dijeron que el sub-secretario del Ministerio del Interior había llegado y deseaba reunirse conmigo para saber cómo me encontraba. Las horas de tensión, el horror de esas imágenes que todavía llenaban mis ojos, me hicieron de pronto estallar. Comencé a gritar que no vería a nadie, que quería ir a Palermo. Pero luego, habiendo dejado escapar algo de la tensión, hablé con el sub-secretario. Exploramos juntos posibles maneras de que me sacaran secretamente de Lamezia. Finalmente, a medianoche, me colaron de prisa en un avión del correo. Rodeado de paquetes y sacos llenos de cartas llegué a Roma, en donde me llevaron inmediatamente a mi alojamiento en el cuartel de policía.

Finalmente, descubrí exactamente lo que había ocurrido cuando la siguiente entrega del Apocalipsis golpeó a Palermo ese domingo por la tarde, dejando seis víctimas muertas en la *Via D'Amelio*, muchos más heridos por el vidrio astillado, desechos que caían y más de 100 personas evacuadas de sus hogares luego de la explosión.

En sus últimas semanas, Paolo había dicho a menudo: «No tengo tiempo para todo lo que tengo que hacer». Quienes lo conocían bien

comprendían que estaba hablando de la mortalidad y no de su carga de casos. Ya no toleraba su falta de libertad y se la pasaba desapareciéndose, metiéndose en su propio carro y eludiendo a su guardaespaldas para conducir a través de la ciudad. El Ministro de Justicia había tratado de detenerlo. Él les había dicho: «Ustedes me dejan hacer esto o yo los acuso de secuestro», y lo decía en serio.

Esa mañana Borsellino había estado en su casa en Villa Grazia di Carini, un balneario al borde del mar entre Capaci y el aeropuerto. Después del almuerzo había llamado a su esposa por una línea aparentemente segura, para decirle que estaría en su casa alrededor de las 5 de la tarde para una rápida visita. La Cosa Nostra estaba interceptando el teléfono. Cuando sus autos llegaron, sus cinco guardaespaldas saltaron hacia afuera, con sus metralletas listas, observando las ventanas de los altos edificios, pero por alguna razón, no notaron el auto estacionado frente al edificio. Paolo salió rápidamente y con la mano izquierda oprimió el botón del intercomunicador. En la mano derecha sostenía su último cigarrillo.

Su asesinato ocurrió en la nube usual de desconocimiento. ¿Por qué no se había declarado frente a la casa de su madre una zona de estacionamiento prohibido, tal como se solicitó semanas antes? ¿Por qué había ido a Alemania unos días antes de su muerte? ¿Había hablado con alguien sobre sus últimas investigaciones? ¿Y que había de la llamada que recibió a las 7:30 esa mañana, mientras escribía una carta de aliento a un maestro de escuela respecto del mundo que heredarían sus estudiantes? Era uno de sus superiores que le decía que Mutolo, el nuevo *pentito*, a quien no se le había permitido entrevistar previamente, estaría ahora disponible para él. ¿Por qué no esperar al lunes, la mañana siguiente, para darle esta información? ¿Había un motivo ulterior en esa llamada?

En otro país y en otro momento quizás no se formularían esas preguntas. Pero durante los días de la última ofensiva de la Mafia, la sospecha era la antecámara de la verdad.

CAPÍTULO 11

¿Cuánta pena e ira puede soportar una ciudad? Giovanni Falcone era mejor conocido en Italia e internacionalmente, pero la muerte de Paolo Borsellino afectó a Palermo de una manera muy profunda. Él era especialmente un hombre común y corriente, una persona de modales no afectados, con una capacidad para el sentimiento e incluso una manera de hablar con ese marcado acento de Palermo que le daban una humanidad que hacía que sus conciudadanos sintieran que él era uno de ellos. Pero también era una persona de una extraordinaria fuerza moral y dejó su huella en todos aquellos que lo habían conocido.

Yo no soy el único que había sentido una calidad de santo en Borsellino.

Una de las hijas de Borsellino estaba de vacaciones en el lejano oriente, y la familia decidió posponer su funeral hasta que ella regresara. Este tendría lugar en la pequeña iglesia parroquial donde él había ido a misa diariamente y el pueblo de Palermo, respetando la privacidad de la familia Borsellino no se congregó en la iglesia sino que permaneció en las calles y aplaudió solemnemente a medida que el cortejo pasaba. Mientras tanto, hubo un servicio de cuatro horas para los guardaespaldas de Borsellino (la familia Del Quinto, una joven mujer policía, se rehusó a participar, expresando así su disgusto). Estuvieron presentes más de 4000 *carabinieri* sosteniendo perros de ataque que formaban barreras antimanifestaciones alrededor de toda la Catedral para mantener a la gente a distancia.

Nando Dalla Chiesa y yo llegamos a una de estas barreras. Justo cuando nos iban a dejar pasar, oí gritos «¡No nos dejan pasar! ¡Orlando, Orlando...

estos son *nuestros* muertos! ¡Han dejado entrar a los políticos mafiosos y a nosotros nos dejan fuera!».

Le pregunté a un oficial por qué no se estaba permitiendo pasar a la gente.

«Órdenes», respondió, sudando profusamente.

El humor se estaba poniendo feo. Le dije al oficial que nosotros tampoco entraríamos si se dejaba afuera a los ciudadanos de Palermo. Alrededor del frente de la Catedral, podíamos oír que se había roto la barrera y que una marea de gente corría hacia la puerta. El oficial hizo una pequeña apertura y nos introdujimos a través de ella.

La Catedral, llena hasta reventar de ciudadanos, estaba también llena de silencio durante la celebración de la misa; pero, después, cuando levantaron los ataúdes cubiertos con la bandera italiana para sacarlos y las autoridades comenzaron a avanzar por el corredor, la cólera acumulada explotó: «¡Chacales! ¡Asesinos!»; «¡Bufones!».

Avanzando a empujones con escupitajos y puñetes recibieron al jefe de la policía nacional, quien con los ojos llenos de pánico prácticamente se colgó del presidente Scalfaro buscando su protección. Por unos momentos, podría haber sucedido cualquier cosa, pero entonces un hombre de aspecto salvaje con pelo gris y largo, y una barba blanca mal cuidada cogió un micrófono.

«¡Permanezcan en calma!», imploró. «Yo soy el padre de Agostino... yo soy uno de ustedes! ¡Pero tenemos que permanecer en calma y seguir unidos!».

Agostino era un policía que había sido asesinado por la Mafia junto con su esposa en cinta de 21 años, dos años antes, y el viejo había jurado no cortarse el cabello ni la barba hasta que los misterios que rodeaban la muerte de su hijo —misterios que apuntaban a un involucramiento de la seguridad— fueran aclarados y se hiciera justicia. Su desesperado llamado retuvo los sentimientos violentos dentro de la Catedral y permitió que las autoridades escaparan.

III

Ya se me había programado para que apareciera en el más importante programa de entrevistas de la televisión de Italia para esa noche, y estaba

abordando un avión privado en el aeropuerto de Punta Raisi enviado por el productor cuando vi que soldados desembarcaban de un transporte militar. Ellos eran el primer contingente de 5000 hombres que el gobierno nacional había decidido enviar a Sicilia en una operación militar llamada «Las Vísperas Sicilianas». El nombre provenía de un levantamiento de ciudadanos en Palermo y Corleone del Siglo XIII en contra de la ocupación francesa. El ejército controlaría el territorio y protegería blancos estratégicos de la Mafia —los hogares de los magistrados, el tribunal, mi propio hogar— permitiendo que cientos de policías y *carabinieri*, que hasta entonces se habían utilizado como simples guardianes, retornaran a sus actividades de investigación y cumplimiento de la ley.

Cuando llegué a Roma, el Ministro del Interior, que no era particularmente amigo mío, llamó para decir que el servicio de seguridad había recibido la información de que yo sería el siguiente cadáver ilustre. Mi vocero, Andrea Scrossati me aconsejó que mi mejor defensa sería incrementar mi visibilidad.

Unas horas después, estaba sentado frente a Maurizio Costanzo, la figura más importante del periodismo televisivo italiano, en el oscurecido escenario del teatro desde el cual se transmitía su show. Costanzo siempre ha tenido varios invitados. Esta era la primera vez que se dedicaba solo a uno. Me hizo preguntas breves y me permitió dar respuestas largas sobre la desesperación, miedo y esperanza de todos los sicilianos. Yo sabía que me habían marcado para morir y que esta aparición me ofrecía no solo la oportunidad de decir lo que Paolo hubiera dicho sobre las fuerzas de la oscuridad que cubrían nuestra tierra martirizada, sino también una oportunidad de supervivencia. Miré directamente a la cámara y dije: «Si me asesinan, los asesinos serán mafiosos, pero las órdenes habrán venido de los políticos».

Al final del show, Costanzo me pidió que hiciera unos comentarios finales. Quizás esperaba unas palabras elevadas para su audiencia, que había permanecido en electrizado silencio durante la entrevista. Pero un instinto primario me hizo mirar a las cámaras y gritar: «¡Quiero vivir!».

III

Falcone, Borsellino y Orlando — en ese orden—. Más adelante, a medida que se rompía finalmente la ocupación de Palermo por la Mafia, un in-

formador de la Mafia que salió recientemente a la superficie, llamado Baldassare Di Maggio, le dijo a los investigadores que Totò Riina, el jefe máximo de la Cosa Nostra estaba furioso por el veredicto del Maxi Juicio de la Corte Suprema y había jurado venganza, exigiendo estas tres muertes. Pero al ver la reacción de la nación tras el asesinato de Borsellino, la Comisión, cuerpo de gobierno supremo de la Mafia, vetó simplemente la insistencia de Riina de que su equipo procediera con el tercer asesinato — el mío—. De acuerdo con Di Maggio, la Comisión estaba afectada por la ocupación militar e incluso más por el hecho de que la Mafia estaba perdiendo hasta el más mínimo apoyo que tenía entre la gente. Aun más, los asesinatos de Falcone y Borsellino habían provocado una reacción tan fuerte en el mundo oficial que un número creciente de mafiosos, al ver las pintas en las paredes, se estaba reuniendo con los magistrados y ofreciendo convertirse en testigos de Estado (desde su paraíso de Protección de Testigos en los Estados Unidos, Tommaso Buscetta, quien siempre había rehusado hablar sobre la dimensión política, dijo que, para honrar la memoria de este gran «enemigo caído» Giovanni Falcone, estaba finalmente listo para decir lo que sabía sobre las conexiones políticas de la Cosa Nostra. El asesinarme, según le dijeron los miembros de la Comisión provincial a Riina, sería un suicidio.

Yo no sabía todo esto en ese momento, sino que esperaba que a cada minuto una explosión traería la oscuridad. Después de la muerte de Borsellino, envié a Milli y a nuestras hijas lejos de Palermo, hice que asumieran nombres falsos que se cambiaban continuamente en su estadía con amigos; nunca permanecían en el mismo lugar por más de unos cuantos días a la vez. No permití a Milli que me telefonara ni una sola vez cuando se iba de un pueblo a otro en Italia por temor a que la llamada fuera rastreada. Eleonora y Leila fueron enviadas a Grecia, en donde permanecieron incomunicadas.

Era una época solitaria aunque yo nunca estaba tampoco en casa. Vivía ya sea en el cuartel, en Roma o en Palermo, o viajando por el país fuertemente custodiado. En lo que fuera posible, trataba de pensar en mí mismo como alguien que ya había sido condenado y que solo esperaba conocer el momento de la ejecución. A veces estaba incluso impaciente preguntando a mis invisibles enemigos: ¿por qué no acaban de una vez conmigo? Lo que no sabía es que, habiendo decidido no matarme físicamente, estaban decididos a asesinarme moralmente.

Descubrí que mis logros se estaban volviendo contra mí. El hecho de que había luchado contra la Mafia con toda la energía y la determinación de que era capaz desde *dentro* del Partido de la Democracia-Cristiana, se convirtió en una extraña acusación: «Orlando era miembro de un partido en colusión con la Mafia y luego traicionó a la Mafia». En la prensa italiana sembraban artículos que sostenían que el *pentito* fulano le estaba diciendo a los investigadores que había oído que yo había tenido «contactos» con mafiosos de alto nivel. Nunca se ofreció una prueba, por supuesto, pero esto no impidió que figuras políticas no nombradas —la gente que Giovanni Falcone tenía en mente cuando habló de «mentes extremadamente refinadas que están tratando de guiar ciertas acciones de la Mafia»— revivieran la acusación de que yo era «un profesional anti-Mafia». Esto tampoco impidió la acusación más dolorosa de todas: que yo era culpable de seguir vivo, de haber sobrevivido mientras que habían asesinado a todos los demás.

III

Incluso en esta época sombría, hubo momentos de alivio cómico. Una importante cadena de televisión alemana, la ZDF, tenía un show en vivo llamado *Menschen* que seleccionaba todos los años al Hombre del Año en varias categorías. A principios de 1993, se me informó que había sido elegido el Político Europeo del Año y fui invitado a la fiesta de la ZDF en Berlín. Aunque la agencia policial alemana que se especializaba en crimen organizado y terrorismo consideró que Alemania era un país de alto riesgo para personas como yo (el explosivo para la masacre de Borsellino aparentemente había provenido de allá), acepté la invitación.

Me acompañaba Andrea Scrossati, quien reservó nuestros vuelos bajo nombres falsos desde un teléfono público. Mi protección en el extranjero siempre estaba en manos de las autoridades de la policía local, lo cual significaba que la INTERPOL tenía que informar a su contraparte de cualquier país al que yo viajara sobre el momento de mi llegada.

En el aeropuerto de Roma, el avión de Alitalia salió y comenzó a rodar hacia la pista de aterrizaje. En cierto momento, el piloto se detuvo a medida que me conducían en un vehículo blindado. Los irritados pasajeros tuvieron que salir todos del avión uno por uno y reidentificar su equipaje

el cual fue descargado sobre el asfalto. Cuando despegamos finalmente, teníamos más de una hora de atraso lo cual significaba que, cuando aterrizáramos en Frankfurt, habríamos perdido nuestra conexión. El agente del servicio de seguridad alemán que nos recibió en el avión nos dijo que teníamos que esperar más de una hora para el siguiente vuelo. En un tono avergonzado, nos dijo que el único lugar en el que nos podíamos quedar era la cárcel del aeropuerto.

Cuando nos pusieron en el siguiente vuelo de Lufthansa para Berlín, se repitió el mismo procedimiento. Abordamos a último minuto, hicieron que los pasajeros desembarcaran y reclamaran su equipaje, y se revisó completamente todo el avión y, por supuesto, se retrasó el vuelo una vez más. Los pasajeros italianos habían sido pacientes. Pero los alemanes, acostumbrados a la precisión teutónica, hicieron tal alboroto que el capitán salió de su cabina y les rogó su comprensión. Debo confesar que traté de esconderme al máximo detrás de un periódico abierto.

En Berlín nuevamente nos recibió la fuerza de seguridad y nos metieron rápidamente en dos vehículos blindados diferentes, un BMW y el Mercedes blindado oficial que se usa para los jefes de Estado extranjeros. Había también motociclistas, y según nos dimos cuenta pronto, al menos una docena de autos policías sin marcas. Por casi una hora y media completa nos deslizamos a través del lento tráfico berlinés a alta velocidad. En un momento llegamos al hotel donde se suponía debíamos permanecer, pero seguimos de largo.

Casi a último minuto llegamos finalmente a los estudios de la ZDF, donde pude cambiarme rápidamente en un vestuario antes del show. Una vez que culminaron las ceremonias, me invitaron a la recepción que había organizado la estación en una cervecería cercana. Mi escolta trató de evitar que yo asistiera y comencé a divertirme y entonces mi escolta decidió que ya teníamos que irnos. Hubo otra carrera loca y enrevesada a través de la ciudad que duró por bastante más de una hora. Finalmente, llegamos a nuestro hotel —no el que habíamos reservado, sino otro, en el que la seguridad alemana había tomado todo un piso—. Al salir del ascensor, nos encontramos de frente con la adusta cara de un militar que sostenía una metralleta y estaba parado detrás de sacos de arena.

Finalmente, pedí que se me explicara qué estaba sucediendo. Me dijeron que, a pesar de todas nuestras precauciones —llamadas de teléfonos pú-

blicos, nombres falsos— debía haber habido una fuga de información, porque se había encontrado un automóvil robado estacionado justo frente a la puerta del hotel que originalmente reservamos. Hubo un pequeño final divertido para ese día de tensión. Justo cuando nos escoltaban hacia el hotel elegido por la policía, salieron dos hombres de la puerta delantera, uno me miró fijamente un momento y luego exclamó al otro en un franco acento de Palermo: «miii... il sindaco Orlando è!» ¡oye... es el alcalde Orlando!.

¡Pobres tipos! Se les tiraron encima, los interrogaron por horas, les registraron sus habitaciones y pertenencias hasta que todo el mundo estuvo de acuerdo en que eran inocentes turistas que se encontraban en el lugar incorrecto en el momento incorrecto. ¡No creo que se olviden muy pronto de su visita a Berlín!

III

Unos días después, junto con Simona, una de las hijas del general Dalla Chiesa, estaba hablando con los estudiantes de la Universidad de Catanzaro, en Calabria, cuando se me informó que había una llamada urgente de Palermo. Había aprendido a tener esos momentos y cogí el teléfono con el corazón acelerado.

«¡Los *carabinieri* arrestaron a Totò Riina esta mañana!», «¿Qué? ¿Dónde?».

Sorprendido, recordé las palabras que le había dicho a un grupo de amigos de Corleone que había venido de visita hacía solo un par de semanas antes. Como siempre, la conversación en cierto momento había girado hacia Totò Riina, el carnicero que había dirigido la Segunda Guerra de la Mafia. Y yo había dicho «¡Totò Riina...! ¡Totò Riina! ¡Siguen hablando de Totò Riina...! Ya lo van a arrestar en unos 15 días ¿No pueden darse cuenta de que él está acabado? Demasiados asesinatos... Él ha sido utilizado incluso por la política, pero ahora está acabado».

Yo lo quise decir como una broma sardónica, pero ahora era verdad. Luego de haber estado al mando por 23 años, habían aprehendido finalmente a Totò Riina. Estaba en su auto con su chofer en un asunto de rutina. Estaba en Palermo —en su hábitat—. Para que un jefe sea jefe, *debe* permanecer en su territorio y todos sus hombres deben ser conscientes de que él está ahí, incluso si solo sus lugartenientes más confiables conocen

su paradero con precisión. Durante su sangrienta subida al poder, Riina había permanecido atrincherado en su territorio entre Corleone y Palermo. En esos 23 años se había casado con una maestra de escuela de Corleone (¡en efecto!, ¡tres sacerdotes habían oficiado en la ceremonia!) y había tenido tres hijos que nacieron en una clínica privada en el centro de Palermo; sus nacimientos habían sido registrados regularmente y sus bautizos santificados. Ahora, los *carabinieri* lo estaban forzando a posar debajo de una imagen del general Carlo Alberto Dalla Chiesa, una de sus víctimas más ilustres. La fotografía de Riina —un hombre de baja estatura, robusto, grosero, de ojos porcinos enterrados en los pliegues de un rostro poco atractivo— aparecieron en las primeras páginas y en los boletines de televisión de todo el mundo.

La gente veía esta imagen y se preguntaba cómo habíamos podido permitir que un hombre así nos rigiera. También se preguntaban por qué Riina había sido capturado ahora, en un momento que parecía haber marcado su logro más alto. La respuesta fue que como el ambiente se había calentado como nunca antes, había sido entregado por una facción dentro de la Cosa Nostra que estaba ansiosa de aplacar el cumplimiento de la ley y dar la impresión de que la Mafia había sido decapitada.

III

Unas semanas después, el 9 de mayo de 1993, detrás del bien preservado Templo Antiguo Griego de la Concordia en Agrigento, se erigió una enorme cruz al aire libre para la misa del Papa Juan Pablo II. Había pasado un año desde la muerte de Falcone, un año marcado por arrestos importantes de miembros buscados de la comisión de la Cosa Nostra, lo que había culminado en la captura de Riina. Era casi como si el Estado se hubiera despertado y hubiera decidido, como lo hizo en 1986 con el Maxi Juicio, demostrar que no era simplemente un observador impotente.

Los sicilianos esperaban oír las palabras del Santo Padre, preguntándose si la cabeza de la Iglesia los decepcionaría nuevamente como lo había hecho en esa primera visita de 1982. Yo también estaba perturbado, no solamente por ese evento previo. Recientemente, se había visto claramente que el obispo Cassisa de Monreale había estado implicado con la Mafia en la mala utilización de fondos de construcción. Cuando llegué al aereo-

puerto a recibir al Papa junto con sus funcionarios, Cassisa ya estaba en la línea de recepción. Cuando lo noté, me di la vuelta y me fui, consciente de que este era un significativo incumplimiento del protocolo. Vi al Santo Padre varias veces después durante el día y el tema no surgió, pero me parecía que me miraba interrogantemente.

El Papa Juan Pablo II no nos decepcionó esta vez. Invocó repetidamente las altas columnas del Templo de La Concordia utilizándolo como una metáfora. «Uno de los templos se llama ‘De La Concordia’», dijo. «Que su nombre sea profético. Que haya armonía en esta tierra de ustedes. Armonía sin muertes, sin asesinatos, sin temores, sin amenazas, sin víctimas... después de tanto sufrimiento tienen derecho a vivir en paz. Quienes son culpables de perturbar esta paz llevan en su conciencia muchas víctimas humanas. Deben comprender que no pueden matar a seres inocentes. Dios dijo: “No matarás”. Ningún hombre, ninguna asociación humana, ninguna Mafia puede entrapar este tan sagrado derecho de Dios». Y luego elevando su voz, exclamó: «¡En el nombre de Cristo... hago un llamado a los responsables: mafiosos conviértanse! ¡Algún día vendrá el Dios!».

El Papa también tuvo palabras para la Iglesia, esa Iglesia que tenía tanta responsabilidad histórica y cultural por lo que había ocurrido en nuestra tierra: «Hoy como ayer, la Iglesia siciliana está llamada a compartir el compromiso, los esfuerzos y riesgos de quienes lucharon, incluso a costa de daños personales, por construir un futuro de progreso, de justicia y de paz para estas islas».

Una y otra vez, las palabras del Santo Padre fueron interrumpidas por las ovaciones de las 100 mil personas que lo escuchaban. Era como un rito de liberación luego de 100 años de *omertà* eclesiástica. Cuando el Papa describió a la Mafia como «estructura de pecado» quería decir que cualquier mafioso, incluso si no había cometido pecados mortales por sí mismo, estaba en un estado de pecado mortal por el simple hecho de ser un miembro de esta organización. Lo que dijo era el equivalente teológico de la ley penal promulgada una década anterior, es decir, que ser un miembro de la Mafia, cualquiera que sea el rol, significaba estar involucrado en una conspiración criminal.

Cuando el Papa se fue de Sicilia ese día, fui al aeropuerto otra vez. Miré alrededor y me di cuenta de que esta vez el obispo Cassisa no estaba

presente. Cuando me paré en la línea de recepción para estrechar la mano del Santo Padre, él tomó la mía cálidamente en la suya y dijo: «Gracias por todo lo que usted ha hecho. ¡*Todo!*». Cuando dijo esta última palabra enfáticamente me miró intencionadamente a los ojos. Lo que decía, probablemente estaba abierto a la interpretación; pero el Papa, como cualquier profeta religioso o profano, era un maestro de los gestos. Me fui con el sentimiento de que estaba refiriéndose no solamente a todo lo que había hecho en Palermo en los últimos años, sino también a lo que había hecho en el aeropuerto esa mañana.

III

Dos días después del discurso del Papa explotó un coche-bomba en Roma. Había sido colocado contra Mauricio Constanzo, el periodista que me había recibido en su show, pero explotó un segundo más tarde y su auto volteó en una esquina antes de la detonación. Constanzo era culpable de hablar demasiado y con demasiada frecuencia sobre la Mafia.

Este ataque fue un prelude de un verano de violencia en el que la Cosa Nostra decidió atacar el corazón del país, abriendo una ofensiva total contra la autoridad establecida. En julio hubo tres coches bomba la misma noche. Uno cerca de una galería de arte de Milán que cobró cinco víctimas inocentes. Luego, en Roma, una bomba explotó frente a una magnífica iglesia románica, San Giorgio en Dealabro, haciendo trizas su hermoso pórtico de cientos de años. Minutos después, otro coche bomba estalló en la Catedral de Roma San Juan de Letranz. Este era un mensaje especial para el Papa Juan Pablo II (el Papa también es obispo de Roma y San Juan de Letranz es la iglesia del obispo). Para hacer el mensaje todavía más claro, la bomba no fue destinada a la parte frontal sino a la parte trasera de la iglesia, donde el Papa realiza sus oficios.

La Cosa Nostra estaba diciéndole a la Iglesia que no podía atacar a la Mafia en su territorio, tal como lo había hecho el Papa en Agrigento. Además del bombardeo de San Juan de Letranz, hubo otro evento que hacía entender la lección. Ocurrió en Brancaccio, un distrito lleno de mafiosos en Palermo, en donde un sacerdote llamado Pino Puglisi tenía una parroquia. Don Pino era un hombre de edad mediana, delgado, de comportamiento gentil y que cuidaba infinitamente a los niños y jóvenes

de esta difícil área. Vivía su sacerdocio como un mensaje de amor y, en un distrito como Brancaccio, esto significaba enseñar a sus feligreses que no debían permitir que se les hiciera objeto de dominio. Esto lo hacía callada aunque tenazmente, involucrándose en un trabajo parroquial de ayuda a la rehabilitación de jóvenes adictos a las drogas que la Mafia había generalizado en todo el vecindario. Había organizado un grupo de jóvenes voluntarios antimafias y su parroquia se había comprometido en el esfuerzo de mantener a los jóvenes fuera de las calles.

Hubo amenazas y advertencias —habían quemado la puerta de la iglesia— y el padre Puglisi denunció rápidamente estos intentos de intimidación desde el púlpito durante sus homilías. Pero también hizo su deber como ciudadano, reportando a la policía la existencia de un mercado mayorista de drogas en el sótano de un edificio que no estaba lejos de su iglesia. Esa misma noche, a las diez, cuando colocaba la llave en el cerrojo de su puerta delantera, un único disparo en la cabeza lo dejó tendido en un creciente charco de sangre en el pavimento. Murió poco después.*

Hoy la iglesia ha puesto en marcha los trámites para la beatificación del padre Puglisi, un hombre de fe martirizado por la Mafia. Esto crea un mensaje que nadie puede confundir: no hay margen para una suerte de compromiso entre la fe en Dios y una conspiración criminal que pudiera usurpar el lugar de Dios en nuestras vidas.

III

Por momentos, la ofensiva de la Mafia del verano de 1993 parecía el intento de un golpe de Estado. El Servicio de Seguridad Italiano recibió una amenaza de la organización que decía estar a punto de reclutar a terroristas croatas para que ingresaran al país. Hubo rumores de que la Mafia tenía la intención de envenenar los alimentos en los supermercados y sembrar las playas del Adriático con jeringas llenas de sangre infectada con VIH como parte de un esfuerzo concertado de crear un clima de temor que alejaría a los turistas. Sin embargo, aquellos de nosotros que se

* Unos años después, su asesino se volvió *pentito* y dijo que las últimas palabras del padre Tuglisi fueron: «Me l'aspettabo», *me lo esperaba*.

levantaban cada mañana y abrían los periódicos conteniendo la respiración para ver si la República seguía en pie, pronto comenzamos a preguntarnos si lo que veíamos y oíamos no sería el último coletazo de un dragón que moría.

Fue también en 1993 que la oficina del fiscal de Palermo inició una investigación formal para acusar a Julio Andreotti —siete veces Primer Ministro y miembro de 19 gobiernos entre 1948 y 1992— de asociación criminal con la Mafia.

CAPÍTULO 12

En 1993, la ley electoral de Italia fue cambiada para que los ciudadanos pudieran elegir a su alcalde en elecciones directas en vez de votar por partidos que harían esta elección por ellos a puerta cerrada. Cuando esto ocurrió, yo renuncié inmediatamente al parlamento y regresé a casa para candidatear nuevamente por el único puesto que siempre había querido verdaderamente: alcalde de Palermo.

Este prospecto no era como antes. Algunos logros de la Primavera de Palermo se habían institucionalizado, volviéndose parte del ADN de la ciudad. Un miembro jurado de la Cosa Nostra nunca más ocuparía la oficina del alcalde en Palazzo delle Aquile, por ejemplo, como Vito Ciancimino lo había ocupado alguna vez. También habían pasado los días en los que una relación encubierta y no escrita con la Mafia podía ayudar a un político que mantenía una fachada de independencia a trepar por el palo encebado del poder. Más importante aún era que el mito de que los mafiosos eran parte de una «sociedad honorable» superior a la sociedad civil había sido destruido para siempre. La Mafia ya no podía manejar sus marionetas con las cuerdas dentro del sistema, el cual había cambiado en sí mismo, en Sicilia y en Italia, en general. El final de la Guerra Fría y el efecto de la campaña de las «Manos Limpias» había revelado los antiguos lineamientos partidarios, y los socialistas y demócrata-cristianos se habían desintegrado con una velocidad sorprendente. Por primera vez, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, habría elecciones verdaderamente libres en Sicilia.

La Cosa Nostra estaba finalmente *fuera* del gobierno, aunque seguía siendo una amenaza para nuestra vida cívica y para nuestra seguridad física. Aquellas «mentes sutiles» sobre las que Giovanni Falcone había especulado, siempre tratarían de encontrar una rajadura en el sistema y, cuando la oportunidad se presentara, reptarían nuevamente hacia la política —influyendo e intimidando a los votantes, e intentando sobornar a las figuras políticas—. No dudarían en usar la violencia para conseguir sus metas y entonces mi problema sería permanecer con vida hasta el día de las elecciones.

Al principio de la campaña fui a ver a Antonino Caponnetto, el antiguo jefe de Falcone y Borsellino en el grupo antimafia. Él se estaba presentando para el Consejo de la ciudad como miembro de la Red y sus oficinas estaban en un departamento mío de la Via Rosolino Pilo, apenas a unas cuadras de mi propio cuartel general de campaña. Me subí a mi auto y comencé a mirar unos documentos mientras el chofer arrancaba. Luego de 15 minutos, cuando ya debíamos haber llegado a la oficina de Caponnetto largo rato antes, me di cuenta de que parecíamos ir en círculos a cierta distancia de donde debíamos estar.

«¿Qué pasa?» le pregunté al guardaespaldas que se sentaba a distancia de tiro del chofer. «¿Se han olvidado dónde es la Via Rosolino Pilo?».

«Lo siento», respondió el oficial, «pero se nos ha informado que se ha encontrado un auto robado frente a las oficinas del doctor Caponnetto. Estamos esperando que lleguen los expertos en explosivos».

Mi reacción fue irracional, pero por alguna razón me enfurecí. Mis guardaespaldas solo estaban haciendo su deber y tenían toda la razón, pero algo se desencadenó de pronto en mí. Si dejaba que me intimidaran ahora, mi vida se convertiría en un melodrama del temor.

«¡Miren, así va a ser toda la campaña, así que mejor nos acostumbramos! ¡Ahora, llévenme inmediatamente a la Via Rosolino Pilo!».

Por supuesto el oficial argumentó que él era responsable de mi seguridad, pero yo me puse cada vez más colérico y terminé llamando al Ministro del Interior a Roma por mi celular. Para cuando terminé, los expertos en explosivos habían determinado que el auto en cuestión estaba limpio y, finalmente, llegué a las oficinas de Caponnetto. Al mirar las caras de los jóvenes voluntarios en las habitaciones, y de la gente que me apoyaba tanto a mí como a Caponnetto y que esperaban que yo viviera suficiente

tiempo como para hacer de una vez por todas que Palermo se convirtiera en una ciudad de luz, de pronto perdí el equilibrio y tuve que sentarme.

Aparte de este momento de tensión, siguen en mi mente dos experiencias raras de esa campaña. Una de ellas involucró al hijo de un antiguo jefe de la Mafia que decía abiertamente que iba a votar por mí, sin que esto le provocara ninguna reconvención por parte de su padre. Por cierto, yo no iba a permitir que ningún mafioso se subiera a mi vagón, así es que contacte a la policía y les pedí si tenían manera de descubrir si había algo siniestro detrás de la declaración. Ellos hicieron que agentes encubiertos le preguntaran directamente al padre del muchacho lo que estaba ocurriendo. «Si yo trato de impedir que mi hijo vote por Orlando, lo va a hacer de todas maneras», dijo el jefe, «así es que o pierdo como hombre de honor, o pierdo como padre. En este caso mejor lo primero que lo segundo». Este era exactamente el dilema que yo quería que esta gente enfrentara: ser forzados a elegir entre los lazos familiares y los lazos de la Mafia.

El otro episodio se desarrolló un día que estaba en campaña en la parte de Palermo que se llama Cep y que está infestada por la Mafia, cuando iba de tienda en tienda y hablaba con todas las personas que podía. En un momento entré a la tienda de un carnicero donde una de las personas presentes me observó nerviosamente por un momento y luego dijo: «Señor, don Giovanni quiere hablarle».

Miré alrededor buscando a alguien con hábito (en italiano el apelativo *don* a menudo se aplica al nombre de un sacerdote como signo de respeto). Solo había un hombre enorme sentado ante la caja registradora, mirándome de arriba abajo con aire de autoridad. No tenía idea de quién era o de por qué quería hablar particularmente conmigo, pero el nerviosismo me dijo que *ellos* sí sabían quién era don Giovanni. Cuando caminé hacia él, el enorme hombre me lanzó una mirada furibunda y me apuntó con el dedo: «¡Maldito seas!» rugió. «Me has arruinado a mí y a mi familia con tu jodida '¡Mafia! ¡Mafia! ¡Mafia!'. Dos de mis hermanos están en la cárcel, mi hijo ha huido... Gracias a tu jodida 'Mafia' los han juzgado y condenado... ¡Maldito seas!».

Mi escolta tenía las manos en sus armas. Me habían apretado tan estrechamente entre sus cuerpos que casi no podía respirar. Estaba conmocionado por la gran cara inflamada del hombre. Nos sorprendió a todos con lo que dijo después.

«Ma sapi chi ci ricu? lei avi un paru ri cugghiuna!», *¿Pero sabe usted? ¡Usted tiene pelotas!*. Era una clara manifestación de odio y a la vez una abierta admisión de derrota.

Cuando se cerraron las encuestas el día de las elecciones, estábamos en el cuartel general de mi campaña en Via Villafranca, en el edificio donde nació. Esas austeras habitaciones de mi enclaustrada juventud estaban llenas de activistas jóvenes emocionados que contestaban teléfonos, apuntaban resultados a medida que entraban, preparaban el champagne de la celebración de la victoria que nos habían asegurado las últimas encuestas. A pesar de la lluvia intermitente, la calle afuera estaba llena de gente —tan llena, que se había detenido y desviado el tráfico—. A medida que se iban anunciando los primeros resultados en la radio, mirábamos por la ventana los bailes espontáneos que comenzaban en las calles y cómo la gente se reía y se abrazaba. Tenía la intención de esperar hasta los resultados finales, pero decidí salir al pequeño balcón que daba a la calle y decir unas cuantas palabras.

«Palermo è Nostra!», gritó alguien antes de que yo pudiera comenzar. «E non di Cosa Nostra!» contestó como un eco otra voz, haciendo un juego de palabras con la palabra *Nostra*.

Antes de que pudiera decir nada, la multitud comenzó a corear: «Palermo è Nostra! e non di Cosa Nostra!» *¡Palermo es nuestra! ¡y no de la Cosa Nostra!*

Cuando llegaron los resultados finales, gané por 75,2% del voto, una mayoría inigualada por alcaldes de cualquier otra ciudad italiana ese año. En las siguientes horas inolvidables, empapado hasta los huesos por la garúa y rodeado por caras jubilosas en la Piazza Pretoria, que había sido testigo de tantas manifestaciones de dolor, sentí que todavía podíamos lograrlo.

Quince días después hubo otra ronda de celebraciones cuando Corleone vio que ningún candidato obtuvo la mayoría en la primera vuelta y eligió en la segunda a un joven alcalde comprometido con la reforma. La democracia había ingresado a las entrañas de la bestia. Cientos de jóvenes cantaban y gritaban en las calles de ese pueblo que antes fue un símbolo mundial de la Mafía y ahora era un nuevo símbolo orgulloso de la antimafia. Bailaban en las calles, desviándose deliberadamente para pasar bajo la ventana de la modesta casa de dos pisos donde Totò Riina había vivido con su esposa e hijos. Nunca nadie se había atrevido a hacer cosa semejante.

Antes Sicilia siempre había estado aprisionada en una historia pendular —largos períodos de equilibrio interrumpidos por episodios de violencia, seguidos de un nuevo compromiso para controlar la Mafia que siempre fracasaba a la larga—. Pero algo había cambiado con las muertes de Falcone y Borsellino. Esta vez parecía posible que el péndulo de la Mafia no regresara nuevamente.

III

Palermo tuvo su primavera al final de los 80 —una estación de lemas, mensajes, esperanzas y los primeros tiernos retoños de la libertad—. Ahora, en los 90, estaba teniendo su verano —un renacimiento de logros y un florecimiento de la democracia—.

Yo tenía grandes ambiciones para mi nuevo gobierno, pero comenzamos con pequeñas medidas que hicieron que el gobierno pudiera funcionar cotidianamente. Traté de hacer esto durante mi primer período como alcalde, pero en esa época la Cosa Nostra permanecía dentro del Estado y, como resultado, el personal municipal, gran parte del cual debía sus empleos a la Mafia, minaba nuestros esfuerzos. Ahora establecimos reglas asegurando que todos los empleados tuvieran sus puestos en mérito a sus calificaciones y nuestros ciudadanos comenzaron a pensar en darle una nueva oportunidad al gobierno.

Nos concentramos en equipar la municipalidad y todas sus oficinas con un sistema computarizado centralizado. Me doy cuenta de que mencionar esto como un logro en la última década del siglo XX puede parecer casi ridículo para cualquiera acostumbrado a vivir en una ciudad moderna normal, pero a principios de los 90, Palermo todavía no era una ciudad normal. Simplemente conseguir un pequeño permiso de construcción o un certificado de nacimiento o defunción o un formulario de impuestos de una oficina de la municipalidad era una cuestión frustrante que tomaba mucho tiempo y a lo largo de los años una figura oscura, el *spicciafacienni* o «tramitador», se había convertido en un accesorio de nuestra vida municipal. Estas personas se sentaban fuera de la oficina de registro de Palermo esperando que se les pagara por ir de oficina en oficina o de mostrador en mostrador en lugar de los ciudadanos, tramitando e incluso creando el documento deseado. Por supuesto, el *spicciafacienni* se abría camino pagando

pequeños sobornos a los empleados que estaban detrás de los mostradores y conseguía lo que quería mientras que los ciudadanos que no podían pagar sus servicios esperaban interminablemente en cola.

Acabamos con todo eso. Los documentos e información oficiales ahora se pueden obtener en máquinas automatizadas similares a los cajeros automáticos. La transacción es rápida, sin ningún margen para la corrupción. El documento requerido llega directamente al ciudadano, sin la intervención de un intermediario. Puede parecer otro proceso burocrático más a las personas que viven en lugares donde la democracia funciona, pero en Palermo esto fue posible gracias a la autonomía.

Entendimos que crear el renacimiento en una ciudad que trataba de liberarse de la mano muerta del totalitarismo era como llevar a cabo una guerra y que la victoria resultaría solo como producto de una campaña integrada y que abarcara todo. Así pues, decidimos movernos en cuatro frentes interrelacionados a la vez: los medios, la cultura, las escuelas y la condición física de la ciudad, todos con un mismo objetivo: la creación de una conciencia cívica basada en el estado de derecho.

Los medios de muchas maneras fueron nuestra dificultad más sutil y a la vez más profunda. Como ya he indicado, la conspiración de silencio sobre la Mafia y su asalto a la vida siciliana fue tan exitosa que creó una suerte de universo paralelo. Mientras que la ilegalidad y los asesinatos subvertían el orden, los periódicos y las estaciones de televisión creaban la imagen de una sociedad «normal» que tenía quizás un poquito más de crimen que otras sociedades europeas pero que, por otro lado, no era marcadamente diferente. La clave de esta fantasía fue el rechazo de los medios, durante décadas, a pronunciar la palabra «Mafia» y luego, al final de los 70, cuando ya no era posible evitarla, en cubrir el fenómeno como si fuera un problema local que involucraba a gánsters que se mataban entre sí.

Esta era una debilidad de la prensa nacional e incluso en mayor medida de la prensa siciliana. Nuestros periódicos locales estaban divididos entre su obligación de proveer información veraz y el temor de que al hacerlo empeorarían la imagen de Sicilia. La mayoría de nuestros ciudadanos sabía lo que estaba ocurriendo pero, hasta los 80, todos estaban de acuerdo en que era mejor mantener el silencio y no denunciar a la Mafia. Cuando me familiaricé con los dilemas de nuestra ciudad, vi que nunca me liberaría del dominio de la Mafia hasta que tuviéramos una prensa libre y agresiva.

Me perturbó particularmente la línea editorial que nuestro mejor periódico, *Il Giornale di Sicilia*, había tomado sobre este asunto. Durante los años de la Segunda Guerra de la Mafia, *Il Giornale* profesó una suerte de agnosticismo sobre los problemas que planteaba la Mafia. Luego del asesinato de Dalla Chiesa, cuando ya no era posible que nadie se quedara callado, el periódico comenzó a hablar de la Mafia; pero sus reportes eran demasiado puntillosos, tenían demasiado cuidado en no desviarse de lo que los editores llamaban la «imparcialidad» en la práctica. Esto significaba, por ejemplo, que el periódico conscientemente recortaba las declaraciones de quienes acusaban a los Fiscales del Grupo Antimafia de abusar de sus prerrogativas y de formar un culto de la personalidad. E imprimía noticias sensacionalistas, bajo grandes titulares, sobre el trágico accidente en que la escolta de Paolo Borsellino accidentalmente atropelló a un grupo de escolares en un paradero de autobús.

El impacto de la forma en que *Il Giornale* informaba sobre la Mafia era magnificado por el hecho de que Palermo cuenta con un único periódico. No podía encontrar una manera de salir de la dificultad que esto planteaba para nuestros esfuerzos de reforma. Finalmente, en 1989 decidí que ya no iba a dar declaraciones a nadie de *Il Giornale di Sicilia*. Los editores exigieron saber por qué. Les dije que las ciudades europeas normales tienen más de un periódico, y que yo no iba a hablar nuevamente con un reportero de *Il Giornale* hasta que se vendiera otro periódico en las calles de Palermo.

Parecía un poco quijotesco, incluso para mí, en esa época, pero para 1993, cuando estaba haciendo mi campaña para la alcaldía, esta decisión había comenzado a tener impacto. Estas elecciones fueron el evento más importante en Palermo, pero el periódico más importante no podía obtener información interna (era como cuando Giuliani no le hablaba al *New York Times*, me dijo acusadoramente un periodista). No solamente no concedí entrevistas a *Il Giornale*, sino que ordené a mis asistentes que mantuvieran a sus reporteros a 100 metros de donde yo pudiera encontrarme. También me rehusé a hablar con los representantes de la estación de televisión del periódico, la más importante en Palermo.

Estaba tratando de mostrar un punto de vista sobre la ética periodística. Pero, a la vez, como la Cosa Nostra misma, estaba tratando de enviar un mensaje. El mío era un mensaje constructivo, es decir, que la sociedad civil ya no puede dejar de comprometerse sobre el asunto de la Mafia.

La noche de mi aluviónica victoria no se concedió entrevistas a ningún reportero de *Il Giornale*, aunque hablé con todos los demás periódicos italianos y extranjeros, y cadenas de televisión que cubrían las elecciones. Desde ese día, el periódico cambió de enfoque y fue más responsable respecto de las noticias sobre la administración de la ciudad y el movimiento antimafia. Seis meses después, se empezó a publicar un segundo periódico en Palermo, *Il Mediterraneo*. El día de su primera edición hablé con un reportero de *Il Giornale di Sicilia* por primera vez en cuatro años.

En un giro notable, *Il Giornale* se convirtió pronto en un fuerte apoyo de la reforma y la apertura cívica. Este apoyo era particularmente importante en los esfuerzos que estábamos haciendo para implantar una cultura de la libertad en las escuelas. Los editores del periódico y yo llegamos a un acuerdo: ellos imprimirían una página diaria llamada «asignación de clase» con artículos sobre niños respecto de sus escuelas y vecindarios —por qué habían sesiones dobles, ventanas rotas, ningún suministro, etc.— y yo escribiría a mano una nota a cada uno de los niños cuyas cartas hubieran sido publicadas el día anterior, respondiendo a sus preguntas y, cuando fuera posible, prometiendo resolver el problema. Entonces un policía iría a entregar al escolar la nota en su propia mano. Los editores de *Il Giornale* estuvieron de acuerdo conmigo en que logramos mucho. Al mismo tiempo, haciendo esto mostrábamos que una prensa libre sirve a la ciudadanía, que decir las cosas logra resultados y que la policía era parte del proceso.

III

A medida que Palermo se convertía lenta y milagrosamente para aquellos de nosotros que lo veíamos suceder, en una ciudad con medios libres e inquisitivos, también tratamos de ir más allá en un esfuerzo por renovar la cultura tal como esta era experimentada cotidianamente por nuestros ciudadanos. Era un trabajo gigantesco, cuyo desafío para mí estuvo simbolizado en las excavaciones de nuestra grandiosa iglesia gótica del siglo XVI llamada Santa María Dello Spasimo.

A través de los siglos, Spasimo no había sido utilizada solamente como iglesia, sino también como teatro, almacén, colonia de leprosos, hospital y asilo de ancianos. También había sido muy dañada por un bombardeo

de la Segunda Guerra Mundial y entonces, lo que quedaba de ella, abandonada y en escombros, se utilizaba como depósito de materiales de construcción durante el Saqueo de la Mafia a Palermo. Desde entonces era solo un conjunto de pilas de desmonte en donde intrépidos pilluelos jugaban en el día y en donde los drogadictos se colaban por la noche para consumir. La gente se había olvidado del rol que tuvo alguna vez en nuestra vida cívica.

Durante mi primer período como alcalde, a mediados de los 80, decidí que restaurar esta antigua gema sería una buena manera de comenzar con nuestro esfuerzo por reclamar nuestra ciudad. Envié camiones para eliminar toneladas de desechos. Spasimo había sido preparada para un concierto inaugural de piano. El día antes del evento, el escenario, colocado debajo de un arco gótico que se elevaba vigorosamente, había sido quemado por mafiosos que, de esta manera, aclaraban que consideraban que esta parte de la ciudad les pertenecía a ellos y no al pueblo. Mi amigo Enzo Vianco, en ese momento, vino al rescate con un escenario móvil, de modo que tuvimos el concierto a pesar del incendio. Paolo Borsellino se sentó en la audiencia, visiblemente conmovido al escuchar la música en un entorno histórico hermoso, apenas a unas cuerdas de donde había crecido.

Entonces, al día siguiente, colapsó parte de una pared y una vez más se tuvo que cerrar la Spasimo. Y así permaneció a través del tiempo en que no estuve en el puesto de alcalde.

Ahora, después de que regresé a mi puesto, en esta oportunidad como resultado de elecciones directas, decidimos encargarnos nuevamente del proyecto. Mientras tanto, nuestra administración había alentado a antiguos presos que habían salido de la prisión de Ucciardone a que formaran cooperativas para ganarse la vida, en vez de retornar a sus vidas de Mafia. Es interesante que el licitante más barato en el contrato para la limpieza de Spasimo fuera la cooperativa de ex convictos encabezados por un hombre llamado Filippo Abbate. En pocos meses él y sus trabajadores habían restaurado las paredes remanentes de la iglesia y lo que una vez fue el hospital adjunto, creando un jardín que incluía árboles ya crecidos, senderos esculpidos y bancas. El día de la inauguración del área, en julio de 1995, los oficiales de policía y los *carabinieri* se mezclaron con Abbate y sus ex convictos. «Cuando regreso a casa en la noche y miro a mis hijos a

la cara», me dijo Abbate unos días después, «ya no siento vergüenza de mí mismo».

Sin embargo, esta historia tiene un epílogo triste. Poco tiempo después de culminar el trabajo en la Spasimo, Filippo Abbate, su esposa y dos hijos murieron en un accidente de automóvil en Italia continental cuando estaban de vacaciones. Cuando se me informó de este trágico accidente fui al hogar de Abbate en Kalsa a expresar mis condolencias al resto de su familia. Cuando abracé a su doliente madre, ella me dijo: «Mi hijo lo adoraba. Usted lo convenció de que tenía que trabajar...» y luego su cuñada murmuró: «Los hermanos de Filippo, Gino y Giovanni, deberían poder estar presentes en el funeral».

El problema era que Gino (un mafioso conocido como *Gino Mitra*, o «Gino metralleta») era un reo de Ucciardone y Giovanni estaba en otra prisión. Fui a ver al jefe de policía y le expliqué la situación insistiendo sobre la importancia de poder mostrar a la familia de Filippo y a sus vecinos y a los residentes de Kalsa que el gobierno era exigente, pero también era capaz de humanidad. Dos días después, cuando el ataúd de Filippo Abbate era llevado desde su hogar a la Spasimo para la ceremonia del funeral, yo lo cargué en parte del trayecto. Gino Metralleta y Giovanni habían recibido el permiso de despedir en persona a su hermano por última vez el día antes (dos meses después, el magistrado que supervisaba Ucciardone después del funeral de Filippo, dijo que el comportamiento de Gino y de los otros reos de la Mafia había mejorado. Me dijo: «Ellos dicen: “U Sinnacu Orlando è un gran curmutu cu’ sta camurria di antimafia, ma havi cori”» (*El alcalde Orlando es un gran buevón con esta vaina de la antimafia, pero tiene corazón*).

La restauración de la Spasimo fue como tirar una piedra en el reservorio del planeamiento de la ciudad causando ondas que acabarían en otras costas. Debido a los cientos de visitantes que la Spasimo y sus eventos culturales atrajeron, el área alrededor cambió completamente. Comenzaron a aparecer bares y pequeñas trattorias, así como tiendas de souvenirs. Quienes hacían negocio ahí aseguraban que el área se mantuviera limpia y reportaban inmediatamente si un poste de luz no estaba funcionando.

La Spasimo funcionó como nuestro proyecto de investigación y desarrollo. Después de limpiarla, nos dirigimos a otra área que había estado cerrada por décadas y se había permitido que se deteriorara. Esta

estaba alrededor de un castillo árabe-normando del siglo XII, el Castillo de Zisa (en efecto, cuando un palermitano quiere indicar un número interminable de problemas u obstáculos para completar algún proyecto a menudo dice «tantos como los demonios de Zisa», porque el cielo raso en uno de los salones del castillo está cubierto con un fresco de innumerables demonios fantásticos y la tradición dice que nadie ha podido contar exactamente cuántos hay).

Un día nuestro comisionado de cultura y yo fuimos a visitar lo que una vez fue una enorme fábrica de muebles, construida a finales del siglo XIX y colindante con el Castillo de Zisa. Con una extensión de casi 200 mil pies cuadrados, había sido utilizada durante la Primera Guerra Mundial como cobertizos de ensamblaje para bombarderos de guerra de los gobiernos italiano, inglés y francés, antes de regresar a su función original de producir sillas *Art Nouveau* de fama mundial. La fábrica había sido abandonada y sus cobertizos se degradaron rápidamente. Este vestigio de la arquitectura industrial del siglo XIX supuestamente debía demolerse para dar lugar a una «construcción residencial» durante el Saqueo de la Mafia en el Palermo de los años 50. Pero la notoria ineficiencia administrativa de Italia ayudó a salvarlo, las antiguas habitaciones de ensamblaje de la fábrica permanecían en pie. Mi comisionado de cultura y yo tuvimos la misma idea en el mismo momento: este era un enorme espacio que podía convertirse en un centro cultural - *I Cantieri Culturali alla Zisa*.

En lugar de esperar que la financiación se hiciera para todo el proyecto a la vez, comenzamos a restaurar las habitaciones una por una. La primera de estas, la *Galleria Bianca o White Gallery* fue pronto abierta para exhibiciones de arte, seguida por una segunda para producciones teatrales, luego una tercera para una escuela de teatro y una cuarta para ensayos de música. Luego tuvimos la idea de que, ya que Sicilia es un crisol de diferentes culturas, religiones e ideas, ofreceríamos un área donde los estudiantes pudieran contemplar esta diversidad. La Biblioteca de la Diferencia, como decidimos llamarla, contiene una sala de lectura en donde los ciudadanos pueden consultar libros sobre el pasado de Sicilia y sostener reuniones y debates sobre la idea de las diferencias culturales —lo que nos une y lo que también nos puede dividir—.

Queríamos que el centro cultural de Zisa atrajera a familias enteras, no solo a los intelectuales. Por eso diseñamos jardines y un parque de recreo

para niños, junto con una cafetería. Pronto, *I Cantieri Culturali* fue una atracción máxima para los palermitanos y también para los turistas. Debido al tamaño del área se trataba de un proceso de urbanización que se desarrollaba gradualmente. Hoy el trabajo continúa en el proyecto más ambicioso del centro cultural, un museo de arte contemporáneo que tendrá una colección de arte de nivel mundial y que también ofrecerá a los artistas espacios de trabajo para crear los clásicos del futuro.

III

El gran símbolo de nuestro movimiento de renovación cívica, sin embargo, fue el Teatro Massimo. Diseñado por el gran arquitecto palermitano Filippo Basile, la ópera había cumplido 77 años cuando fue clausurada «temporalmente» para «trabajos urgentes» en 1974. El contrato para su rehabilitación, avaluado en varios millones de dólares fue inmediatamente concedido a una compañía con conexiones con la Mafía. No es de sorprender que con el paso de los años el dinero desapareció y el Teatro Massimo cayó más aun en el desuso. Durante más de dos décadas de declive, se abrió parcialmente solo una sola vez, muy apropiadamente para permitir filmar las escenas de la ópera en *El Padrino* Parte III y la secuencia concluyente cuando matan a la hija de Al Paccino en la cima de la imponente escalera que lleva a la entrada. A los amantes de la ópera de Palermo, mientras tanto, se les aseguraba constantemente que solo era cuestión de meses hasta que abriera el Massimo. Pero la única parte del mismo utilizada durante todos estos años fue el antiguo Club de Prensa en uno de sus sótanos, en donde hombres como Vito Ciancimino y Stefano Bontate jugaban cartas con sus secuaces

Precisamente porque se había vuelto un símbolo incomparable de las fuerzas que le robaban a nuestra ciudad su vitalidad y el control sobre su propio destino cívico fue que traté de hacer algo sobre el teatro Massimo en mis primeros años como alcalde durante los años 80. Los poderes municipales, regionales y nacionales se rehusaron todos a ayudar. En los 90, sin embargo, la situación era más favorable y descubrí que se podía conseguir otra ronda de fondos, especialmente si había garantías de que no se desaparecerían sin que se rindiera cuenta de ellos. Algunos se quejaron: ¿por qué, con la multitud de problemas que enfrentamos, una ópera es el

de la más alta prioridad? Para mí la respuesta era fácil. Yo sabía que reabrir el teatro Massimo era la señal más tangible de que Palermo estaba en efecto experimentando un renacimiento, como en 1946 el primer signo del renacimiento de una Milán destrozada por la guerra había sido la reconstrucción de la Scala.

Comencé una batalla legal que le permitiría a la ciudad volver a tener control total del edificio. Una vez que esto ocurrió, comenzó nuevamente la restauración. Igual que con el centro cultural de Zisa, pensamos que era importante no esperar que la renovación total culminara antes de abrir el teatro al pueblo. Considerábamos que si los ciudadanos podían ver que el trabajo se estaba realizando, iban a dejar de lado su cinismo natural sobre las promesas de los políticos.

Cuando llegó el momento de planear el evento de apertura, buscamos una orquesta de prestigio internacional para que ejecutara junto con la propia orquesta del teatro. Decidimos invitar a la gran filarmónica de Berlín, cuyo director Claudio Abbado, no solo es italiano, sino hijo de madre palermitana. Aun más, su reputación como un exigente crítico de los lugares en los que toca su orquesta es tal que las personas se darían cuenta de que si traía su orquesta al Massimo, esto significaba que habíamos hecho bien nuestro trabajo. Al final de 1995 fui a Berlín a reunirme con el maestro Abbado en un restaurante siciliano en el centro de Berlín. Al final de la reunión, Abbado acordó en principio dirigir el concierto de apertura del Massimo, pero solo si el teatro estaba realmente en la mejor condición y solo si se había fijado una fecha definitiva para la apertura posterior y completa de la ópera, que es para lo que se había construido el Massimo. Sabía lo suficiente de Palermo para rehusarse a participar en una reapertura limitada por propósitos políticos.

Nos pusimos de acuerdo sobre una noche para la apertura en mayo de 1997, que marcaría el centésimo aniversario de la construcción del Massimo. Esto nos daba menos de un año y medio en el que debíamos terminar lo que no se había logrado en 20 años. En una carrera contra el tiempo fuimos a buscar patrocinadores privados. Estuve complacido de ver que *Il Giornale di Sicilia* se prestaba a ayudar no solo con una donación que suscribiría la restauración de toda la galería, sino publicitando en sus páginas lo que llamé la «operación Massimo», imprimiendo cada día una cuenta regresiva mostrando cuanto dinero se requería todavía para com-

pletar el proyecto. Esto nos trajo a empresarios que donaron dinero y a artistas que donaron talento.

El trabajo prosiguió sin parar día y noche. El 12 de mayo de 1997 debía ser la noche de apertura. La renovación terminó a las 8:45 de esa mañana.

La filarmónica de Berlín había llegado a la ciudad el día anterior. A las 9 de la mañana del 12 de mayo el experto en acústica de la orquesta fue conducido al teatro. Solemnemente tomó su lugar en el podio del director miró alrededor, levantó su mano derecha y golpeó su diapasón. Una nota pura y única sonó y se desvaneció.

«Nein», la negativa en alemán parecía doblar las campanas de la muerte para el Massimo y para la credibilidad de mi administración. Los trabajadores se miraban los unos a los otros con los ojos inyectados de sangre, exhaustos y llenos de desesperación. Hipnotizados todos observaban a este hombre que tenía nuestro destino en sus manos a medida que buscaba algo alrededor. «Quizás... podría ser esta cortina que han colocado ustedes alrededor del podio», dijo en alemán. La hermosa cobertura de terciopelo fue rápidamente arrancada y los carpinteros comenzaron a reparar el lugar.

A las cuatro de esa tarde, dos horas antes de que el teatro debiera abrir oficialmente, el diapasón sonó de nuevo y esta vez oímos la palabra mágica.

«¡Ja!».

Por semanas, en los mercados y en los bares en las áreas al aire libre de Palermo, la conversación se había centrado sobre si el Massimo se terminaría a tiempo. La gente que nunca había asistido a una ópera o sinfonía en su vida trataba esto como si fuera la Copa del Mundo. ¿Quién ganaría, las fuerzas de la acción o las fuerzas de la inercia? Cuando se hizo claro que nosotros íbamos a cumplir con nuestro plazo, la estación de televisión local de *Il Giornale di Sicilia* decidió transmitir el concierto en vivo tanto en su canal y en dos pantallas gigantes al aire libre para las personas que no podían entrar: una en Piazza Pretoria y otra en Piazza Verdi, la plaza que estaba al lado del propio teatro Massimo.

A pesar de una amenaza de lluvia, a la mitad de la tarde ambas plazas estaban llenas de gente. Cuando la audiencia comenzó a llegar y a subir por la escalera hacia la entrada bajo las impresionantes columnas, los

ciudadanos de Palermo aplaudieron casi como si cada persona que entrara al Massimo debiera ser ovacionada como testimonio a esta gran victoria.

Entré al teatro tarde, como siempre, pero todavía a tiempo para un momento emocionante. Antes del inicio de su programa de Brahms, Abbado levantó la batuta y oímos las entrañables notas y letra del coro *Nabucco* de Verdi, cantado por el mismo coro del Massimo con su orquesta: «Va pensiero sull'ali dorate...», *vuela memoria en alas de oro...* Esta había sido la última pieza musical escuchada en el Massimo 23 años antes, en la función final antes de que cerrara. Ahora, con esas mismas notas, regresaba a la vida. Una vez que se desvanecieron los sonidos de Verdi, la orquesta filarmónica de Berlín prosiguió para tocar la primera y tercera sinfonías de Johannes Brahms.

Luego, después de interminables subidas de telón, todos nos reunimos en las escaleras del Massimo, que ya no eran las escaleras en las que se había filmado un asesinato de la Mafia, sino nuevamente las escaleras que conducían a un gran teatro de ópera. La plaza estaba llena de personas aplaudiendo, y la marcha de quienes habían logrado este milagro parecía anticipar la marcha triunfal de *Aida* que, en efecto, abrió la temporada de ópera del Massimo unos cuantos meses después.

III

La Spasimo, el Zisa y el Massimo fueron las joyas; pero la corona misma eran 158 iglesias, 400 palacios, 55 monasterios y 7 teatros que debían ser salvados del estado de «abominación» al que los mafiosos y sus simpatizantes los habían condenado para demolerlos. Luego de años de negligencia y deterioro, el desafío que enfrentábamos era enorme, aunque estábamos comprometidos con restaurar el antiguo esplendor de estas estructuras.

Restauramos y limpiamos, pavimentamos calles y reparamos desagües. Las antiguas fuentes, que habían estado secas y abandonadas, surtían una vez más el agua y, donde el espacio lo permitía, se crearon áreas verdes. Las personas directamente afectadas, especialmente los residentes y dueños de tiendas, fueron invitados a asambleas y reuniones donde se discutió los planes y se consideró sus sugerencias y necesidades, que quizás los planificadores no habían imaginado y se incorporaron, siempre que fuera posible, en los proyectos.

Restaurar estos edificios apropiadamente costó grandes sumas de dinero, asegurando la seguridad al mismo tiempo que se respetaban las estructuras originales. Pero el dinero se encontró, provisto en parte por la comunidad europea, en parte por la región siciliana y en parte por la misma municipalidad. Y para alentar a los propietarios privados a que restauraran sus propiedades —muchos de ellos simplemente habían abandonado sus casas durante los años en que Palermo se encontraba bajo las armas— proporcionamos préstamos financieros de hasta el 40% del costo de la rehabilitación a condición de que el propietario hiciera que la ciudad aprobara sus planes. Estos préstamos produjeron extraordinarios resultados: la población del centro histórico, que había estado disminuyendo a lo largo de los años, comenzó a crecer. El corazón de la antigua ciudad comenzó a latir una vez más.

Al mismo tiempo que la ciudad se deshacía de su aspecto malhumorado, el departamento de educación se estaba encargando del trabajo no terminado en los años 80. En ese entonces, en ciertos distritos, el 40% de los niños no completaban la escuela o no asistían en absoluto. El resultado era un nivel de analfabetismo o semi-analfabetismo inaceptable para cualquier ciudad moderna actual. Tomamos eso como un desafío. Para finales de 1990, la tasa de deserción se redujo en dos tercios, milagrosamente para cualquiera que conociera los índices de escolaridad de unos años antes. El instituto italiano de estadística citó a las escuelas de Palermo como un ejemplo para el resto del país.

Queríamos educar a los niños en habilidades intelectuales y académicas básicas. También queríamos educarlos para proteger su patrimonio y de este modo evitar que fueran nuevamente robados por la Cosa Nostra. De esta manera surgió el programa de Palermo «adopte un monumento». La ceremonia inaugural se llevó a cabo en febrero de 1995, en el magnífico teatro Art Nouveau de Palermo, el teatro Politeama. Debido a que reconocíamos el papel de la memoria en la recuperación de nuestra historia, se dedicó el proyecto a la memoria de Giovanni Falcone, Francesca Morvillo, Paolo Borsellino «y todos aquellos que habían dado sus vidas por la libertad de Palermo».

Ahí estaba yo en el escenario, con mi banda oficial de alcalde —verde, blanca y roja, los colores de la bandera italiana, con borlas doradas— y flanqueado por los empleados municipales en uniforme de gala, María

Falcone y Rita Borsellino, hermanas de los magistrados martirizados y por otros miembros de las familias de víctimas de la Mafia. Al ver el mar de rostros infantiles emocionados, dije: «De la misma manera que un niño adoptado es un niño que fue abandonado, pero que será querido y cuidado por sus nuevos padres, ustedes serán los padres del monumento que están adoptando. Tienen que aprender a conocerlo y a amarlo, aprender a cuidarlo y enseñar a otros a amarlo y respetarlo. Recuerden que cuanto más abandonado haya estado, más debemos amarlo».

Los niños de cada escuela o clase que participaban en el programa habían elegido a un representante que luego subió al estrado. Rita Borsellino y María Falcone le entregaban a cada representante un «certificado de adopción» oficial que yo había firmado. Luego cada niño presente recibía una medalla diseñada especialmente para la ocasión con el emblema de Palermo con las alas entreabiertas.

Ni en nuestros sueños más locos hubiéramos imaginado que el proyecto tendría tanto éxito. La participación de los niños fue tan intensa, que su entusiasmo pronto contagió a sus maestros, familias y vecinos. Con ayuda de sus maestros, los niños primero llevaron a cabo una investigación profunda sobre la historia de «su monumento», no solo haciendo investigación en libros, sino también entrevistando a los expertos locales y —lo que es más importante— a los habitantes ancianos cuyas memorias aportaban datos no recogidos sobre el pasado, y a quienes en consecuencia se hizo sentir que lo que ellos recordaban restauraría alguna coherencia a la dañada historia de Palermo.

Gracias al entusiasmo y tenacidad de estos jóvenes «padres» adoptivos, las personas también comenzaron a auspiciar la restauración de su monumento local, compitiendo entre sí sobre cuál monumento se reabría primero. Antes, no había habido mucha tradición de trabajo comunitario en Palermo. Pero ahora los empresarios, los miembros de los Clubes de Leones o Rotarios, o simplemente el carnicero de la esquina se presentaban con fondos y comenzaban a cabildear para que se restaurara tal o cual monumento.

En los Estados Unidos, esta sería una pequeña y cálida anécdota sobre el espíritu de la comunidad. Para Palermo fue así, pero también fue algo más profundo: una historia de personas a quienes se había negado por largo tiempo un mapa para sus vidas, que ahora volvían a tener control

de su propio territorio, reclamándolo de las manos enemigas. Palermo solía ser como un desierto lleno de tiendas de campaña, cada una de las cuales pertenecía a una familia, clan, confraternidad, clase social o grupo político diferente y donde el área entre ellas era una tierra de nadie que no pertenecía a nadie y nadie cuidaba. El programa «Adopta un Monumento» cambió todo esto. Sembró las semillas de la conciencia sobre la *república*, «la cosa pública» que pertenece a todos —una conciencia de que lo que no es «tuyo» o «mío» es *nuestro* y debemos cuidarlo conjuntamente—. Apenas los ciudadanos comenzaron a tomar control del espacio público, el *capomafia* supo que se le había acabado el tiempo.

Cuando comenzó el programa, más del 80% de los grandes monumentos arquitectónicos de Palermo estaban permanentemente cerrados. En unos cuantos años, se adoptó 160 monumentos, reabriendo más del 60% y restaurando el resto. El departamento de educación ha publicado varios volúmenes que contienen la investigación histórica extraordinaria, los planos y entrevistas sobre estos monumentos cívicos hechos por los estudiantes. ¿Pueden los jóvenes que han puesto tanto esfuerzo, energía, amor y orgullo por descubrir y recuperar su herencia permitir que una fuerza externa ingrese nuevamente y se las robe? No lo creo. Pienso que continuarán amando y protegiendo no solo su «propio» monumento, sino también todos los demás de la ciudad. Creo también que una ciudad cuyos espacios públicos son amados y protegidos es una ciudad donde hay poco margen para la ilegalidad.

III

Otro paso para revivir nuestra ciudad, que ha estado tan necesitada, fue reconocer las necesidades de otros. Al mismo tiempo que nuestro renacimiento avanzaba, la prensa internacional estaba llena de historias sobre las atrocidades de la guerra civil en la región de Abkhazia, parte de la joven república independiente de Georgia. Todos vimos imágenes espantosas de familias desesperadas que huían de sus hogares e inundaban Tbilisi, la capital que era también la ciudad hermana de Palermo, la cual me había ofrecido a mí, a mi esposa y a mis hijas un santuario en una época en la que el estado italiano no podía garantizar mi seguridad. Tenía una deuda moral personal con Georgia, y no podía olvidar la carta que Eduard

Shevardnadze, el presidente de Georgia, me había enviado cuando era todavía ministro de relaciones exteriores de Mikhail Gorbachov, expresando su solidaridad personal y la de su país en «la batalla por Palermo».

En 1994, me contacté con las autoridades de Tbilisi y ofrecí alojar a 300 niños georgianos de la región de Abkhazia que vendrían a Palermo por tres o cuatro meses en el verano. Di la bienvenida a los niños, todos huérfanos, en el aeropuerto ese primer verano. Estaban pálidos, tenían caras asustadas, enormes ojos y cuerpos delgados. Observé cómo las familias anfitrionas abrazaban a sus niños y vi un brillo determinado en muchos ojos de madres sicilianas —mujeres listas a engordar a estas pobres almitas, a arroparlos y engrerlos, a traer el color y las sonrisas a esos rostros apagados—. Era la generosidad innata típica del pueblo siciliano, pero también había una comprensión por parte de las personas que habían sido, ellas mismas, víctimas de la dominación.

Luego del primer año, surgió una asociación de familias para perpetuar este programa. Ahora los 400 niños georgianos o más que llegan cada año son atendidos por iniciativa privada, por personas que tienen tanta confianza de haber recuperado lo propio, que tienen algo más para dar a otros. El año pasado recibí un fax de la oficina del Sr. Shevardnadze agradeciéndonos y diciendo orgullosamente: «Este año estamos en condición de pagar el combustible para el vuelo de los niños de Tbilisi a Palermo. Desafortunadamente, todavía no podemos pagar su vuelo de retorno, pero desde el próximo año pensamos que el gobierno de Georgia podrá cubrir el costo íntegro».

En 1994, decidí candidatear para el Parlamento Europeo. Sabía que esto significaría viajes agotadores a y desde Bruselas y Estrasburgo en donde se encuentra la sede del Parlamento, trabajo extra y energía extra, particularmente si seguía haciendo justicia a mi empleo como alcalde. Pero también sabía que, aunque la Mafia había sido derrotada en Sicilia, estaba aumentando como fenómeno internacional y, por lo tanto, la lucha contra ella tenía que ser igualmente internacional. Esto era algo que los organismos encargados del cumplimiento de la ley habían sabido durante años pero que las legislaturas de muchos países europeos no reconocían suficientemente. En realidad, debo decir mafias, ya que el fenómeno del crimen organizado se había decuplicado desde la desintegración de la Unión Soviética y sus Estados satélites. Una Mafia internacional había

penetrado financiera y criminalmente en Europa. Ahora era necesario construir una antimafia europea también.

Un miembro del Parlamento Europeo generalmente se considera exitoso si consigue que una ley que propone se promulgue durante su mandato. Debido a la reconocida importancia de la cuestión del crimen organizado, logré hacer aprobar tres proyectos de ley, todos ellos sobre problemas que planteaba la criminalidad de la Mafia. El primero, que pedí denominar el programa Falcone en honor de mi amigo asesinado, exigía el intercambio de información, datos, conocimiento y recursos entre los cuerpos que se encargaban de hacer cumplir las leyes de inteligencia y de investigación, así como entre los poderes judiciales entre los distintos países de la Unión Europea. En favor de esta ley insistí en que, si Giovanni Falcone y Rudolph Giuliani no hubieran compartido información y conocimientos, toda la Conexión Pizza de la red de tráfico de drogas que enlazaba Sicilia con los Estados Unidos no hubiera sido nunca desmantelada. No puede haber límite a la lucha contra la Mafia.

Mi segunda resolución urgía al parlamento a que la ley italiana que considera la simple *membresía* en una asociación de la Mafia como crimen, se extendiera a todos los Estados miembros de la Unión Europea. Hay algunos en Italia, por supuesto, que han argumentado que dicha ley es una violación de las libertades civiles —un argumento que también fue sacado a relucir en los debates ante el Parlamento Europeo—. Mi respuesta fue simplemente que la Cosa Nostra y otras organizaciones del tipo de la Mafia —las Triadas Chinas, la Mafia Rusa y los Cárteles Colombianos, para mencionar solo tres— no son exactamente sociedades de debate a las que uno se une para promover ideas. Estas son organizaciones criminales que trafican armas, drogas, material nuclear, seres humanos y cualquier cosa que les dé ganancias.

La tercera resolución promulgada por el Parlamento Europeo se basó también en una ley italiana, la ley Rognoni-La Torre, que establece el derecho del Estado de confiscar los activos que sean fruto de la actividad criminal de la Mafia. En favor de esta resolución, señalé que dicha ley ataca a los mafiosos donde más les duele: el bolsillo. A no ser que esta ley se aplique en otros países así como se hace en Italia, la Mafia simplemente invertirá en otro lugar como, de hecho, lo ha estado haciendo por años. Muchos ciudadanos británicos estarían horrorizados al descubrir cuántos de sus

hoteles, restaurantes e incluso casas de campo son de propiedad de las familias de la Mafia. Y lo mismo sucede para muchos ciudadanos de Viena que quedarían estupefactos si supieran cuántos de los hoteles elegantes en su hermosa capital son propiedad de la Mafia. Y todos aquellos adoradores del sol en las playas de la fabulosa Costa del Sol en España podrían dormir un poco menos tranquilos si supieran que muchos de sus maravillosos balnearios fueron construidos con dinero de la Mafia. Por décadas, Sicilia había estado exportando una enfermedad extremadamente peligrosa. Ahora, por primera vez, a través de su legislación europea, estábamos exportando una medicina nueva y potente para combatir esa enfermedad. Todos estos años habíamos sido parte del problema, pero ahora nos estábamos convirtiendo en parte de la solución.

CAPÍTULO 13

«¡Luchetto ten cuidado o te vas a morir!». Esta vieja advertencia de mis engreidores padres se había vuelto una especie de maldición en mi juventud cuando estaba luchando por encontrarme un lugar propio fuera de la confinante identidad aristocrática en la que había nacido. Pero también era una advertencia que debía haber escuchado más en los últimos años. En nuestra guerra contra la Mafia, me había estado exigiendo demasiado, teniendo un promedio de tres a cuatro horas de sueño por noche durante semanas sin fin y tomando innumerables tasas de *espresso* cada día para poder continuar. Aunque siempre estaba en movimiento, era siempre para entrar y salir de aviones y autos blindados, una actividad que nunca me proporcionó ejercicio físico real. Comía de manera desordenada y siempre poco saludable, y había aumentado mucho de peso.

Al final de 1994, comencé a enfermarme con un ataque de bronquitis tras otro. Lo ignoraba, seguía con mi trabajo como siempre y como resultado terminé en el hospital con neumonía. No me molestaba en particular, pues recordaba la primera vez en que estuve en el hospital por esta enfermedad de niño y fue cuando descubrí a Stendhal. Luego, después de un par de días, el médico en jefe vino a mi habitación con una aspecto perturbado en su rostro. «Me temo que no se trata solo de neumonía», dijo. «Tiene usted cáncer de pulmón».

Fue un momento extraño. Una vez que la idea del cáncer tuvo suficiente tiempo para penetrar en mi mente, lo primero que sentí fue alivio. Era casi como si me hubieran quitado de encima un peso insoportable. Pen-

sándolo después, me di cuenta de que la convicción de que iba a morir por una muerte violenta se había vuelto tanto parte de mí que el prospecto de morirme como cualquier otro, por causas naturales, me hacía sentir como un ser humano normal.

Debido a que el renacimiento de Palermo todavía estaba en una fase tentativa, no quería que las noticias de mi enfermedad se hicieran públicas. Y si se sabía que permanecía en el hospital por mucho tiempo en una ciudad tan acostumbrada a la murmuración, pronto se comenzaría a hablar sobre mi salud e inevitablemente esto sería utilizado por los políticos que todavía estaban conectados con la Mafía y que buscaban un retorno político. Entonces, después de unos días en el hospital, volví a casa, regresando cada cierto número de días para un chequeo «normal».

Quizás el peor momento fue un sábado en la tarde cuando, estando en cama en casa, sonó el teléfono. Era el especialista en pulmones más apreciado de Sicilia y habló abiertamente: «Mire, Lucca, yo sé que no soy su médico personal, pero he visto sus rayos X y su tomografía computarizada y no hay tiempo que perder en absoluto. Ya he arreglado una cita para usted para mañana en una clínica en Milán en donde lo operarán inmediatamente. Si usted actúa ahora, todavía puede salvarse. Pero es posible que sus días estén contados».

Colgué el teléfono, así que este era el final de la ruta. Pero al menos moriría en mi cama y no en las calles de Palermo como otro de esos cadáveres ilustres que flotan en un charco de sangre sobre el pavimento.

Mi médico de familia no estaba tan seguro de que debía yo actuar inmediatamente. Me podía dar cuenta de que no quería que me apresurara a optar por un tratamiento radical. Acordé con él que esperaría y vería cómo se desarrollaba. Después descubrí que él había volado a Milán en secreto después de mis exámenes con todos mis rayos-X y mis datos y había consultado con los expertos más respetados de Italia.

Pasaron las semanas. El área sombreada de mis pulmones seguía apareciendo en mis rayos-X pero no parecía crecer. Los doctores me hicieron punciones en el pecho con largas agujas para hacer biopsias, lo cual también dio resultados ambiguos. Pero, entonces, a medida que pasó el tiempo, las nuevas radiografías mostraron que la sombra se estaba encogiendo. Esto siguió a lo largo de varios meses hasta que desapareció completamente. Lo que había tenido era un caso muy serio de neumonía con

complicaciones de la pleura. Ahora había renacido y tenía un remanente de vida por vivir.

III

Por primera vez desde que me había comprometido con la política, pasé largas temporadas con mi familia. Y en lo que concierne a mis hijas, esto sucedía por primera vez desde que nacieron. Me rodearon de afecto y cuidados y lentamente comencé a descubrir lo precioso de las relaciones que había dado por descontadas por tanto tiempo. Había entregado todo a mi vida pública y poco o nada a mi vida privada.

Mi convalecencia en casa en Palermo fue gratificante y enriquecedora, pero todavía siento la tensión de mi casi ataque de cáncer. Además, la victoria electoral de la Alianza de Libertad de Silvio Berlusconi tuvo un gran peso sobre mí. Parecía bloquear cualquier cambio real en el país y en Sicilia, a pesar de que el gobierno de Berlusconi cayó apenas siete meses después. Finalmente, decidí tratar de dejar todo esto atrás. Milli y yo planeamos irnos por dos semanas a una clínica de salud en Bressanone al nordeste del país, en la región italiana de Alto Adige, cerca del borde austriaco. Dedicaría 15 días a la recuperación.

La clínica era un gran edificio en el estilo típico del sur del Tirol en la ribera de Bressanone del río Adige, rodeada por un parque hermosamente cuidado. Era primavera, el aire de la montaña olía a menta y el sol brillaba en los perfectos y verdes jardines. Esto iba a ser el paraíso.

Frau María nos dio la bienvenida. Ella era el ama de llaves de hablar quedo, que emanaba eficiencia y disciplina, lo cual me traía a la memoria a mi Fraülein de la niñez. Nos mostraron nuestras habitaciones y nos informaron que el tratamiento comenzaría inmediatamente con una dieta de agua para limpiar las impurezas del sistema. Agua y solo agua. Milli y yo intercambiamos miradas aprehensivas. Afuera, en el jardín, había tumbonas acomodadas al lado de mesas de jardín sobre cada una de las cuales había vasos con una jarra de agua, solo agua. Cuando me fui a acostar esa noche, los ruidos de mi estómago perturbaban el silencio.

El día comenzó muy temprano, a las seis de la mañana, cuando me despertó un Sigfrido wagneriano —alto, rubio, de ojos azules y espaldas anchas— quien avanzó a trancos en la habitación, jaló violentamente la

ropa de cama, me acompañó a un sótano blanco inmaculado, me colocó sobre una especie de mesa y comenzó a darme de golpes en el cuerpo. Luego de este masaje brutal, desapareció. Estaba comenzando a revivir cuando de pronto retornó cargando un gran saco de grano calentado que arrojó sobre mi estómago. Di de gritos. Mientras estaba ahí golpeado y quemado, Sigfrido me preguntó: «¿Ya se siente mejor, no es cierto?».

Asentí con la esperanza de no provocarlo más, pero entonces el masajista me señaló la ducha con un gesto y me ordenó: «¡Entre!».

Me sentí aliviado por el pensamiento de recuperarme en el agua tibia levantando mi cara para recibirla y permitir que me lavara suavemente todo el cuerpo adolorido. Pero grité y me quedé sin aliento cuando Sigfrido abrió un chorro helado. Rápidamente emergí y cogí mi bata.

«Gut ja?», sonrió Sigfrido. «El agua fría hace que la sangre circule mejor».

«Seguro», murmuré a través de mis dientes que castañeteaban. Regresé rápidamente a la habitación y comparé mis notas con las de Milli, quien acababa de ser trabajada por una versión walkyiria de Sigfrido.

Después de dos días completos de dieta de agua —agua y nada más que agua—, el doctor me llamó y me dijo que podía comer lo que quisiera, solo que él determinaría las cantidades.

Fue un retorno a la vida. Leí mentalmente mi orden. Platos de rizzoto zarina con salmón y vodka, pizza *capricciosa*, la famosa *pasta con le sarde* de Palermo (pasta con sardinas, piñones, hinojo silvestre y miga de pan tostado). Pero me di cuenta de que no podía parecer codicioso, así que dije con un falso desinterés, «solo comeré un poco de pasta con arvejas».

«¡Por supuesto!»), sonrió el médico.

Cuando se fue, me di cuenta de lo que había hecho. ¿Quién diablos me había hecho pedir pasta con arvejas, algo que jamás pediría en un restaurante y que nunca me habrían servido en casa?. Aun así, esa noche calmé los ruidos de mi estómago concentrándome en la visión de un humeante plato de pasta, lleno de arvejas y mantequilla, y muchísimo del buen queso parmesano.

El comedor de la clínica abría exactamente a las doce. A las once estaba frente a las cerradas puertas de vidrio. A las 11:40 había una larga cola de pacientes muertos de hambre esperando entrar. Cuando finalmente se abrieron las puertas, entré rápidamente y me senté. En la última comida, lo que había estado soñando por horas apareció: unos cuantos espaguetis con cinco arvejas.

El quinto día, cuando estaba echado distraídamente en el sol, esperando irme a comer mi mitad de zanahoria con aceituna, Milli de pronto me preguntó: «¿Lucca cuánto nos está costando morirnos de hambre?».

Le dije. Me miró azorada.

«¡Por el amor de Dios, podemos morirnos de hambre en casa gratis!». Nos fuimos inmediatamente.

III

Cuando uno está en medio de una situación como nuestra lucha en contra de la Mafia por un largo periodo, a menudo no podemos ver cómo los pequeños cambios se van sumando. Es similar a verse en el espejo a lo largo de los años: uno asume que la imagen que ve es más o menos la misma que la de siempre, pero de pronto un antiguo amigo nos ve y suelta: «Dios mío, ¿qué te ha sucedido?».

A principios de 1995, de pronto me di cuenta de cuánto había cambiado la vida en Sicilia cuando escuché a mi asistente de prensa, Andrea Crossati, que el personaje de la televisión americana Geraldo Rivera quería venir a Palermo y hacer un informe especial sobre la Mafia. Quería que mi administración y yo lo ayudáramos.

Rivera llegó según lo programado y comenzó a familiarizarse con la ciudad. Lo saludé, pero después de eso me concentré en mi trabajo. Luego comencé a recibir informes de mis asistentes de que quería guardaespaldas. ¿Para que los necesita? pregunté. Ellos me dijeron que no sabían, pero que insistía en ello. En este momento, la hospitalidad italiana se hizo cargo y le brindé algunos guardaespaldas. Luego, un día o más después, uno de ellos me vino a contar: «Ahora Geraldo se ha conseguido un chaleco antibalas».

Investigamos más y descubrimos que Rivera planeaba colocar a su equipo de filmación en medio de una plaza del centro y luego de introducir su show, ponerse de pie dramáticamente y sacarse la chaqueta para revelar el chaleco antibalas como testimonio de lo peligroso que era estar en Palermo.

No le eché en cara a Geraldo esta tonta pretensión de estar en peligro. Pero toda su teatralidad frívola me hizo darme cuenta de cuánto había cambiado nuestra vida cívica en los últimos años y de lo absurdo de

posar con un chaleco antibalas en medio de lo que era Palermo ahora. Esto era ya una noticia del ayer. Ahora estábamos en una sociedad de ley y orden de una manera en que yo mismo a veces no apreciaba, una sociedad en donde el asesinato se estaba convirtiendo en la rareza que debía ser, y no en una ocurrencia cotidiana. Esta era la historia candente de Palermo, la historia que un verdadero periodista de investigación debería estar desesperado por capturar. Durante muchos años fuimos la única región de Italia que fue reportada casi a diario por los medios de comunicación masiva mundiales. Y se nos conoció por una cosa: la Mafia. Pero algo había ocurrido. Ahora que aquella realidad que habíamos creado y exportado (y que había regresado a perseguirnos en imágenes creadas por Francis Ford Coppola) ya no era válida. El mundo tenía otra cosa totalmente diferente que aprender de Palermo y tenía que ver con el renacimiento cívico, no con chalecos antibalas. Consideré el pedirle a Rivera que contara esta historia —la historia real de Palermo a mediados de los 90—. Tenía tantos aspectos fascinantes, después de todo como, por ejemplo, la manera en que habíamos roto la lealtad entre los jefes de la Mafia y los soldados de quienes dependían, comenzando con la institución central de la cárcel.

A lo largo de los años, la Cosa Nostra había perfeccionado toda una parodia de seguridad social cuando uno de los suyos iba a prisión haciéndose cargo de los hijos del soldado a través de propinas mensuales, asegurándose de que las esposas siguieran fieles a sus esposos manejando todos los aspectos de la cuestión social de la familia. Comenzamos a romper con este sistema ubicando servicios del municipio en nuestras prisiones. Queríamos permitir que estos soldados de bajo nivel tuvieran un lugar en donde pudieran obtener certificados relacionados a los impuestos prediales y a otros asuntos sin tener que depender de una red de la Cosa Nostra. Organizamos centros donde podían jugar con sus hijos. Les dimos a las esposas trabajo ayudando a organizar eventos públicos para la ciudad de modo que no tuvieran que depender del cheque mensual de la Mafia. Hicimos todo esto porque sabíamos que por cada persona que había en la cárcel habían diez o más afuera que dependían de esa persona. Si se quedaba en la órbita de la Mafia, los otros también. Si rompía con esto, quizás ellos también lo harían.

Alentamos a estos reos a que buscaran trabajo honesto después de que terminara su condena y pusimos particular énfasis en la formación

de cooperativas para ocuparse de contratos públicos. Una de las primeras y más grandes se llamó Pretoria Bellini; estaba formada por docenas de ex prisioneros que se encargaban de limpiar monumentos como la Spasimo, un lugar en donde ahora había reuniones antimafia. Cuando Palermo decidió tener un lugar para conciertos al aire libre en memoria de Falcone y Borsellino, en el mismo sitio donde Totò Riina fue capturado, la Pretoria Bellini ayudó con los preparativos. Esta era la historia real, con el tipo de simbolismo que pensé haría buena televisión. Pero mi asistente de prensa me advirtió que Rivera no estaría interesado. «Es mejor simplemente desconectar el enchufe», dijo Andrea. Así pues, dejamos de cooperar con su show y Geraldo se sacó su chaleco antibalas y regresó a su país.

El 26 de setiembre de 1995, Palermo estaba nuevamente lleno de periodistas de todo el mundo. Como diez años antes, habían venido a reportar un juicio. Pero no era un Maxi Juicio, sino solo uno: el de Giulio Andreotti. Los fiscales de Palermo, liderados ahora por un hombre llamado Gian Caselli, habían acusado formalmente a Andreotti por su conexión con la Mafia. Una acusación tenue se había hecho en 1993. La acusación se amplió hacia el involucramiento directo con la Mafia.

III

Al final de su larga carrera, Andreotti, llamado «el zorro» por quienes lo admiraban y «Belcebú» por quienes no lo hacían, había sido nombrado senador vitalicio. Se había convertido a propósito en un símbolo de Italia en la post guerra. Y, ahora, era una experiencia histórica del país la que estaba puesta en tela de juicio.

El caso contra él convocaba todas las extrañas complejidades de la política italiana a lo largo del último cuarto de siglo. El banquero Michael Sindona fue prominentemente mencionado en el juicio. Él utilizó sus conexiones con el Vaticano para construir un vasto imperio de bancos a ambos lados del Atlántico y Andreotti lo acreditó a principios de los 70 como «el salvador de la lira». Luego, su imperio cayó estrepitosamente y fue acusado de banca fraudulenta en un esquema que podría haber desestabilizado a la banca de Italia. Sindona huyó a los Estados Unidos, en donde, después de ser acusado por las autoridades estadounidenses de soborno, fraude, malversación y corrupción —y habiendo tenido al menos una

reunión con Andreotti— simuló su propio secuestro en 1979 y huyó a Sicilia. Ahí vivió bajo la protección de la Mafia antes de mudarse a otros países europeos para, finalmente, retornar a Nueva York como invitado de la familia Gambino. Sindona a la larga fue enjuiciado en Italia y sentenciado a una prisión de máxima seguridad donde murió luego de tomar una taza de café envenenado.

Los fiscales presentaron una compleja narración que era el equivalente legal de una novela que no se puede parar de leer. Ellos sostenían que el punto de contacto de Andreotti en Sicilia había sido siempre Salvo Lima, quien había elevado el porcentaje del voto siciliano por la democracia cristiana de dos a diez por ciento. Y lo acusaban de haberse reunido con Lima y Vito Ciancimino en Roma a mediados de los 70 para solidificar la relación, que también involucraba a los primos Salvo (todos los cuales se referían a Andreotti con la palabra en código «Tío»).

La fiscalía trató de demostrar que, cuando la facción de Bontate fue aniquilada en la Segunda Guerra de la Mafia, los corleoneses descubrieron la relación con Andreotti a través de los Salvo y los Lima, quienes, a pesar de sus conexiones con el lado perdedor, pudieron seguir viviendo gracias a su valor como intermediarios. El Maxi Juicio y las apelaciones legales que le siguieron deterioraron esta nueva relación. Supuestamente, había habido una reunión para suavizar las cosas en casa de Ignazio Salvo. Lima estuvo presente y también Totò Riina, quien besó a Andreotti en ambas mejillas para saludarlo. Pero los corleoneses se habían desligado en la época de la apelación de la Corte Suprema, cuando sus antiguos aliados de la democracia cristiana ya no podían ayudarlos.

Los fiscales llamaron a más de 400 testigos. El caso contra Andreotti dependía en gran medida del testimonio de los *pentiti* (¡ahora había cientos de ellos!). Francesco Manolla contó de Andreotti y de la facción de Bontate. Leonardo Messina describió la relación con Lima, Ciancimino y los Salvo; y Baltazare di Maggio, un antiguo partidario, contó sobre el beso.

Es aun más interesante ver cómo Tommaso Buscetta vino a testificar desde su paraíso en el Programa de Protección de Testigos de los Estados Unidos. Aunque dijo todo lo que sabía sobre las operaciones militares de la Mafia, antes siempre se había abstenido de describir las conexiones políticas, diciendo que era una historia tan increíble que si decía todo lo que sabía sobre ella, no creerían todas sus demás revelaciones. Cuando los

abogados de la defensa de Andreotti sostuvieron que Buscetta ahora estaba inventando el testimonio que nunca había mencionado antes, la fiscalía llamó al abogado federal, Richard Martin, al estrado. Martin había verificado gran parte de los testimonios de Buscetta en los Estados Unidos y los había utilizado para armar el caso de la conexión Pizza. Ahora atestiguaba que cuando le pidió a Buscetta a mediados de los 80 que revelara lo que sabía sobre los activos políticos de la Mafia, Buscetta se la pasó respondiendo que no podía, que habían profundas razones por las que no podía hablar sobre ese tema. Martin lo había presionado para que dijera cuáles eran y finalmente Buscetta había respondido con una palabra: «Andreotti».

Parte del caso de la fiscalía involucró el archivo fotográfico de Letizia Battaglia, que había tomado miles de fotos de las funciones oficiales de Palermo a lo largo de los años. Revisando sus archivos, los investigadores encontraron tomas de Andreotti con los primos Salvo, a quienes decía no haber conocido nunca. Andreotti las desestimó como fotos al azar tomadas en funciones en donde no conocía a muchas de las personas con las que se reunía.

Durante cuatro años el juicio Andreotti funcionó como la telenovela permanente de Italia. Luego, en octubre de 1999, después de cuatro años de lid legal, llegó el veredicto. Andreotti no era culpable debido a un artículo particular de la ley que se refiere a «evidencia insuficiente», enfatizó el juez, mientras leía el veredicto.

Aunque el veredicto confirmaba las estrechas relaciones políticas y personales con Salvo Lima, quien, escribieron los jueces, «tanto antes como después de su involucramiento con la facción de Andreotti, [había] establecido una colaboración permanente con la Cosa Nostra» y había «transformado la facción de Andreotti en Sicilia en una estructura al servicio de la Mafia», este declaraba que la fiscalía no había probado que Andreotti mismo «tuviera tratos específicos que pudieran considerarse de relevancia penal». Las relaciones de Andreotti con Vito Ciancimino, escribió la corte, mostraban cierta «indiferencia» de su parte respecto de los «notorios» lazos de Ciancimino con la Mafia; pero por otro lado esto «no significaba inequívocamente una asociación ilegal».

La oficina del fiscal apeló el veredicto, lo cual era posible de acuerdo con el sistema italiano. El caso sería reexaminado por una corte superior. La historia sería el juez final.

Una de mis citas favoritas proviene de un gran novelista checo llamado Milan Kundera: «El triunfo del hombre sobre el poder es el triunfo de la memoria sobre el olvido». La importancia de mantener la memoria viva no es solo para no repetir el pasado, sino para que el pasado continúe proporcionándonos lecciones.

Actualmente en Sicilia, una villa que fue antes propiedad de un gran barón de las drogas de la Mafia se utiliza como comunidad terapéutica para la recuperación de adictos a las drogas.

Recientemente se asignó apartamentos que antes pertenecían a Vito Ciancimino a treinta y nueve familias sin vivienda.

En otra residencia de un mafioso, un grupo de monjas administra un hogar para madres solteras, que han sido alejadas por sus familias.

Una gran propiedad agrícola en Ciaculli, que alguna vez fuera propiedad de una rama de la familia Greco, pertenece ahora a Palermo y se utiliza para experimentación agrícola.

Estas son solo algunas de las confiscaciones. Nos aseguramos de publicitar cada una de ella —una de nuestras maneras de triunfar sobre el olvido—.

Otra manera es utilizar nuestra experiencia histórica para ayudar en la lucha en contra del crimen organizado en otros países. En diciembre de 2000 se hizo claro cuán simbólico se ha hecho Palermo en esta lucha, cuando más de 1000 delegados de 143 países y más de 600 periodistas se reunieron en Palermo para la firma de la Conferencia de la Convención de las Naciones Unidas en Contra del Crimen Organizado Transnacional.

Este tratado fue diseñado para asistir en la lucha en contra de las mafias internacionales en sus diferentes modalidades, una lucha que las Naciones Unidas ahora reconoce como uno de los esfuerzos internacionales más importantes por hacer cumplir la ley en el siglo XXI. El tratado derrumba los muros del secreto bancario, criminaliza las asociaciones del tipo de la Mafia, simplifica la extradición y el examen internacional de testigos, fortalece los esfuerzos para eliminar el tráfico de drogas y seres humanos, y hace que el lavado internacional de dinero sea más difícil y costoso para el crimen organizado.

La firma fue una ocasión solemne, rica en significación histórica para todos aquellos de nosotros que habíamos vivido en Sicilia durante la segunda mitad del siglo XX. La conferencia duró cuatro días, durante los

cuales los delegados, utilizando la experiencia de Palermo como punto de partida, hablaron sobre cómo los educadores y los grupos cívicos, los medios masivos y la iglesia, trabajando codo a codo en el cumplimiento de la ley pueden cambiar a las sociedades atrapadas en el puño sofocante de la criminalidad y la corrupción. Toda esa semana de mediados de diciembre, durante la cual se reunió la antimafia internacional en nuestra ciudad, estuvo marcada por un clima espectacularmente soleado y tibio para la estación. Por naturaleza, soy un hombre racional, pero estuve tentado de pensar que Alguien Allá Arriba nos había hecho este regalo para que Palermo, que fue por largo tiempo un lugar oscuro y sangriento, pudiera ahora ser visto por el resto del mundo brillando en todo su esplendor.

III

A través de su larga historia, Sicilia nunca ha tenido héroes militares. No tenemos estatuas de guerreros. Para nosotros, el heroísmo ha estado siempre ligado a la conciencia social. Honramos a los *carabinieri* o a los soldados que sacrificaron sus vidas durante la Segunda Guerra Mundial para salvar a personas inocentes de las ejecuciones nazis. Más recientemente, hemos tenido los ejemplos conmovedores de policías y mujeres, de magistrados y políticos que dieron sus vidas para liberar al país de una plaga casi tan mala como el fascismo.

El intento de la Mafia de hacernos creer que estaba compuesta de «honorables» soldados que defendían verdaderos valores sicilianos fue una trágica farsa. Si nosotros, considerados alguna vez como gente despreciable que permitíamos que nos esclavizaran, pudimos escapar de esta plaga, también puede hacerlo Rusia y todos los demás países que se encuentran en las garras de la criminalidad.

Hay quienes con justa razón consideran la lucha contra el comunismo como la gran batalla del siglo XX. Ahora que el comunismo ha caído, la nueva línea del frente para salvar la libertad y la democracia es la batalla contra la criminalidad internacional. Particularmente en algunos países recientemente liberados del comunismo, la Mafia ha sentado sus reales para controlar las vidas de las personas. Si se permite que esto siga, la gente podría decir, como algunos sicilianos hicieron durante nuestra lucha: «estábamos mejor cuando estábamos peor». Este es un resultado que no puede tolerarse, ya que desmoralizaría al mundo.

Igual que con otras tiranías, la Mafia destruye la libertad, perjudica la democracia, hace imposible el desarrollo económico y liquida al concepto mismo de ciudadanía. Sin embargo, como nosotros sabemos aquí en Palermo, cuando se rompe finalmente con dichas tiranías, el espíritu humano florece.

P O S F A C I O

Combatir el terrorismo islámico, renovando la cultura islámica; combatir el nazismo, renovando la cultura alemana; combatir la violencia católica norirlandesa, renovando la cultura norirlandesa...

Esto es lo que he podido comprender a partir de la experiencia siciliana. También he comprendido que cambiar es posible no solo en Sicilia, sino también en Afganistán y en Alemania. Basta con descubrir qué valor, qué signo de nuestra identidad se ha convertido en *verso satánico*.

Toda cultura está expuesta al riesgo de los *versos satánicos*, no únicamente la cultura islámica. Así pues, está expuesta al riesgo de los *versos satánicos* la cultura católica y la hebrea, pero también la norirlandesa, la alemana, la cubana, la vasca, la francesa, la siciliana, la mexicana, la colombiana y la lombarda de la Carinzia o de la Baviera.

Textos sagrados y valores populares pueden utilizarse, no para promover valores de convivencia y bienestar, sino para promover violencia y subdesarrollo, para ultrajar los derechos humanos. De esta manera ha sido usado por el nazismo como *verso satánico* el tradicional respeto de los alemanes por la ley: el respeto de la ley se transforma en *verso satánico* y da sustento a cualquier ley, hasta a las inhumanas leyes raciales. De igual modo el terrorismo ha usado como *verso satánico* el reloj corso o vasco: el legítimo reloj de un pueblo se hace *verso satánico* y da sustento a la violencia de los terroristas. Cualquier valor corre el riesgo de ser usado como *verso satánico*: la fe religiosa, la libertad, la seguridad, el bienestar...

¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* la sacrosanta seguridad del pueblo israelí cuando se la usa para desconocer los derechos humanos del

pueblo palestino? ¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* el derecho del pueblo palestino a ser y tener un Estado cuando es usado por los terroristas para desconocer los derechos humanos y para desconocer el derecho inviolable a la vida del mismo terrorista kamikaze? ¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* la seguridad de los europeos cuando justifica los cañonazos disparados contra las balsas de desesperados que se fugan por el canal de Sicilia? ¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* la cultura europea o tutzi, hutu o turca cuando justifica la persecución y el racismo? ¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* la libertad o el bienestar cuando justifica el desconocimiento de los derechos de los débiles y de los marginados? ¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* la convivencia civil cuando justifica la pena de muerte? ¿Qué otra cosa es sino un *verso satánico* la organización en forma de Estado cuando constriñe a cada comunidad a convertirse en Estado violentando sus costumbres y armonía?

No estoy, ciertamente, en condiciones de cambiar el mundo; estoy —y cada ser humano lo está— en condiciones de soñar con un mundo mejor. Si tuviese la posibilidad de cambiar tres cosas, de abolir tres obstáculos para el libre desarrollo de la persona humana, aboliría los pasaportes (ningún hombre es clandestino; no hemos elegido el lugar donde queremos nacer y es un derecho fundamental decidir, por lo menos, dónde vivir); aboliría la pena de muerte (nadie, absolutamente nadie, y menos un pueblo civilizado utilizando las coartadas de un Estado incivilizado, puede matar); volvería, finalmente, facultativa la organización como comunidad de todos los continentes en forma de Estado según el modelo medioeuropeo (constreñidos a seguir este modelo, los jefes de las tribus pierden su equilibrio, desaparece la armonía y se transforman en ministros corruptos de un Estado fanteche que se vuelve íncubo para todos; es difícil, pero debería ser posible elaborar una modalidad de organización diferente de aquel Estado medioeuropeo; las diversas Iglesias, por ejemplo, logran articular la organización de las experiencias de fe, diferenciando parroquias y congregaciones, órdenes y conventos, monasterios y comunidades, incluso reconociendo a los eremitas...).

La búsqueda de mi *verso satánico*, la búsqueda del *verso satánico* de nosotros los sicilianos, es el hilo conductor de mi vida, es el hilo conductor de este libro que narra mi vida. Una vida, como toda vida, rica en experiencias, rica en errores: alguien, en efecto, ha enseñado que «experiencia» es el

nombre que damos a nuestros errores. Y yo he cometido, nosotros los sicilianos hemos cometido, muchos errores. Cada ser humano tiene un gran patrimonio, la experiencia precisamente, pero nadie puede jactarse mucho del patrimonio propio, de los propios errores.

¿Qué he entendido como hombre, como siciliano, cometiendo tantos errores? He entendido que es posible enfrentar situaciones violentas e incivilizadas sin volverse violento e incivilizado. Esto es lo que he comprendido en el transcurso de mi vida en Sicilia y en el mundo. Esto es lo que han comprendido los sicilianos a partir de la experiencia palermitana y de sus símbolos. La Primavera de Palermo, el Renacimiento de Palermo, es esto o es una modesta crónica de sucesos efímeros. Y la Primavera, el Renacimiento de Palermo es esto: aquello que parecía una experiencia precaria y vitalista hecha por un desocupado que por protesta pide trabajo encaramándose sobre el techo del Palacio de Gobierno de la ciudad, una ciudad atestada de tráfico bloqueado y de cubos de basura incendiados por los ciudadanos exasperados por los malos servicios, hecha día a día de incertidumbre y violenta sobrevivencia y no de serena vida civil; aquello que parecía una experiencia precaria y vitalista se ha revelado como teoría y la teoría ha producido modelos.

La vida, la democracia, la cultura, nuestra identidad como sicilianos han tenido que ajustar las cuentas con la ilegalidad —otros pueblos tienen que ajustar cuentas con el egoísmo, otros con el racismo, con el hambre o con los terremotos o con las epidemias—; y, ajustando las cuentas con la ilegalidad, hemos conseguido primero sobrevivir, luego hemos comenzado a vivir y, finalmente, hemos entendido que nuestra vida, nuestra democracia, nuestra identidad pospuesta por la agresión de la ilegalidad necesitaban no solo de la policía y de los magistrados, sino también de los maestros, de los periodistas y de los sacerdotes.

El NO a la pena de muerte; la ciudadanía honoraria de Palermo concedida al Dalai Lama y a los 40 condenados a muerte de diferentes países —sin que fuera obstáculo para la asignación de tal ciudadanía en el primer caso el comportamiento violento y el daño de los Tamil a los gobiernos de inspiración budista, ni en el segundo la indiscutible responsabilidad de horribles delitos—; el concierto de solidaridad para el pueblo Kurdo oprimido en su dignidad y sofocado en su identidad; la organización de tantos eventos inspirados en la cultura de la vida, de la paz, de la solidaridad

y de la fraternidad entre los pueblos; más que ser una expresión efímera de protagonismo de una ciudad periférica, se ha revelado como aquello que realmente era: la euforia dulce de un proyecto, la armonía de un mosaico que representa la posibilidad de los sicilianos de enfrentar un fenómeno violento e incivilizado como la Mafia sin convertirnos nosotros mismos en violentos e incivilizados.

La paz es demasiado importante como para que pueda ser confiada solo a los ejércitos; la legalidad es demasiado importante como para que pueda ser confiada solo a la estructura judicial. Y el carro siciliano, el tradicional carro rico de imágenes llenas de colores, es un carro que tiene dos ruedas: una, la rueda de la legalidad; la otra, la de la cultura. El carro siciliano había sido utilizado por los mafiosos para transportar muerte; hoy es utilizado como metáfora de un camino de vida. Las dos ruedas tienen que girar a la misma velocidad: si una rueda gira con mayor velocidad que la otra, el carro no camina, da vueltas alrededor de sí mismo. Si tuviésemos legalidad sin cultura, al final todos dirían: «estábamos mejor cuando estábamos peor». Si tuviésemos cultura sin legalidad, al final nos encontraríamos admirando un espectáculo de música y danza siciliana en honor de cualquier jefe de la Mafia.

La cultura es música, la cultura es danza... , ciertamente. Pero la cultura es en primer lugar conocimiento y comprensión de la identidad individual, de la identidad comunitaria. Quien no se conoce a sí mismo, quien no ha comprendido su propia identidad, no tiene cultura: tanto como si se trata de una persona individual, como si se trata de un pueblo.

Al inicio de mi vida como siciliano no me conocía... mi vida es, como toda vida, un camino de conocimiento y de conciencia de mí mismo. Un siciliano que no conocía la existencia de la Mafia, así era de niño. Sicilianos que no tenían conciencia de la Mafia, así eran los sicilianos en el tiempo de mi infancia. Los adultos conocían la Mafia, pero la mayoría de ellos no tenían conciencia de ella, salvo algunos pocos valientes considerados profetas locos y, obviamente, salvo los sicilianos mafiosos que conocían bien la Mafia porque la habían construido y la usaban.

De niño no conocía la Mafia; de niño siciliano no tenía conciencia de ella. No tenía conciencia de cuánto ella me impedía ser persona humana y siciliano.

¿Por qué mi padre, cristiano practicante y respetuoso de la jerarquía católica, rechaza la invitación del Cardenal Arzobispo de Palermo para ser candidato al Parlamento Nacional en un partido que se llama «cristiano»?

¡Porque habría tenido el voto de los mafiosos!

¿Quiénes son los mafiosos? ¿Qué relación tienen con la Iglesia? ¿Qué relación tienen con la política? ¿Por qué es algo malo obtener el voto de los mafiosos? Todas estas preguntas me explotaron en la cabeza y turbaron mis sentimientos: comienzo a crecer, a entender, a preguntarme qué significa ser cristiano y siciliano.

«Don Pepino me ha saludado y yo le he respondido educadamente... Felizmente no me ha ofrecido un café», comenta mi padre a mi madre.

¿Por qué sería desafortunado que tomara un café con don Pepino? ¿Por qué se complace de haber podido evitar tomar aquel café? ¿Quién es don Pepino? Un mafioso; mi padre ya lo sabía, yo lo llegué a comprender con el tiempo.

Mi madre, hija de la aristocracia siciliana, hecha de feudos y palacios, indiferencia y sensibilidad, ignorancia y cultura, castillos y joyas, se casó con un burgués —abogado, profesor universitario, hijo de un abogado, pero siempre burgués— y cortó las relaciones con su mundo. Dedicó su vida a su marido y a sus hijos. Es una mujer y madre ejemplar de ocho hijos que vive una vida diferente de aquella que viven sus aristocráticos parientes. Con el respeto de las formas del *galateo*,* pero diferente. Mi madre, actualmente en los setenta y abuela, ha escrito una novela en la que describe la vida lujosa de una mujer que en pocos días cambia y ama a muchos hombres: describe con gran lucidez la vida que habría podido vivir y que ha escogido no vivir. Una novela escrita en francés, en inglés, en lengua siciliana y ahora también en italiano, con un título que evoca la toma de distancia de la mujer siciliana (*I rododendri del Sussex*).

También mi padre ha vivido una vida distinta de aquella que vivieron sus parientes burgueses. Con el respeto de las formas del *galateo*, pero diferente. Ha escrito muchos libros de derecho y nunca ha sido candidato por no arriesgarse a obtener votos de la Mafia.

* El término *galateo* no tiene una traducción precisa al castellano. Proviene de *Galeazzo* título de un libro de monseñor Giovanni della Casa que enseña el buen trato social y está dedicado al obispo Galeazzo de Nola (nota del editor).

¿Por qué un estudiante del Instituto Gonzaga («prestigioso» —para muchos solo porque es frecuentado por los hijos de los ricos— colegio de padres jesuitas) genera un escándalo si pronuncia un discurso y diserta sobre «subdesarrollo, poder cultural y Mafia»? ¿Por qué está loco un alcalde demócrata-cristiano que encara a la Mafia tradicionalmente aliada con el partido Demócrata-Cristiano y se constituye en parte civil pidiendo condena y resarcimiento por los daños provocados a la ciudad de Palermo por los jefes acusados en el primer maxi juicio contra la Cosa Nostra? ¿Por qué me he casado con una mujer de familia burguesa, acomodada pero no rica, de bien pero no disoluta? ¿Por qué he unido mi vida a la de una compañera que me obligaba a abrir los ojos para ver —y a abrir el corazón para ayudar— a los pobres, a los últimos de la ciudad y se obstinaba en escribir ingenuas y fuertes cartas al Papa para denunciar la indiferencia de tantos hombres de la Iglesia ante la violencia de la Mafia? ¿Por qué he vivido veinte años de vida matrimonial en un departamento digno, pequeño y ordenado de propiedad de mi mujer y con una mesa de comedor con cuatro sillas (las necesarias para mi mujer, para nuestras dos hijas y para mí)? ¿Por qué no he vivido —como ahora vivo— en una villa de mi familia? ¿Por qué he almorzado y cenado solo con mi familia y por qué no he aceptado durante tantos años las invitaciones en tantos salones palermitanos como hago ahora?

Porque tenía miedo de ahogar en un vaso de whisky de un salón palermitano mi mundo de valores, mi identidad de siciliano.

¿Por qué durante muchísimos años yo, primogénito de una familia de terratenientes, no he ido jamás al campo, ni me he ocupado de temas agrícolas?

Hoy muchas cosas han cambiado. Muchos salones sicilianos han comprendido, muchos de los que viven en el campo han comprendido que no se puede, y en un camino de normalidad tampoco conviene, convivir con la Mafia.

¿Por qué...?

Tantos porqués, tantas respuestas, pero también tantos errores.

Soy el hilo conductor de cada vida, el hilo conductor de mi vida de siciliano. El hilo conductor de una búsqueda de identidad que es búsqueda del valor del tiempo. Legalidad a la medida y tiempo del hombre son elementos esenciales para toda identidad. Incluso esto lo hemos com-

prendido nosotros los sicilianos después de tantos errores, después de tanta experiencia.

Durante muchos años, y en muchos aspectos, Sicilia era una tierra sin tiempo, una tierra de eterno presente sin pasado y sin futuro. Cuando una persona, cuando un pueblo, vive de eterno presente, la violencia se convierte en hegemónica; en el eterno presente, cualquier victoria aparece como el triunfo, cualquier derrota aparece como la muerte. Cuando una persona, cuando una comunidad, vive de eterno presente pierde su identidad, se ve privada de su cultura. Cuando una persona, cuando un pueblo, adquiere conciencia del tiempo que pasa, conoce y vive la memoria del pasado y la esperanza del futuro, vuelve a conquistar su identidad, y se vuelve rica en cultura.

La sensibilidad del director alemán Wolf Gaudlitz ha recogido este aspecto en una película que se titula *Palermo flüstert* (cuando estaba el eterno presente, Palermo gritaba de dolor y callaba de miedo; hoy Palermo normalmente susurra) y me pidió que actúe no como el Alcalde, sino como el relojero del Palacio de la Ciudad. Actué el papel de un artesano que repara un reloj ubicado en la fachada de la oficina del alcalde de Palermo, que ha ayudado a la comunidad siciliana a recuperar su memoria del pasado y la esperanza en el futuro, y recuperar de esta manera, con la legalidad humana y con el sentido del tiempo, la propia identidad.

Hoy es posible el reloj, sí, el reloj de ser sicilianos; aunque la Mafia diga que es siciliana; así como los musulmanes y los alemanes, los corsos y los israelíes tienen el derecho de vivir el reloj de su propia identidad, aunque los terroristas y criminales digan que son musulmanes, alemanes, corsos, israelíes.

Nosotros los sicilianos hemos conquistado el derecho al reloj de ser sicilianos cuando reconocimos que muchos sicilianos son criminales y mafiosos, y los enfrentamos.

Identidad y tiempo, identidad y legalidad: liberar la identidad de los *versos satánicos* de un modo no violento y civilizado para enfrentar fenómenos violentos e incivilizados.

Totò Riina, violento jefe mafioso, es un criminal, todos lo saben, incluso el mismo Totò Riina sabe que él es un criminal. Totò Riina no es solo un criminal; es indigno de llamarse siciliano. Para quitarle a Totò Riina el derecho a circular y cometer delitos sirven las fuerzas del orden y los

magistrados; para quitarle a Totò Riina el derecho de llamarse siciliano, humillando nuestra cultura, sirven en primer lugar los maestros, los periodistas y los sacerdotes, y en segundo lugar sirve la sociedad civil siciliana.

Al comienzo de mi experiencia como Alcalde era un político, un administrador, pero me comportaba como un policía, como un procurador de justicia: hablaba continuamente de crímenes y de procesos. Necesitaba, pues, comenzar; el carro estaba inmerso en el lodo, las dos ruedas estaban estancadas. Cuando la primera rueda, aquella de la legalidad, gracias al empeño de hombres valientes, gracias al sacrificio hasta la muerte de agentes de las fuerzas del orden y de magistrados, cuando aquella primera rueda comenzó a moverse, pude de político, de administrador, ocuparme de la segunda rueda, la de la cultura.

El carro se puso en movimiento, un movimiento armónico que ha cambiado Palermo. Hace veinte años, se computaban 240-250 homicidios cada año, todos de la Mafia y solo en la ciudad de Palermo; en el 2000, 8 muertes, muchas, porque un solo homicidio ya es mucho, pero muchísimo menos de 240-250 y ninguno coludido con la Mafia. Ocho homicidios —excusen el término— «normales». Hace veinte años Palermo era la ciudad del supuesto libre mercado (¿qué libre mercado si toda la economía en Palermo estaba controlada por los jefes de la Mafia?!).

Hoy la Mafia existe, incluso en Palermo. Pero hoy la Mafia no controla más como ayer la cabeza de la gente; en Palermo es posible hablar de la cultura de la vida, de democracia, de libre mercado. Y Palermo con su renacimiento se ha convertido en el modelo internacional aceptado: en Palermo ha nacido una teoría, y esta teoría ha producido un modelo hecho precisamente en el 2002 por la organización de la Naciones Unidas para la prevención del crimen en todo el mundo y puesto como fundamento de una Fundación, The Sicilian Renaissance Institute, que opera en todo el mundo. Durante muchos años Sicilia ha exportado la enfermedad, ahora exporta la medicina.

Este extraordinario cambio no nos vacuna contra el peligro que significa la Mafia, bajo un nuevo vestido y con nuevos versos satánicos, puede volver a dirigir la vida de los sicilianos. ¡Cuántos lugares han visto nacer teorías difusas en todo el mundo y cuántos de estos lugares, convertidos en símbolo de experiencias positivas, se han precipitado en la violencia y

la ilegalidad! Se mantiene fuerte —y es el nuevo antiguo peligro— el corazón financiero de la Mafia, aquel corazón financiero que requiere eficaces acciones y medios de intercambio internacional.

Liberar nuestra mente era, y es, nuestro deber; era nuestra tarea y es nuestra tarea. La liberación es un proceso; no se termina jamás. Liberar la economía del dinero sucio es tarea de la comunidad internacional. Demasiado grande es el corazón financiero y demasiado es el dinero ilegal para que se pueda pensar que una sola ciudad, una sola región, pueda eficazmente enfrentar a los jefes mafiosos en un doble frente dentro del sistema financiero.

No hay tiempo que perder. Si el corazón financiero ilegal no se enfrenta eficazmente, existe el riesgo de que, utilizando otros valores como *versos satánicos* (quizá utilizando valores como la libertad, el bienestar y el éxito) la Mafia vuelva a controlar la cabeza incluso de los sicilianos y comience a controlar la cabeza no solo de los lombardos y de los piemonteses, sino también de los franceses y de los alemanes.

Este libro es la descripción de una experiencia, de una vida; es el relato de un camino de liberación que, la humanidad no quiera, deba ser seguido del relato de un doloroso nuevo camino de opresión y resistencia.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es un capítulo de mi vida, y también un capítulo de la historia de Sicilia al final del milenio.

Más aun, me da una oportunidad de pedir perdón a Milli, mi compañera amorosa desde los días de los patines y la cola de caballo, y a Eleonora y Leila, nuestras hijas, quienes tuvieron que vivir sus propios dulces y ahora distantes años de patines y colas de caballo sin su padre.

Les he robado a ustedes tres el tiempo que les debía para evitar que muchos otros les robaran a millones de sicilianos sus sueños y derechos.

Una palabra de agradecimiento a Davide, mi yerno, que ahora es mi hijo, quien me hizo, junto con Eleonora, un abuelo feliz. También a Andrea Scrosati quien quiso estar conmigo en los días soleados y tormentosos de mi vida; a Enzo Lo Dato, quien logró combinar la voluntad de cambio con el respeto por las reglas y a Cecilia Todeschini, amiga y camarada en la batalla del renacimiento desde el principio.

Y, finalmente, a mis padres, Salvatore y Eleonora, y a mi nieto, Paolo, con el amor de un hijo y de un abuelo: la promesa de que seguiré siendo yo mismo.

ÍNDICE TEMÁTICO

Y ONOMÁSTICO

- 60 Minutos* (TV): 108, 154
Abbado, Claudio: 187-189
Abbate, Filippo: 183-184
Abbate, Gino: 183-184
Abbate, Giovanni: 183-184
Adopta un monumento: 14-15,
198-200
Agrigento: 75, 122, 139, 166,
178, 180
Alemania
 ceremonia de premiación en
 —: 175-177
 estudios en —: 46-48
 Mafia en —: 121
 solicitudes de inversión de —:
 64-66
Alianza de Libertad: 207
Andreotti, Giulio: 78, 126, 159
 amenazas a —: 160
 investigación de —: 155, 178
 juicio de —: 211-213
 y su hostilidad hacia Orlando:
 148, 150
Antiochia, Roberto: 101, 103,
110, 137
Arlacchi, Pino: 12
arrestos de mafiosos: 95-96,
107, 119-120, 177-178
asesinatos. *Véase* muertes
Asociación de las Manos
Limpias (Milán): 158
Asociación Industrial de
Lombardía: 64, 66
Ayala, Giuseppe: 144, 168
Badalamenti, Gaetano: 61-62,
74-75, 90, 94, 109
Bader-Meinhof, banda: 47
Barbosio, padre: 31
barrio árabe: 10, 51, 107, 131
Basile, Emanuele: 70, 108
Basile, Filippo: 194
Battaglia, Letizia: 129, 213
Beati Paoli: 94-95
Berlusconi, Silvio: 207
Bianco, Enzo: 191

- Bonanni, Raffaele: 78
- Bontate, Stefano: 61-62
muerte de —: 74-75
- Borsellino, Paolo: 13, 15, 106, 160, 164, 191, 198
acusación contra —: 123
aislamiento de —: 139-141
amistad de — con Falcone: 155-156
carácter de —: 107-108, 111
discurso de «despedida» de —: 166-167
en el accidente de tráfico: 113-114, 189
en el retiro: 107-110
en Marsala: 110, 139
funeral de los guardaespaldas de —: 171-172
muerte de —: 13, 167-170
- Borsellino, Rita: 199
- Brigadas Rojas: 13, 53, 57-58, 67, 76-77, 81
- Buscetta, Tommaso: 54, 106-107
como informante: 93-95, 122, 131
en Brasil: 93, 108-109
en EE.UU.: 93, 109
Falcone y —: 108-111
fama de —: 93, 115
sobre la «antigua Mafia»: 94
sobre los políticos: 174, 212-213
- Calderone, Antonio: 94
- Calò, Pippo: 131
- Cammarata, Eleonora. *Véase* Orlando, Eleonora (Cammarata)
- Campana de las Manos Limpias: 164, 183
- Cárcel de Ucciardone: 85, 96, 110, 112, 125, 191, 192
- Caponnetto, Antonio: 111, 164-165, 184-185
resignación de —: 137-138
y el grupo Antimafia: 106-107
- cárceles
servicios sociales en —: 210-211
Véase también Cárcel de Ucciardone
- Carnevale, Corrado: 156-157
- Cárteles de Colombia: 202
- Caruso, Enrico: 11
- Caselli, Giancarlo: 211
- Cassarà, Antonio “Ninni”: 101-103, 110, 137
- Cassarà, Laura: 102-103
- Cassisa, Obispo: 178-179
- Castillo de Zisa / Centro Cultural: 193-165
- Catturandi*: 100
- Certificación Internacional Moody: 16
- Ciancimino, Vito: 56-57, 67, 93, 95
Andreotti y —: 212-213
arresto de —: 95-97
ascenso de —: 36, 90-91
en el Saqueo de Palermo: 36
- Cien días en Palermo*: 80
- Ciudad del Hombre: 79, 92, 148
- Ciulla, Antonio: 134
- CIVITAS conferencia: 12-15
- Clinton, Chelsea: 13
- Clinton, Hillary: 12, 13, 14

- Comisión (Mafia): 62, 174, 178
 Comisión Antimafia (nacional):
 49, 53, 55, 63, 71, 143
 desarticulación de la —: 58
 Comisión Parlamentaria contra
 la Mafia: 49, 53, 55, 58, 63, 71,
 143
 Comité de las Sábanas: 165
 Comunidad Europea: 198
 comunidad gitana: 149-150
 «Conexión Francesa»: 54
 conexión Pizza: 109, 202, 213
 confiscación de propiedades: 73,
 83, 202-203, 214
 Consejo Superior de la
 Magistratura (CSM): 155, 157
 Constanzo, Giuseppe: 163
 Constanzo, Maurizio: 173, 180
 Contorno, Salvatore: 94, 115,
 122, 125, 143-144
 Contratos de construcción
 control de la Mafia de los —:
 11, 35-37, 59-60, 69-70, 194
 cooperativas de exconvictos
 y —: 191, 210-211
 reforma de los —: 59-61,
 90-91
 contratos públicos
 control de la Mafia sobre los
 —: 11-12, 35-36, 59-61, 69-
 70, 90, 194
 cooperativas de ex-convictos
 y —: 191, 210-211
 investigaciones sobre los —:
 157-159
 reformas de los —: 58-60,
 104-105
 Convención de las Naciones
 Unidas contra el Crimen
 Organizado Internacional: 214
 Coppola, Francis Ford: 210
 Corleone: 13-14, 23, 25
 discurso de Orlando en —:
 124-125
 reforma para elegir alcalde en
 —: 186-187
 Corleonesi (Mafia): 14, 25, 47-
 48, 90, 119, 143
 ascendencia de —: 62-64, 74-
 77, 94
 separación de los Cristiano-
 Demócratas: 212
 Corte Internacional de Crímenes
 contra la Humanidad: 144
 Corte Suprema de Italia: 156-
 157, 159, 162, 174, 212
 Cossiga, Francesco: 102-103,
 115, 139, 140, 163
 Costa, Gaetano: 71
 Craxi, Bettino: 102, 152, 158
cupola (Comisión): 62
 Chiesa, Mario: 158
 Chinnici, Rocco: 71, 87, 109
 muerte de —: 88-89
 y el grupo Antimafia: 87
 Dalia Chiesa, Nando: 82, 84,
 152, 164, 166, 171
 Dalla Chiesa, Carlo Alberto
 calle llamada como —: 91
 funeral de —: 82-83
 incapacitación de —: 77-78, 81
 investigaciones por —: 78-80
 muerte de —: 13, 81-82, 178

vs. Brigadas Rojas: 76-77
 Dalla Chiesa, Rita: 82
 Dalla Chiesa, Simona: 82, 177
 De Gennaro, Gianni: 144
 De Mita, Ciriaco: 96-97, 124,
 126
 Del Ponte, Carla: 144
 Di Cristina, Giuseppe: 74, 95
 Di Maggio, Baldassare: 174, 212
Día de la lechuzza, El (Sciascia): 122
 dinero de protección: 147-148
 Dutschke, Rudi: 47

educación. *Véase* escuelas

elecciones

europas 1994: 201-202
 municipales 1980: 68-69
 municipales 1985: 96-97
 municipales 1990: 150-151
 nacionales 1987: 124-125
 nacionales 1992: 160
 regionales 1991: 153-154
 regionales 1993: 183-187,
 189-190

elecciones para la alcaldía: 92-93,
 99, 125-126, 150-151, 183-184

escuelas

campaña antimafia en —: 14
 control de la Mafia en —: 14,
 59, 127-128
 educación cívica en —: 190,
 199
 reformas en —: 126-129, 199

espacio público

ausencia de —: 78-80
 renovación de —: 10-12, 14-
 15, 190-200

Estados Unidos

comercio de drogas en —:
 54, 58, 109
 Consulado de —: 81
 en la Segunda Guerra
 Mundial: 12-13
 Mafia en —: 19-21, 54, 93,
 95, 154, 213
 Orlando en —: 154-155
 Programa de Protección para
 Testigos en —: 109, 122, 143,
 212

Examen de *Maturità*: 39-41

extorsión: 147, 158

facción de Bontate-Badalamenti:
 74-75, 90, 212

Falcone, Giovanni: 88, 106, 123,
 198

acusaciones contra —: 137-
 138, 144

aislamiento de —: 139-141

amenazas contra —: 121,
 144-145

carácter de —: 107-108, 111,
 156

en el Ministerio de Justicia:
 155-156, 162

en el retiro: 110

funeral de —: 164-166

investigaciones de —: 108-110,
 116, 147-148, 156, 202

matrimonio de —: 111-112

muerte de —: 13, 161-163

Falcone, Maria: 199

familia Cammarata: 23-24

familia Gambino: 19, 109, 212

- FBI (EE.UU.): 144, 154
 Ferrara, Giovanni: 80
 Figurelli, Michele: 92
 Filarmónica de Berlín: 195-197
 Flick, Giovanni Maria: 116
 Freeh, Louis: 109
- gabelloti* (intermediarios, capataces): 18
- Gadamer, Hans Georg: 47
 Galasso, Alfredo: 139, 152
Gato Pardo, El (Lampedusa): 18, 28
 Georgia (URSS / República de)
 huérfanos de —: 201
 lazos sicilianos con —: 141
 vacaciones en —: 141-142
 Giordano, Alfonso: 135
Giornale di Sicilia (periódico):
 189-190, 195-196
 gitanos: 149-150
 Giuliani, Rudolph: 109, 144, 189, 202
 Giuliano, Boris: 63-64, 70
 Gonzaga (escuela): 29-32, 35, 39-40, 43-44, 48, 51, 166, 222
 Gonzaga, Asociación Artístico-Cultural: 45, 48
 Grado, Gaetano: 143
 Grassi, Libero: 148
 Grasso, Piero: 135
 Greco, Michele
 arresto de —: 119-120
 como «papa»: 75
 como jefe de la Comisión: 88
 condena de —: 135
 territorio de —: 127-128
- Grupo de Fiscales Antimafia: 87, 106, 189
 desarticulación del —: 138
 Guerra Fría: 48, 58, 153, 183
 Guerras de la Mafia
 Primera —: 48, 53, 58, 62, 63, 74, 75, 93
 Segunda —: 74-76, 81, 94, 108, 177, 189, 212
- Heidegger, Martin: 47
 Heidelberg, Universidad de: 23, 46, 48,
 herencia cultural: 10, 12, 18, 19
- Iglesia Católica
 ataques a la —: 180-181
 el pecado para la —: 32
 mafia dentro de la —: 83
 rituales de la —: 27-28
 y acción política: 56, 78-79
 y el cardenal Pappalardo: 82-85
 y el Papa Juan Pablo II: 178-181
 y los demócrata-cristianos:
 32-34, 153
 Véase también Pintacuda, Ennio
 Iglesia del Magione: 51
 iglesia. Véase Iglesia Católica
Il Corriere della Sera (periódico):
 122
Il Mediterraneo (periódico): 190
 Imbriaca: 23, 25-26, 28
 Impastato, Giuseppe: 61
 informantes (Mafia): 51-52, 74, 93-95, 109, 114-115, 121-122, 125, 157, 168, 173-174, 212

- «Informe de los 162»: 88, 106
 iniciativas económicas: 64
 Insalaco, Giuseppe: 72
 acusaciones contra —: 91-92
 como alcalde: 89-91
 muerte de —: 136-137
 Instituto Max Planck : 46-47
- Juan Pablo II, Papa: 84, 178-180
 juicio
 de Andreotti: 211-213
 de los mafiosos: 107, 117-122
- Kalsa: 10, 107, 192
 Kierkegaard, Sören: 17
 Kundera, Milan: 214
- L'Ora* (periódico): 39-40, 101
L'Unità (periódico): 139, 144
 La Red
 desarrollo de —: 168
 en las elecciones: 153-154,
 160
 origen de —: 151-154
La Repubblica (periódico): 84, 139
 La Torre, Pio: 72-73, 76, 83, 90,
 202
 Lampedusa, Giuseppe di: 18, 28
 «Las Vísperas Sicilianas»: 173
 lavado de dinero: 144
 Leggio, Luciano: 25-26, 62, 70,
 91, 95
 arresto de —: 63
 libertades civiles: 202
 Lima, Salvo
 Andreotti y —: 126, 148,
 159, 212-213
 como alcalde: 36
 en el Parlamento Europeo:
 90, 159
 en el Parlamento Italiano: 90
 en el Saqueo de Palermo: 36,
 56
 muerte de —: 159
 Lima, Vincenzo: 36
 Luciano, «Lucky»: 21
lupara bianca: 75, 76, 122,
 Lupo, Marco: 41
 Lupo, Milli. *Véase* Orlando, Milli
 (Lupo)
- Madonna de Acquisanta: 149-150
 Mafia internacional: 123, 154-
 155, 201-203, 214
 en EE.UU.: 19, 54, 93, 95,
 154, 202
 Mafia rural vs. urbana: 64, 74, 122
 Mafia rusa: 154-155, 202
 Mafia urbana vs. rural: 64, 74, 122
 Maggio, Francesco Maria: 141
 Mannoia, Francesco Marino: 125
 Mantione, Salvatore: 68-70
 Marino, Salvatore 100, 102-103,
 110, 125
 Martelli, Claudio: 156
 Martin, Richard: 213
 Massimo. *Véase* Teatro Massimo
 Mattarella, Bernardo: 55
 Mattarella, Piersanti
 como presidente de la Región:
 57-61
 iniciativas económicas de —:
 64-65
 muerte de —: 65-66

- reformas legales de —: 58-61
 y los demócrata-cristianos:
 55-58
- Mattarella, Sergio: 68, 96
- Maxi Juicio
 apelaciones al —: 156
 inicio del —: 117-120
 maniobras durante el —:
 121-122
 preparación para el —: 106-
 107, 112-113, 115-116
 reacción en contra del —:
 113-114, 136-137, 211-213
 tribunal del —: 112
 veredictos en el —: 135
- Mazzamuto, Salvino: 40
- medios. *Véase* periódicos
- Meinhof, Ulrike: 47
- Meli, Antonino: 138-140
- Messina, Leonardo: 212
- Ministro de Justicia: 116, 156, 170
- Ministro del Interior: 83, 101,
 102, 103, 106, 110, 173, 184
- Mondo, Natale: 101, 137
- Montana, Beppe: 99-103, 110, 139
- Mori, Cesare: 20
- Moro, Aldo: 57-58, 67, 77
- Morvillo, Francesca: 110, 111,
 121-123, 161-163, 165, 198
- muertes de
 Antiochia: 101, 103, 110, 137
 Basile: 70-71, 108
 Borsellino: 13, 171-172
 Cassarà: 101-103
 Ciulla: 136
 Costa: 71
 Chinnici: 88-89
- Dalla Chiesa: 13, 81-82
- Falcone: 13, 161-164
- Giuliano: 63
- Grassi: 148
- Impastato: 61
- Insalaco: 136-137
- La Torre: 76
- Lima: 159-160
- Marino: 100, 102-103, 110
- Mattarella: 65-66
- Mondo: 137
- Montana: 99-103, 110
- Moro: 58, 67
- Notarbartolo: 165
- Puglisi: 181
- Russo: 62-63
- Scopelliti: 157
- Terranova: 63-64
- Vitale: 114
- Mujeres contra la Mafia: 119,
 165
- Mussolini, Benito: 20
- Mutolo, Gaspare: 157, 159, 170
- Navarra, Michele: 25
- negación (de la palabra o de la
 existencia de la Mafia): 17-18,
 32-35
- Nicolosi, Rino: 102
- niños
 apoyan a Orlando: 132-133
 educación cívica de —: 14-
 15, 88, 199
 huérfanos georgianos: 201
Véase también escuelas
- Notarbartolo, Emanuele: 20, 165
- Novelli, Diego: 152

- Oficina de Magistrados de Investigación: 71, 87, 106, 140, 142
 conflicto dentro de la —: 137-139, 144
- omertà* (código de silencio de la Mafia): 37, 83, 93, 94, 107, 147, 179
- Operación Manos Limpias: 164, 183
- orígenes de la Mafia: 17-21
- Orlando, Eleonora: 23, 105-106, 141, 142, 174
- Orlando, Eleonora (Cammarata): 22, 33-34, 50-51
 ancestros de —: 23-24
 propiedades de —: 23, 25
- Orlando, Leila: 23, 105-106, 141, 142, 174
- Orlando, Leoluca
 amenazas a —: 120-121, 140-141, 167-168, 173
 catolicismo de —: 27-28, 84-85, 92, 116
 como «Cadáver Andante»: 16, 103
 como consejero legal: 58-61
 críticas a —: 123, 126, 143, 148-149, 154-155, 175
 elecciones para la alcaldía y —: (1985), 99; (1987), 125-126; (1993), 189-190
 en Alemania: 46-48, 175-177
 en el Consejo de la ciudad: 68-70, 72-73
 en el Parlamento Europeo: 201-203
 en el Parlamento Siciliano: 154
 en el Parlamento: 160, 164-165
 en Georgia (URSS): 141-142
 en la escuela: 28-32
 en la Universidad de Heidelberg: 46-48
 en la Universidad de Palermo: 43-44, 49
 en las protestas de estudiantes: 43-44
 en los Estados Unidos: 154-155
 en su niñez: 21-35
 escondido: 141-142, 174-175
 estudios de derecho de —: 42-44
 examen de *Maturità* de —: 39-40
 hermanos de —: 22-23, 25-28
 ingresa a la política: 56-57:
 matrimonio de —: 49-52
 padres de —: 22, 23-24, 26-28
 popularidad de —: 115, 131-133, 149-150
 precauciones de —: 105-106, 173-175
 primera carrera por la alcaldía de —: (1984), 92-93
 problemas de disciplina de —: 30-32
 rechazo de la alcaldía (1990): 150-151
 reformas de —: 104-105, 186-188, 202-203, 210-211
 renuncia a la alcaldía (1990): 149
 salud de —: 22-23, 25, 42, 205-209

- y los medios de
comunicación: 188-190
- Orlando, Milli (Lupo): 41-43,
49-52, 207-208
caridad de —: 42-43
invisibilidad de —: 105-106,
174
- Orlando, Salvatore: 22-24, 39,
42, 46
ancestro de —: 23
carácter de —: 24, 26-27, 35
como rector de la
universidad: 43-44
contra la Mafia: 32-35
propiedades de —: 23, 26
rumores sobre —: 35
- Padrino, El* (Puzo): 19
Padrino Parte II, El: 23
Padrino Parte III, El: 194
- Palazzo, Renato: 131
- Palermo
conquistas de —: 12, 18-19
consejo municipal de —: 68-
73, 92-93, 99, 150-151
decadencia en —: 37, 128-129
espacios públicos en —: 10-
11, 14-15, 78-79, 128-131
renacimiento de —: 10-16,
126-133, 187-188, 190-200
- Palermo, Carlo: 152
- Palizzolo, Raffaele: 20
- Papa Juan Pablo II: 84, 178-180
- Pappalardo, Salvatore (Cardenal)
postura antimafia de —: 66,
82-83, 84-85
visita la prisión: 85
- Parlamento
Europeo: 90, 159, 201-202
Italiano: 73, 90, 105, 160,
163, 164, 165, 167, 183, 221
Siciliano: 154
- Partido Comunista: 21, 39-40, 63
ideas del —: 45-46
vs. Mafia: 49, 54, 72-73, 76
véase también Brigadas Rojas
- Partido Demócrata-Cristiano:
44, 67, 89, 175
Andreottiani: 126-127, 143
anticomunismo del —: 21, 54
derrota del —: 153-154, 158,
183
en el concejo de la ciudad:
69-70, 71-72, 99, 150-151
la Mafia en contra del —:
124-125, 159
limpieza del —: 96, 151
manifestación en Corleone
del —: 124-125
Orlando deja el —: 151-152
Orlando se afilia al —: 56
y alianza y conexiones con la
Mafia: 34, 36
- Partido Fascista: 20-21
- Partido Radical: 47, 125
- Partido Socialista: 21, 126, 142-143
corrupción en el —: 157-158
fin del —: 158, 183
- Patton, George: 21
- pentiti*: 94, 114, 159, 170, 175,
212
Véase también informantes
- periódicos
complicidad de —: 188

- reformas en —: 190
 Pertini, Sandro: 82
 Pintacuda, Ennio
 activismo político de —: 44-45, 53-54, 56, 166
 como mentor: : 44-46, 48-49, 72, 92, 93
 y la Ciudad del Hombre: 79, 148
 y La Red: 152-153
 Pirandello, Luigi: 142
Pizzo, il (el Lazo): 147
 Plan de la Ciudad (Palermo): 36, 130-131
 Véase también Saqueo de Palermo
Política: 56
 Prestifilippo, Mario: 128
 Pretoria Bellini: 211
 Primavera de Palermo: 126-132, 148, 149, 151, 152, 183, 219
 procesos. *Véase* Maxi Juicio
 Programa Falcone: 202
 programas de construcción: 13, 35-37, 130
 Véase también contratos de construcción
 Provenzano, Bernardo: 62, 88, 135
 proyectos de restauración: 14-15
 Massimo: 194-197
 Spasimo: 190-192, 197
 Zisa: 193, 195-197
 Puglisi, Pino: 180-181
 Puzo, Mario: 19

 raíces culturales sicilianas: 10, 12, 18, 19

 reformas legales
 activos de la Mafia, para: 73, 83, 107
 contratos públicos: 58-60, 104-105
 Unión Europea, en la: 202-203
 restauración de monumentos: 14-15, 182-194
 Riina, Salvatore «Totò»: 62, 88, 95, 120
 arresto de —: 177-178
 encarcelamiento de —: 135
 Orlando, como blanco de —: 174
 rebelión contra —: 157, 178
 territorio de —: 177-178
 y Andreotti: 212
 y la Segunda Guerra de la Mafia: 74-75
Rinascita (semanario): 45
 Rivera, Geraldo: 209-211
 Rognoni-La Torre, Ley: 83, 202
 Rosi, Francesco: 63
 Ruffini, Cardenal: 33-34
 Rugnetta, Antonino: 118
 Rugnetta, Vita: 118-119
 Russo, Giuseppe: 62-63, 70, 74, 77

 Salvo, Ignazio: 56-57, 67, 74, 80, 88, 96, 135, 212-213
 Salvo, Nino: 56-57, 67, 74, 80, 88, 96, 135, 212-213
 San Juan de Letranz, bomba en: 180
 Santa Maria dello Spasimo: 11, 190

- Saqueo de Palermo: 13, 35-36, 48, 56, 57, 127, 130, 131
- Scalfaro, Oscar Luigi: 101-102, 106, 165, 172
- Sciascia, Leonardo: 122-124, 126
- Scopelliti, Antonio: 157
- Scrosati, Andrea: 153-154, 226
- Schifani, Rosaria: 164
- Segunda Guerra Mundial: 12-13, 54, 118, 131, 153, 183, 191, 215
- sentimiento público
 antimafia: 120, 164-166
 contra los políticos: 171-172
 pro-Mafia: 100-101, 104-105
- Shevardnadze, Eduard: 201
- silencio en la Mafia: 17-18, 32-35
- Sindona, Michael: 211-212
- Spadaro, Masino: 107
- Spasimo. *Véase* Santa Maria dello Spasimo
- Späth, Lothar: 64
- spicciafacienni*: 187-188
- Stille, Alexander: 106
- Superprocura Antimafia* (superfiscales): 156
- Tbilisi: 141, 200-201
- Teatro Massimo: 11, 14, 30, 104, 194-197
- Terranova, Cesare: 63-64, 70, 109, 118
- territorialismo (de los jefes de la Mafia): 59-60, 147-148, 177-178, 199-200
- Tomuschat, Christian: 47
- tráfico de armas: 152, 202
- tráfico de drogas: 25, 54, 58, 61-62, 70, 74, 93-94, 109, 152, 202
- Triadas Chinas: 202
- Tribunal Bunker: 112, 117-119, 121, 135
- Trizzino, Maria: 60
- Una voz, una ciudad*: 84
- Unión Soviética
 colapso de la —: 158
 vacaciones en la —: 141-142
- Universidad de Heidelberg: 23, 46-48
- Universidad de Palermo: 49
- USA Today* (periódico): 154
- Valachi, Joseph: 95
- Valenti, Giancarlo (Baron): 68
- Villa Niscemi: 150
- Visconti, Luchino: 28
- Vitale, Leonardo: 95, 114
- Vucciria (mercado): 10, 81, 132
- Wuppertal, Mafia en: 121
- ZDF (Alemania TV): 175-176

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582
MARZO 2003 LIMA - PERÚ

Instituto de Estudios Internacionales (IDEI)

El IDEI es la unidad académica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, creada en 1991 con la finalidad de promover y desarrollar estudios e investigación científica en asuntos internacionales; contribuir a la identificación de los intereses específicos del Perú y América Latina frente a los diversos actores y problemas del escenario regional, hemisférico y mundial; brindar servicios de consultoría y asesoría en asuntos internacionales a instituciones públicas y privadas, nacionales y extranjeras; realizar actividades de difusión y promoción académica y apoyar la docencia y las publicaciones en temas internacionales.

En el cumplimiento de sus objetivos, el IDEI ha venido desarrollando en estos años, proyectos de investigación en áreas como: democratización, derechos humanos, gobernabilidad, pacificación, relaciones civiles-militares, integración, relaciones económicas internacionales, género, entre otros. Dichas actividades han sido desarrolladas gracias a la colaboración y financiamiento de diferentes instituciones nacionales y extranjeras, tales como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Unidad de Promoción de la Democracia de la Organización de Estados Americanos (OEA), la Comisión Interamericana de la Mujer de la OEA, el Fondo de Cooperación de Estados Unidos/CIDI del Banco Interamericano del Desarrollo (BID), el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), la Embajada Real de los Países Bajos, la Embajada de Canadá, la Embajada de los Estados Unidos de América, el Consejo Nacional de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia, el Ministerio de Relaciones Exteriores, entre otros.

Miembro de una familia aristocrática de Palermo, que parecía haber salido de las páginas de *El Gatopardo*, Leoluca Orlando llegó a la mayoría de edad en el preciso momento en que una nueva secta de la Mafia, particularmente viciosa, hizo su aparición y centró su accionar en la ciudad de Corleone. Alimentada por las ganancias del comercio internacional de heroína, esta *mafia gansteril* emprendió un reinado de terror que convirtió a Sicilia en el Líbano italiano y llenó la prensa internacional de imágenes de cuerpos sangrientos -no solamente de los rivales de la Mafia de los Corleonesi, sino también de policías y representantes gubernamentales-.

Hacia una Cultura de la Legalidad es la historia de la Guerra de Treinta Años de Sicilia y del papel que jugó Orlando en la Antimafia. Sus primeros años como estudiante de leyes y activista político fueron marcados por la conciencia creciente de que la Cosa Nostra quería entrar en el ADN siciliano desde hacía cien años. El movimiento de renovación cívica al que se unió, descubrió que los principios de la Mafia se habían infiltrado en la iglesia, la cultura y la política. Además, dicho movimiento presenció el fortalecimiento del mito de que los Mafiosi eran «hombres de honor». Atraído por la política, Orlando fue concejal en Palermo y luego alcalde de la ciudad. Manteniendo su independencia por crear una cultura de legalidad, formó parte de un triunvirato que dirigió la resistencia contra la Cosa Nostra. Giovanni Falcone, Paolo Borsellino y él serían «marcados para morir» por la Mafia. A diferencia de Falcone y Borsellino, quienes posteriormente fueron asesinados mediante coches bomba, Orlando logró sobrevivir y escapó a la Georgia soviética en un breve exilio. Regresó luego a casa para vivir entre guardias armados, mudándose de un lado a otro en autos blindados, para intentar terminar con esta pelea.

Un vivo reparto de personajes, que evocan la película *El Padrino*, se mueve a través de esta dramática historia. Vemos a Stefano Bontate, líder de la «vieja» Mafia que él mismo estableció, asesinado luego por los gamberros Corleonesi durante la «Segunda Guerra de Mafia». También a Tommaso Buscetta, figura orgullosa y diabólica, quien como el primero de los *pentiti* (informantes), reveló el funcionamiento interior de la mafia a las autoridades estadounidenses e italianas y dio un testimonio vital durante el gran proceso conocido como el «Maxi Juicio». Al General Carlo Alberto Dalla Chiesa -héroe nacional de Italia, aparentemente invencible, que terminó con el flagelo de las Brigadas Rojas- asesinado en las calles de Palermo junto a su joven esposa cuando chocó con la Mafia. A «Totò» Riina, brutal jefe de los Corleonesi, conocido como «la bestia», por su apetito por la violencia y quien transgredió las reglas por las cuales la Mafia había vivido dentro del Estado durante años, al intentar organizar un golpe contra el Gobierno Nacional Italiano a principios de los años 90. Orlando también nos muestra a la figura más enigmática de Italia de la posguerra, Giulio Andreotti, quien se desempeñó numerosos periodos como Primer Ministro y, al final de una larga y ambigua carrera, afrontó un proceso de cargos por haber conducido a su Partido Demócrata-Cristiano a una siniestra alianza con la Cosa Nostra.

Hacia una Cultura de la Legalidad es una historia de testimonio y supervivencia. Es también el logro de Leoluca Orlando de registrar el heroico esfuerzo para expulsar la Mafia de los más altos niveles de la política nacional italiana y describir el movimiento que él ayudó a construir -en las escuelas e iglesias y en las urnas- para recuperar la cultura siciliana e inspirar un renacimiento de la democracia.

ISBN 9972-42-531-2



9 789972 425318 >